China en el siglo XX

Paul J. Bailey

China ejerce una creciente influencia en la economía mundial, y la fascinante y turbulenta historia reciente del país exige nuestra comprensión. Esta clara y convincente visión de conjunto relata la historia de un siglo que presenció tres revoluciones políticas y considerables trastornos sociales y culturales.

El autor transita con soltura por la historia social, política y cultural, y destaca con frecuencia la cuestión de las diferencias de sexo, mostrando que los acontecimientos tales como las revoluciones pueden tener efectos muy distintos en los hombres y en las mujeres. Su exploración de las transformaciones que China ha experimentado integra las más recientes ideas académicas, recordando a los lectores que la historia no trata sólo de lo que ocurrió, sino también de sus diferentes interpretaciones y enfoques.

El libro concluye con un análisis de las recientes reformas emprendidas por el Partido Comunista Chino en su intento de elevar el nivel de vida de los 1.300 millones de habitantes del país y de fortalecer los fundamentos del gobierno unipartidista.

Paul J. Bailey

China en el siglo XX

ePub r1.0

betatron 21.08.14

Título original: *China in the Twentieth Century*

Paul J. Bailey, 2001

Traducción: Francisco Ramos

Editor digital: betatron

ePub base r1.1

Nota del autor

En este texto se han utilizado las siguientes abreviaturas:

— CQ: *China Quarterly*;

— FEER: *Far Eastern Economic Review*;

— SCMP: *South China Morning Post*.

En todos los nombres y términos chinos se utiliza el sistema *pinyin* de transcripción fonética al alfabeto latíno, con las siguietes excepciones:[1]

— Sun Yat-sen (cuyo equivalente en *pinyin* es Sun Yixian)

— Chiang Kai-shek (cuyo equivalente en *pinyin* es Jiang Jieshi)

— Manchukuo (cuyo equivalente en *pinyin* es Manzhuguo)

MAPA 1. *La República Popular China*. Fuente: Patricia Buckley Ebrey, *The Cambridge Illustrated History of China*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996.

Introducción

Cuando llegué a China, en septiembre de 1980, para iniciar un curso de posgrado de un año de duración en la Universidad de Pekín (*Beida*), el Partido Comunista Chino (PCC) acababa de emprender su programa de reformas económicas. Los cambios que dichas reformas trajeron consigo durante los quince años siguientes transformaron completamente el aspecto de Pekín. En 1980, aparte de los automóviles utilizados únicamente por los funcionarios y cuadros de alto nivel, y de un pequeño número de taxis (cuyo acceso era extremadamente limitado), el tráfico estaba integrado principalmente por autobuses, *sanlunche* (un triciclo motorizado bastante «básico» que hacía las veces de taxi), bicicletas y los carros tirados por caballos de los campesinos que llevaban sus productos a la ciudad. Recuerdo haber ido en bicicleta desde la universidad (situada al noroeste de la ciudad) hasta el centro (aproximadamente una hora de trayecto) sin cruzarme con un solo coche; además, el área situada entre la universidad y las afueras de la ciudad era prácticamente un entorno rural, un paisaje cuya tranquilidad se veía perturbada únicamente por los pocos mercados al aire libre que recientemente habían recibido la aprobación oficial y el pregón de algún ocasional «empresario callejero» (ofreciendo, por ejemplo, reparaciones de bicicletas) acampado junto a la polvorienta carretera. Recuerdo también haber pedaleado por la noche de regreso a la universidad desde las oficinas de la agencia United Press International, situadas en el barrio de las embajadas extranjeras, donde trabajaba a tiempo parcial traduciendo noticias de la prensa china, y haber cruzado una plaza de Tiananmen completamente desierta.

En 1995, Pekín contaba con tres gigantescas carreteras de circunvalación que rodeaban la ciudad, atascadas por un creciente número de coches y taxis privados; aunque seguían predominando las bicicletas, todos los *sanlunche* y los carros tirados por caballos habían desaparecido. Los años transcurridos habían presenciado también la construcción de una desconcertante colección

de hoteles de lujo, restaurantes e incluso discotecas chino-extranjeros, junto a los cuales el Hotel Pekín, la Pensión de la Amistad y el Club Internacional, construidos en la década de 1950 y que en 1980 constituían prácticamente el único foco de vida social para los extranjeros, aparecían completamente abandonados y destartalados (aunque todos ellos habían sido remozados hacía poco). Como señala un reciente estudio (Gaubatz, 1995: 28-60), Pekín, al igual que otras ciudades, había adquirido un paisaje cada vez más diferenciado en comparación con el de la época maoísta. En Pekín, este hecho incluía la aparición de distritos de comercio extranjero y residenciales «multifuncionales», concentrados en el noreste de la ciudad (*ibíd*.: 56-58).

Dentro de la ciudad, las apretadas viviendas con patio situadas en los tradicionales y laberínticos *hutong* (callejones) eran demolidas para dar paso a impersonales bloques de pisos, bancos, oficinas comerciales y grandes almacenes. En 1980, los artículos de consumo eran escasos y de una variedad limitada; los grandes almacenes de Wanfujing, la principal calle comercial, situada unas cuantas manzanas al este de la Ciudad Prohibida (la antigua residencia de los emperadores chinos), atraían diariamente a enormes multitudes, ya que habían empezado a exhibirse los primeros aparatos de televisión y lavadoras de fabricación nacional. Los productos de consumo extranjeros únicamente estaban disponibles en la Tienda de la Amistad (*Youyi shangdian*), de propiedad estatal, en la que los chinos comunes y corrientes tenían prohibida la entrada; además, dichos artículos sólo se podían adquirir con certificados de divisas (*waihuipiao*), y no con dinero nacional (*renminbi*). En 1995 este «sistema de dos monedas» había sido desmantelado, y el monopolio de la Tienda de la Amistad se había roto completamente. Pekín se había convertido en un vasto emporio comercial en el que un número cada vez mayor de residentes normales y corrientes podían contemplar maravillados (aunque no siempre se podían permitir comprar) una gama de bienes de consumo inimaginable en 1980. Muy cerca de la augusta Ciudad Prohibida, los residentes de Pekín podían saborear ahora las delicias de Kentucky Fried Chicken y las hamburguesas de McDonalds: en agosto de 1995 había 12 tiendas McDonald’s en Pekín, y 55 en todo el país (Miles, 1996: 318). El paisaje prácticamente rural que se extendía entre la ciudad y la Universidad de Pekín se había transformado en un área densamente urbanizada plagada de hoteles, centros comerciales, tiendas de informática y restaurantes de comida rápida de estilo occidental.

Los cambios de esos quince años tuvieron su reflejo en las distintas preguntas que me hicieron por la calle durante las diversas visitas relacionadas con mi investigación. En 1980, mientras el PCC lanzaba su «política de puertas abiertas», dando la bienvenida a las inversiones occidentales y japonesas, y enviando a los estudiantes chinos al extranjero, los transeúntes me preguntaban con frecuencia si podían practicar su inglés hablado conmigo; en 1990, con el fined del sistema de las dos monedas y el creciente interés en las actividades especulativas (pronto se abriría un mercado de valores en Shanghai), prácticamente lo único que me preguntaban por la calle era si quería «cambiar dinero» (es decir, cambiar mis dólares norteamericanos por *renminbi* «a un tipo de cambio muy bueno»); en 1995, cuando uno podía ya comprarle un ordenador a un vendedor callejero instalado en un paso de peatones subterráneo, la única pregunta que me formularon mientras paseaba por los alrededores de la Universidad de Pekín era si quería comprar un CD-ROM.

Estos espectaculares cambios económicos constituyen únicamente una mera ondulación entre las oleadas de cambios turbulentos, y a menudo violentos, que han sacudido el paisaje político, social y cultural chino desde comienzos del siglo XX. Los primeros años del siglo presenciaron un ambicioso intento por parte de la última dinastía imperial china, la dinastía Qing, de apuntalar los fundamentos del gobierno dinástico mediante la adopción de reformas constitucionales, militares y educativas. Aunque dichas reformas no evitaron el derrocamiento de la monarquía y su sustitución por una república en 1912, pusieron en marcha una serie de transformaciones a largo plazo cuya envergadura trascendió la desaparición de la propia dinastía. La República China (la primera de Asia si exceptuamos el abortado intento de establecer un régimen republicano por parte de los líderes locales de la provincia insular de Taiwan, que China había cedido a Japón tras su derrota en la guerra chino-japonesa de 1894-1895, y la efímera república de las Filipinas establecida por Emilio Aguinaldo en oposición al gobierno colonial español en 1897, y finalmente suprimida en 1902 por Estados Unidos, que en 1899 había reemplazado a España en su papel de potencia colonial) llevaba aparejadas grandes esperanzas de crear un nuevo orden político y de mejorar la posición internacional de China; pero poco a poco se fue desintegrando a causa de la corrupción y de la falta de consenso. Aunque en Pekín continuaba prevaleciendo un gobierno central, el poder político y militar se fue

inclinando del lado de los señores de la guerra provinciales y sus aliados civiles, mientras que el propio país había de seguir sufriendo la humillación de los «tratados desiguales», un sistema de privilegios y concesiones de los que disfrutaban en China las potencias occidentales y Japón, y que habían sido obtenidos por la fuerza durante la segunda mitad del siglo XIX. En la década de 1920, un movimiento revolucionario nacional, precedido por un vigoroso movimiento cultural-intelectual (conocido como Movimiento del Cuatro de Mayo) y encabezado por una alianza entre el Guomindang (Partido Nacionalista) y el Partido Comunista Chino (fundado en 1921), emprendió una cruzada para derrotar a los señores de la guerra, reunificar el país y poner fin al imperialismo extranjero en China.

Después de haber reprimido brutalmente a sus aliados comunistas en 1927, el Guomindang, dirigido por Chiang Kai-shek tras la muerte del fundador del partido, Sun Yat-sen, en 1925, logró derrotar al último de los grandes señores de la guerra en el norte de China y anunció la inauguración del nuevo gobierno nacionalista en 1928, cuya capital se habría de establecer en Nankin. Con la base urbana del PCC destrozada, algunos líderes como Mao Zedong se retiraron al campo e iniciaron el largo y tortuoso proceso de forjar el apoyo del campesinado en su intento de derrotar al Guomindang y asumir el liderazgo nacional. Mientras tanto, a finales de la década de 1920 y durante toda la de 1930, el régimen nacionalista, comprometido (al menos en teoría) con la aplicación a largo plazo de una democracia a gran escala bajo la «tutela» del Guomindang, presidió un modesto programa de reformas sociales y económicas. El régimen, sin embargo, seguía estando en una posición vulnerable. Su autoridad no se extendía por todo el país, debido especialmente a que muchas provincias seguían estando bajo el control de los antiguos señores de la guerra, los cuales (junto con sus ejércitos) habían sido simplemente asimilados por el Guomindang, y cuya lealtad al nuevo régimen seguía siendo ambivalente. El propio Guomindang estaba desgarrado por la corrupción y las luchas entre facciones. Durante la década de 1930, gran parte de las energías y recursos del régimen se dedicaron a eliminar las bases comunistas rurales en la China centro-meridional y a aplastar las rebeliones encabezadas por antiguos señores de la guerra y líderes del Guomindang disidentes. Al mismo tiempo el país se enfrentaba a una creciente amenaza por parte de Japón, cada vez más receloso de que sus intereses económicos en China pudieran verse socavados tanto por el compromiso retórico del régimen

nacionalista con la renegociación de los tratados desiguales como por el aumento de la hostilidad angloamericana hacia la influencia económica japonesa en China. En 1932, fuerzas militares japonesas habían invadido el noreste del país (Manchuria) y habían establecido el estado títere de Manchukuo. En los años posteriores, la presión japonesa sobre el norte de China se incrementó, culminando en una invasión a gran escala en 1937. Durante la década de 1930, la política de apaciguamiento respecto a Japón realizada por Chiang Kai-shek (mientras se daba prioridad a derrotar a los comunistas) suscitó la oposición de los intelectuales, los estudiantes y las clases empresariales, ya disconformes con la política interior del Guomindang. Tras retirarse de su base principal en la China centro meridional en 1934, y establecer una nueva base en el noroeste (provincia de Shaanxi) en 1935, el PCC llamó a la formación de otro frente unitario para enfrentarse a la agresión japonesa. Este frente unitario constituido con el Guomindang fue proclamado oficialmente en 1936, lo que significó que durante los ocho años de resistencia contra Japón (1937-1945) el PCC y el Guomindang fueron formalmente aliados; sin embargo, esta relación estuvo marcada por mutuos recelos, amargas recriminaciones y una falta casi total de cooperación.

Mientras el Guomindang se retiraba hacia el oeste desde su capital en Nankín y restablecía su cuartel general en Chongqing (provincia de Sichuan) en 1938, el PCC, desde su base principal, centrada en Yanan (así como desde otras bases diseminadas por el norte y el centro de China), lanzaba una guerra de guerrillas contra los japoneses. Ése fue también el período en el que Mao Zedong consolidó su liderazgo ideológico y político en el partido, y cuando empezó a tomar forma una mitología maoísta que asociaba la historia de la revolución comunista exclusivamente a la realización de la «línea correcta» de Mao. Al adaptar su política a los intereses tanto de los campesinos pobres como de las elites rurales, y al presentarse como la genuina encarnación de la resistencia nacionalista en contraste con el vacilante Guomindang, el PCC fue obteniendo un respaldo cada vez mayor, y de ese modo, en 1945, grandes áreas rurales del norte y el noreste de China se hallaban en la práctica bajo el control comunista. Sin embargo, el final de la segunda guerra mundial en Asia, en agosto de aquel mismo año, no llevó la paz ni la estabilidad al país. Tras infructuosas negociaciones realizadas con la mediación de Estados Unidos, en 1946 el PCC y el Guomindang se embarcaron en una guerra civil; una guerra en la que la Unión Soviética y Estados Unidos, las dos nuevas

superpotencias surgidas de los escombros de la derrota japonesa en Asia, tuvieron también su papel (y que por ello mismo marcaría la línea de salida de la guerra fría). La victoria del PCC sobre el Guomindang dio como resultado el establecimiento de la República Popular China en 1949, el tercer cambio drástico de régimen político en menos de medio siglo.

En esta aspiración por obtener la riqueza, el poder y el respeto internacional, el nuevo gobierno comunista se propuso reformar la sociedad China, un ideal que había animado a reformadores y nacionalistas de distintas formas desde finales del siglo XIX. Bajo la creciente arbitrariedad y el errático liderazgo de Mao, sin embargo, las masivas campañas ideológicas destinadas a crear una sociedad y una organización política despojada de individualismo y elitismo, y caracterizada por las virtudes del ascetismo y la devoción total al interés colectivo, provocaron calamitosos disturbios y tumultos por parte del pueblo chino. En 1949 se había concebido una transición gradual al socialismo, en la que se daba prioridad a la reforma agraria (que eliminaba la clase terrateniente y distribuía la tierra entre los campesinos pobres), a la reforma matrimonial (permitiendo la libertad de elección en el matrimonio y extendiendo el derecho de divorcio a las mujeres) y a la movilización del pueblo en una campaña patriótica para apoyar la intervención militar china en la guerra de Corea (1950-1952). Sin embargo, a mediados de la década de 1950 todas las empresas urbanas habían pasado a ser de propiedad estatal, y todos los campesinos de China se habían organizado en colectividades. También se lanzaron campañas contra quienes se percibían como enemigos o críticos del socialismo, que iban desde los «elementos burgueses» asociados al anterior régimen del Guomindang hasta los intelectuales no afiliados (e incluso afiliados) a quienes se acusaba de haberse aprovechado de la invitación que hiciera Mao, en 1956-1957, de realizar una «crítica saludable» de la burocracia del partido para cuestionar la legitimidad del propio gobierno del PCC.

El ritmo y el alcance del cambio dieron un giro espectacular en 1958, cuando Mao y sus partidarios lanzaron el Gran Salto Adelante. Reflejando la insatisfacción de Mao con el modelo de desarrollo soviético (basado en la planificación centralizada, el desarrollo de la industria pesada y las jerarquías burocráticas) que el régimen había adoptado en sus primeros años, el Gran Salto constituía una campaña tanto ideológica como económica para alentar la transición a un modo de vida comunista y para utilizar el excedente de mano

de obra en el campo para llevar a cabo una industrialización a gran escala. Las acciones irracionales e incompetentes de unos cuadros del partido y planificadores excesivamente entusiastas en respuesta al estímulo de Mao se vieron exacerbadas por desastres naturales que resultaron catastróficos para los campesinos; la hambruna que resultó de ello, en 1959-1960, produjo millones de muertes. Asimismo, durante la campaña del Gran Salto estallaron las tensiones latentes que con frecuencia habían caracterizado las relaciones del PCC con la Unión Soviética. Aunque en 1950 el nuevo gobierno comunista había establecido una alianza con la Unión Soviética (que había hecho mucho por contrarrestar el aislamiento internacional de China tras la negativa de Estados Unidos a reconocer a la República Popular), los conflictos de intereses ideológicos y nacionales se entrecruzaron para dar lugar a denuncias mutuas públicamente aireadas en 1960.

La modificación de las políticas del Gran Salto a principios de la década de 1960 convenció a Mao (que en 1959 había renunciado a la presidencia de la República Popular) de que el «revisionismo» ideológico que, según él, se apoderaba de la Unión Soviética estaba empezando también a afectar a China. En 1965 expresaba abiertamente su sospecha de que la propia dirección del PCC estuviera «infectada» por el revisionismo, que, para él, amenazaba el sueño de crear una sociedad comunista. Era el momento de la última gran iniciativa de Mao. Iniciada con un ataque orquestado a los órganos culturales del partido, la Gran Revolución Cultural Proletaria de Mao (lanzada oficialmente en agosto de 1966) llamaba a las «masas» (especialmente a los estudiantes de secundaria y universitarios) a enfrentarse y denunciar a todas aquellas autoridades (del partido, del gobierno, académicas) que supuestamente saboteaban la revolución «tomando la senda capitalista» y/o adhiriéndose a las creencias y las prácticas «feudales». Para Mao, la Revolución Cultural ayudaría a revitalizar el partido purgándolo de elementos «impuros», a la vez que proporcionaba a la generación más joven la experiencia de la lucha y el sacrificio revolucionarios. Pero también presenció la última eclosión de un grotesco culto a la personalidad (en el que el pensamiento de Mao se investía de cualidades sobrenaturales) que tuvo sus orígenes durante el período de Yanan y que el propio Mao había permitido que se cultivara asiduamente en el seno del ejército, en 1963, como preludio de su ataque a los líderes del partido. El movimiento degeneró rápidamente en una violencia aleatoria y arbitraria (a menudo resultado de frustraciones y

resentimientos causados por la política oficial del partido en la década de 1950), con miles de burócratas del partido y del gobierno, maestros, intelectuales y artistas humillados públicamente, golpeados e incluso asesinados, mientras diversas facciones enfrentadas de organizaciones de estudiantes (conocidas colectivamente como Guardia Roja), cada una de las cuales afirmaba ser la auténtica defensora de la visión maoísta, luchaban entre sí fieramente en las calles.

En 1967, con el desmantelamiento en la práctica del gobierno del partido y la sociedad tambaleándose al borde de la anarquía total, Mao resurgió del abismo y respaldó la intervención del Ejército de Liberación Popular (ELP); a corto plazo, ello trajo únicamente como resultado más confusión y violencia en tanto que las distintas facciones de los partidarios radicales de Mao en el liderazgo de la Revolución Cultural hicieron sentir su influencia en el ejército y tuvieron lugar choques armados entre unidades del ELP y las organizaciones de la Guardia Roja. La turbulencia de esos años afectó también a la situación internacional de China. Tras condenar por igual a Estados Unidos y la Unión Soviética (y sus respectivos aliados) como enemigos de la revolución mundial, China quedó diplomáticamente aislada; las tensiones chino-soviéticas en particular alcanzaron una fase más peligrosa en 1969, cuando estalló una guerra fronteriza en el noreste de China.

El proceso de reconstrucción del partido se inició en 1969, cuando las escuelas (cerradas en 1966) se habían abierto de nuevo y los guardias rojos más recalcitrantes habían sido enviados al campo a experimentar la reforma laboral e ideológica. Los últimos años de la vida de Mao estuvieron marcados por la incertidumbre y la confusión ideológica, con el liderazgo del partido prácticamente inmovilizado por las continuas diferencias de facciones, personales y políticas entre quienes se adherían más estrechamente a las medidas de la Revolución Cultural y sus oponentes. En el frente internacional, sin embargo, el aislamiento diplomático del país terminó drásticamente cuando, en 1972, se formalizó la reconciliación con Estados Unidos y se permitió al PCC ocupar su asiento en la ONU (organización de la que había sido excluido en 1950).

Los años que siguieron a la muerte de Mao, en 1976, presenciaron un nuevo cambio de dirección en la medida en que el PCC trató de legitimarse de nuevo a los ojos de una población cada vez más desencantada fomentando políticas que potenciaran la estabilidad y la prosperidad económica. Durante

las dos décadas siguientes se desmanteló una gran parte del legado maoísta a través de una serie de reformas económicas y políticas que minimizaban la importancia de las campañas ideológicas masivas, introducían elementos de una economía de mercado a la vez que relajaban los controles estatales, desmantelaban las colectividades rurales, otorgaban un mayor papel al elitismo académico en la educación, aspiraban a la profesionalización del partido y el ejército, alentaban las inversiones del mundo capitalista —y el establecimiento de vínculos más amplios con él—, revitalizaban instituciones políticas hasta entonces moribundas y permitían una participación política más extensa por medio de elecciones y consultas locales con institutos de investigaciones políticas y «grupos de expertos» semioñciales. Irónicamente, sin embargo, la década de 1980 presenció también el intento más ambicioso de intrusión del estado en la vida de las personas con la puesta en práctica de la política del hijo único, destinada a limitar el crecimiento demográfico.

En cualquier caso, el proceso de reforma posmaoísta no ha sido un proceso tranquilo. La exigencia de una mayor responsabilidad del estado, del fin de la corrupción y de unas reformas democráticas más amplias animaron las protestas populares de 1979, 1986 y —la más dramática de todas— 1989 (cuando las manifestaciones de estudiantes fueron brutalmente reprimidas por el ejército). El propio partido ha realizado campañas controladas contra lo que percibe como «tendencias insanas» del «individualismo burgués» y la «contaminación espiritual» en 1983, 1986, 1989, y, más recientemente (en julio de 1999), contra la superstición religiosa. Durante una gran parte de la década de 1980 los reformistas y conservadores del partido se enfrentaron por la cuestión del ritmo y el alcance de las reformas del mercado; en 1977, en vísperas del decimoquinto congreso nacional del partido, todavía se expresaba la oposición a dichas reformas.

Las propias reformas han engendrado serios problemas. Mientras que un estudio realizado en la década de 1980 sobre el proceso de reforma (Harding, 1987) subrayaba la «liberalización» que subyacía a dichas reformas (por ejemplo, en cuanto otorgaba una mayor autonomía frente al estado) y afirmaba que la disyuntiva para el futuro sería simplemente la de cómo llegar a la mezcla más adecuada «de plan y mercado, de consulta y control políticos, de espíritu empresarial individual y propiedad estatal» (*ibíd*.: 303), otros análisis más recientes de los acontecimientos contemporáneos (por ejemplo, Gittings, 1996; Miles, 1996) han tendido a hacer más hincapié en las

crecientes desigualdades económicas (entre las regiones costeras, más desarrolladas, y el interior rural; entre el sur y el norte, y también dentro de las propias regiones), las tensiones y conflictos sociales (el desempleo urbano, el malestar rural, las enormes oleadas de emigraciones campesinas incontroladas a las ciudades, los crecientes índices de delincuencia) y la corrupción masiva que las reformas han traído consigo. El partido se enfrenta también a continuos disturbios étnicos entre los pueblos «minoritarios» (especialmente en el Tibet, Mongolia Interior y Xinjiang), exacerbados por el fuerte nacionalismo de la mayoría étnica *han* que el propio PCC ha alentado (directa o indirectamente) en un intento de reforzar su legitimidad resaltando sus credenciales patrióticas. Irónicamente, eso ha significado que, mientras el partido ha despotricado regularmente contra el resurgimiento de las «supersticiones y prácticas feudales» que ha traído consigo el relajamiento de los controles estatales (por ejemplo, sociedades secretas, cultos religiosos, adivinos, ceremonias funerarias y matrimoniales extravagantes), él mismo se ha asociado a las tradiciones del pasado, elogiando, por ejemplo, el vigoroso gobierno de los emperadores fuertes en la historia china y los ideales confucianos de la armonía, la adecuada deferencia y la piedad filial. De hecho, el partido, con su falaz uso del patriotismo y su manipulación de la tradición, desde finales de la década de 1980 ha abierto una caja de Pandora de la que ha surgido toda una gama de discordantes discursos y angustiadas introspecciones entre los intelectuales acerca de qué es exactamente lo que constituye la «identidad» china.

Los múltiples problemas e incertidumbres que han surgido durante el proceso de reforma han llevado a un observador (Miles, 1996: 4, 310-311) a señalar que, pese al logro de un crecimiento fenomenal y de la libertad económica, el país se halla en un «creciente desorden, profundamente inseguro de sí mismo», un panorama que hace a China menos estable hoy de lo que lo era en la década de 1980. Otro comentarista se muestra escéptico frente a la posibilidad de que el desarrollo económico de las regiones costeras sea el motor de la prosperidad de toda la nación, afirmando que «lo más probable es que el conjunto del país se convierta, en mucho mayor escala, en otro país del Tercer Mundo, donde se oponga la ciudad al campo, la riqueza a la privación, y las maravillas tecnológicas enmascaren profundos males sociales» (Gittings, 1996: 282). La visión más pesimista de los acontecimientos contemporáneos, redactada a raíz de las brutales medidas

empleadas contra las manifestaciones estudiantiles en 1989 (Jenner, 1992), compara el régimen actual con el de la moribunda dinastía Qing a comienzos del siglo XX, considerándolos a ambos «irreformables». Se describe al PCC como una fuerza conservadora, dispuesta únicamente a realizar aquellos cambios que resulten esenciales para su propia supervivencia.

Todo esto aparenta ser lo menos parecido a la predicción realizada por Liang Qichao (1873-1929) a comienzos del siglo XX. A finales de 1901, Liang, un destacado reformista y pionero del periodismo político, escribió en uno de sus artículos que China se convertiría en una de las tres superpotencias del siglo (junto con Rusia y Estados Unidos). Para Liang, la nueva centuria traería una China nueva y moderna, cuya magnificencia superaría incluso a la de Europa en el siglo anterior (Tang, 1996: 48). No obstante, en ciertos aspectos la predicción de Liang sí se ha cumplido parcialmente. De ser un decadente régimen monárquico acosado por las potencias imperialistas a finales del siglo XIX, y de ser un país económica y socialmente devastado en 1949, tras los años de la invasión extranjera y la guerra civil, en la década de 1990 China, según algunos observadores, se acercaba a la categoría de una superpotencia económica. Las cifras oficiales chinas indicaban que el producto interior bruto (PIB) se había cuadruplicado entre 1978 y 1994, convirtiendo a la economía china en la de más rápido crecimiento de todo el mundo durante ese período, si bien, paradójicamente, en lo que se refiere a infraestructura, bienestar y educación, salarios rurales, productividad y problemas medioambientales, el país seguía ostentando el distintivo de una nación «en vías de desarrollo» (Hunter y Sexton, 1999: 3, 68). El índice medio de crecimiento del PIB entre 1993 y 1997 fue del 11 % (un 7,3 % por encima de la media mundial) (CQ, junio 1998: 461), mientras que las cifras de principios de 1999 sugerían un más que respetable aumento del PIB del 7,8 % para 1998 a pesar de la crisis económica que ese año afectó a una gran parte de Asia (CQ, marzo 1999: 259). En 1993-1996, China se convirtió en el primer país productor del mundo de algodón, cereales, carbón y aparatos de televisión, y en 1996 pasó a ser también el primer productor de acero (CQ, junio 1998: 461). Ese mismo año, el Banco Mundial predijo que la «Gran China» (término que se aplica a la China continental, Hong Kong —la colonia británica restituida a China en 1997— y Taiwan —a donde se retiró el gobierno nacionalista de Chiang Kai-shek en 1949 para establecer la República de China—) pronto constituiría la mayor economía del mundo

(Miles, 1996: 261).

En lo que se refiere al comercio exterior, los cambios han sido aún más impresionantes. Desde las reformas que, en 1978, inauguraron la política de «puertas abiertas», el comercio exterior (especialmente con Occidente y Japón) ha asumido un mayor papel en la economía china. En 1997, el 36,1 % del PIB de China procedía del comercio exterior, frente al 9,8 % de 1979 (CQ, marzo 1999: 264), y el valor de su comercio de mercancías ese mismo año situaba a China como el décimo país del mundo en volumen comercial (CQ, junio 1998: 461). Desde la reconciliación de China con Estados Unidos en 1972, y especialmente desde la formalización de las relaciones diplomáticas en 1978, el comercio chino-norteamericano ha prosperado especialmente, totalizando 49.000 millones de dólares en 1997 (veinte veces más que en 1979). En ese mismo año China se convirtió en el cuarto socio comercial de Washington en volumen de negocio, mientras que Estados Unidos pasaba a ocupar el segundo puesto (después de Japón) entre los socios comerciales de China (CQ, septiembre 1998: 718-719). Y, lo que quizás resulta más significativo, la balanza comercial se inclina a favor de China; así, en 1994 el déficit comercial de Washington con China se elevaba a 29.000 millones de dólares (Miles, 1996: 6), que en 1998 se habían incrementado a 57.000 millones de dólares (FEER, 22-4-1999).

También políticamente la República Popular China ha emergido como una potencia significativa en Asia, rivalizando con Estados Unidos y Japón, una evolución facilitada por la desintegración de la Unión Soviética en 1991. Otro incentivo para el sentimiento de orgullo de Pekín fue el retorno, en 1997, de la colonia británica de Hong Kong (cedida por la dinastía Qing en 1842, tras la guerra del

Opio); en diciembre de 1999 se alcanzaba un acuerdo para que la colonia portuguesa de Macao (cuya situación se remontaba a la década de 1950) se restituyera también al control chino. Sin embargo, al iniciarse el nuevo milenio, las relaciones de China con sus vecinos y con Estados Unidos se caracterizan tanto por las tensiones e incertidumbres persistentes como por la interacción positiva. Por una parte, Pekín ha encontrado lo que se ha denominado una «asociación estratégica» tanto con Rusia como con Estados Unidos (en 1996 y 1997, respectivamente); aunque sigue insistiendo en que Taiwan es una «provincia rebelde» que a la larga debe retornar al control de la China continental, en los últimos años Pekín ha permitido un enorme

incremento de los vínculos económicos (tanto en términos de comercio como de inversión desde el exterior) además de aprobar el diálogo a través de organizaciones semiofíciales; y durante la crisis económica asiática de finales de la década de 1990 China ganó un considerable prestigio entre sus vecinos como fuerza estabilizadora en dicha área geográfica (por ejemplo, al no devaluar su moneda). Por otra parte, China está enzarzada en disputas territoriales en torno a las islas Spratly (en el mar de la China Meridional) con Japón, Vietnam, Malaysia y las Filipinas, y en torno a las islas Diaoyu (Senkaku; al noreste de Taiwan) con Japón; aunque Japón es el principal socio comercial de China, la cuestión de la culpabilidad de la guerra chino-japonesa sigue siendo una cuestión delicada, así como la oposición de Pekín al acuerdo de defensa firmado en 1997 entre Japón y Estados Unidos; los recientes acontecimientos de Taiwan (por ejemplo, la elección en el año 2000 de un presidente no perteneciente al Guomindang, Chen Shuibian, cuyo partido —el Partido Demócrata Progresista— está más abierto a la posibilidad de una declaración formal de independencia de Taiwan) han sido estridentemente condenados por el gobierno chino y los funcionarios del partido como una amenaza a su «política de una sola China» (es decir, de Taiwan como parte inseparable de China), una política que, paradójicamente, el gobierno del Guomindang había suscrito a partir de 1949 precisamente por su misma pretensión de representar a la «verdadera» República China; y las relaciones chino-norteamericanas continúan enzarzadas en recriminaciones mutuas, con las críticas a la violación de los derechos humanos en China y las acusaciones de espionaje nuclear contrarrestadas por la acusación de Pekín de que Estados Unidos trata de utilizar a organizaciones como la ONU y la OTAN (el caso más reciente, en Kosovo) para afirmar su papel hegemónico en el mundo.

Si, siguiendo la opinión de un reciente análisis de la historia moderna de China (Spence, 1999a: 728), una combinación de políticas económicas pragmáticas y aparente apertura ideológica constituye un buen augurio para el mantenimiento de la estabilidad en el futuro, o si el gobierno del PCC «se desploma» como hizo el de la Unión Soviética, sigue siendo una cuestión discutible a comienzos del siglo XXI. Sin embargo, en tanto se trata del mayor de los últimos estados comunistas del mundo (los otros son Vietnam, Corea del Norte y Cuba), que, de una forma u otra, ejercerá una influencia creciente en la economía mundial, las continuidades, disyuntivas y turbulencias de la

historia de China en el siglo XX exigen nuestra atención y nuestra comprensión.

Capítulo 1:
EL FIN DE LA MONARQUÍA IMPERIAL

> Toda la nación se inclina ahora hacia […] una forma republicana de gobierno […] Al observar la naturaleza de las aspiraciones del pueblo averiguamos la voluntad del Cielo […] Reconocemos los signos de la época, y hemos comprobado la tendencia de la opinión popular; y ahora, con el emperador a nuestro lado, investimos a la nación de la soberanía popular, y decretamos el establecimiento de un gobierno constitucional sobre una base republicana [citado en Irons, 1983: 35].

Así, la dinastía Qing, que había gobernado China desde 1644, desapareció de la escena cuando la regente, la emperatriz viuda Longyu, anunció oficialmente la abdicación de la dinastía en febrero de 1912, en nombre del emperador Puyi, que entonces tenía seis años de edad. La caída de la dinastía Qing había sido presagiada el anterior mes de octubre, cuando un motín militar en Wuchang (provincia de Hubei) había desencadenado rápidamente revueltas antidinásticas y maniobras políticas en el centro y sur de China. A partir de entonces China se convirtió oficialmente en una república, señalando así el final de una tradición imperial cuyo origen se remontaba al siglo ni a. C. y que había otorgado enormes poderes a los emperadores. Sin embargo, y a diferencia de las revoluciones inglesa, francesa y rusa, no hubo ejecuciones entre la realeza. Al ex emperador y su familia más próxima se les permitió seguir residiendo en la Ciudad Prohibida, donde estaba situado el palacio imperial, y el nuevo gobierno republicano les proporcionó un subsidio anual.

Diversos estudios recientes (por ejemplo, Rawski, 1996, 1998; Crossley, 1997) han contribuido sobremanera a comprender de manera más detallada y compleja la dinastía Qing, que desapareció de forma tan ignominiosa en 1912. Al mismo tiempo, un creciente corpus de obras datadas a partir de finales de la década de 1960 (por ejemplo, Wright, 1968; Bastid, 1980; Schoppa, 1982;

Duara, 1988; Bailey, 1990; Thompson, 1995) han puesto de relieve los cambios políticos, sociales y culturales a largo plazo realizados durante las últimas décadas de la dinastía (y que trascendieron a la desaparición de la propia dinastía), durante mucho tiempo enmascarados por el aparente fracaso de ésta a la hora de afrontar los desafíos internos y externos planteados durante el siglo XIX y por su intento finalmente abortado, a partir de 1900, de fortalecer los fundamentos del gobierno dinástico a través de una serie de reformas.

El imperio Qing

La dinastía Qing fue una de las más fructíferas de China. Sus gobernantes eran manchúes, originariamente una serie de tribus de cazadores seminómadas conocidas como jurchen, que con el tiempo pasaron a dedicarse a la agricultura y al comercio de larga distancia en lo que actualmente es el noreste de China (más allá de la Gran Muralla que tradicionalmente había separado China de sus vecinos). Bajo el capacitado liderazgo de Nurgaci (1559-1626), estas tribus nororientales se unieron en una formidable fuerza de combate. Los partidarios de Nurgaci y sus familias se encuadraban en ocho Banderas (cada una de ellas bajo la dirección de uno de los hijos de Nurgaci), que servían para proporcionar reclutas para las campañas de Nurgaci además de realizar tareas administrativas como los censos de la población; más tarde, en la década de 1630 y principios de la de 1640, se crearon otras dieciséis Banderas que incorporaron a seguidores tanto mongoles como chinos (estos últimos reclutados entre las tropas chinas estacionadas en la región fronteriza nororiental). En un intento de vincular sus ambiciones a los logros de sus antepasados jurchen, en 1616 Nurgaci se nombró a sí mismo emperador de los Ultimos Jin (en 1122-1234 los jurchen habían establecido una dinastía en el norte de China conocida como Jin), y en 1625 creó una capital en Mukden (la actual Shenyang, en la provincia de Liaoning). Durante el reinado de Abahai (1592-1643), las tribus jurchen fueron rebautizadas como manchúes, y en 1636 se adoptó el nuevo título dinástico de Qing (literalmente, «puro»). Mientras se realizaban incursiones aún más audaces a través de la frontera con China, Abahai fue creando poco a poco una administración civil en su capital, que, modelada según las prácticas chinas, empleaba también a prisioneros chinos.

La reinante dinastía Ming (1368-1644) estaba poco preparada para hacer

frente a la creciente amenaza manchú en su frontera nororiental. Una sucesión de emperadores débiles e indecisos, la corrupción y las luchas entre facciones en el seno de la burocracia, y el creciente malestar campesino como consecuencia del hambre y los onerosos tributos, habían debilitado gravemente a la dinastía. Cuando una rebelión campesina a gran escala, encabezada por Li Zi— cheng, dio como resultado la toma de Pekín en 1644 y el suicidio del emperador Ming, los manchúes aprovecharon la oportunidad y entraron en China prometiendo restaurar la paz y la estabilidad. Con la ayuda de los comandantes militares chinos, alarmados ante el desorden y la anarquía en Pekín y en otros lugares, los manchúes derrotaron a Li Zicheng y proclamaron el reinado de los Qing sobre toda China. Sin embargo, hasta varias décadas después los Qing no lograrían finalmente consolidar su dominio sobre el conjunto del país: la resistencia leal a los Ming persistió en el sur hasta 1662, y en la isla de Taiwan hasta 1683 (cuando ésta fue incorporada a la provincia de Fujian).

En el establecimiento inicial de su dominio, los gobernantes Qing se mostraron a la vez duros y acomodaticios. Sus súbditos chinos, por ejemplo, se vieron obligados a adoptar el peinado manchú (con la frente afeitada y el pelo recogido en una larga trenza, o coleta, en la parte de atrás). La población china y la «elite conquistadora» (que incluía a manchúes, mongoles y chinos «abanderados», es decir, los que militaban bajo cada una de las Banderas del ejército) se hallaban estrictamente segregadas, y las guarniciones de las Banderas, que albergaban a los abanderados y sus familias, estaban situadas en zonas estratégicas clave para mantener el control militar; se suponía que los abanderados no participaban en el comercio local (se mantenían gracias a estipendios pagados por el gobierno), mientras se desaconsejaban los matrimonios entre manchúes y chinos. A mediados del siglo XIX, sin embargo, la mayoría de las guarniciones eran meros «campamentos mantenidos en un nivel de subsistencia» (Crossley, 1990: 120). Los estipendios de los abanderados se fueron reduciendo progresivamente, y a partir de la década de 1860 los residentes de las guarniciones podían solicitar al gobierno su incorporación a oficios tales como la carpintería y la tejeduría. En vísperas de la revolución de 1911, sólo uno de cada veinte abanderados registrados seguía tratando de mantenerse como soldado (*ibíd*.: 148). Curiosamente, los primeros gobernantes Qing también trataron de evitar la emigración china a las fértiles regiones agrícolas del noreste (que consideraban su patria

ancestral); a finales del siglo XIX, la población y las presiones migratorias acabarían haciendo tal prohibición prácticamente superflua.

Al mismo tiempo, al insistir en que ellos eran los legítimos herederos de la dinastía Ming y prometer que gobernarían de acuerdo con las normas y prácticas de gobierno chinas, los soberanos Qing fueron ganando poco a poco la aceptación de las élites autóctonas.

En particular se garantizó la continuidad del estatus de la clase de los funcionarios-eruditos. Esta clase derivaba su prestigio del éxito en los exámenes de la administración pública (que se remontaban a la dinastía Song, en 960-1279), los cuales se basaban en textos clásicos asociados a la filosofía de Confucio (551-479 a. C.) y sus seguidores, y se utilizaban para reclutar a los miembros de la burocracia del gobierno. En un sentido más amplio, estos aristócratas-eruditos se percibían a sí mismos como los guardianes ilustrados y morales de la tradición confuciana, que hacía hincapié en la importancia del gobierno humanitario, la educación, el decoro social y ritual, el respeto por el pasado y los propios ancestros, y la piedad filial. Los Qing prometieron mantener la ortodoxia confuciana y en 1646 restauraron los exámenes de la administración pública, a la vez que patrocinaban obras literarias a gran escala y aprobaban el establecimiento de academias confucianas (.*shuyuan*). Esta asimilación de la clase de los aristócratas-eruditos fue paralela al empleo de chinos en los puestos burocráticos. En la capital, por ejemplo, cada una de las seis juntas administrativas se hallaba bajo la dirección conjunta de un chino y un manchú. Con la evolución de la dinastía, los puestos de gobernador (a cargo de una provincia) y de gobernador general (a cargo de dos o más provincias) pasaron a ser desempeñados principalmente por chinos, o por abanderados chinos, mientras que los puestos de funcionarios locales (como el de magistrado de distrito) fueron monopolizados íntegramente por chinos.

Bajo el reinado de tres destacados emperadores —Kangxi (r. 1661-1722), Yongzheng (r. 1723-1735) y Qianlong (r. 1735-1796)— los Qing iniciaron un período de estabilidad y prosperidad económica que duró la mayor parte del sigloxviii. La agricultura alcanzó probablemente su grado más elevado de desarrollo con la introducción de nuevos cultivos comestibles (como la batata, el maíz y el sorgo) y comerciales (como el algodón, el té, el tabaco y la caña de azúcar), que cubrieron las necesidades de una población en rápido crecimiento y contribuyeron a la expansión de las redes comerciales y de una

sofisticada cultura urbana (especialmente en el delta del Yangzi). Tras un período, durante el reinado de Kangxi, en el que se había prohibido el comercio costero (debido a temores relacionados con la seguridad en una época en la que los partidarios de los Ming seguían activos a lo largo de la costa meridional), el siglo XVIII presenció un floreciente comercio marítimo que abastecía la creciente demanda occidental de productos de artesanía china (como, por ejemplo, porcelana o trabajos de lacado) y de té; se ha calculado que la mitad de la plata importada a Europa desde México y Sudamérica entre finales del siglo XVI y comienzos del XIX se utilizó para adquirir dichos productos (Gernet, 1996: 487). Asimismo, durante todo el siglo XVIII los juncos comerciales chinos mantuvieron una ubicua presencia en el sureste de Asia. La pasión suscitada entre las elites europeas durante la primera mitad del siglo XVIII por los objetos de arte, los muebles y los diseños de jardín chinos (todo ello conocido como arte *chinesco*) vino acompañada de exaltados elogios al gobierno racional y humanitario de China por parte de notables sabios como Voltaire, profundamente influenciados por el tono positivo de las cartas e informes enviados desde China por los misioneros jesuítas que habían viajado hasta allí a finales del siglo XVI y que durante el reinado de Kangxi habían trabajado en la corte como astrónomos y cartógrafos.

Durante el reinado de Qianlong, el control Qing se amplió a Mongolia, el Tibet y el Turkestán (que en 1884 se convertiría en la provincia de Xinjiang), mientas que los reinos vecinos como Corea, Vietnam, Nepal y Siam reconocieron la superioridad política y cultural del imperio Qing enviando regularmente misiones «tributarias» a la corte. En el apogeo de su extensión territorial, en 1760, el imperio Qing era, pues, uno de los mayores y más refinados del mundo (junto con los imperios otomano y mogol).

Como señala un reciente estudio (Crossley, 1997: 8-10), es un error pensar en los Qing simplemente como en una «dinastía» china o, siquiera, manchú, dado que tal noción enmascara las complejidades políticas y culturales del gobierno Qing. En realidad, los Qing presidieron un imperio pluralista y multiétnico en el que las personas que hablaban lenguas no chinas y se adherían a religiones distintas se hallaban en pie de igualdad con los chinos étnicos, o *han* (Rawski, 1998: 1-8). Por otra parte, convencionalmente se explicaba el éxito Qing en términos de una supuesta «sinización», es decir, que se percibía que las dinastías conquistadoras no chinas que en diferentes

ocasiones a lo largo de la historia habían gobernado parte de China —o toda ella— habían adoptado las formas y prácticas de gobierno chinas, y habían sido absorbidas por la cultura china, una cultura «superior». Sin embargo, el reciente acceso a diversas fuentes documentales revela que los soberanos Qing no se consideraban a sí mismos chinos, sino que, más bien, a través de sus instituciones y rituales estatales aspiraban a preservar una identidad cultural diferenciada (Rawski, 1996, 1998), aunque habría que señalar que el surgimiento de una identidad y una cultura manchúes estuvo inextricablemente unido al desarrollo de un estado manchú en la década de 1630, bajo el liderazgo de Abahai, y el intento de Qianlong en el siglo XVIII de estandarizar la lengua y los registros genealógicos manchúes (Crossley, 1990: 5-7; 1994: 340-378; 1997: 6-8).

En realidad, la razón del éxito Qing hay que buscarla en la capacidad de los gobernantes de esta dinastía para llegar a sus distintos grupos étnicos y religiosos de partidarios. Por una parte, por ejemplo, se presentaban como gobernantes confucianos modélicos con el fin de ganarse la aceptación de las elites de funcionarios-eruditos chinos. Emperadores como Kangxi emplearon a tutores confucianos chinos, promulgaron edictos llamando al cumplimiento de los valores confucianos ortodoxos (como la armonía familiar, la piedad filial y el respeto por la educación), y, en sintonía con el mandato confuciano de que los soberanos debían prestar atención al sustento del pueblo, en 1712 fijaron las tasas de la contribución territorial. Asimismo, y dentro de China propiamente dicha, los gobernantes Qing aprobaron una «misión civilizadora» confuciana entre las minorías indígenas de las provincias suroccidentales y centrales (Rowe, 1994). Por otra parte, los gobernantes Qing patrocinaron y promovieron el budismo lamaísta, practicado tanto en el Tibet como en Mongolia; el emperador Qianlong incluso se retrataba a sí mismo como el modelo de emperador budista (*cakravartin*), cuyas acciones en nombre de Buda impulsarían al mundo hacia la siguiente etapa en la salvación universal.

Desafíos internos y externos en el siglo XIX

A principios del siglo XIX el imperio Qing se enfrentó a una serie de graves problemas internos. Los últimos años del reinado de Qianlong vinieron marcados por la complacencia y la corrupción en todos los niveles de la burocracia. Esto llevó, por ejemplo, a la malversación de fondos del gobierno destinados al mantenimiento de obras públicas como canales y diques de

irrigación, lo que exacerbó sobremanera los desastres naturales de la sequía y las inundaciones, que en China habían sido siempre frecuentes (Wakeman, 1975: 102-106; Mann Jones y Kuhn, 1978). Asimismo, desde que se fijaron las tasas de la contribución territorial (recaudando sólo las cuotas provinciales cuando se registraban nuevas tierras, algo que en la práctica raras veces se hacía), los gastos destinados al gobierno local, como los salarios para los magistrados de distrito, tradicionalmente mal remunerados, se compensaron mediante recargos «consuetudinarios», a menudo impuestos arbitrariamente y que tendían a incrementarse con el tiempo, añadiéndose así a las cargas de un campesinado ya de por sí bastante apurado.

Por otra parte, la paz y la estabilidad del siglo xvni habían dado como resultado un enorme incremento de la población, que superaba, con mucho, la cantidad de tierra cultivable. Generalmente se acepta que la población se duplicó durante el transcurso del sigloxviii, pasando de alrededor de 150 millones a más de 350 millones de personas; a mediados del siglo XIX esta cifra había aumentado a 430 millones. En comparación, la población europea aumentó de 144 millones en 1750 a 193 millones en 1800 (Ho, 1959: 270; Hucker, 1975: 330; Gernet, 1996: 488). La competencia por los recursos de la tierra provocó un violento conflicto entre los recién llegados colonos chinos y las minorías indígenas en provincias como Guizhou, Sichuan y Hunan. A finales del siglo XVIII y principios del XIX estallaron una serie de revueltas que vaciaron las arcas del gobierno (ya considerablemente mermadas por las expediciones militares del emperador Qianlong a Birmania, Nepal y Vietnam) y revelaron la ineficacia de las Banderas militares, acostumbradas desde hacía tiempo a la paz interior. La más graves de todas fue la rebelión del Loto Blanco (el Loto Blanco era una milenaria secta laica budista), que afectó a las provincias de Sichuan, Shanxi y Hubei entre 1804 y 1805. Dado que las Banderas resultaron ineficaces a la hora de aplastar la rebelión, la corte Qing se vio obligada a comprometer su monopolio militar apoyándose en milicias organizadas por la aristocracia local.

Los problemas de la dinastía Qing se vieron complicados por la aparición de una amenaza nueva y potencialmente mucho más peligrosa, la de un Occidente en expansión que exigía agresivamente privilegios comerciales y de explotación. Aunque los comerciantes portugueses y españoles habían aparecido en la costa meridional de China ya en los siglos XVI y xvn, sólo a principios del XIX los comerciantes occidentales (especialmente británicos)

empezarían a llegar en gran número. Desde mediados del sigloxviiila corte Qing había restringido el comercio marítimo al puerto de Cantón (provincia de Guangdong), debido más a la preocupación por las cuestiones de seguridad y al deseo de mantener una estricta supervisión oficial que a una oposición al comercio en sí. En 1792-1793 se envió una misión diplomática británica encabezada por Lord Macartney a la corte de Qianlong, con el propósito de obtener una ampliación del comercio y el fin de las restricciones al comercio ya permitido en Cantón. Dado que las peticiones de Macartney fueron rechazadas de plano, convencionalmente se ha descrito este encuentro como un choque entre una China inmóvil, autosuficiente y culturalmente arrogante, y una nueva potencia en auge que representaba los ideales modernos y dinámicos del progreso industrial y el libre comercio (Peyrefitte, 1993). Otros estudios recientes (Waley-Cohen, 1993; Hevia, 1995) han señalado, sin embargo, que los soberanos Qing no eran necesariamente ciegos a los beneficios de la tecnología occidental (lo que evidenciaba su utilización de los conocimientos de los jesuítas en cartografía, en astronomía e incluso en la fundición de cañones); por otra parte, la actitud de Qianlong frente a la misión de Macartney y sus peticiones estuvo tan condicionada por las consideraciones políticas internas (es decir, la necesidad de mantener la credibilidad Qing entre la elite de eruditos confucianos) como por el hecho de que Macartney no observara el protocolo apropiado. En cierto sentido, resultaría más apropiado ver el encuentro como un choque entre dos imperios en expansión, cada uno de ellos con pretensiones de universalismo.

MAPA 2. *La penetración extranjera durante el siglo XIX*. Fuente: R. Keith Schoppa, *The Columbia Guide to Modern Chinese History*, Columbia University Press, Nueva York, 2000.

La enérgica «apertura» de China se inició con la guerra del Opio, en 1840-1842, causada por la agresiva respuesta británica a los intentos de los funcionarios chinos de erradicar el lucrativo negocio del opio, en el que participaban los comerciantes británicos. El posterior Tratado de Nankín (1842) cedía la isla de Hong Kong a Gran Bretaña, abría cinco «puertos francos»[2] (Cantón, Shanghai, Ningbo, Fuzhou y Xiamen) al comercio británico sin restricciones, permitiendo también la residencia de los ingleses, y obligaba a la corte Qing a pagar una importante indemnización. Un tratado complementario, establecido un año después, fijaba los derechos de importación en una media del 5% *ad valorem*, permitía a los cañoneros británicos atracar en los puertos francos, otorgaba a los residentes ingleses el privilegio de la extraterritorialidad (es decir, que únicamente estaban sujetos a la jurisdicción de sus propios cónsules), e incluía una «cláusula de nación más favorecida», obligando al gobierno Qing a garantizar que cualquier futura concesión económica otorgada a una sola potencia extranjera se habría de hacer extensiva a todas las demás. Estados Unidos y Francia firmaron tratados similares en 1844. Aunque a comienzos del siglo XX los nacionalistas chinos habrían de condenar estos y otros tratados posteriores como «desiguales» (debido a que se impusieron por la fuerza, se inmiscuían en la soberanía china y otorgaban derechos y concesiones que no eran recíprocos), es importante señalar que en 1842 la corte Qing no los contemplaba desde esta perspectiva, racionalizándolos como mecanismos orientados a restringir la actividad occidental a unos pocos puertos en los que los extranjeros disfrutaban del privilegio, generosamente concedido, de comerciar.

Sin embargo, la presencia occidental siguió creciendo durante todo el siglo XIX. Como resultado de nuevas hostilidades con Gran Bretaña y Francia entre 1856 y 1860, la corte Qing se vio obligada a otorgar más concesiones; se abrieron nuevos puertos francos, se concedió el derecho a navegar tierra adentro por el Yangzi, se permitió a los misioneros viajar, hacer prosélitos y poseer tierras en el interior (así como disfrutar del privilegio de la extraterritorialidad), y se establecieron legaciones extranjeras permanentes en la capital. Anteriormente, en 1853, cuando la agitación de la rebelión Taiping (véase más adelante) amenazaba con hundir a Shanghai y afectaba a los intereses económicos occidentales en la zona, las potencias occidentales se habían apoderado de la administración del servicio aduanero marítimo; esa práctica se extendió luego, en la década de 1860, a los demás puertos francos.

Por otra parte, en una serie de puertos francos las potencias lograron delimitar áreas «de concesión» en las que ejercían la jurisdicción legal y controlaban la administración local. Las mayores de estas áreas de concesión eran el Asentamiento Internacional (bajo control británico) y la Concesión Francesa en Shanghai (Feuerwerker, 1983fo).

Mientras tanto, los Qing hubieron de luchar con una serie de rebeliones internas a mediados del siglo XIX, la más seria de las cuales fue la rebelión Taiping (1850-1864). Encabezada por Hong Xiuquan (1814-1864), que procedía de un grupo étnico minoritario del sur de China conocido como los hakkas (descendientes de los colonos chinos que habían emigrado desde el norte a partir del siglo XII) y que había establecido contacto con misioneros protestantes en Cantón, la rebelión forjó una ideología que fusionaba la doctrina cristiana con los ideales utópicos tradicionales chinos. Basándose inicialmente en el apoyo de la comunidad hakkas, pronto se unieron al movimiento millones de campesinos sin tierra, artesanos desempleados y obreros del transporte. Hong propugnaba el derrocamiento de la dinastía extranjera Qing, y en 1853 había logrado establecer en Nankin la capital del *Taiping Tianguo* (Reino Celeste de la Gran Paz). La incapacidad de las Banderas Qing para sofocar la rebelión obligó a la corte a confiar en milicias armadas regionales organizadas y dirigidas por la elite de funcionarios-eruditos chinos, que veían en la propaganda anticonfuciana y en los ideales igualitarios del movimiento Taiping una amenaza al orden moral y social (Kuhn, 1978). En su calidad de poderosos funcionarios provinciales, a los comandantes de las milicias se les permitió apropiarse de las rentas del gobierno central e, incluso, imponer nuevos tributos para financiar sus ejércitos. Aunque en cierto sentido este hecho significó una relajación del control central, no fue en absoluto presagio de un avance del nacionalismo. Los funcionarios provinciales que mandaban las milicias que finalmente derrotaron al movimiento Taiping en 1864 se consideraban a sí mismos, y seguían siendo, leales sirvientes del trono (se podría señalar en este sentido que el más prominente de dichos funcionarios, Zeng Guofan, disolvió su milicia, conocida como el Ejército Humano, poco después de sofocar la rebelión); además, la corte conservó el poder de nombrar, trasladar y destituir a los funcionarios provinciales hasta 1911.

En respuesta a la amenaza planteada por las revueltas internas —además de la rebelión Taiping, los Qing hubieron de enfrentarse a una revuelta de

campesinos-bandidos errantes conocidos como Nian, entre 1851 y 1868, en la zona septentrional central de China, y a una rebelión musulmana en el noroeste, entre 1862 y 1873— y las continuas presiones externas, varios funcionarios de la corte y provinciales (muchos de los cuales habían participado en la represión de la rebelión Taiping) promovieron diversas medidas institucionales y militares (conocidas como «autofortalecimiento») con el propósito de revigorizar el orden sociopolítico y apuntalar las defensas del país. Así, además de prestar atención a la necesidad de llevar a la práctica los ideales tradicionales del gobierno confuciano (especialmente en las áreas devastadas por la rebelión), reduciendo las cargas tributarias territoriales, asegurando la eficacia de las obras públicas e insistiendo en la probidad moral del funcionariado, la corte Qing aprobó en 1861 el establecimiento de un proto-Ministerio de Asuntos Exteriores (el Zongli Yamen), destinado específicamente a tratar con las potencias occidentales, la apertura de escuelas de lenguas extranjeras en Shanghai (1862) y Cantón (1864), y la construcción de arsenales en Shanghai, Nankín y Tianjin para fabricar armamento de tipo occidental, así como la de un astillero naval (con una escuela de formación adscrita) en Fuzhou, en 1866. Más tarde se abrieron sendas academias —una militar y una naval—, en Tianjin (1885) yenNankín (1890).

Durante las décadas de 1870 y 1880, el alcance de este movimiento de «autofortalecimiento» se amplió aún más con la creación de modernas empresas supervisadas por funcionarios y dirigidas por comerciantes, como la Compañía Naviera China de Mercantes de Vapor, en 1872; esta empresa, que se beneficiaba de subvenciones oficiales y de la protección burocrática, aspiraba concretamente a competir con las líneas de barcos de vapor extranjeras que en aquella época monopolizaban el comercio costero. Funcionarios como Li Hongzhang (1823-1901), comandante clave de una de las milicias que lucharon contra el movimiento Taiping y posteriormente gobernador generad de la provincia metropolitana de Zhili, entre 1870 y 1895, subrayaban la importancia del desarrollo económico y defendían la explotación de los recursos minerales, la construcción de ferrocarriles y la creación de industrias de fabricación. La moderna actividad minera del carbón se inició en 1876; la primera línea telegráfica se estableció en 1879, uniendo Tianjin con la costa; el primer ferrocarril empezó a funcionar en 1881, partiendo de la mina de carbón de Kaiping (abierta en 1877), en el norte de China, y la Fábrica de Tejidos de Algodón de Shanghai inició su producción

de hilos y tejidos fabricados a máquina en 1882.

Al mismo tiempo, la década de 1870 presenció un cambio significativo en la percepción oficial de los chinos que habían emigrado al sureste de Asia y a las Américas. En contraste con las anteriores actitudes oficiales, que habían comparado a los chinos establecidos en el extranjero con rebeldes, piratas y traidores que habían abandonado el abrazo de la civilización china, en la década de 1870 los funcionarios Qing manifestaron una preocupación creciente por la situación de sus compatriotas, especialmente la de los jornaleros reclutados por los occidentales en los puertos francos para trabajar (vinculados por contratos que les obligaban a hacerlo durante un período de tiempo determinado a cambio del pasaje) en las minas y plantaciones del sureste de Asia, las Indias Occidentales británicas, la Cuba española, Australia y California. Una investigación realizada en 1873-1874 por los Qing de las condiciones de vida de los jornaleros chinos que trabajaban en Cuba llevó a la firma de un tratado con España en 1877 y al establecimiento de un consulado chino en La Habana. La necesidad de proteger los intereses de los emigrantes chinos fue también un factor importante en la creación de la primera misión diplomática china permanente en Estados Unidos (en 1878) y la posterior apertura de consulados en San Francisco y Nueva York. Asimismo, se establecieron embajadas chinas en Gran Bretaña (1877), Japón (1878) y Rusia (1879).

Las derrotas militares chinas a manos de Francia en 1885 (en una guerra en la que se disputaba la influencia en Vietnam), y, especialmente, a manos de Japón diez años después, que consolidó la hegemonía japonesa en Corea, se suelen citar como una prueba dramática del fracaso del «autofortalecimiento». En general, éste se había visto obstaculizado por su carácter descoordinado y por la falta de planificación a largo plazo. Así, por ejemplo, cada proyecto se iniciaba y dirigía por unos pocos funcionarios provinciales que en cualquier momento podían ser trasladados como resultado de las rivalidades entre facciones en la corte; dichos proyectos resultaban también vulnerables a los caprichos de un sistema fiscal ineficaz. Además, la emperatriz viuda Cixi (que había asumido la regencia en nombre de su sobrino, el emperador Guangxu, tras la muerte de su propio hijo, el emperador Tongzhi, en 1875), sensible en todo momento a las advertencias de los funcionarios conservadores en el sentido de que el «autofortalecimiento» podía minar el orden tradicional confuciano, se debatía con frecuencia entre el apoyo al cambio y la defensa

del *statu quo*. Un estudio pionero sobre las décadas de 1860 y 1870 (Wright, 1957) sostenía que los esfuerzos de «autofortalecimiento» estaban en última instancia condenados al fracaso porque las necesidades de la modernización se hallaban fundamentalmente reñidas con los presupuestos y las prácticas confucianos (los cuales, se decía, tenían una noción limitada del cambio y menospreciaban la actividad comercial, el comercio exterior y la maquinaria moderna).

Los estudios realizados a partir de la década de 1970 se han alejado de este presupuesto determinista de que el confucianismo y la modernización eran incompatibles, señalando que hubo otros factores, como el impacto del imperialismo occidental o la debilidad estructural de la economía, que afectaron al resultado final del «autofortalecimiento», o bien cuestionando el punto de vista de que el confucianismo representaba un corpus de pensamiento estático y homogéneo (Bailey, 1998: 4-13). Diversos estudios recientes, asimismo, se muestran menos preocupados por la cuestión de por qué el movimiento «fracasó» que por analizar los cambios a más largo plazo en el pensamiento reformista, el desarrollo comercial y la construcción del estado moderno durante la segunda mitad del siglo XIX.

Crisis y reforma en la década de 1890

La década de 1890 representa un punto de inflexión clave en la evolución del pensamiento reformista, un proceso que había *anticipado* el impacto occidental desde la década de 1840 en adelante. A comienzos del siglo XIX, por ejemplo, los eruditos asociados a la Escuela de Política Práctica (*jingshi*) propusieron una serie de reformas administrativas e insistieron en que se juzgara al gobierno por su utilidad y eficacia (Pong, 1994: 16). En las décadas de 1860 y 1870, la preocupación por la creciente presencia occidental en China animó a los eruditos y funcionarios a utilizar, en sus propuestas de reforma, términos como *shouhui liquan* (recuperación de los derechos económicos) y *shangzhan* (guerra comercial), que aludían a la necesidad de que China compitiera con Occidente por la obtención de beneficios económicos y desarrollara la industria y el comercio para apartar los intereses económicos extranjeros. Algunos historiadores (Sigel, 1976, 1992; Pong, 1985) sugieren que esto representaba los inicios de un nacionalismo económico o comercial, que anticipaba el nacionalismo de carácter más

amplio que se desarrollaría en los primeros años del siglo XX, cuando las elites aristocráticas, los comerciantes y los estudiantes denunciaron la falta de ecuanimidad del sistema de tratados desiguales, los privilegios económicos extranjeros y el trato sufrido por sus compatriotas emigrados fuera del país (Iriye, 1967; Wright, 1968; Sigel, 1985). Este nacionalismo comercial quedaba muy bien ilustrado en los escritos de Ma Jianzhong (1845-1900), un reformista católico chino que estudió en Francia a finales de la década de 1870 y más tarde se convirtió en consejero de Li Hongzhang. Ma defendía el aumento de las exportaciones, el desarrollo de líneas de ferrocarril y la explotación de los recursos minerales para poder recuperar los «derechos económicos» de China y permitir a los comerciantes chinos competir vigorosamente con las empresas occidentales; también fue el primero en proponer la creación de un servicio diplomático profesionalmente formado para aumentar el prestigio de China en el extranjero (Bailey, 1998).

Otros pensadores de mente reformista como Feng Guifen (1809-1874) propugnaron, a partir de la década de 1860, una mayor participación de las elites locales en la administración de sus propias áreas (Kuhn, 1975), mientras que aun otros, como Wang Tao (1828-1897), el primer erudito chino que pasó un largo período en Europa (entre 1868 y 1870), llamaban la atención sobre las virtudes de las instituciones de gobierno y las prácticas occidentales a la hora de armonizar los intereses de los gobernantes y el pueblo (Cohen, 1974). A principios de la década de 1890, varios textos reformistas aludían positivamente a las asambleas representativas y parlamentos de Occidente, además de plantear dudas sobre lo adecuado de unos presupuestos tradicionales que apuntalaban la cosmovisión «sinocéntrica» en la era de los modernos estados-nación (Hao, 1969; HaoyWang, 1980).

Sin embargo, dos acontecimientos ocurridos en la década de 1890 aumentaron dramáticamente la sensación de urgencia que experimentaban los reformistas. El intento de la corte Qing de reafirmar su tradicional influencia en Corea desembocó en un conflicto con Japón en 1894-1895, que concluyó con una humillante derrota. La Paz de Shimonoseki, que puso fin a la guerra, otorgaba a Japón los mismos privilegios de los que disfrutaban en China las potencias occidentales, además de garantizarle el derecho a establecer sus propias fábricas en los puertos francos, cuyos productos estarían exentos de los impuestos internos chinos (debido a la «cláusula de nación más favorecida», este derecho se extendía automáticamente a las demás

potencias). Además, se cedía a Japón la isla de Taiwan (que administrativamente formaba parte de la provincia de Fujian), que seguiría siendo una colonia japonesa hasta el final de la segunda guerra mundial. Se confirmó el dominio japonés en Corea, y en 1910 el país había sido oficialmente anexionado como colonia japonesa. Todo esto representó un profundo choque psicológico para la clase de los funcionarios-eruditos chinos, acostumbrados desde hacía tiempo a ver a Japón, con cierto aire de superioridad, como un respetuoso discípulo de la cultura china, pero al que ahora veían adoptar los modelos occidentales en su programa de modernización y participar en el sistema de tratados impuesto a China por Occidente (Howland, 1996: 1-3). Asimismo, para algunos eruditos la derrota a manos de Japón en 1895 ilustró gráficamente la marginación de China en el mundo: Liang Qichao (1873-1929), uno de los más importantes pensadores de principios del siglo XX, señalaba que la guerra había «despertado a China de un letargo de cuatro mil años» (Yu, 1994: 138).

El otro acontecimiento traumático de la década de 1890 fue la «carrera de concesiones» de 1897-1898, como se denominó a la adquisición de territorios arrendados (en los que se extinguía la soberanía china) a lo largo de la costa de China por parte de las potencias en un intento de incrementar su presencia política y económica y de ganar «esferas de influencia». En aquella época la corte Qing resultaba especialmente vulnerable, ya que las enormes indemnizaciones que le había impuesto la Paz de Shimonoseki le habían obligado a depender de créditos extranjeros; a partir de 1895, las potencias utilizarían cada vez más esa influencia para pedir concesiones ferroviarias y mineras. El proceso se inició en 1897, cuando Alemania, como reacción ante la muerte de dos misioneros alemanes en la provincia de Shandong, forzó a la corte Qing a conceder un arrendamiento por un período de noventa y nueve años del puerto de Qingdao (en la bahía de Jiaozhou) y el área circundante en Shandong. Al mismo tiempo, Alemania obtuvo el derecho a construir tres líneas férreas (una de las cuales iría desde la capital de la provincia, Jinan, hasta Qingdao) y a explotar los recursos minerales de cada una de esas rutas. Con el trasfondo geopolítico de una creciente rivalidad imperialista en el este de Asia, otras potencias siguieron el ejemplo y pidieron también territorios en arriendo y concesiones ferroviarias. Así, Rusia, que ya en 1896 había obtenido el derecho a construir un ferrocarril a través de la Manchuria septentrional (que se conocería como Ferrocarril de China Oriental), obtuvo

un arrendamiento por un período de veinticinco años de la península de Liaodong, en el sur de Manchuria, así como el derecho a construir una rama meridional del ferrocarril (que pasaría a conocerse como Ferrocarril del Sur de Manchuria); Gran Bretaña obtuvo un arrendamiento por un lapso de veinticinco años de Weihaiwei, en la coste del norte de

Shandong, y otro por un período de noventa y nueve años de los Nuevos Territorios, que se añadieron a la península de Kowloon (adquirida por Gran Bretaña en 1860 como parte de la colonia de Hong Kong); y Francia obtuvo el arrendamiento de Guangzhouwan, en la provincia de Guangdong. La adquisición de estos territorios en régimen de arrendamiento vino respaldada por un acuerdo mutuo entre las potencias. A muchos funcionarios y eruditos chinos les pareció que el país estaba a punto de ser «troceado como un melón», y expresaron sus temores de que China se convirtiera en otra Polonia, que en el siglo xvni se había desintegrado a base de particiones.

Un grupo de reformistas radicales asociados a Kang Youwei (1858-1927), un pensador cantonés con una fuerte conciencia de tener una misión moral, iniciaron una campaña de agitación en favor de un cambio radical. Kang había encabezado ya un movimiento de protesta en 1895, cuando él y otros candidatos que habían ido a Pekín a realizar los exámenes para obtener el denominado «título metropolitano» enviaron una petición expresando su consternación por los términos establecidos por la Paz de Shimonoseki e instando a continuar la guerra. La petición subrayaba también la necesidad de reformas fundamentales (Kwong, 1984: 85-91). A finales de la década de 1880 y durante la de 1890, Kang escribió una serie de textos donde se reinterpretaban radicalmente las enseñanzas confucianas con el fin de justificar la reforma política e institucional. Así, por ejemplo, en una obra titulada *Kongzi gaizhi kao* («Confucio como innovador institucional»), completada en 1897-1898, Kang afirmaba que el propio Confucio era un visionario innovador y de ideas avanzadas (antes que un preservador de las tradiciones pasadas), y que habría aprobado entusiásticamente un cambio radical con el fin de «adaptarse a los tiempos» (Chang, 1980: 287-289; Kwong, 1984: 108-111). Citando un comentario algo marginal como un texto confuciano clave, Kang señalaba que Confucio había concebido una evolución progresiva en tres eras, que culminaría en una comunidad mundial utópica (*datong*). Kang identificaba la segunda de las tres eras de Confucio (la «era de la paz que se aproxima», en la que prevalecería la armonía entre

gobernantes y gobernados) con la suya propia, y sostenía que su manifestación política era una monarquía constitucional. En un memorial dirigido al trono a finales de 1897, Kang proponía que todos los asuntos de estado se transfirieran a un parlamento encargado de su deliberación y decisión (Hsiao, 1975: 204). La visión de Kang de la tercera y última era, la «era de la paz universal», se describía en una obra utópica que inició en la década de 1880 y que no se publicaría íntegramente hasta después de su muerte, en 1935 (Thompson, 1958). Reflexionando sobre lo que un historiador ha calificado de profunda y coherente creencia en un «universalismo» moral que trascendía la comunidad nacional (Chang, 1987: 21-65), Kang describía un mundo futuro en el que todas las fronteras nacionales, raciales y de sexos se habrían disuelto; entre sus predicciones concretas se incluían el establecimiento de un gobierno mundial con su propio ejército, la sustitución del matrimonio convencional por «contratos» de un año renovables, la cría de los hijos en instituciones públicas y la fusión física de los pueblos a través del matrimonio interracial (Thompson, 1958).

Algunos de los seguidores de Kang, incluyendo a Liang Qichao, también habían tenido ocasión de propagar ideas radicales en la provincia central de Hunan, en 1897-1898. El gobernador provincial, Chen Baozhen, apoyó una serie de proyectos de modernización como la creación de una Oficina de Minas y la construcción de una línea telegráfica; asimismo, en 1897 aprobó la creación de la Academia de Asuntos Actuales (*shiwu xuetang*), que combinaba los conocimientos chinos y occidentales, y empleó a Liang y a otros reformistas como instructores (Lewis, 1976: 43-56; Chang, 1980: 301-305). La atmósfera radical que rodeaba a la Academia no tardó en despertar los recelos y, luego, la hostilidad de la elite aristocrática local más conservadora. Liang, por ejemplo, promovía el concepto de derechos del pueblo (*minquan*), que se relacionaba con su naciente noción de una comunidad nacional (*chun*, literalmente, «agrupación») caracterizada por el dinamismo colectivo, y que representaba un alejamiento de la cosmovisión confuciana y un ataque a la jerarquía social (Chang, 1971: 98-107). Anteriormente, Liang había sugerido ya que las escuelas y asociaciones de estudio podían constituir ámbitos de discusión pública y, por tanto, actuar como precursores institucionales de las asambleas y parlamentos. Curiosamente, en esa ocasión (inmediatamente después de que Qingdao pasara a manos alemanas) Liang sugería también que Hunan debía declararse

temporalmente «independiente», permitiendo a la provincia desempeñar un papel pionero en la reforma y proporcionar la base de la futura revigorización del país (Esherick, 1976: 15). Tan Sitong (1864-1898), otro pensador radical asociado a Kang Youwei, se hallaba también en Hunan en esa época en una misión oficial. Hijo de un gobernador provincial, en 1897 Tan publicó una obra titulada *Renxue* («Exposición de la benevolencia»), donde se criticaban las jerarquías sociales y de sexo adoptadas por la ortodoxia confuciana y se postulaba un igualitarismo radical que cuestionaba la legitimidad moral de la propia relación entre soberano y súbdito (Chang, 1980: 299-300; Kwong, 1984: 117-121; Chang, 1987: 78-99). Al basarse como lo hacía en ideas budistas, así como en conceptos de la ciencia occidental (y dado que implicaba la posibilidad de comparación entre China y las civilizaciones occidentales), los críticos conservadores percibieron en la visión de Tan un peligroso relativismo cultural.

Para mediados de junio de 1898 la Academia de Asuntos Actuales había sido cerrada, y las enseñanzas de Kang Youwei reprimidas en toda la provincia, irónicamente en una época en la que el movimiento reformista estaba empezando a despegar en la capital. Una de las consecuencias a largo plazo del abortado movimiento reformista de Hunan fue una escisión entre la elite aristocrática. La alienación que sentían quienes habían apoyado la reforma radical (como los estudiantes de la Academia de Asuntos Actuales) se apresuraron a buscar nuevas vías de instigar el cambio, incluyendo la acción militante en alianza con las sociedades secretas tradicionales (Lewei, 1976: 87, 97; Esherick, 1976: 21-32), una táctica que sería adoptada por Sun Yat-sen en su movimiento revolucionario antidinástico (véase más adelante). Mientras tanto, la elite aristocrática más conservadora de la provincia iba a implicarse de manera creciente en un limitado programa de modernización destinado a potenciar su influencia política y económica (Lewis, 1976: 68-69; Esherick, 1976: 18-19).

Durante un breve período del verano de 1898 (conocido como «los Cien Días»), Kang Youwei y sus seguidores pudieron acceder directamente al emperador Guangxu, que había asumido el gobierno personalmente en 1889 tras la regencia de su tía, la emperatriz viuda Cixi. En 1898 Kang redactó tres memoriales, que, a diferencia de los que había elaborado anteriormente, llegaron a manos del emperador en persona. En ellos Kang urgía al emperador Guangxu a tomar medidas resueltas para emular los esfuerzos en la

construcción de la nación realizados por Pedro el Grande en la Rusia del sigloxviii(Price, 1974: 45), así como los del emperador Meiji en Japón a partir de 1868, y proponía abiertamente la convocatoria de una asamblea nacional y la creación de una Oficina de Reorganización Gubernamental encargada de preparar los anteproyectos de la reforma administrativa (Chang, 1980: 323). El 11 de junio, el emperador Guangxu promulgó un edicto declarando su decisión de poner remedio a la debilidad de la dinastía, y el 16 de junio Kang Youwei tuvo su primera audiencia personal con el emperador. Se ha dicho que el sentimiento de impotencia de Guangxu bajo la anterior tutela de Cixi pudo haber alimentado cierta impulsividad en su comportamiento, y que la posibilidad de enmendar los desastres de 1895 y 1897-1898 hizo al emperador particularmente susceptible a las propuestas de Kang (Kwong, 1984: 49-53, 58). A pesar de ocupar un cargo oficial menor en la capital tras haber obtenido recientemente el título metropolitano, a Kang no se le había dado un puesto especial en el Zongli Yamen que le permitiera enviar memoriales directamente al emperador. Las semanas siguientes, el trono promulgó una avalancha de edictos impulsando la creación de una asamblea deliberativa, la abolición de las sinecuras en la burocracia, la introducción de un sistema escolar moderno que incorporara la enseñanza de materias «occidentales» y el establecimiento de oficinas de comercio e industria destinadas a fomentar la innovación y la empresa (Chang, 1980: 285-287; Spence, 1982: 18-21: Kwong, 1984: 169-171). A principios de septiembre, Tan Sitong y otros tres reformistas habían sido nombrados secretarios del Gran Consejo.

La causa de la reforma también se promovió en las asociaciones de estudio dirigidas por la aristocracia (*xuehui*) que surgieron en la década de 1890 (una de las cuales fue la Sociedad para el Autofortalecimiento, de Kang Youwei, en 1895) y que ponían de manifiesto el creciente activismo público de las elites aristocráticas locales iniciado inmediatamente después de la rebelión Taiping, cuando éstas habían establecido y dirigido oficinas semioficiales que ayudaban a la administración local y supervisaban las medidas de asistencia social y de rehabilitación (Rankin, 1986; Rowe, 1989). Estas asociaciones de estudio —de las que se calcula que entre 1895 y 1898 hubo setenta y seis— constituían un nuevo tipo de asociación voluntaria destinada a movilizar el patriotismo de las elites y a difundir las nuevas ideas del saber occidental y la reforma social (Chang, 1980: 332-333). Dicho activismo de la aristocracia se haría aún más marcado a partir de 1900.

Significativamente, también, este período presenció los inicios de la prensa política. Durante la mayor parte del siglo XIX, el nuevo tipo de prensa periódica (opuesta a las tradicionales gacetas publicadas por la corte, principalmente para informar a los funcionarios de los edictos imperiales) había sido monopolizada por extranjeros residentes en los puertos francos, y estaba destinada a favorecer sus intereses religiosos y comerciales; incluso los primeros periódicos editados en chino (de propiedad extrajera) tendían a ser resúmenes de noticias comerciales y navieras. Los primeros periódicos políticos del nuevo estilo aspiraban a fomentar el «autofortalecimiento» nacional y a informar a un público más amplio que los publicados por la Sociedad para el Autofortalecimiento de Kang; entre 1895 y 1898 aparecieron aproximadamente sesenta de dichos periódicos, muchos de ellos publicados fuera de los centros de dominio extranjero. El número de periódicos aumentó de 100, a finales de la década de 1890, a más de 700, en 1911 (Judge, 1996: 20-23), anticipando de ese modo el *boom* de la era del Cuatro de Mayo (véase el capítulo 2). En palabras de un reciente estudio, esta prensa política, liderada por «empresarios culturales» que se veían a sí mismos como mediadores entre el gobierno y el pueblo, constituía un «nuevo ámbito intermedio» de discusión y debate que aspiraba, por una parte, a halagar y hacer presión sobre el funcionariado en la causa de la reforma, y, por la otra, a presentar nuevos conceptos políticos y sociales (centrándose en la nación, el poder popular y la opinión pública) ante una audiencia más amplia (*íbid*.).

Sin embargo, los reformistas de la corte se hallaban constantemente en minoría —a pesar de que un reciente estudio ha señalado que varios funcionarios manchúes inicialmente simpatizaban con la reforma (Crossley, 1990: 167-174)—, y a Kang Youwei en particular se le consideraba un erudito advenedizo que trataba de socavar el confucianismo ortodoxo. Una reacción conservadora hostil alentada por la emperatriz viuda obligó al desafortunado emperador Guangxu a promulgar un edicto, el 21 de septiembre, «pidiendo» a Cixi que supervisara los asuntos de gobierno; esto marcó el retorno de Cixi al gobierno activo tras su «retiro» en 1889 y el final efectivo del movimiento de reforma de los Cien Días (Kwong, 1984: 211). A ello siguió pronto la detención y ejecución de varios reformistas (incluyendo a Tan Sitong), si bien Kang Youwei y Liang Qichao escaparon y finalmente hallaron refugio en Japón, donde continuaron encabezando un movimiento «para proteger al emperador» (*baohuang*) y llamar la atención sobre la ilegitimidad del

gobierno de Cixi (*ibíd*.: 15-16). El propio Guangxu fue sometido en la práctica a un «arresto domiciliario» en la Ciudad Prohibida, y no volvió a desempeñar ningún papel público hasta su muerte, acaecida en 1908 (irónicamente, un día antes que la de la emperatriz viuda). Muchos de los edictos reformistas fueron anulados, aunque hubo una innovación que sobrevivió: en 1898 la corte había aprobado el establecimiento de un Colegio Imperial basado en el modelo de las universidades occidentales (una idea inicialmente propuesta en 1895). A partir de 1912, éste se transformaría en la Universidad de Pekín (*Beida*), que llegaría a convertirse en una de las principales instituciones de enseñanza superior del país.

El movimiento reformista de 1898, aunque efímero, marcó una etapa significativa en la moderna historia de China; si bien un estudio ha señalado que el papel y la influencia del propio Kang Youwei se exageraron en gran medida tanto por parte del propio Kang como de sus seguidores en los años posteriores (Kwong, 1984: 101, 196- 200, 228). A diferencia de quienes propugnaron el «autofortalecimiento» en las décadas de 1870 y 1880, los propósitos de los reformistas de 1898 se habían centrado en cambiar la naturaleza de la propia burocracia (y, al menos en lo que se refiere a Kang Youwei, en alentar un papel más activo por parte del emperador), antes que en poner en práctica los cambios a través de los canales burocráticos existentes (Howard, 1969: 7-8). En un sentido más amplio, la década de 1890 puso también de manifiesto el desencanto respecto a las instituciones establecidas, introdujo los conceptos de gobierno representativo y soberanía popular, y engendró un nuevo periodismo (*ibíd*.: 14). Además, un historiador señala que, al acudir a las ideas occidentales relativas al derecho y a las relaciones internacionales, y al hacer hincapié en la importancia de proteger los derechos de China como nación soberana, Kang Youwei y sus seguidores introdujeron un nuevo enfoque de los asuntos internacionales (a través, por ejemplo, del establecimiento de instituciones que regularan o evitaran futuras intrusiones económicas), calificado de «política exterior nacionalista» (Schrecker, 1969: 43-53). Esta perspectiva difería de los anteriores planteamientos que, o bien aspiraban a ejercer cierto control sobre la actividad exterior en China (enfrentando a las potencias entre sí, u otorgando un papel a los extranjeros en la administración, como en el Servicio Aduanero Marítimo), o bien rechazaban completamente cualquier innovación occidental (con la excepción, quizás, de la esfera de la tecnología militar) en aras de preservar

un modo de vida confuciano «puro» (*ibíd*.).

La rebelión de los bóxers

Con la emperatriz viuda y sus intransigentes partidarios conservadores controlando la política de la corte, en 1900 se tomó la desastrosa decisión de apoyar las actividades de los bóxers (*yihequan*), grupos de campesinos que practicaban artes marciales, rituales de invulnerabilidad y de posesiones espirituales masivas, y que se oponían a la presencia extranjera en China. Este fenómeno se había originado en la región noroccidental de la provincia de Shandong, en la primavera de 1898, y posteriormente se propagó a la provincia metropolitana de Zhili. Aunque anteriores análisis de los orígenes de los bóxers (basados en las observaciones de algunos funcionarios chinos contemporáneos) hacían hincapié en los vínculos del movimiento con una tradición sectaria secular, diversos estudios más recientes (Esherick, 1987; Cohen, 1997) han subrayado sus raíces concretamente en la cultura popular de la llanura del norte de China y el contexto sociopolítico en el que surgió y se expandió.

La provincia de Shandong era una región agraria notoriamente pobre, vulnerable a desastres naturales como la sequía y las inundaciones (en agosto de 1898, por ejemplo, el Río Amarillo se desbordó, provocando la inundación de casi 8.000 kilómetros cuadrados de tierras de cultivo en la parte noroccidental de la provincia) (Esherick, 1987: 179). Fue también una zona afectada indirectamente por la guerra chino-japonesa de 1894-1895: por una parte, se retiraron las tropas de la provincia para luchar en el frente más al norte, dejando, así, un peligroso vacío en el interior; por otra, una vez acabada la guerra, la desmovilización hizo que muchas de esas mismas tropas se unieran a una población «flotante» cada vez más inestable. La apertura de Yantai, en la costa de Shandong, como puerto franco en 1862 había dejado expuestas también algunas áreas de la provincia a la competencia de importaciones extranjeras como la de hilos de algodón, que afectó negativamente a la hilandería artesana (*ibíd*.: 69-70).

Asimismo, y quizás de manera más significativa, Shandong presenció una actividad misionera católica cada vez más agresiva en la década de 1890. Los privilegios obtenidos por los misioneros como resultado de los tratados impuestos a los Qing por Gran Bretaña y Francia en 1858 y 1860 (el derecho

a poseer tierras y a hacer prosélitos en el interior, y el disfrute de la extraterritorialidad) habían provocado fricciones constantes en la medida en que los misioneros se apropiaban de la tierra y destruían los templos nativos para construir iglesias, y polarizaban las comunidades rurales utilizando su influencia (respaldada a menudo con la amenaza de la fuerza) para apoyar y proteger a sus conversos en las disputas con los no cristianos, además de alentarles a que desistieran de participar en fiestas y ritos comunitarios «idólatras» (Litzinger, 1996: 41-52). En su labor educativa y caritativa, los misioneros competían asimismo directamente con —y provocaban la hostilidad de— las elites locales, acostumbradas desde hacía tiempo a participar en tales ámbitos de la vida pública (en 1899, los misioneros católicos obtuvieron también el derecho a que se les concediera la categoría de funcionarios chinos, y, por tanto, podían presentarse como «iguales» ante los funcionarios provinciales y locales).

Los católicos alemanes de Shandong (que establecieron una nueva misión allí en 1880) eran especialmente activos, ya que tanto ellos como, consecuentemente, el propio gobierno alemán estaban ansiosos por disputar el control monopolista de Francia sobre la actividad católica en China (que incluía el papel de único protector de todos los misioneros católicos) obtenido mediante el tratado de 1860 (Schrecker, 1971: 11-13). En 1895-1896, un grupo conocido como la Sociedad de las Grandes Espadas (*dadao hui*), originariamente una organización de autoprotección dirigida por terratenientes y campesinos ricos que cooperaba con los funcionarios locales en la represión del bandidaje, participó activamente en diversos ataques a los cristianos chinos locales en el suroeste de Shandong (Esherick, 1987: 86-122). Del mismo modo que en otras partes de China el conflicto entre conversos y población local se originó a menudo en disputas seculares (Sweeten, 1996: 31-36), estos ataques tenían que ver tanto con disputas territoriales (por ejemplo, los arrendatarios podían convertirse para poder negarse a pagar el arrendamiento) o con el hecho de que los bandidos solían declararse católicos para escapar a la represión, como con la hostilidad a los cristianos chinos como tales. Sin embargo, fue en esta región donde murieron asesinados dos misioneros alemanes en noviembre de 1897, lo que proporcionó al gobierno alemán el pretexto para exigir la cesión del arrendamiento de Jiaozhou (es interesante observar, no obstante, que en 1896 la Armada Imperial alemana había señalado la bahía de Jiaozhou como un

área adecuada para la ocupación) (Schrecker, 1971:23-31).

Dado que el grupo de las Grandes Espadas se hallaba bajo el control de la elite terrateniente, que mantenía estrechos vínculos con el funcionariado local, cuando se tomó la decisión de suprimir sus actividades (debido a la presión extranjera) sus miembros se dispersaron fácilmente. El conflicto entre chinos cristianos y no cristianos, sin embargo, estalló también en el noroeste de la provincia, en 1898. Fue allí donde surgió un grupo originariamente conocido como Boxeadores[3] del Espíritu (*shenquan*); a diferencia de los Grandes Espadas, que afirmaban ser invulnerables a las balas gracias a las técnicas de las artes marciales y otros rituales, los Boxeadores del Espíritu pretendían poseer tal invulnerabilidad merced a una forma de posesión espiritual masiva (*jiangshen futî*), por la cual los individuos eran poseídos por dioses surgidos de la ópera popular (como el Rey Mono). En cierto sentido, los Boxeadores se veían a sí mismos como si representaran las virtuosas y heroicas batallas de los dioses contra las fuerzas del mal que tan frecuentemente se describían en las mencionadas óperas populares. A mediados de 1899, los Boxeadores del Espíritu habían cambiado su nombre por el de Boxeadores Unidos en la Virtud (*yihequan*) y habían adoptado el eslógan *fuqing mieyang* («apoya a los Qing y destruye a los extranjeros»). Dado que las aldeas de esta región se hallaban menos cohesionadas y carecían de una fuerte presencia de terratenientes/aristócratas (que facilitaba la difusión de creencias y prácticas heterodoxas, y que en Shandong tradicionalmente había sido generalizada) (Esherick, 1987: 38-46), estos grupos de Boxeadores, o bóxers, resultaban menos receptivos al control oficial; diversos intentos anteriores del gobernador provincial de enrolarles en milicias locales habían fracasado, y, aunque algunos de sus líderes originarios fueron ejecutados a finales de 1899, pronto surgieron nuevos líderes y el movimiento siguió expandiéndose. Paradójicamente, logró expandirse con facilidad y rapidez debido a que carecía de una estructura jerárquica rígidamente organizada, debido a que, en teoría, cualquiera podía experimentar una posesión espiritual. Esherick (*ibíd*.: 63-67) ha afirmado también que, precisamente porque muchas de las prácticas heterodoxas de los bóxers tenían sus raíces en la cultura popular del norte de China, éstas podían ser aceptadas por un gran número de campesinos, facilitando así la difusión del movimiento.

Una típica unidad bóxer comprendía de 25 a 100 individuos de una aldea, que practicaban sus artes marciales y otros rituales en un «círculo de boxeo»

(*quanchang*), situado invariablemente cerca del emplazamiento de las ferias del templo y los mercados de la aldea, y donde se representaban las óperas populares. Dado que las aldeas del noroeste de Shandong daban cobijo a una considerable población flotante, estos grupos itinerantes solían establecer campos de boxeo al regresar a sus lugares de origen. Cada unidad estaba dirigida por un Discípulo Hermano Mayor (*da shixiong*), pero en las unidades de los bóxers no había una jerarquía establecida. Curiosamente, en la primavera de 1900 también se habían incorporado al movimiento muchachas adolescentes solteras. Conocidas como los Faroles Rojos (*hongdengzhao*), formaban destacamentos independientes, y, debido a sus poderes mágicos (podían caminar sobre las aguas y volar por los aires, además de provocar incendios), ayudaban a los bóxers aparentemente reuniendo información sobre los extranjeros y destruyendo sus edificios (Esherick, 1987: 231-232; Cohen, 1997: 39, 127-141). Sin embargo, el hecho de que el fracaso de la magia bóxer (como la invulnerabilidad a las balas) se atribuyera a menudo a la influencia «contaminante» de los cristianos chinos y de las mujeres extranjeras ilustra claramente la persistencia de las tradicionales inquietudes masculinas respecto a los efectos de los supuestos poderes de las mujeres.

A principios de 1900, los grupos bóxers se habían difundido hacia el norte, en la provincia metropolitana de Zhili, y en mayo de ese mismo año habían empezado a atacar las líneas ferroviarias Pekín-Baoding y Pekín-Tianjin. En su mayoría estaban integrados por campesinos pobres itinerantes, especialmente hombres jóvenes que se habían quedado sin trabajo a consecuencia de la reciente sequía en el norte (Esherick, 1987: 235-236; Cohen, 1997: 34-35, 68-77). En una atmósfera de temor, inquietud y recelo, los bóxers afirmaron que la sequía era una manifestación de la ira de los dioses por la influencia extranjera generalizada y su socava de las costumbres y creencias autóctonas (Elvin, 1996: 206-211); a principios de 1900, un misionero anotaba que un panfleto bóxer declaraba:

> En nombre de las religiones católica y protestante, los dioses budistas están oprimidos y los sabios apartados a un lado […] La ira del Cielo y la Tierra se ha despertado, y, en consecuencia, la lluvia oportuna se ha ocultado de nosotros. Pero el Cielo envía ahora a ocho millones de soldados espirituales a extirpar esas religiones extranjeras, y cuando eso se haya realizado vendrá la lluvia oportuna (Esherick, 1987: 282).

En esta atmósfera, los objetivos de los ataques de los bóxers pronto se ampliaron para incluir no sólo a los misioneros, a los cristianos conversos chinos y a los signos visibles de la presencia extranjera como las iglesias y líneas de ferrocarril —a las que asimismo se condenaba por desestabilizar las fuerzas invisibles que garantizaban la armonía natural del entorno (conocidas como *fengshui*, literalmente «viento y agua»)—, sino también a muchos chinos no cristianos sospechosos de tener algo que ver con los extranjeros. También se convirtieron en estricto tabú los productos y nombres extranjeros.

Se ha situado el movimiento bóxer, de forma muy interesante, en un contexto histórico más amplio, con un estudio (*ibíd*.: 316-317) que lo compara con la resistencia, a finales del siglo XIX, de los sioux lakota (en el territorio septentrional de los dakota, en Estados Unidos) a la expropiación de sus tierras y la matanza de sus rebaños de búfalos por parte del hombre blanco. Como los bóxers, los sioux lakota utilizaban rituales de invulnerabilidad (centrados en la Danza de los Espíritus y vestidos con la camisa de los Espíritus) con el propósito de eliminar una presencia extraña y de restaurar un modo de vida anterior. Otro estudio (Wasserstrom, 1978) compara a los bóxers con los luditas ingleses —tejedores que destruían la moderna maquinaria industrial— de principios del siglo XIX. Los objetivos de los ataques en ambos casos (el cristianismo occidental en el de los bóxers; los telares mecánicos en el de los luditas) se veían como presencias extrañas y perturbadoras, y ambos grupos se consideraban a sí mismos defensores de valores y tradiciones apreciados por sus comunidades locales. Finalmente, y ya en el contexto chino, se han sugerido varios paralelismos entre diversos aspectos del movimiento bóxer y la Revolución Cultural de la década de 1960 (Elvin, 1996: 225-226). En ambos casos, el apoyo inicial de los elementos de las altas esferas resultó decisivo; se conjuraron y se señalaron como objetivos de ataque chivos expiatorios de lo que se percibía como una crisis (en una atmósfera cercana a la histeria); se manifestó la confianza en la determinación de las masas; se invistió a los rituales (en el caso de los bóxers) o a una ideología (en el caso del pensamiento de Mao Zedong en la Revolución Cultural) de cualidades mágicas y de la promesa de alcanzar logros sobrehumanos; las vanguardias de ambos movimientos estuvieron integradas por jóvenes entusiastas; y, finalmente, una vez desatado el movimiento de masas, éste resultó difícil de controlar.

Cuando los ministros extranjeros en Pekín decidieron, en mayo de 1900,

reforzar sus legaciones llamando a las tropas de la costa, y, por tanto, superando el número de guardias permitido para dichas legaciones, Cixi y sus partidarios pasaron a simpatizar cada vez más con los bóxers. En cualquier caso, la anterior ambivalencia que Cixi mostraba en sus instrucciones a los funcionarios en el mes de enero, indicándoles que distinguieran claramente entre practicantes «sinceros» de las artes marciales y bandidos criminales, había dado pie a la continuidad de la actividad bóxer. Cuando las unidades bóxers entraron en el mismo Pekín, en mayo y junio, la tensión aumentó; una fuerza internacional que abandonó Tianjin para dirigirse a Pekín (sin autorización de los Qing) fue atacada y obligada a retirarse tanto por tropas Qing regulares como por bóxers. El 20 de junio las legaciones de Pekín fueron sitiadas, y al día siguiente Cixi promulgó una declaración de guerra contra las potencias. Los bóxers fueron oficialmente alistados en las milicias mandadas por los príncipes manchúes, si bien las relaciones entre los bóxers y las autoridades locales no siempre fueron tranquilas. Sin embargo, un historiador ha citado el intento de la corte de utilizar a las unidades bóxers en su resistencia contra las potencias extranjeras como un ejemplo de «radicalismo conservador», es decir, de fe en el poder de las masas movilizadas (bajo un adecuado control) para superar circunstancias objetivas adversas (en este caso, la superioridad tecnológica de las potencias extranjeras). Irónicamente, «el primer intento de movilización masiva de la moderna historia de China fue, pues, obra de reaccionarios» (Elvin, 1996: 220-221).

Sin embargo, una muestra de la incapacidad de la dinastía para imponer su voluntad al resto del país fue el hecho de que la declaración de guerra no estuviera apoyada por una serie de gobernadores provinciales, especialmente en el sur. Ansiosos por evitar el desorden y la catástrofe militar, gobernadores como Zhang Zhidong (1837-1909), de la región del Yangzi, negociaron acuerdos extraoficiales sobre el terreno con representantes diplomáticos extranjeros que evitaron la difusión del conflicto mediante la protección garantizada a las vidas y propiedades de los extranjeros. También en la provincia de Shandong, donde Yuxian (que se había mostrado relativamente tolerante con los bóxers) había sido reemplazado como gobernador por Yuan Shikai (1859-1916) en diciembre de 1899, se llegó a un acuerdo para evitar la intervención extranjera. De hecho, la estricta prohibición de la actividad bóxer por parte de Yuan había sido uno de los factores que habían contribuido

al desplazamiento de los bóxers hacia Zhili. Sin embargo, la violencia y el desorden con ellos relacionados se propagaron hacia el noreste (Manchuria) y hacia el oeste, a la provincia de Shanxi.

El asedio a las legaciones se levantó finalmente cuando una fuerza expedicionaria aliada de 20.000 hombres (integrada principalmente por tropas japonesas, rusas e indias bajo el mando británico) entró en Pekín a mediados de agosto de 1900. El día antes de que las tropas extranjeras entraran en la ciudad la corte había huido hacia el oeste, a Xian (provincia de Shaanxi), la segunda vez que se veía obligada a hacerlo a consecuencia de una invasión extranjera (la otra había sido en 1860, cuando tropas británicas y francesas habían ocupado Pekín). La humillación de la dinastía parecía completa, y se vería gráficamente confirmada por el Protocolo de los Bóxers, de septiembre de 1901. Una serie de funcionarios, que las potencias consideraban responsables de alentar y apoyar a los bóxers, fueron ejecutados (como Yuxian, ex gobernador de Shandong y actual gobernador de Shanxi, donde habían sido asesinados muchos misioneros junto con sus conversos) o condenados al exilio interior. La corte hubo de enviar también misiones oficiales de disculpa a Alemania y Japón por los asesinatos del embajador ademán y del secretario de la legación japonesa en Pekín a manos de soldados Qing en vísperas del asedio. Se incrementó el número de guardias de las legaciones, y se decidió el estacionamiento de tropas extranjeras entre Pekín y la costa, una franja de territorio que, en la práctica, se convirtió en una zona prohibida para las fuerzas militares Qing. Las potencias exigieron también que las elites aristocráticas locales fueran castigadas, y en algunas zonas los exámenes para la administración pública se pospusieron durante cinco años.

Quizás el aspecto más significativo del Protocolo fue la imposición al gobierno Qing de una enorme indemnización de 450 millones de taels (equivalentes a unos 333 millones de dólares), que se habrían de pagar en 39 plazos anuales junto con un 4 % de interés anual sobre el capital restante. Esta indemnización se dividió entre las potencias según la cantidad de propiedades destruidas y el número de súbditos asesinados de cada una (las principales beneficiarías fueron Rusia, con el 29 %; Alemania, con el 20 %; Francia, con el 15,75 %; Gran Bretaña, con el 11,25 %; Japón, con el 7,7 %, y Estados Unidos, con el 7,3 %). Posteriormente el gobierno estadounidense admitiría que el valor de su reclamación por daños (25 millones de dólares) se había sobrestimado en casi 14 millones de dólares. La diferencia se enviaría en

1908 al gobierno Qing, con instrucciones de que se utilizara para financiar a los estudiantes chinos en Estados Unidos (en las negociaciones sobre su posible uso, los funcionarios Qing habían argumentado que la decisión se había de dejar en manos del propio gobierno Qing) (Hunt, 1972). Washington percibía este uso de los fondos de la indemnización por los bóxers como una forma ideal de potenciar la influencia cultural y económica estadounidense en China, así como de confirmar en las mentes de muchos políticos, educadores y misioneros norteamericanos la idea de que sólo Estados Unidos realizaba una política altruista respecto a China (en contraste con las políticas egoístas de las demás potencias imperiales). Supuestamente esta «relación especial», como vino a considerarse en Estados Unidos, había sido manifestada previamente por las «Notas sobre la política de Puertas Abiertas» que Washington había enviado a las otras potencias en 1899 y 1900. Aunque pedía a las potencias que respetaran la integridad territorial de China, la motivación subyacente a dicha Notas tenía mucho que ver con la necesidad de asegurarse de que ninguna de las potencias utilizara su esfera de influencia en China para obtener beneficios económicos monopolistas a expensas de las otras (Hunt, 1983: 153, 198). También se podría señalar que, a pesar de toda la retórica de la «relación especial», fue precisamente en esa época (a partir de 1882) cuando el gobierno estadounidense, en respuesta a la creciente hostilidad hacia los inmigrantes chinos por parte de los trabajadores blancos (especialmente en California), aprobó una serie de leyes de inmigración draconianas (conocidas como Leyes de Exclusión) destinadas específicamente a eliminar por completo la emigración china a Estados Unidos, y que no se abolirían hasta 1943 (*ibtd*.: 76-94; Tsai, 1983: 67-98).

El impacto de la rebelión de los bóxers tuvo tres consecuencias importantes. En primer lugar, mostró a las potencias los peligros inherentes a las demandas excesivas, mientras que el desorden y el caos que trajo consigo confirmó que el desmembramiento del imperio Qing no era algo que les beneficiara. En segundo término, dado el hecho de que la indemnización por los bóxers representaba cuatro veces los ingresos anuales del gobierno y que los pagos anuales constituirían la quinta parte del presupuesto nacional (Esherick, 1987: 311), a partir de 1901 la dinastía se vio obligada a buscar nuevas fuentes de renta nacional; al hacerlo, contribuyó a iniciar la construcción de un estado moderno (Duara, 1988: 1-2; Cohen, 1997: 55-56). De hecho, dicho esfuerzo formó parte de un programa más amplio de

reformas planteado por la corte en enero de 1901 y destinado a reforzar los fundamentos de la autoridad dinástica tras los desastres de 1900 (entre los que se incluyeron la negativa de los gobernadores generales del sur a obedecer la declaración de guerra de la corte, y el brote de varias revueltas abortadas en el centro y sur de China durante la primavera y el verano, asociadas a reformistas como Kang Youwei y a revolucionarios como Sun Yat-sen). En tercer lugar, la rebelión de los bóxers resultó un choque traumático para la mayor parte de la clase de los aristócratas-eruditos, que vieron en las creencias y rituales bóxers una dramática prueba de la naturaleza esencialmente «atrasada» de las personas normales y corrientes, y de su «supersticiosa» cultura. Lo que se percibió como una necesidad de «reformar» a las masas y de «mejorar» la cultura popular iba a constituir una importante motivación para el apoyo de la aristocracia a la reforma educativa a partir de 1901 (Bailey, 1990: 64-66).

Pero no fue sólo en las mentes de los aristócratas-eruditos donde los bóxers conjuraron imágenes de comportamientos irracionales y anormales. En la lengua inglesa de la época, el «boxerismo» se convirtió en sinónimo de peligrosa xenofobia y «barbarie oriental», y ayudó a perpetuar las estereotipadas imágenes occidentales del «peligro amarillo» que habían arraigado a finales del sigloxdc(con la hostilidad pública en Estados Unidos hacia los inmigrantes chinos), y que persistirían durante todo el siglo XX en la literatura popular y en la cinematografía. Habría que señalar, no obstante, que durante la ocupación extranjera de Pekín (1900-1901) se produjeron considerables saqueos y pillajes. Las fuerzas aliadas (integradas ahora por tropas británicas, francesas, alemanas e italianas) marcharon también sobre las ciudades y aldeas circundantes, ordenando la ejecución de los funcionarios locales y destruyendo las murallas, puertas y templos de las poblaciones. Los misioneros (principalmente británicos y norteamericanos) apoyaron a menudo estas acciones, considerándolas un castigo divino a las muertes de sus colegas y sus familias durante la revuelta. Esta «guerra simbólica», como se la ha calificado (Hevia, 1992), fue un intento deliberado de socavar los símbolos de la soberanía china y de negar las creencias atribuidas a la población autóctona; entre otros ejemplos de tal «guerra simbólica» se incluye el hecho de que las tropas extranjeras atravesaran los sagrados recintos de la Ciudad Prohibida, la eliminación de los tronos imperiales y la acampada de tropas extranjeras en los Templos de la Agricultura y del Cielo (donde

tradicionalmente los emperadores realizaban importantes rituales de legitimación). En muchos aspectos, los relatos de los misioneros contemporáneos, con su gráfica descripción de las atrocidades de los bóxers, el sufrimiento y el sacrificio de los cristianos, y su merecido castigo, contribuyeron a definir en las mentes de su audiencia angloamericana lo que había representado la rebelión bóxer y la naturaleza de la «noble empresa» de Occidente en China (*ibíd*.: 325).

Por la parte china, diversos estudios recientes (Wasserstrom, 1987; Cohen, 1992, 1997) han mostrado cómo las consecuencias simbólicas e historiográficas de los bóxers han constituido durante todo el siglo XX un «terreno de disputa»; según la agenda política y cultural de la época, éstos serían condenados o elogiados. Así, para los intelectuales radicales del Movimiento del Cuatro de Mayo, a finales de la década de 1910, que criticaban la cultura tradicional y fomentaban los beneficios de la ciencia «racional» y de las nociones del individualismo occidental (véase capítulo 2), los bóxers representaron una actitud antiextranjera irracional y supersticiosa, un punto de vista adoptado por el modernizador Guomindang (Partido Nacionalista) en las décadas de 1920 y 1930. Por otra parte, el Partido Comunista Chino, en la década de 1920, adoptó una visión más positiva de los bóxers, considerándolos devotos patriotas y antiimperialistas; esta mitología «heroica» se haría dominante tras el establecimiento de la República Popular China, de gobierno comunista, en 1949, y especialmente durante la Revolución Cultural, a finales de la década de 1960 y principios de la de 1970. Sólo después de la muerte de Mao Zedong, en 1976, tras la cual el PCC iniciaría la reforma del mercado y una interacción más amplia con el mundo capitalista, los bóxers serían denigrados de nuevo como símbolos de atraso e ignorancia (Cohen, 1997: 217-219; 224-234; 261-281).

El crepúsculo de la dinastía Qing: construcción del estado y cambio sociocultural

Con la firma del Protocolo, las fuerzas aliadas finalmente evacuaron Pekín en septiembre de 1901, si bien las tropas rusas que habían entrado por el noreste (Manchuria) tras los disturbios de los bóxers no abandonaron el país hasta 1903. La corte regresó a Pekín desde su exilio interior en enero de 1902, y Cixi, escarmentada, decidió ahora apoyar un programa de reformas políticas, educativas y militares, muchas de las cuales se hacían eco de las

propuestas de los reformistas de 1898 (aunque, quizás, con distintos objetivos). Como ya hemos señalado, en enero de 1901 se había promulgado un edicto imperial, en nombre tanto del emperador Guangxu como de la emperatriz viuda Cixi, lamentando la difícil situación del imperio y prometiendo llevar a cabo reformas institucionales (Bastid, 1988: 3). En el transcurso de los años siguientes se crearon nuevos ministerios como el *Waiwu bu* (Ministerio de Asuntos Exteriores) (Ichiko, 1980: 375); se abolieron los exámenes para la administración pública, que se reemplazaron por un sistema nacional de escuelas modernas; se alentaron los estudios en el extranjero (especialmente en Japón), se inauguró un programa constitucional de cinco años, con el objetivo último de establecer un parlamento nacional, y se dieron los primeros pasos para construir un ejército nacional unificado y bien equipado. Otras reformas menos conocidas emprendidas durante los últimos años de la dinastía incluyeron los primeros intentos de unificar la moneda y los pesos y medidas, de llevar a cabo la centralización financiera y presupuestaria, y de empezar a elaborar sendos códigos civil, penal y comercial nuevos (*ibíd*.: 403-410). Como veremos más adelante, muchas de estas reformas, conocidas como *xinzheng* («nuevas políticas») y destinadas a fortalecer el gobierno dinástico y a asimilar el apoyo de las elites aristocráticas, iban a volverse en contra de la dinastía, y, a la larga, acelerarían su caída.

De no menor importancia, sin embargo, fue el hecho de que la última década de los Qing presenciara considerables cambios socioculturales que trascenderían la desaparición de la monarquía imperial; algunos de dichos cambios eran el resultado de reformas institucionales, mientras que otros representaban una evolución de tendencias que se habían iniciado en la segunda mitad del siglo XIX (Bastid, 1980). Entre estos cambios a largo plazo se incluían el surgimiento de un proletariado industrial, la creciente división de las elites tradicionales y la importancia cada vez mayor del nacionalismo, manifestada por el aumento de la sensibilidad entre un público cada vez más numeroso frente a las injerencias o los agravios a la soberanía nacional.

Aunque los primeros obreros industriales modernos de China fueron los empleados por los extranjeros en los talleres de reparaciones y el mantenimiento de los astilleros en los puertos francos (y en Hong Kong) a partir de 1840, así como los empleados en los arsenales, astilleros y minas establecidos por los funcionarios encargados del «autofortalecimiento» entre

las décadas de 1860 y 1880, de hecho no se produjo un incremento sustancial de la mano de obra industrial hasta después de la guerra chino-japonesa de 1894-1895. Ello se debió al hecho de que la paz de Shimonoseki, que ponía fin a la guerra, además de conceder a Japón privilegios de los que ya gozaban las demás potencias imperiales, le otorgaba el derecho a establecer empresas de fabricación en los puertos francos (un derecho que, en virtud de la «cláusula de nación más favorecida», se extendió automáticamente a las demás potencias imperiales). Será en estas modernas factorías de propiedad extranjera, así como en las posteriores empresas chinas establecidas en los puertos francos (especialmente en Shanghai), donde se pueden detectar los comienzos de un proletariado industrial. En conjunto, el número de obreros aumentó de 100.000 en 1894 a 661.000 en 1912 (Bastid, 1980: 572); integrado en su mayoría por trabajadores no cualificados, de origen rural reciente y dividido por sus vínculos con sus lugares de origen, este proletariado seguía constituyendo sólo una pequeña proporción de la población obrera total (quizás alrededor del 1 %). A pesar de ello, entre 1900 y 1910 tuvieron lugar 47 huelgas (36 de ellas en Shanghai), principalmente como protesta contra los bajos salarios y el carácter arbitrario del sistema de contratación, en virtud del cual los trabajadores eran reclutados por —y pasaban a depender de— «patronos» locales empleados por las fábricas (*ibtd*.: 574); asimismo, a finales de la década de 1910 y durante toda la de 1920 los obreros industriales participaron cada vez más en la militancia sindical y los movimientos políticos.

Así como la transformación de las condiciones económicas contribuyó al surgimiento de un proletariado naciente, del mismo modo produjo también divisiones en el seno de la elite aristocrática tradicional, en la medida en que una parte de ésta adoptó una orientación cada vez más urbana y funcionalmente diferenciada, dedicándose plenamente a empresas modernas antes que a buscar (o a conservar) cargos burocráticos (Rankin y Esherick, 1990: 335-336). Algunos historiadores se han referido a dicho grupo como a una nueva clase «híbrida» de comerciantes-aristócratas o «aristocracia comercial» (Bastid, 1980: 557; Bastid, 1988: 15-17) y en realidad el término *shenshang* («comerciante-aristócrata») se había hecho bastante común a finales del siglo XIX, si bien en algunas regiones comercialmente más desarrolladas la fusión social y cultural de las elites comerciantes y aristocráticas se había dado ya a finales del XVIII (Rankin y Esherick, 1990:

331). Esta aristocracia comercial no sólo invertía en empresas modernas y las gestionaba, sino que también participaba activamente en las nuevas cámaras de comercio aprobadas por la corte en 1904. Al mismo tiempo, las reformas llevadas a cabo por la dinastía tuvieron dos consecuencias a largo plazo. En primer lugar, erosionaron el monopolio que tradicionalmente ostentaban los funcionarios-eruditos confucianos en la medida en que el comercio, la carrera militar y la educación moderna se convirtieron en canales alternativos para adquirir prestigio y lograr movilidad social. En segundo término, estimularon aún más la actividad pública de las elites aristocráticas, que ya se había hecho especialmente evidente en la segunda mitad del siglo XIX; durante la última década de la dinastía Qing, esta aristocracia activa incrementaría su papel público en los ámbitos local, provincial e, incluso, nacional.

El incipiente nacionalismo económico que algunos historiadores han percibido como el fundamento de muchos de los proyectos y propuestas de «autofortalecimiento» durante la segunda mitad del siglo XIX (véase más atrás) se hizo más generalizado en los últimos años de la dinastía, en la medida en que un número cada vez mayor de funcionarios, aristócratas, comerciantes y estudiantes mostraron una creciente sensibilidad a las cuestiones relacionadas con la soberanía nacional y asumieron el derecho a opinar sobre los asuntos de política exterior. Esto se hizo manifiesto de varias formas. La aristocracia y los comerciantes, por ejemplo, hicieron campaña en favor del retorno de las concesiones mineras y ferroviarias otorgadas a inversores extranjeros, en lo que pasó a conocerse como Movimiento por la Recuperación de Derechos (Wright, 1968; Chan, 1977: 127-132). Entre 1895 y 1913 se fundaron 549 empresas fabriles y mineras privadas y semipúblicas de propiedad china (238 de ellas en el período 1905-1908) (Esherick, 1976: 70-71). En este esfuerzo, la aristocracia y los comerciantes contaron con el apoyo de los gobernadores provinciales, cuya administración incluía ahora oficinas de asuntos exteriores, minas y ferrocarriles. Uno de los más poderosos funcionarios provinciales de los primeros años del siglo XX fue Zhang Zhidong, partidario de lo que un historiador ha calificado de «nacionalismo burocrático» (Bays, 1978: 3). Fundador de modernas empresas (como herrerías e industrias textiles) en las décadas de 1880 y 1890, Zhang, en su calidad de gobernador general de Hunan y Hubei, obtuvo en 1904-1905 el apoyo de la aristocracia y los comerciantes para recuperar los derechos de concesión para construir el ferrocarril Cantón-Hankou, originariamente

cedidos a la Sociedad de Explotación Chino-Americana, pero que habían caído en manos de un grupo belga y sus socios franceses y rusos; dado que este mismo grupo tenía la concesión para construir el resto del ferrocarril, desde Hankou hasta Pekín, Zhang temía un potencial monopolio extranjero de las comunicaciones norte-sur (*ibíd*.: 166). En junio de 1905 Zhang había logrado rescatar la concesión (aunque sólo gracias a la ayuda de un crédito del gobierno de Hong Kong), un logro que se ha calificado de victoria de la soberanía china (*ibíd*.: 176-177). Aunque muchas de esas empresas basadas en el «rescate de derechos» posteriormente fracasaron o cayeron en manos extrajeras a partir de 1910, sería el intento por parte de la dinastía, en mayo de 1911, de apoderarse (con ayuda de un crédito extranjero) del resto de las compañías ferroviarias provinciales fundadas a raíz del Movimiento por la Recuperación de Derechos, lo que desencadenaría la revolución.

En Shandong, los funcionarios lograron entorpecer los esfuerzos de Alemania para utilizar el territorio arrendado de Qingdao, así como las concesiones ferroviarias y mineras otorgadas en 1898, para expandir su influencia política y económica en la provincia (Schrecker, 1971: 140-191). Así, se conservó el control chino de las instalaciones postales y telegráficas a lo largo del ferrocarril Qingdao-Jinan, y en 1911 se aboliría el monopolio minero alemán en la zona del ferrocarril. El gobierno Qing intentó también, aunque sin éxito, reducir la influencia japonesa en Manchuria invitando a participar a Estados Unidos en el desarrollo económico de la región, una perspectiva que no se iba a ver cumplida, ya que en 1908 el gobierno estadounidense llegó a un acuerdo con Japón por el que reconocía los intereses de este último país en la zona (Hunt, 1973); los Qing, no obstante, sí lograron reorganizar la región en 1907, dividiéndola en tres provincias regulares (Fengtian, Jilin y Heilongjiang), y alentaron los asentamientos chinos; así, por ejemplo, en 1911 la población de Jilin había aumentado a cerca de cuatro millones de personas, cinco veces la cifra de 1897 (Bastid, 1980: 583). Más éxito tuvieron los Qing, en sus últimos años, a la hora de poner fin al comercio del opio (Wright, 1968; Trocki, 1999: 128-131). En un acuerdo firmado en 1906 con Gran Bretaña, China se comprometía a acabar con el cultivo y el uso del opio en su país, y Gran Bretaña, a poner fin a sus exportaciones de opio indio a China en el plazo de diez años. A pesar del escepticismo extranjero, se logró un éxito considerable a la hora de extirpar el cultivo de opio; así, por ejemplo, Xi Liang, abanderado mongol, que fue

gobernador general de Sichuan (entre 1903 y 1907) y de Yunnan-Guizhou (entre 1907 y 1909), logró eliminar completamente el cultivo de opio en estas provincias (Des Forges, 1973: 93-102). Estos resultados obligaron en 1909 a Gran Bretaña a cumplir su parte del tratado e ir reduciendo gradualmente sus exportaciones de opio durante los siete años siguientes; el último cargamento de opio indio destinado a China zarpó en febrero de 1913, si bien se produciría un resurgimiento del cultivo de opio en el país con el advenimiento del dominio de los señores de la guerra, a finales de la década de 1910 y durante la de 1920.

Finalmente, los últimos años de los Qing presenciaron una mayor participación pública en los movimientos de protesta como resultado de lo que se percibía como agravios extranjeros a la soberanía o el prestigio de China. Así, en 1905 la aristocracia, los comerciantes y los estudiantes organizaron un boicot antinorteamericano (principalmente en Shanghai y Cantón) para protestar contra el maltrato y la discriminación que experimentaban los inmigrantes chinos en Estados Unidos (Hunt, 1983: 237-239; Tsai, 1983: 106-110). Durante el boicot, los médicos chinos se negaron a comprar medicamentos norteamericanos y los consumidores fumaban cigarrillos de fabricación china (Cochran, 1980: 46-48); también las mujeres desempeñaron un papel al negarse a comprar los «pasteles de luna» (hechos con harina estadounidense) que tradicionalmente se consumían en el Festival del Medio Otoño, celebrado con la luna llena, haciendo en su lugar sus propios pasteles de arroz (Tsai, 1983: 107). El boicot antinorteamericano —al que los funcionarios, inquietos, finalmente pusieron fin al cabo de varios meses— fue importante no sólo porque manifestó el surgimiento de una «opinión pública» que hacía oír su voz en los asuntos exteriores (Iriye, 1967), sino también porque reveló una preocupación y una comprensión más extendidas por la situación de los chinos que estaban en el extranjero (a los que ahora se veía como «compatriotas»). Se podría señalar aquí que el gobierno Qing, en sintonía con su nueva percepción de la cuestión de los chinos en el extranjero, agasajaba ahora abiertamente a las comunidades de comerciantes chinos establecidas en otros países (especialmente en el sureste de Asia), alentando a los empresarios ricos a que invirtieran en las empresas de su país de origen y concediéndoles títulos honoríficos (Godley, 1981). En 1908 tuvo lugar otro boicot comercial, esta vez dirigido contra Japón. Cuando el gobierno Qing accedió a la petición japonesa de una disculpa y de una

compensación económica tras la incautación de un barco japonés por funcionarios chinos que sospechaban que llevaba armas de contrabando, los estibadores de Hong Kong se negaron a descargar barcos japoneses, y se organizó un boicot comercial en todo el delta del río de la Perla, en el sur de Guangdong (Rhoads, 1975: 136). El uso del boicot comercial se convertiría en un arma bastante notoria en el arsenal del nacionalismo masivo que se desarrolló en las décadas de 1910 y 1920 para denunciar las acciones y políticas de las potencias imperiales en China.

También el cambio político, social y cultural se vio estimulado por las reformas de la dinastía (Ichiko, 1980). El núcleo de este programa de reformas fue el intento de crear una forma de gobierno constitucional que incluyera asambleas provinciales y un parlamento nacional. A finales del siglo XIX, los pensadores reformistas habían empezado a identificar el constitucionalismo como la fuente de la unidad nacional, la riqueza y la fortaleza de Occidente. Yan Fu (1854-1921), que estudió náutica en Inglaterra a finales de la década de 1870 y posteriormente tradujo *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith, y *Sobre la libertad*, de John Stuart Mill, iba aún más lejos y sostenía que en Occidente la propia libertad individual había sido el requisito previo esencial para el logro de un poder y una prosperidad *nacionales* (Schwartz, 1964). Algunos historiadores (Kuhn, 1975; Min, 1989) han señalado también, no obstante, que en aquel momento el debate sobre el constitucionalismo se inspiraba también en un ideal autóctono que en el pasado se había opuesto a la práctica del gobierno burocrático centralizado. Denominado *fengjian* (literalmente, «enfeudación»), este concepto, que originariamente aludía a la organización feudal en la antigua historia de China, a partir del siglo xvn había sido cada vez más utilizado por los estudiosos para describir un sistema de gobierno en el que la aristocracia local participaba oficialmente en la administración de sus propios distritos y en el que uno de sus miembros era magistrado de distrito (los magistrados, designados desde el poder central, de acuerdo con la «ley de prevención» eran siempre personas no autóctonas con el fin de evitar la posibilidad de que sus intereses locales superaran a su lealtad al centro). Así como los partidarios del *fengjian* sostenían que tal sistema potenciaría la comunicación entre el monarca y las bases de la aristocracia erudita, y, por tanto, mejoraría la eficacia del gobierno, del mismo modo Huang Zunxian (1848-1905) —diplomático y reformador que introdujo el concepto de *difang zizhi*

(«autogobierno local»), inspirándose en los japoneses, en la década de 1890— y Kang Youwei —que posteriormente popularizaría esta noción en sus escritos— afirmaban que la actividad y el dinamismo engendrados por las asambleas locales electas (aunque con un derecho de voto limitado) contribuirían a la construcción de un estado poderoso (Kuhn, 1975: 272-275; Strand, 1995: 412).

La atracción del constitucionalismo y de lo que se percibía como su vínculo con el poder nacional experimentó un nuevo empuje con la victoria de Japón en la guerra ruso-japonesa de 1904-1905. En tanto fue la primera derrota de una potencia occidental a manos de un país asiático, la victoria japonesa constituyó una fuente de inspiración para los nacionalistas asiáticos (como, por ejemplo, en la indochina francesa). En otro sentido, no obstante, en China se percibió como la victoria del constitucionalismo sobre la autocracia. En 1889 el emperador Meiji de Japón había promulgado una constitución, estableciendo una dieta nacional que complementaba a las asambleas deliberativas de las prefecturas, ciudades y aldeas ya creadas en 1879-1880. Para los funcionarios Qing, sin embargo, la victoria de Japón mostraba claramente los beneficios del gobierno constitucional a la hora de cimentar la unidad entre el soberano y el pueblo, y de sentar las bases para la creación de un estado rico y militarmente poderoso. Habría que señalar, no obstante, que los resultados concretos de la victoria de Japón no auguraban nada bueno en lo que se refería China. Japón había ido a la guerra en 1904 como respuesta a lo que se percibía como una amenaza rusa a su presencia dominante en Corea, pero el tratado de Portsmouth (1905), que puso fin a la guerra, no sólo confirmaba la hegemonía japonesa en Corea, sino que también aprobaba la cesión a Japón del territorio arrendado a Rusia en la península de Liaodong, en el sur de Manchuria (conocido por los japoneses como arrendamiento de Kwantung), así como del Ferrocarril Surmanchuriano, de propiedad rusa, ambos cedidos originariamente a Rusia por el gobierno Qing en 1898. Por primera vez Japón adquiría una presencia militar y política en el territorio chino, y en los años posteriores trataría activamente de aumentar sus intereses y su presencia en dicha región (véase capítulo 4).

No mucho después de la guerra ruso-japonesa, la dinastía Qing envió misiones oficiales al extranjero para investigar la situación política tanto en Japón como en Occidente (Ichiko, 1980: 388-402), si bien se había decidido ya elaborar una constitución y lo único que faltaba por decidir era cómo y

cuándo (Meienberger, 1980: 39-40). Tras el retorno de las misiones en 1906, se promulgó un edicto imperial proclamando la necesidad de establecer un gobierno constitucional. Al mismo tiempo, las recién establecidas juntas de Asuntos Exteriores (1901), Comercio (1903) y Policía (1905) se transformaron en ministerios de gobierno al estilo occidental (a diferencia de las juntas del gobierno central tradicionales, estos ministerios contarían con un único presidente, y no se haría diferenciación entre los manchúes y los *han*). En 1908 se formularon planes para un programa de «preparación» de nueve años (Fincher, 1981: 80). En 1909 se habrían de establecer asambleas provinciales, y en 1910 se convocaría una asamblea nacional (la mitad de cuyos miembros serían designados por el trono, mientras que la otra mitad serían elegidos por las asambleas provinciales). El punto culminante del programa sería el establecimiento de un parlamento nacional, en 1917, basado en elecciones en toda la nación.

Asimismo, se estipuló la gradual consolidación del autogobierno local a partir de 1909, que comportaría el establecimiento de consejos electos (en los que tanto los electores como las personas susceptibies de ser elegidas podían ser cualesquiera varones que supieran leer y escribir, de más de veinticuatro años de edad, y que llevaran residiendo en la zona al menos tres años), con competencias en los ámbitos de los distritos y las ciudades; para cuando cayó la dinastía, en 1911, se habían elegido ya 5.000 de dichos consejos, a pesar de que los reglamentos oficiales habían establecido que no se empezarían a elegir los primeros consejos hasta 1912-1913 (Thompson, 1995: 86, 110). La dinastía se inspiró en medidas previamente introducidas por los funcionarios provinciales. Así, por ejemplo, ya en 1902 Zhao Erxun, gobernador de la provincia de Shanxi, había propuesto agrupar las aldeas o las ciudades pequeñas bajo la autoridad de un jefe local electo, con el fin de permitir una mayor participación local de las elites rurales en la administración (*ibíd*.: 23-29), mientras que en 1907 Yuan Shikai, gobernador general de Zhili, aprobó la creación de un consejo municipal electo en Tianjin (Fincher, 1981: 41). La aprobación oficial del autogobierno local se vio impulsada, en gran medida, por la necesidad de hacer participar a las elites aristocráticas y comerciales en la gestión de los nuevos servicios e instituciones públicos. Así, en Shanghai el autogobierno municipal surgió inicialmente en 1905, en la forma de la Junta de Obras Generales (*zong gong ju*), destinada a supervisar el mantenimiento de carreteras, el suministro de electricidad y la dirección de una fuerza

policial. Combinando papeles ejecutivos y legislativos, la Junta estaba integrada por cincuenta miembros titulados aristócratas y comerciantes de la Cámara de Comercio de Shanghai. En 1907, el derecho a votar a los miembros de la Junta se amplió a todos los residentes con cinco años de permanencia que pagaran cierta cantidad en impuestos locales (Elvin, 1969).

Para la dinastía Qing, esta forma de gobierno constitucional no significaba en absoluto una injerencia en la soberanía imperial. Inspirado en el ejemplo japonés, el borrador constitucional Qing otorgaba al emperador el poder de convocar y disolver el parlamento, aprobar leyes y nombrar ministros; además, aunque el parlamento elaboraría los proyectos de ley y aconsejaría al emperador, y también podría incapacitar a los ministros, no desempeñaría papel alguno en los asuntos militares o extranjeros, que seguirían siendo prerrogativa del emperador (Ichiko, 1980: 397; Meienberger, 1980: 82-87). No obstante, un historiador ha señalado que el programa de 1908 marcaba una ruptura fundamental en las percepciones de la monarquía, en tanto que la definición constitucional de la autoridad imperial reemplazaba ahora a otras creencias más tradicionales relativas a su naturaleza religiosa y sagrada (Bastid, 1987). Dicha ruptura era la culminación de la transformación de las actitudes oficiales que *precedió* a este debate surgido a principios del siglo XX en torno a la necesidad de establecer una constitución y debido a las presiones externas. Una serie de crisis de sucesión desencadenadas a partir de 1861 habían llevado a que se concediera menos importancia a los aspectos rituales de la monarquía, y a que se produjera una creciente aceptación del hecho de que la autoridad imperial no era única e indivisible; entre 1861 y 1873, por ejemplo, hubo un gobierno colectivo de dos emperatrices viudas que actuaron como regentes del joven emperador Tongzhi, mientras que a partir de 1899 la autoridad imperial prácticamente se compartía entre el emperador Guangxu y su tía, la emperatriz viuda Cixi, a pesar de que esta última se había «retirado» oficialmente como regente cuando el emperador alcanzó la mayoría de edad (Kwong, 1984: 17-28). A finales del siglo XIX la autoridad imperial se percibía cada vez más como un instrumento del estado y como una institución política racional, y estos presupuestos adquirieron su fundamento reglamentario en el programa constitucional de 1908 (Bastid, 1987: 180-183).

En resumidas cuentas, el programa constitucional Qing aspiraba a captar el apoyo de las elites aristocráticas, expresado en la tan repetida necesidad de una constitución que «pusiera de acuerdo al soberano y al pueblo» (*shangxia*

yixin) y reforzara los fundamentos del gobierno dinástico; también preveía que las asambleas provinciales contrarrestarían la influencia de los gobernadores provinciales. Sin embargo, y a pesar de las esperanzas de la dinastía, el experimento de las asambleas provinciales tendría consecuencias muy distintas. Aunque las elecciones de 1909 para dichas asambleas (las primeras en la historia china, celebradas en dos fases, en las cuales los candidatos elegidos en cada distrito posteriormente eligieron entre ellos mismos a los miembros de la asamblea) se basaron en un derecho de voto bastante restringido (limitado a los varones residentes, mayores de veinticinco años de edad, que tuvieran títulos académicos y/o que poseyeran una cierta cantidad de capital o propiedades), se ha calculado que votaron alrededor de un millón de personas de un electorado de 1,7 millones (lo que equivalía al 0,4 % de la población total) (Ichiko, 1980: 398-400; Fincher, 1981: 112-115). La mayoría de las personas elegidas eran miembros de la elite titulada tradicional, y la mayor parte de los presidentes de asamblea poseían el *jinshi*, el título más elevado en los tradicionales exámenes para la administración pública. Estos hombres veían en las asambleas (diseñadas principalmente como organismos asesores) una plataforma para ampliar y legitimar su participación en los asuntos públicos; casi de inmediato las asambleas chocaron con los gobernadores provinciales en las cuestiones presupuestarias y afirmaron su derecho a pronunciarse sobre la política exterior de la dinastía Qing, criticando la incapacidad de la corte para contener la marea de incursiones económicas extranjeras en China (Esherick, 1976: 99-100). La asamblea provincial de Fujian aprobó resoluciones que restringían los derechos de los extranjeros a tener propiedades fuera de los puertos francos, mientras que las asambleas de Hunan y Hubei condenaron el uso de créditos extranjeros en la construcción de líneas férreas (Fincher, 1981: 133-136). Un estudio sobre las provincias de Hunan y Hubei en ese período ha señalado que las asambleas fueron la expresión institucional del poder político de una «elite reformista urbana»; aunque progresistas y nacionalistas en cuanto defendieron la reforma social y el desarrollo económico autóctono, eran también enormemente elitistas, temerosas de las perturbaciones populares de la ley y el orden, y cada vez más distanciadas del interior rural (Esherick, 1976: 91, 104-105). Las asambleas coordinaron también, en 1910, una campaña pidiendo que se acelerara la creación de un parlamento nacional, una demanda aceptada a regañadientes por la corte, que a principios de 1911 anunció que el planeado parlamento se abriría en 1913 (Fincher, 1981: 149).

En la medida en que los miembros aristócratas de las asambleas provinciales vieron cada vez más la corte como un obstáculo a sus ambiciones políticas y económicas, se fueron distanciando progresivamente de la dinastía.

También las reformas educativas tendrían consecuencias inesperadas para los Qing. Después de varios años de peticiones por parte de funcionarios reformistas como Yuan Shikai y Zhang Zhidong, los tradicionales exámenes para la administración pública —que, basados en la memorización de los textos confucianos, se juzgaban inadecuados para preparar al país para los desafíos del momento— fueron abolidos en 1905; dado que estos exámenes se habían utilizado para reclutar directamente a los miembros de la burocracia, se rompía así el estrecho vínculo entre erudición y servicio público, permitiendo el surgimiento de una *intelligentsia* más independiente (si bien durante todo el siglo XX los intelectuales, como sus predecesores de la aristocracia erudita confuciana, seguirían percibiéndose a sí mismos como los guardianes morales de la sociedad). A partir de entonces la atención se centraría en la creación de un sistema de enseñanza en tres niveles, con escuelas primarias, secundarias y superiores, supervisado por una Junta de Educación (*xuebu*) establecida el año anterior. En realidad, hacía ya varios años que los miembros más activos de la aristocracia patrocinaban escuelas modernas, y el sistema que se desarrollaría a partir de 1905 comprendería escuelas «oficiales», «públicas» (es decir, patrocinadas por la aristocracia) y «privadas». El número de escuelas modernas aumentó de cerca de 36.000 en 1907 (con una matriculación de un millón de alumnos) a cerca de 87.000 (con tres millones de alumnos matriculados) en 1912 (Bastid, 1980: 560; 1988: 68). Antes de 1905 se habían creado también varias escuelas femeninas privadas, aunque hasta 1907 la corte no aprobó oficialmente la educación femenina (y sólo en escuelas primarias separadas y en escuelas de magisterio); la inquietud conservadora respecto a los beneficios de la educación pública de las mujeres (tradicionalmente, las hijas de las familias de las elites habían sido educadas en el hogar familiar) persistiría durante los últimos años de la dinastía y los primeros de la República (Bailey, 2001). Sin embargo, el número de alumnas femeninas de las escuelas modernas se incrementó de cerca de 2.000 en 1907 a poco más de 141.000 en 1912-1913 (*ibíd*.). La enseñanza secundaria y superior femeninas se aprobarían oficialmente en 1912 y 1919, respectivamente.

Como indicaban los objetivos educativos publicados por la Junta de

Educación en 1906, la dinastía preveía que las escuelas modernas fomentaran la lealtad, la disciplina y la unidad (Borthwick, 1983: 129; Bailey, 1990: 36-41). Las elites aristocráticas participaron entusiásticamente en la fundación de nuevas escuelas (entre las que se incluían una amplia variedad de escuelas a tiempo parcial, profesionales y de alfabetización), haciendo hincapié en su función formativa de unas masas trabajadoras y económicamente productivas a las que se despojaba de sus creencias «atrasadas» y «supersticiosas» (Bailey, 1990: 72-79). Sin embargo, y al igual que ocurriera con las reformas constitucionales, dichas actividades proporcionaron también a las elites aristocráticas nuevas oportunidades para expandir sus papeles públicos. Así, establecieron sus propias asociaciones educativas (de las que en 1909 había 723, con un total de 48.432 miembros) (Bastid, 1980: 562) destinadas a fomentar y coordinar una amplia gama de iniciativas que incluían la publicación de libros de texto y la elaboración de currículos escolares, así como la fundación de nuevas escuelas. Un destacado ejemplo de la nueva clase aristocrática-comercial que participó en la reforma constitucional y educativa fue Zhang Jian (1853-1926). Zhang, que abandonó su incipiente carrera de funcionario tras obtener el título metropolitano, invirtió en empresas modernas (como una fábrica de hilados de algodón) y estableció escuelas primarias y de magisterio en su distrito de residencia, Nantong (en la provincia de Jiangsu). Asimismo, presidió la asociación educativa provincial, y, en su calidad de presidente de la asamblea provincial de Jiangsu, en 1909 invitó a representantes de otras asambleas provinciales a reunirse en Shanghai y crear la Asociación de Camaradas Peticionarios de un Parlamento

Nacional (*guohui qingyuan tongzhi hui*), que encabezaría la campaña para que se acelerara la convocatoria del parlamento. Aunque los aristócratas más activos como Zhang se mostraron dispuestos a colaborar con los funcionarios durante los primeros años de la reforma, cuando se hizo evidente que la corte deseaba controlar y restringir sus actividades, en los últimos años de la dinastía, dicha cooperación se desvaneció y fue reemplazada por la desconfianza y el recelo mutuos (Bastid, 1988: 19-28, 33-43, 50-73).

Asimismo, y para consternación de la dinastía, las propias escuelas modernas se convirtieron en focos de trastornos y de malestar (Borthwick, 1983: 141-150; Bailey, 164-165). Los últimos años de la dinastía presenciaron una serie de huelgas y protestas estudiantiles, a las que la prensa contemporánea aludía como una «marea estudiantil» (*xuechao*). Algunas de

ellas se debían a la insatisfacción con la calidad del personal docente o a las malas condiciones de trabajo de las escuelas, mientras que otras tuvieron un carácter más político, expresando una crítica a la política exterior de la dinastía. Asimismo, los estudiantes que volvían de Japón para ocupar puestos docentes actuaban como canales de la propaganda antimanchú y republicana. Aunque en el pasado las periódicas convocatorias de candidatos para realizar los exámenes para la administración pública habían sido a veces ocasión para realizar protestas de diversos tipos (el ejemplo más reciente de ello se había dado en 1895, cuando Kang Youwei y otros aprovecharon los exámenes metropolitanos para expresar su consternación ante los términos de la Paz de Shimonoseki), en el siglo XX la protesta estudiantil emanada de las escuelas modernas se iba a convertir en un fenómeno mucho más generalizado y frecuente, lo cual, según señala un reciente estudio, «ayudó a cambiar el curso de la historia china» (Wasserstrom, 1991: 293).

Irónicamente, la promoción de los estudios en el extranjero, concretamente en Japón, constituyó otro rasgo importante de las reformas educativas de la dinastía. Originada como una iniciativa patrocinada por el gobierno en 1896, cuando trece estudiantes viajaron a Japón y se matricularon en la Escuela de Magisterio de Tokio, la posibilidad de realizar estudios en Japón atrajo rápidamente a un creciente número de miembros de la clase de los funcionarios-eruditos. En lo que se ha descrito como la primera emigración a gran escala (en su mayor parte no regulada) de estudiantes al extranjero de todo el mundo (Harrell, 1992: 2), en 1905-1906 hasta un total de 9.000 estudiantes chinos se matricularon en varias instituciones educativas japonesas (aunque después de esa fecha su número se fue reduciendo poco a poco). Algunos de ellos lo hicieron gracias a estipendios del gobierno, pero la mayoría se financiaron con sus propios recursos (Jansen, 1980: 348-353). Para los funcionarios japoneses, ese fenómeno representó una oportunidad para incrementar la influencia de Japón en la futura elite china; también era esta una época marcada por el creciente interés japonés en forjar vínculos culturales más extensos con China, en sintonía no sólo con los ideales panasiáticos, sino también con lo que Japón percibía como la necesidad de ejercer en China un papel más destacado (Harrell, 1992: 20-30). En ciertos aspectos, el ejemplo de Japón lo seguirían más tarde Estados Unidos (véase más atrás) y Francia (véase capítulo 2), que asimismo percibían una relación directa entre el incremento de la interacción educativa y la potenciación

global de su influencia política y económica en China. De hecho, diversos estudios recientes (por ejemplo, Reynolds, 1993) han subrayado el importante papel que desempeñó Japón en las últimas reformas de la dinastía Qing. Así, se empleó a maestros y a asesores educativos japoneses tanto en las modernas escuelas como en la administración del sistema de enseñanza (hasta 424 en 1909), mientras que el gobierno Qing utilizó también a expertos japoneses en su reforma de la justicia y de la policía (*ibíd*.: 68-102; 162-169). Para la dinastía Qing, estudiar en Japón constituía la forma más eficaz y económica de adquirir conocimientos occidentales (al utilizar las numerosas traducciones japonesas de las obras de Occidente, que introducían conceptos políticos y términos tecnológicos nuevos) y de cultivar un futuro cuerpo de administradores entregados y competentes; asimismo, se percibía a Japón como un positivo ejemplo de país asiático que había descubierto satisfactoriamente los secretos del poder occidental sin abandonar su propia identidad (Harrell, 1992: 47).

En última instancia, sin embargo, las esperanzas de la dinastía no se verían satisfechas (como tampoco las de Japón). Muchos de los estudiantes chinos que fueron a Japón se distanciaron de la dinastía mientras, al mismo tiempo, adoptaban actitudes ambivalentes respecto a este país; y muy pocos regresaron convertidos en entusiastas partidarios de los ideales panasiáticos inspirados por Japón (*ibíd*.: 58). Estos estudiantes provenían de todas las provincias de China (excepto de la remota provincia occidental de Gansu), y en su mayor parte eran los vástagos masculinos de las familias de los funcionarios-eruditos, si bien en aquella época llegaron a ir también a Japón hasta un centenar de estudiantes femeninas (*ibíd*.: 72-73). Por primera vez un elevado número de personas procedentes de distintas regiones de China pudieron formar grupos estrechamente unidos, contribuyendo de ese modo al desarrollo de una conciencia nacional. También los sentimientos de solidaridad se vieron estimulados por la falta de interacción con la sociedad anfitriona; posteriormente muchos estudiantes recordarían las humillantes mofas que sufrieron a manos de sus anfitriones japoneses: en particular sus largas coletas y túnicas fueron objeto de condescendientes burlas. Expuestos a las ideas occidentales de la democracia y el republicanismo a través de su lectura de las traducciones japonesas, los estudiantes chinos se politizaron, produciendo sus propios periódicos y creando asociaciones que les proporcionaron sus primeras experiencias de discursos públicos, debate

político y creación de organizaciones (*ibíd*.: 89). En lo que constituyó un gesto enormemente simbólico, muchos estudiantes se cortaron la coleta. Y también participaron en huelgas y protestas, reflejando su postura cada vez más crítica con la dinastía Qing por su política de apaciguamiento frente a las potencias extranjeras, así como con el gobierno japonés por sus intentos de restringir sus actividades y movimientos. Fueron esos mismos estudiantes quienes a su regreso ayudaron a difundir las ideas radicales a través de las escuelas modernas o de las nuevas unidades del ejército; algunos participaron también en actividades más abiertamente anti-Qing.

Una de las figuras más célebres en este último grupo fue Qiu Jin (1875-1907), que posteriormente sería elogiada como la primera mártir revolucionaria china. Qiu Jin había sido una de las aproximadamente cien mujeres chinas que fueron a Japón en los primeros años del siglo XX y que mientras estuvieron allí se convirtieron en activas partidarias de la causa anti-Qing, además de fundar varios periódicos femeninos. Dichos periódicos formaban parte de una naciente prensa femenina china surgida tanto en Japón como en Shanghai —en sí misma un acontecimiento significativo, dado que por primera vez había periódicos fundados y editados por mujeres—, que a menudo racionalizaba sus exigencias relativas a la igualdad de sexos enmarcándolas instrumentalmente en el fortalecimiento del país (Beahan, 1975). La propia Qiu Jin, en los periódicos que editaba, llamaba a las mujeres a participar en la revolución nacional contra los manchúes como un medio para lograr la emancipación (Rankin, 1975). A su regreso a China continuó con sus actividades radicales mientras dirigía una escuela femenina local en Shaoxing (provincia de Zhejiang); fue detenida y ejecutada en 1907 tras participar en una abortada revuelta contra los Qing (Spence, 1982: 50-60; Wills, 1994: 306-310).

La tercera característica de las reformas de la última época de la dinastía Qing fue la creación de nuevas unidades militares. Los primeros «ejércitos modernos» (dotados de armas, organización e instrucción al estilo occidental) se habían organizado en 1895-1896 inmediatamente después de la guerra chino-japonesa (McCord, 1993: 33). Uno de ellos, el Ejército Recién Creado (*xinjian lujun*), bajo el mando de Yuan Shikai (1859-1916), se convertiría en el núcleo de la mayor y más poderosa unidad militar moderna del país, el Ejército Beiyang («septentrional»), oficialmente creado en 1904. La experiencia militar y administrativa de Yuan (que no había superado el nivel

más bajo de los exámenes para la administración pública) le valió su nombramiento como gobernador de Shandong en 1899 y, a partir de 1901, como gobernador general de Zhili. No obstante, es importante señalar que, aunque Yuan fue el principal comandante del Ejército Beiyang, éste no era un ejército de ámbito regional sometido a su control personal, y, por tanto, en rigor no se puede decir que fuera el precursor de las fuerzas de los señores de la guerra típicas de la década de 1920 (*ibíd*.: 36-37). Como ha mostrado un estudio sobre la administración en Zhili, la corte no sólo aprobó la creación del Ejército Beiyang, sino que también mantuvo el control financiero y administrativo sobre él (Mackinnon, 1980: 56-59, 72, 90-107). Así, con frecuencia se transferían comandantes de división y se reclutaban oficiales de rango medio (basándose en la cualificación, antes que en las relaciones personales) ajenos a la academia de formación de oficiales que Yuan había establecido en Baoding, en 1902. En última instancia, el poder de Yuan (y su capacidad para obtener fondos) se basaba en su posición en la capital, donde ostentaba a la vez sendos cargos en dos nuevas instituciones del gobierno central: la Oficina de Asuntos de Gobierno (establecida en 1901 para planificar la reforma institucional) y la Oficina de Reorganización Militar (establecida en 1903 para supervisar las fuerzas militares en las provincias y planificar la creación de nuevas unidades del ejército).

En 1906 la Oficina de Reorganización Militar se convirtió en el Ministerio de la Guerra, que ordenó la formación de treinta y seis nuevas divisiones del ejército (dos por cada provincia) durante los diez años siguientes. El intento de la corte de centralizar el control militar (especialmente dado que el Ministerio de la Guerra estaba dirigido por manchúes) despertó los recelos de una aristocracia provincial cada vez más distanciada, además de dar un nuevo impulso a la propaganda antimanchú entre los revolucionarios republicanos chinos en Japón (véase más adelante). Al final, sin embargo, la corte fracasó en su intento de crear un sistema militar unificado (McCord, 1993: 45). En vísperas de la revolución de 1911, las diecisiete divisiones (y varias brigadas) del Nuevo Ejército que se habían creado se concentraban en las capitales provinciales y, en general, disfrutaban de mejores condiciones de trabajo que las fuerzas más tradicionales, desperdigadas fuera de los principales centros urbanos (Fung, 1980: 23-32).

Junto con la formación de las divisiones del Nuevo Ejército se llevó a cabo un intento de fomentar una imagen más positiva de los militares, a los

que tradicionalmente no se tenía en gran estima en comparación con la burocracia de la administración pública, más prestigiosa. Uno de los objetivos educativos de las nuevas escuelas anunciadas en 1906 era la promoción de un espíritu marcial (*shangwu zhuyi*) que exaltara los ideales militares del valor y la disciplina (*ibíd*.: 92-99), y la instrucción de estilo militar se convertiría en un importante aspecto de la vida escolar. En la medida en que se fue retratando cada vez más al ejército como una institución clave que contribuía al «autofortalecimiento» nacional, se empezó a contemplar la carrera militar como una alternativa respetable a la del funcionariado público, la cual, además, posibilitaba la movilidad ascendente. Muchos titulados y vástagos de las familias de los funcionarios-eruditos se alistaron en las unidades del Nuevo Ejército; pero también, y de manera más significativa, muchos de los que descollaron en las filas (y que habrían de convertirse en prominentes señores de la guerra durante la década de 1920) tenían un origen social humilde. También se enviaron, a partir de 1898, estudiantes militares a Japón. En 1903 se estableció en Japón la Shinbu Gakko (Escuela Militar), exclusivamente para estudiantes militares chinos: allí se formarían hasta un millar de ellos hasta que se cerró la escuela, en 1914. Asimismo, entre 1900 y 1911 cerca de setecientos estudiantes chinos entraron en la más prestigiosa Shikan Gakko, una academia japonesa de formación de oficiales de rango medio (Reynolds, 1993: 153). Al igual que sus equivalentes civiles, muchos de estos estudiantes militares se vieron influidos por el republicanismo anti-Qing durante su estancia en Japón (Sutton, 1980: 45-51), y a su regreso formaron asociaciones cuasi-políticas y establecieron contactos con revolucionarios republicanos. A pesar de que en el período final de la dinastía no se logró el propósito original de crear divisiones íntegras para cada provincia, no fue casualidad que el motín militar que desencadenó la revolución de 1911 estallara en el seno de una de las politizadas unidades del Nuevo Ejército. Esta unidad era el Nuevo Ejército de Hubei (que comprendía la VIII División y la XXI Brigada Mixta), una de las mayores del sur de China y en la que la politización de las tropas constituía un fenómeno común desde 1904.

En 1911 hasta una tercera parte de los integrantes del Nuevo Ejército de Hubei se habían reclutado en las organizaciones revolucionarias que habían empezado a surgir a partir de 1908 (Fung, 1980: 121-131; McCord, 1993: 63). La politización, cada vez mayor, se vio alimentada además por un creciente

descontento debido a los recortes salariales y a las escasas perspectivas profesionales (Esherick, 1976: 149-153; Fung, 1980: 142-143).

Como han señalado varios historiadores (por ejemplo, Duara, 1988; Thompson, 1995), las últimas reformas de los Qing contribuyeron al proceso de construcción de un estado moderno. Las iniciativas gubernamentales relativas a autogobierno, educación, organización policial y salud pública (Benedict, 1996: 150-164) dieron como resultado la creación de numerosas instituciones oficiales y semioficiales que representaron una penetración aún más acentuada del estado en la sociedad. Sin embargo, para poder financiar dichas instituciones se establecieron diversos impuestos nuevos, a la vez que se aumentaron los recargos sobre la contribución territorial. Dado que el peso de estos aumentos impositivos recayó en los grupos más pobres de la sociedad (principalmente en el campesinado), y en quienes menos probabilidades tenían de beneficiarse de las reformas (Esherick, 1976: 106-107; Mackinnon, 1980: 150-159), los últimos años de la dinastía presenciaron una serie de revueltas tributarias locales (Bernhardt, 1992: 147-148; 156-159) en las que las propias nuevas instituciones fueron físicamente atacadas; las oficinas de autogobierno local y las nuevas escuelas, por ejemplo, fueron con frecuencia el blanco de las iras de la multitud. Como ha mostrado un reciente estudio (Prazniak, 1999), esta oposición a las últimas reformas de la dinastía Qing (y a los aumentos tributarios que las acompañaron) vino motivada por la genuina inquietud popular ante la amenaza que planteaban a los medios de subsistencia locales. En un estudio sobre las provincias de Hunan y Hubei se afirma que tales estallidos populares contra las reformas suscitaron la preocupación por la ley y el orden entre las elites aristocráticas, induciéndolas a apoyar la revolución de 1911 con el fin de controlarlos (Esherick, 1976: 7-8). El descontento popular en los últimos años de la dinastía se vio exacerbado por las malas cosechas y los desastres naturales, lo que incrementó los precios de los alimentos y en 1910-1911 desencadenó una situación casi de hambruna en algunas partes del país.

El movimiento revolucionario republicano

En el contexto de un creciente distanciamiento de la aristocracia y los comerciantes de la dinastía y el descontento popular frente a las molestas reformas del gobierno, surgió un movimiento republicano anti-Qing entre los exiliados, los emigrados y los estudiantes chinos en el extranjero. La principal

figura asociada a este movimiento fue Sun Yat-sen (1866-1925) (Wills, 1994: 310-321). A diferencia de los líderes del movimiento reformista de 1898, como Kang Youwei y Liang Qichao, Sun no era miembro de la clase erudita confuciana; provenía de una familia campesina de la provincia de Guangdong, y recibió una educación occidental a cargo de misioneros en Honolulu (a donde había emigrado con anterioridad su hermano mayor). En 1884 fue bautizado como cristiano, y más tarde estudió medicina occidental en Hong Kong, en 1886-1892 (Schiffrin, 1968: 10-30). Sun fundó su primera organización antimanchú —*Xingzhonghui* (Asociación para la Regeneración de China)— en Honolulu, a finales de 1894; en 1895 se creó una rama de dicha organización en Hong Kong, época en la que, al parecer, un juramento secreto que vinculaba a sus miembros propugnaba la creación de una república (Bergére, 1998: 50). Tras un infructuoso intento, en 1895, de fomentar una rebelión en Cantón desde su base en la cercana Hong Kong (Schiffrin, 1968: 61-97), Sun pasó los dieciséis años siguientes en el exilio. La fracasada revuelta de Cantón había atraído la atención de las autoridades Qing sobre la figura de Sun; un año después, mientras estaba en Londres, Sun obtuvo notoriedad tanto nacional como internacional cuando la embajada Qing le secuestró con el propósito de llevarle de nuevo a China, donde le esperaba una ejecución segura. Las amistades británicas que había cultivado anteriormente en Hong Kong dieron a conocer su situación a la prensa nacional, y la protesta desencadenada obligó a la embajada china a liberarle. Sun explotó hábilmente el incidente describiendo su experiencia (en un libro titulado *Secuestrado en Londres* y publicado en 1897) y describiéndose a sí mismo como un valiente e intrépido revolucionario (Schiffrin, 1968: 105-129; Bergére, 1998: 68).

Al principio, Sun se concentró en buscar el apoyo de las comunidades de comerciantes chinos de Norteamérica y el Sureste asiático (compitiendo con los líderes exiliados del movimiento reformista de 1898, que propugnaban una monarquía constitucional bajo el reinado de Guangxu), así como en establecer contactos con sociedades secretas tradicionales dentro de China. La mayoría de dichas sociedades secretas operaban en el centro y sur de China, y se les conocía con diversos nombres genéricos como las Tríadas o la Sociedad del Cielo y la Tierra. Originadas en los primeros años de la dinastía Qing, eran asociaciones fundamentadas en juramentos de hermandad y consagradas a la oposición a los manchúes y a la restauración de la dinastía china Ming.

Con el tiempo se involucraron también en actividades de bandidaje, contrabando de sal y apuestas fraudulentas, aunque un estudio reciente (Ownby, 1996) ha subrayado también su importante papel en el transcurso del siglo XVIII como organizaciones de ayuda mutua para los miembros más marginados e inseguros de la sociedad en una época de cambios económicos, demográficos y sociales. Sun confiaba en infiltrarse en dichas sociedades y en utilizarlas para su revolución republicana; las Tríadas fueron alistadas para la fracasada rebelión de Cantón, en 1895, y serían reclutadas de nuevo para otra revuelta, igualmente abortada, realizada en 1900 en el este de Guangdong, tras un quijotesco e infructuoso intento, en el verano de 1900, de persuadir al gobernador general Li Hongzhang (a través de intermediarios) de que declarara la independencia de dicha provincia (Schiffrin, 1968: 181-200). La idea de hacer de la autonomía o la independencia provincial el camino de la futura unidad y fortaleza nacionales había sido planteada por primera vez por Liang Qichao en 1897 (véase más atrás), y se convertiría en un elemento fundamental de la inicial estrategia revolucionaria de Sun. Asimismo, habría de resurgir a principios de la década de 1920, en forma de la propuesta de una solución federalista a la creciente fragmentación de China en la crisis del control del gobierno centralizado (Chesneaux, 1969). El uso de mercenarios (es decir, de sociedades secretas) por parte de Sun y su búsqueda de ayuda exterior (en 1895 había pedido la ayuda de la administración colonial británica de Hong Kong, y en 1900 había solicitado ayuda a Japón) fueron otros rasgos característicos de su estrategia revolucionaria (Bergére, 1998: 58).

En 1905, sin embargo, Sun se estaba ganando el apoyo de los estudiantes chinos en Japón (que anteriormente le habían considerado un cargante pueblerino), y muchos de ellos se unieron a su nueva organización revolucionaria, la *Tongmenghui* (Liga de la Alianza), cuando ésta se formó, en Tokyo, en 1905. La plataforma revolucionaria de Sun, conocida más tarde como los Tres Principios del Pueblo (*sanmin zhuyi*), abogaba por el nacionalismo (es decir, el «anti-manchuismo»), la democracia (es decir, la creación de una república) y la mejora de los medios de subsistencia del pueblo. Sun equiparaba este último principio al socialismo (refiriéndose específicamente a la «igualación de los derechos sobre la tierra», lo que incluía gravar los ingresos inmerecidos procedentes de la venta de tierras no agrícolas), y afirmaba que, al llevar a cabo la revolución política y social

simultáneamente, China podía evitar las manifiestas diferencias de clase predominantes en el Occidente industrializado contemporáneo. Con el apoyo de los estudiantes chinos a partir de 1905, Sun, que ahora podía afirmar que encabezaba un movimiento revolucionario nacional, era el primer líder no aristócrata de un movimiento político integrado principalmente por intelectuales (Schiffrin, 1968: 8-9; Bergére, 1998: 1281-129).

Entre 1905 y 1908 estalló un furioso debate entre Sun y sus seguidores, por una parte, y los partidarios de la monarquía constitucional, como Liang Qichao, por la otra, en los diversos periódicos que cada bando publicaba en Japón (Gasster, 1980: 495-499). Durante un breve período tras el fracaso de las reformas de 1898, Liang había denunciado ferozmente a la monarquía Qing, y parecía estar a favor de una república. Tras una visita a Norteamérica en 1903, en que había condenado el «atraso» moral de las comunidades chinas que allí vivían, y cediendo a la postura incondicionalmente monárquica de su mentor, Kang Youwei, Liang regresó al bando reformista. Mofándose del «antimanchuismo» de los revolucionarios, afirmaba que los manchúes ya estaban, asimilados, y advertía de la anarquía y el caos que sobrevendrían si se establecía una república. Para Liang, una monarquía constitucional (a la que en otras ocasiones había denominado categóricamente «despotismo ilustrado») era la solución ideal para garantizar el orden y la estabilidad; su prioridad era la mejora y la expansión de la educación, que habría de formar a un «nuevo ciudadano» (*xinmin*), cuyo compromiso con el bien público superaría cualquier interés provinciano y egoísta. Curiosamente, y en contraste con el presupuesto de los revolucionarios de que una república obtendría automáticamente el apoyo exterior, Liang advertía de que lo único que haría sería invitar a una mayor injerencia extranjera. Sin embargo, dado que la hostilidad a la dinastía Qing iba en aumento, la llamada a la moderación de Liang se hizo cada vez más impopular entre los estudiantes chinos radicales en Japón.

Sun participó en otras ocho rebeliones abortadas entre 1905 y 1911, pero en la época en la que tuvieron lugar las dos últimas (ambas en Cantón, en febrero de 1910 y abril de 1911) sus tácticas revolucionarias habían cambiado. El escaso éxito anterior con las sociedades secretas le animó a acudir a las unidades del Nuevo Ejército en busca de apoyo para su causa republicana. Esta estrategia se reveló particularmente eficaz en las provincias centrales de Hunan y Hubei, donde los revolucionarios establecieron contacto

con oficiales del ejército politizados y establecieron asociaciones para difundir la propaganda republicana.

Aunque el movimiento revolucionario de Sun desempeñó un importante papel propagandístico en la difusión del sentimiento anti-Qing, habría que señalar que la *Tongmenghui* no fue nunca una organización unida bajo el liderazgo indiscutible de Sun. A pesar de que la reciente historiografía nacionalista ha atribuido a Sun y a su organización el papel predominante en el derrocamiento de los Qing, la *Tongmenghui* fue sobre todo una organización que aglomeró a grupos previamente existentes en los que se daba una amplia variedad de puntos de vista y perspectivas. De hecho, cuando estalló la revolución de 1911 se había establecido ya una rama separada y virtualmente independiente en China central; además, prácticamente desde el primer momento el liderazgo de Sun había sido vigorosamente cuestionado. A veces parecía que únicamente un crudo «anti-manchuismo» unía a esos distintos grupos. En muchos aspectos, tal como señalaba Liang Qichao, en los primeros años del siglo XX los manchúes habían sido ya asimilados. La lengua manchú se había extinguido, mientras que la proscripción del matrimonio mixto entre manchúes y chinos impuesta por la dinastía se había abolido en 1902, y todas las diferencias legales entre manchúes y chinos *han* se eliminaron en 1907; asimismo, la prohibición impuesta a los residentes de las guarniciones de las Banderas manchúes de participar en el comercio y los oficios locales había caído en desuso. Sin embargo, al culpar a los «bárbaros» manchúes de la debilidad y los problemas de China, los revolucionarios se involucraron también en la «construcción» de una identidad étnica china *han*. Aunque un reciente estudio ha señalado que desde una época anterior existía ya un sentimiento «racial» de identidad china *han* (coexistiendo con un «culturalismo» que explicaba las diferencias entre la gente en función de sus atributos culturales) (Dikotter, 1992), la propaganda revolucionaria de principios del siglo XX fue mucho más allá al hacer hincapié en una identidad étnica china *han* única, homogénea e intemporal, a menudo descrita en términos de un «linaje» común (*zu*) (Dikotter, 1997: 9; Chow, 1997: 40).

La revolución de 1911

La propia política del gobierno Qing alimentó la fobia antimanchú. Así, la sospecha de que la dinastía estaba explotando las reformas para crear una oligarquía dirigente manchú parecieron verse confirmadas en 1909, cuando se

nombró a príncipes manchúes para dirigir un Consejo de Estado Mayor encargado de supervisar las unidades del Nuevo Ejército, y en mayo de 1911, cuando se anunció la creación de un gabinete dominado por manchúes. En mayo de 1911 estallaron en Sichuan violentas protestas, encabezadas por la aristocracia, cuando la corte anunció su intención de utilizar un crédito extranjero para arrebatar la construcción de varias líneas ferroviarias (incluyendo una futura línea Hankou-Sichuan) de manos de las compañías de ferrocarriles provinciales en las que habían invertido las elites aristocráticas. Esto, a su vez, provocó un motín militar en

Wuchang (provincia de Hubei), en octubre. Al motín de Wuchang pronto le siguieron varias revueltas antidinásticas en las provincias centrales y meridionales, donde las asambleas provinciales, en alianza con los comandantes del Nuevo Ejército (muchos de los cuales se autonombraron gobernadores militares), declararon su independencia de Pekín (Spence, 1999a: 258-263). La corte le pidió a Yuan Shikai que aplastara la rebelión. Mientras tanto, los representantes de las provincias meridionales se reunían en Nankín y declaraban su intención de establecer una república. Sun Yat-sen, que cuando estalló el motín de Wuchang se hallaba en Estados Unidos recaudando fondos, fue elegido presidente provisional, y cuando regresó a China, en diciembre de 1911, se le dispensó una calurosa bienvenida.

Tras el sitio de Wuchang por las tropas gubernamentales al mando de Yuan se produjo una situación de tablas entre las dos fuerzas enfrentadas, y los revolucionarios trataron de negociar un acuerdo. Sun Yat-sen se ofreció a ceder la presidencia a Yuan Shikai si éste declaraba abiertamente su apoyo a la república y prometía acatar una nueva constitución. Los revolucionarios suponían también que Yuan utilizaría su poder y su influencia para persuadir a la dinastía de que abdicara (Young, 1968). Sin embargo, se plantearon algunos recelos respecto a este compromiso. Al fin y al cabo, Yuan Shikai había adquirido su prominencia como importante funcionario militar y civil de la dinastía Qing. También existía la creencia generalizada de que Yuan había roto una promesa de apoyo a los reformistas de 1898 al respaldar el golpe de la emperatriz viuda Cixi contra el emperador Guangxu y sus asesores (Kwong, 1984: 213-214). Tras la muerte de Cixi en 1908, las intrigas de la corte habían dado como resultado su retiro forzoso. Tras la revuelta de Wuchang, se pidió a Yuan que mandara las tropas del gobierno y se le nombró primer ministro del recién creado gabinete.

En cualquier caso, el reconocimiento del hecho de que Yuan mandaba las fuerzas militares más modernas y mejor equipadas de las que en aquel momento existían en el país, y el temor real por parte de los revolucionarios de que una prologada guerra civil podría precipitar la intervención de las potencias para proteger sus intereses económicos en China, les convencieron de que era necesario un compromiso. Yuan, por su parte, era muy consciente de que el apoyo a la dinastía se desmoronaba, ya que en noviembre de 1911 algunas provincias septentrionales se unieron a las del sur declarándose independientes de Pekín. En febrero de 1912 Yuan obtuvo la abdicación de la dinastía, y al mes siguiente Sun Yat-sen cedía la presidencia provisional a Yuan Shikai. Aunque los revolucionarios esperaban que la capital se estableciera en Nankín, Yuan logró imponer su voluntad y hacer que fuera Pekín, el centro de su poder militar.

A la hora de evaluar la naturaleza de la revolución de 1911, es importante señalar que ésta fue encabezada por las asambleas provinciales (dominadas por la elite de aristócratas-eruditos que progresivamente se había ido distanciando de la dinastía) en alianza con los comandantes del Nuevo Ejército (muchos de los cuales se autonombraron gobernadores militares provinciales). En algunas provincias como Hunan, el movimiento anti-Qing adquirió un matiz más populista con la participación de las sociedades secretas, aunque en general la implicación directa de las masas fue menor, y en el período inmediatamente posterior al derrocamiento de la dinastía el poder local estuvo firmemente en manos de las elites establecidas. Un estudio ha descrito la revolución como la victoria de una «elite reformista urbana» que apoyaba un nuevo orden para preservar sus intereses y mantener la ley y el orden (Esherick, 1976: 259). Por otra parte, se podría señalar que la revolución no representó simplemente el triunfo de las elites locales sobre el estado, ya que durante los últimos años de la dinastía *tanto* el estado *como* las elites locales se organizaron de nuevas formas e incrementaron sus recursos. Este proceso de construcción del estado continuaría a partir de 1911 (Rankin y Esherick, 1990: 343). Tampoco representó la revolución el comienzo de un «militarismo naciente». Aunque los militares desempeñaron un papel clave (y al hacerlo legitimaron el uso del poder militar con objetivos políticos), no constituían una fuerza autónoma, sino más bien uno de los componente de una coalición más amplia integrada por diversas elites; en el período inmediatamente posterior a la revolución los comandantes militares no

ejercieron ningún poder personal, y la administración pública siguió en su sitio (McCord, 1993: 77, 79, 82-83).

Por otra parte, aunque los historiadores marxistas chinos han descrito convencionalmente los acontecimientos de 1911-1912 como una revolución «burguesa-democrática nacional» (Hsieh, 1975: 42-43), los historiadores occidentales (por ejemplo, Bergére, 1968) han afirmado que en aquella época la burguesía china era demasiado débil políticamente y numéricamente insignificante para haber desempeñado un papel sustancial en la revolución (a pesar de que las comunidades de comerciantes chinas en el extranjero habían donado fondos al movimiento revolucionario de Sun Yat-sen, y los comerciantes de Shanghai habían apoyado económicamente al gobierno revolucionario provisional en Nankín). Incluso la propia *Tongmenghui* desempeñó únicamente un papel secundario en los acontecimientos de 1911-1912, si bien algunos de los gobernadores civiles que surgieron en el sur a raíz de la revolución, como Hu Hanmin, en Guangdong, eran miembros de *Tongmenghui*. En ciertos aspectos se podría describir la revolución de 1911 como una revolución nacionalista (de la variedad étnica), en el sentido de que los revolucionarios republicanos justificaron su movimiento como una lucha «racial» librada por una población china *han* subyugada contra sus opresores gobernantes «extranjeros», los manchúes (en el transcurso de la revolución, los manchúes fueron a veces el blanco concreto de los ataques, y en Xian un gran número de ellos fueron asesinados) (Spence, 1999a: 261). Sin embargo, a partir de 1912 todos los gobiernos iban a reivindicar las fronteras del antiguo imperio Qing (que incluía el Tibet y Mongolia) basándose en los principios occidentales del nacionalismo de estado; y las minorías étnicas, o bien se considerarían insignificantes, o bien se supondrían «asimilables» a la cultura de la mayoría china han. En otras palabras: no ser chino no se consideraría una barrera para la incorporación al estado chino (Townsend, 1996: 16).

Finalmente, el compromiso de 1912 había llevado al poder a una figura estrechamente asociada al antiguo régimen, cuyo compromiso con la república resultaba incierto. A pesar de ello, había grandes esperanzas de que la creación de una república marcaría el comienzo de una nueva era para China; una era en la que ésta se ganaría el respeto de las potencias extranjeras y en la que se sentarían las bases de una nación próspera y democrática. Los acontecimientos de la siguiente década, sin embargo, darían como resultado el

desmoronamiento de esas esperanzas y el surgimiento de nuevas soluciones radicales para abordar la inestabilidad política que seguía acosando al país.

Capítulo 2:
LA PRIMERA REPÚBLICA

El fracaso de la primera república y su caída en la corrupción y la desunión se ha atribuido convencionalmente al oportunismo falto de principios de su primer presidente, Yuan Shikai, que demostró no comprender el gobierno republicano o carecer de compromiso alguno con él (véase, por ejemplo, Chen, 1961). Yuan acabaría por traicionar a la república e intentar restaurar la monarquía en 1915, atribuyéndose a sí mismo el papel de emperador de una nueva dinastía. Sin embargo, diversos estudios posteriores sobre Yuan (Young, 1976, 1977, 1983) modifican este punto de vista, describiéndole como un «conservador modernizador» que intentó sin éxito reafirmar el control centralizado y, por tanto, invertir la tendencia al nacionalismo que había surgido durante los últimos años de la dinastía Qing. Por una parte, la libertad de maniobra de Yuan se vio restringida por la creciente influencia extranjera sobre la economía —se ha comparado a la China de aquella época con un país del «Tercer Mundo» luchando por su autonomía (Young, 1977: 4)—, mientras que, por otra, sus políticas de centralización provocaron la oposición tanto de los gobernadores provinciales militares como de las elites aristocráticas/comerciales locales. Otros estudios de este período han destacado asimismo las actividades de los partidos políticos que surgieron a partir de 1911, afirmando que su carácter faccionario y su falta de comprensión de los principios del gobierno parlamentario hicieron tanto como las políticas de Yuan para provocar el desprestigio de la república (Yu, 1966).

El fracaso de Yuan Shikai a la hora de reafirmar el control centralizado provocó un período de inestabilidad y desunión en el que el poder político pasó a manos de caudillos militares provinciales (o «señores de la guerra»). Al mismo tiempo, el desencanto producido por las perniciosas consecuencias políticas de la revolución estimuló un movimiento intelectual que buscaba las

causas más profundas del fracaso de la república. En lo que se conoce como Movimiento del Cuatro de Mayo (o de la Nueva Cultura), una serie de intelectuales radicales condenaron la continua influencia de los valores culturales «tradicionales», que para ellos explicaban la ausencia de cualquier cambio sustancial y progresista a partir de 1911. Esta crítica cultural, que representaba antes la continuidad de algunas tendencias ya manifiestas durante los últimos años de la dinastía Qing que un fenómeno nuevo, vino acompañada de una amplia exploración de ideologías de inspiración occidental, de la experimentación con nuevas formas de literatura y de lenguaje, y de un espectacular aumento del número de revistas y periódicos publicados en los centros urbanos. De este fermento cultural e ideológico surgiría el Partido Comunista Chino en 1921, aunque diversos estudios recientes han subrayado el hecho de que su uniformidad ideológica y su identidad organizativa no se alcanzarían hasta varios años después (Dirlik, 1989; Van de Ven, 1991).

La política en la primera república

La mayoría de los observadores, incluyendo al propio Sun Yat-sen (que en septiembre de 1912 fue nombrado director de ferrocarriles), suponían que Yuan Shikai acataría el proceso constitucional. Bajo la constitución provisional aprobada a principios de 1912, Yuan, como presidente, ostentaba un considerable poder ejecutivo, pero también había de compartir su responsabilidad con un primer ministro (a quien había de nombrar el presidente con la conformidad del parlamento) y su gabinete. Asimismo, a finales de 1912 y comienzos de 1913 también se habían de celebrar elecciones para un parlamento bicameral y unas nuevas asambleas provinciales, que habrían de reemplazar a la antigua asamblea nacional y a las asambleas provinciales convocadas en los últimos años de la dinastía.

La organización prerrevolucionaria de Sun Yat-sen, *Tongmenghui*, se reorganizó ahora como un partido político parlamentario, el Guomindang (Partido Nacionalista), para concurrir a las elecciones prometidas para finales de año. Se formaron otros partidos políticos, cuyos miembros incluían a ex funcionarios y burócratas asociados al antiguo régimen, así como a antiguos revolucionarios. Se hacían y deshacían alianzas entre ellos con asombrosa frecuencia, y tanto su carácter faccionario como su susceptibilidad a los sobornos del gobierno iban a dañar gravemente la credibilidad de la política

parlamentaria.

Bajo las eficaces dotes de organización de Song Jiaoren (1882-1913), que había creado la rama de China central de la *Tongmenghui* antes de 1911, el Guomindang, en contraste con los demás partidos, emprendió una campaña electoral bien planificada y coordinada (Liew, 1971). La plataforma del partido defendía la causa del autogobierno local y propugnaba un poder presidencial limitado, así como la responsabilidad del consejo de ministros ante el parlamento (Scalapino y Yu, 1985: 347). Las elecciones, en las que participaron más de 300 partidos políticos y tuvieron derecho a voto 40 millones de personas (Fincher, 1981: 222-223), dieron la victoria al Guomindang, que se alzó como el mayor partido en ambas cámaras parlamentarias (Young, 1977: 114). Los gobernadores militares de las provincias de Anhui, Jiangxi y Guangdong también eran partidarios del Guomindang. Yuan Shikai consideró los resultados de las elecciones como una amenaza a su propia posición; y no fue casualidad que en marzo de 1913, un mes antes de la fecha prevista para convocar el parlamento, Song Jiaoren, que había exigido más que nadie la responsabilidad de los ministros ante dicha institución, fuera asesinado en Shanghai. Se difundió la creencia de que el asesinato de Song se había llevado a cabo siguiendo órdenes de Yuan.

Las ya tensas relaciones de Yuan con el Guomindang alcanzaron un punto crítico en abril de 1913, debido a la cuestión de los créditos extranjeros. Desde los comienzos de su presidencia, Yuan se había enfrentado al obstáculo de la falta de fondos. En 1911 el gobierno central obtenía la mayor parte de sus ingresos de los derechos aduaneros marítimos, dado que una gran parte de la contribución territorial y otros impuestos internos se los habían apropiado las provincias; de hecho, la proporción de ingresos representada por la contribución territorial en relación al total de la renta del gobierno central había ido disminuyendo constantemente durante todo el período de la dinastía Qing (Wang, 1973). En el transcurso de la revolución las potencias extranjeras estrecharon su control sobre las aduanas marítimas, haciéndose cargo de la recaudación, el depósito bancario y la remisión de los ingresos aduaneros (hasta 1911, el Servicio Aduanero Marítimo bajo control extranjero simplemente calculaba los aranceles correctos y se lo comunicaba al gobierno Qing). Dichos ingresos habían de ser depositados en bancos extranjeros (en los puertos francos), y luego remitidos al gobierno chino específicamente para devolver los créditos extranjeros contratados por los Qing antes de 1911

(Feuerwerker, 1983&).

Los ingresos aduaneros se habían de utilizar también como garantía para cualquier crédito extranjero contratado a partir de 1912; dichos créditos, sin embargo, se tenían que negociar a través de un consorcio bancario que representaba a seis potencias: Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia, Alemania, Rusia y Japón. Este consorcio, originariamente creado en 1910, bloqueaba en la práctica cualquier intento por parte del gobierno de Yuan de negociar con bancos extranjeros individuales. Yuan, ansioso por obtener fondos y el reconocimiento oficial de su régimen por parte de las potencias, consiguió un «crédito de reorganización» del consorcio, por un importe de 25 millones de libras esterlinas, en abril de 1913. De esta suma Yuan recibiría en realidad 21 millones de libras, ya que el crédito estaría integrado por bonos vendidos a sólo el 90 % de su valor nominal, además de una deducción del 6 % del total por comisiones. A pesar de ello, se había de devolver íntegramente el capital original, más un 5 % de interés (Mancall, 1984: 200). Los ingresos procedentes del impuesto sobre la sal se utilizarían como garantía del préstamo, y, con el fin de asegurar la eficaz recaudación de dicho impuesto, los extranjeros colaborarían en su gestión (Feuerwerker, 1983fo). Así, la influencia extranjera en la economía aumentó aún más (sin embargo, bajo la presidencia de Woodrow Wilson Estados Unidos se retiró del consorcio como protesta por el hecho de que éste violaba la soberanía china, si bien las esperanzas chinas de que a partir de ese momento Estados Unidos defendiera su causa se verían en su mayor parte defraudadas). Como un nuevo testimonio de la debilidad de la nueva república, en 1913 Yuan se vio obligado a reconocer oficialmente la autonomía de Mongolia Exterior (confirmada por el tratado de Kiajta, en 1915) y del Tibet —originariamente parte del imperio Qing, pero que la nueva república seguía reivindicando como parte de China — antes de que Rusia y Gran Bretaña, que tenían intereses estratégicos en ambas regiones, reconocieran oficialmente al régimen de Yuan (aunque habría que señalar que China no renunció jamás al control formal sobre el Tibet).

Dado que Yuan había firmado el crédito de reorganización sin consultar al parlamento, el Guomindang trató de incapacitar al presidente. Yuan eludió la amenaza, básicamente a través de la manipulación de los demás partidos políticos, y luego pasó a la ofensiva. En junio de 1913 destituyó a los gobernadores de Jiangxi, Anhui y Guangdong, todos ellos del Guomindang, y los reemplazó por otros nombrados por él mismo. En el sur estalló un

conflicto armado (conocido como «segunda revolución») cuando los gobernadores destituidos y sus partidarios del Guomindang trataron de lanzar una campaña nacional contra Yuan.

La segunda revolución duró apenas tres meses (de julio a septiembre de 1913), y acabó con la completa derrota de las fuerzas anti-Yuan. La capacidad de éste para comprar el apoyo de importantes gobernadores militares provinciales, además de la antipatía generalizada que sentían las elites aristocráticas y comerciales por la perturbadora influencia del Guomindang, aseguró la derrota de los rebeldes. Sun Yat-sen, amargamente desengañado, se vio forzado a exiliarse una vez más. En Japón, en 1914, fundó un nuevo partido, el Partido Revolucionario Chino (*Zhonghua gemingdang*), que representaba una reacción contra el tipo de partido de amplia base y abiertamente parlamentario que había sido el Guomindang en 1912. Sun recalcaba ahora la importancia de la organización de un partido secreto y estrechamente unido cuyos miembros le juraran lealtad personalmente. Asimismo, mientras que en la etapa anterior a 1911 Sun había aludido a la necesidad de un período de gobierno militar transitorio para preparar el camino al gobierno democrático, ahora insistía en que al gobierno militar le había de suceder un período ilimitado de tutela del partido con el fin de preparar al pueblo para el gobierno constitucional (Bergére, 1998: 257).

La victoria de Yuan le permitió expandir su control en las provincias, además de lanzar un ataque frontal a todas las instituciones del autogobierno. Primero logró coaccionar al parlamento para que le eligiera presidente permanente, en octubre de 1913; a comienzos de 1914 había prohibido el Guomindang y disuelto el parlamento. También se abolieron las asambleas provinciales y de distrito. Yuan trató asimismo de aumentar el control de Pekín sobre las provincias nombrando a gobernadores civiles que contrarrestaran el poder de los gobernadores militares. A partir de 1913 logró que el gobierno central se adjudicara una proporción mayor de la contribución territorial. Como parte de su campaña para asegurar el orden público a través de la reafirmación de valores morales tradicionales como la deferencia y la lealtad, Yuan ordenó que las escuelas primarias reintegraran los clásicos confucianos al currículo (del que habían sido eliminados bajo el nuevo sistema escolar promulgado en 1912).

Se ha descrito el régimen de Yuan a partir de 1913 como una «dictadura republicana […] construida en torno a los principios de la centralización

administrativa y el orden burocrático» (Young, 1983: 238). Aparte de cierto «reinado del terror» destinado a intimidar (y exacerbar) a los oponentes y críticos del régimen, las propias políticas de Yuan chocaron con una creciente oposición, no sólo de los gobernadores militares provinciales, sino también de diversos grupos de aristócratas y comerciantes (curiosamente, los mismos que le habían apoyado en 1913); la abolición de las asambleas locales, las restricciones impuestas a las cámaras de comercio y los planes para establecer un impuesto gubernamental sobre la renta alimentaron el resentimiento. En un desesperado intento de desviar la oposición a su régimen, Yuan Shikai jugó su última baza: en 1915 impulsó una campaña propugnando la restauración de la monarquía (Scalapino y Yu, 1985: 415). La campaña, orquestada por los partidarios de Yuan, produjo diversas «peticiones», por parte de «ciudadanos preocupados», de que Yuan asumiera el Trono del Dragón. Éste, sin embargo, había cometido un error garrafal. Había supuesto que los meros símbolos del poder monárquico serían suficientes para cimentar la unidad nacional y reforzar su poder personal. Pero ya no era posible dar marcha atrás. En 1911 la monarquía había quedado totalmente desacreditada (al menos entre las elites), mientras que los gobernadores militares eran demasiado celosos de su recién adquirido poder para aceptar las pretensiones de un nuevo emperador. Un estudio clásico sobre el confucianismo y sus vicisitudes en el siglo XX afirma también que el intento monárquico de Yuan fue una «parodia», en el sentido de que su artificiosa utilización de los símbolos y procedimientos confucianos durante su entronización, en 1916, chocaba con las nuevas tendencias políticas e intelectuales que habían vaciado ya la monarquía tradicional (y el confucianismo) de sus valores universales; el resultado era que el cínico ardid de Yuan de explotar la tradición le convertía en un emperador «tradicionalista», antes que en un «emperador auténtico y tradicional» (Levenson, 1964: 4-20).

Mientras Yuan se disponía a coronarse a sí mismo emperador, a finales de 1915 (bajo el nombre de Hongxian), los gobernadores militares del sur se rebelaban, declarando a sus provincias independientes de Pekín. Al mismo tiempo, Sun Yat-sen, financiado por los japoneses, trataba de organizar revueltas en la provincia de Shandong. Sin embargo, su estrecha relación con los japoneses (y los rumores de que había ofrecido a Japón futuras concesiones económicas a cambio de ayuda), en una época en la que existía un amplio sentimiento antijaponés en el país debido a la actividad cada vez

más agresiva de Japón en China (véase el siguiente apartado), expuso a Sun a ser acusado de traidor a sueldo de un enemigo extranjero. Así, su campaña se desvaneció rápidamente. Al igual que en 1911-1912, serían los gobernadores militares provinciales, y no Sun Yat-sen, quienes cosecharían los beneficios de una revuelta fructífera.

Temiendo las consecuencia de una guerra civil, las potencias acogieron el plan de Yuan sin demasiado entusiasmo. Japón, en particular, se mostró hostil, e incluso logró persuadir a Gran Bretaña y Estados Unidos de que enviaran una nota conjunta aconsejando que se pospusiera la restauración monárquica. Incluso después de que Yuan abandonara su plan, en marzo de 1916, las provincias siguieron declarándose independientes. Sólo su muerte, en junio del mismo año, salvó a Yuan de la ignominia de verse derrocado. Su conservadurismo innato, su falta de simpatía por los principios del gobierno constitucional, el trato implacable que dispensó a sus adversarios políticos, y su cínica manipulación del parlamento, habían supuesto para la república un golpe del que en realidad jamás se recuperaría. En palabras de un historiador, el fracaso de Yuan a la hora de movilizar el apoyo social a «una reforma y una modernización ordenadas», bajo los auspicios de un estado burocrático centralizado, abrió el camino al uso del poder militar para resolver cuestiones políticas (Rankin, 1997: 267-268). A partir de 1916, un parlamento impotente y un gobierno civil débil se iban a convertir cada vez más en meros juguetes de una sucesión de camarillas de diversos señores de la guerra.

China y la primera guerra mundial

Antes de analizar el fermento cultural conocido como Movimiento del Cuatro de Mayo y el surgimiento del caudillismo de los señores de la guerra tras la muerte de Yuan Shikai, es necesario, ante todo, evaluar el impacto que tuvo en China la primera guerra mundial. Ésta fue una fase crucial en la historia china del siglo XX, dado que las acciones emprendidas por Japón, Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia confirmarían la debilidad de este país y mostrarían que los intereses y ambiciones de las propias potencias tenían prioridad sobre la soberanía territorial de China. La ira y el desencanto que resultaron de ello ayudarían a alimentar un nacionalismo antiimperialista aún más intenso, cuyo origen se remontaba ya a los últimos años de la dinastía Qing.

Cuando estalló la guerra en Europa, en agosto de 1914, Japón expresó de inmediato su voluntad de acudir en ayuda de su aliada, Gran Bretaña. De acuerdo con los términos de la alianza anglojaponesa de 1902 (renovada en 1905), el gobierno japonés se ofreció a declararle la guerra a Alemania, lo que habría proporcionado a Japón una justificación para atacar los territorios chinos arrendados a dicho país, centrados en torno al puerto de Qingdao, en la provincia de Shandong. Aunque el gobierno británico se mostró receptivo ante la idea de ver a la armada japonesa patrullando las aguas del este de Asia para proteger a los barcos ingleses y sacrificándose ante un posible ataque alemán, manifestó una actitud más ambivalente respecto a la posibilidad de contemplar una mayor presencia japonesa en China (Chi, 1970). La victoria de Japón sobre Rusia en 1905 había supuesto ya un aumento de la influencia económica del país en Manchuria, y Gran Bretaña, que seguía siendo la potencia con mayores intereses económicos en China, estaba empezando a ver a Japón como un posible rival.

Japón, sin embargo, siguió adelante con su ofensiva contra el territorio arrendado a Alemania. Ignorando la declaración de neutralidad de China, las tropas japonesas desembarcaron en el norte de Shandong y tomaron Qingdao por tierra. Además de Qingdao, Alemania había obtenido en 1898 el derecho a construir una línea férrea desde Qingdao hasta la capital provincial, Jinan, así como a adquirir concesiones mineras a lo largo de toda la ruta del ferrocarril. A pesar de los intentos de China de limitar las acciones de Japón, las tropas japonesas pronto avanzaron hacia el interior desde Qingdao y tomaron el control de toda la línea férrea.

Fue en ese momento cuando Tokyo decidió consolidar y fortalecer la posición de Japón en China imponiendo a Yuan Shikai las infamantes «Veintiuna Demandas». En enero de 1915, el embajador japonés en China entregó a Yuan una serie de demandas que, de haber sido aceptadas en su integridad, habrían convertido China prácticamente en un protectorado japonés. Entre dichas demandas se incluía no sólo una ampliación del arrendamiento japonés de Port-Arthur (situado en la península de Liaodong, en el sur de Manchuria) y del ferrocarril Surmanchuriano, sino también la concesión de privilegios mineros, comerciales y residenciales en el sur de Manchuria y Mongolia Interior, el reconocimiento de la presencia dominante de Japón en Shandong, y la promesa por parte del gobierno chino de no permitir que ninguna zona de la costa china cayera bajo la influencia de otra

potencia. La última serie de demandas, no obstante, resultaban especialmente ambiciosas: el gobierno chino había de emplear a asesores políticos y militares japoneses; se crearía una fuerza policial conjunta chinojaponesa, y China habría de comprar una determinada cantidad de armas a Japón (Chi, 1970: 32). Yuan Shikai respondió con evasivas, confiando en el apoyo de Gran Bretaña y Estados Unidos. Aunque ambos países protestaron contra la última serie de demandas, instando a los japoneses a aceptar que se «pospusieran», ninguno de los dos estaba dispuesto a enemistarse con Japón. Por otra parte, el secretario de Estado norteamericano, William Jennings Bryan, declaró públicamente en marzo de 1915 que la «contigüidad territorial» creaba unas relaciones especiales entre Japón y los territorios chinos de Shandong y la Manchuria meridional.

El 25 de mayo de 1915, un día después del que los estudiantes chinos denominaron «Día de la Humillación Nacional», Yuan firmó las demandas de Japón. En todas las ciudades importantes del país estallaron manifestaciones antijaponesas generalizadas, que a menudo tomaron la forma de boicots a los productos japoneses. A pesar de la inútil advertencia de Estados Unidos de que no reconocería ningún acuerdo chinojaponés que lesionara la integridad política y territorial de China, en 1917 Japón logró obtener la aprobación de Gran Bretaña y Francia en relación a sus pretensiones sobre Shandong; ese mismo año Estados Unidos reconoció de nuevo que Japón tenía intereses especiales en China debido a la proximidad geográfica de ambos países (Chi, 1970: 110).

En la confianza de que ahora sus pretensiones sobre Shandong se reconocerían en cualquier futura conferencia de paz, Japón aceptó colaborar en el intento de Gran Bretaña de persuadir a China de que declarara la guerra a Alemania. De hecho, en 1914y 1915 Yuan Shikai se había ofrecido a participar militarmente en la guerra en el bando aliado (proponiendo incluso una expedición china a los Dardanelos) con la esperanza de evitar la acción militar japonesa contra Alemania en Shandong (Chi, 1970; Bailey, 2000: 181-182). Y Japón se había opuesto a la ideá precisamente por esa misma razón. Gran Bretaña, por su parte, deseaba que China declarara la guerra a Alemania simplemente para asegurarse de que las propiedades y los barcos alemanes en China se requisaran. Ni a Gran Bretaña ni a Estados Unidos les entusiasmaba la participación militar china (en 1917 se planteó una nueva oferta), principalmente porque la capacidad de combate china no se valoraba

demasiado y había escasez de navios de transporte.

A pesar de ello, Duan Qirui, que había sido uno de los generales de Yuan Shikai y que ahora dominaba el gobierno civil en Pekín, era un firme partidario de la alianza propuesta. Otros, en cambio, temían que, si China declaraba la guerra, Duan obtendría de los aliados fondos que luego podría utilizar para fortalecer su propia posición frente a sus adversarios internos. Duan intimidó al parlamento (restaurado tras la muerte de Yuan) con una exhibición de fuerza militar, y en agosto de 1917 se declaró la guerra a Alemania. El Guomindang, bajo el liderazgo de Sun Yat-sen, abandonó Pekín en señal de protesta, y, junto con otros antiguos miembros del parlamento anterior a 1915, estableció un parlamento meridional alternativo en Cantón (provincia de Guangdong) (Bergére, 1998: 271-272). A partir de entonces Sun disputó la legitimidad del gobierno de Pekín y se dispuso a crear su propio gobierno en el sur, asociado a la protección de la constitución y la defensa de la república (Rankin, 1997: 269). Quienes apoyaban la declaración de guerra china esperaban que ésta no sólo aseguraría la participación de China en la futura conferencia de paz, sino que también daría mayor peso a la demanda china de que se pusiera fin al sistema de tratados desiguales. Dicha demanda se vio reforzada por el hecho de que, aunque no se enviaron tropas chinas al frente occidental, a partir de 1916 se permitió a los gobiernos francés y británico reclutar mano de obra china para realizar trabajos relacionados con la guerra en Francia. Finalmente se reclutaron alrededor de 150.000 trabajadores; la mayoría de ellos procedían del norte de China (especialmente de la provincia de Shandong), y mientras estuvieron en Francia participaron en una amplia variedad de tareas, que iban desde reparar trincheras y carreteras hasta trabajar en fábricas de maquinaria y armamento, pasando por construir aeródromos y enterrar a los muertos de guerra (Bailey, 2000: 182-184).

Las esperanzas chinas de poner fin al sistema de tratados desiguales recibieron también un nuevo impulso de la inspirada retórica del presidente norteamericano Woodrow Wilson, quien en 1918 aludió a la necesidad de establecer tras la guerra un nuevo sistema internacional basado en la diplomacia franca, la igualdad entre las naciones y la autodeterminación de los pueblos. La conferencia de paz de Versalles, celebrada en 1919, resultaría una amarga decepción, ya que los nobles ideales de Wilson chocarían con la realidad concreta de los intereses de las potencias. Aunque los representantes

chinos hubieron de aceptar que las potencias no pusieran fin a la extraterritorialidad en China ni restauraran la autonomía arancelaria, al menos esperaban que el territorio arrendado de Qingdao y el ferrocarril Jinan-Qingdao volvieran al control chino.

Japón, sin embargo, sí logró sostener sus reclamaciones sobre Shandong aludiendo no sólo a la aprobación que le habían otorgado Gran Bretaña y Francia en 1917, sino también a los tratados secretos de defensa mutua firmados por Tokio y el gobierno de Duan Qirui en 1918, que reconocían implícitamente la presencia japonesa en Shandong. Y, lo que es más importante: al igual que había sucedido en 1915, Gran Bretaña y Estados Unidos no estaban dispuestos a comprometerse plenamente con la causa china y arriesgarse con ello a suscitar la hostilidad de Japón, convertido ahora en una importante potencia militar y naval en Asia oriental. Además, el presidente Wilson estaba ansioso por que todas las potencias aliadas participaran en la propuesta Sociedad de Naciones, y cuando Japón insinuó que podría no unirse a ella si las concesiones de Shandong se devolvían a China, se rindió ante lo inevitable (irónicamente, el sentimiento aislacionista del Congreso estadounidense aseguraría, más tarde, que fuera precisamente Estados Unidos quien se negara a participar en la Sociedad de Naciones).

El 4 de mayo de 1919, cuando llegó a China la noticia de que los aliados habían decidido conceder a Japón los derechos alemanes sobre Shandong, en Pekín estallaron masivas manifestaciones estudiantiles, que se propagaron rápidamente a otras grandes ciudades (Chow, 1960). Los ministros pro-japoneses fueron atacados, y se organizó un boicot a los productos japoneses en el que participaron los comerciantes y los trabajadores urbanos, especialmente en Shanghai (Chen, 1971). Los representantes chinos en Versalles, bombardeados con telegramas que denunciaban el acuerdo de paz, no firmaron el tratado. Aunque convencionalmente se ha considerado que las manifestaciones políticas de mayo de 1919 marcaron el comienzo del moderno nacionalismo chino (Chow, 1960), habría que señalar que más bien representaron la continuidad de tendencias que se habían iniciado durante los últimos años de la dinastía Qing (véase el capítulo 1). Lo que *sí* constituyó una novedad fue el gran número de estudiantes, comerciantes y trabajadores urbanos que decidieron participar en la acción política. Un estudio sobre la protesta estudiantil en el siglo XX ha destacado también las manifestaciones del Cuatro de Mayo como el comienzo del «teatro político de la calle»,

extremadamente eficaz, que los estudiantes emplearían y desarrollarían durante todo el resto del siglo (Wasserstrom, 1991: 5). Dicho «teatro político» imitaba, se apropiaba y subvertía la retórica, los rituales y las ceremonias oficiales para cuestionar la legitimidad de las autoridades gobernantes. Así, por ejemplo, durante las manifestaciones de Shanghai, en mayo y junio de 1919, los estudiantes formaron sus propias «burocracias de protesta» (a través de sindicatos complejamente organizados), elaboraron su propia propaganda escrita a imagen de las proclamas oficiales, organizaron sus propios desfiles patrióticos (repletos de juramentos, alzamientos de la bandera nacional e interludios musicales), e incluso «vigilaron policialmente» su propio boicot a los productos japoneses (*ibíd*.: 57-70, 74-81, 85-89). Por otra parte, las manifestaciones de mayo de 1919 se integraron en un proceso de mayor envergadura, que pasaría a conocerse como el Movimiento del Cuatro de Mayo.

El Movimiento del Cuatro de Mayo

En 1915 se empezó a publicar en Shanghai una nueva revista. Titulada *Xin Qingnian* («Nueva Juventud») y editada por Chen Duxiu (1880-1942), que hasta 1911 había estudiado en Japón y luego había participado en la revolución de 1911, durante los años siguientes la revista denunció la moral y las prácticas tradicionales, y propugnó un cambio cultural e intelectual drástico (aludiendo a la democracia y a la ciencia occidentales como fuente de inspiración). Para muchos intelectuales chinos, la corrupción de la política republicana había mostrado que los cambios de actitud habían de preceder al cambio político (Grieder, 1981). Chen, en particular, lanzó un fiero ataque a la tradición china, afirmando que la persistencia de las creencias confucianas bloqueaba el surgimiento de una ciudadanía joven y dinámica. Criticaba especialmente el sistema familiar tradicional, con su énfasis en la deferencia hacia los ancianos y la relegación de las mujeres a un estatus inferior.

Este ataque a la tradición, resumido en el eslógan «Derroca a Confucio e Hijos», reflejaba también la consternación de los radicales frente a lo que se percibía como corrientes reaccionarias presentes en la primera república. Kang Youwei, por ejemplo, cuya actitud hacia la nueva república fue, como mucho, tibia, orquestó una campaña para fomentar el confucianismo como religión oficial, una idea que había formulado inicialmente en la década de 1890 (Kwong, 1984: 93-107). Los educadores conservadores, alarmados por

el hecho de que en el creciente número de escuelas femeninas no se inculcaran las actitudes y comportamientos «apropiados» a las mujeres, exigían que dichas escuelas exaltaran las virtudes femeninas tradicionales de la deferencia, la lealtad y la pasividad, al mismo tiempo que dedicaban más tiempo a enseñar materias «útiles» como la economía doméstica y el cuidado de la familia (Bailey, 2001). Finalmente, estaba la decisión de Yuan Shikai, en 1915, de reintroducir las enseñanzas confucianas en las escuelas primarias (anulada tras su muerte) y un abortado intento en Pekín (que duró varios días) de restaurar la monarquía Qing, en 1917, cuando un caudillo militar de la parte septentrional del país, Zhang Xun (conocido como el «General de la Coleta» debido a que seguía luciendo una cola al estilo manchú), sacó a Puyi de su apartado «retiro» en la Ciudad Prohibida.

Se ha calificado la crítica inflexible de Chen Duxiu a la tradición china en su conjunto de «iconoclasia totalitaria» (Lin, 1979). Dado que las normas confucianas —se afirmaba— fundamentaban todos y cada uno de los aspectos del gobierno, la sociedad y la cultura tradicionales (y que todos ellos eran percibidos como orgánicamente vinculados por los eruditos confucianos), los intelectuales radicales como Chen adoptaron también un planteamiento «holístico» al promover una denuncia radical de la tradición. Otro estudio (Feigon, 1983), sin embargo, ha señalado que Chen pudo recurrir a una *tradición autóctona* de disidencia, y que, consecuentemente, sus críticas radicales a la cultura china se vieron alentadas por un profundo sentimiento nacionalista ya manifiesto en sus días de estudiante durante los últimos años de los Qing. En cualquier caso, esta condena global de un pasado homogéneo constituyó un fenómeno transitorio, dado que entre los intelectuales del Cuatro de Mayo vinieron a prevalecer puntos de vista más matizados y perspicaces. También habría que señalar que la «tradición», en sus diversas formas, ha seguido siendo apropiada, manipulada y explotada a lo largo de todo el siglo XX.

Otra figura que contribuyó a la revista *Xin Qingnian* fue Hu Shi (1891-1962). En 1910, Hu había recibido una beca del gobierno para estudiar en Estados Unidos (gracias a los fondos de indemnización de los bóxers remitidos a China por el gobierno estadounidense), y durante su estancia en la Universidad Cornell había escrito artículos condenando la rigidez y el formalismo de la lengua clásica china (*wenyan*). A su regreso, en 1917, escribió un artículo para *Xin Qingnian* en el que propugnaba una literatura

basada en el habla popular (*baihua*); dicha literatura —afirmaba— no sólo resultaría más viva y práctica, sino que también permitiría a China escapar a los embrutecedores efectos de la cultura confuciana, tan asociada a la lengua clásica (Grieder, 1970). Posteriormente Hu alentó el estudio y fomentó las virtudes de las novelas populares tradicionales escritas en lenguaje coloquial. Dos de las más conocidas eran *Shuihu Zhuan (A la orilla del agua*, probablemente escrita en el siglo XIV), que narra las bulliciosas y escandalosas hazañas de una fraternidad de bandidos, y *Xiyou Ji* (*Viaje al oeste*, escrita en el siglo XVI), que relata las aventuras del travieso y atrevido rey mono, Sun Wukong, que se encarga de proteger a un monje budista contra los demonios en su épico viaje a la India en busca de las sagradas escrituras. El joven Mao Zedong leyó ambas novelas con avidez.

También Lu Xun (1881-1936), uno de los más destacados escritores chinos del siglo XX, consideraba la literatura un vehículo de cambio. Inicialmente había ido a Japón, en los primeros años del siglo, para estudiar medicina, pero había renunciado desesperado (como muchos de sus compatriotas que en aquella época acudían a Japón, durante su estancia había sufrido humillaciones personales y estaba horrorizado de la actitud burlona con la que se veía a las personas chinas), llegando a la conclusión de que, en tanto no se diera un cambio fundamental en la mentalidad de la gente, la ciencia por sí sola no «salvaría» a China. Por mediación de la literatura Lu Xun esperaba llamar la atención sobre los males de la sociedad tradicional y, en consecuencia, alentar el cuestionamiento de las actitudes a ellos subyacentes (Lyell, 1976; Spence, 1982: 61-71, 85-88, 107-113; Lee, 1987; Lyell, 1990: IV-XXIV). Fue el iniciador de una nueva forma literaria, el relato breve en lenguaje coloquial, al publicar en *Xin Qingnian*, en 1918, una agria sátira titulada *Diario de un loco* (*Kuangren riji*), que describía la tradición china como un canibalismo voraz. Así, el héroe, considerado «loco» por su familia y sus vecinos por haber «pisoteado los libros de contabilidad del Señor Antigüedad», y convencido de que la gente estaba a punto de devorarle, anota en su diario:

Uno tiene que haber examinado realmente algo antes de poder entenderlo. Me parecía recordar, aunque no con demasiada claridad, que desde tiempos antiguos a la gente se la ha devorado con frecuencia, y, así, empecé a hojear un libro de historia para buscarlo. No había fechas en esa historia, pero garabateadas aquí y allá en cada página estaban las palabras benevolencia,

rectitud y moralidad. Dado que de todas formas ya no podía conciliar el sueño, leí esa historia cuidadosamente durante casi toda la noche, y finalmente empecé a entender lo que estaba *escrito* entre líneas: todo el volumen estaba repleto de una sola frase: ¡cómete a la gente! (Lyell, 1990: 32).

Sin embargo, y como en el caso de Hu Shi, la «iconoclasia» de Lu Xun no le impidió admirar ciertos aspectos de la cultura tradicional; en particular, posteriormente defendería las cualidades estéticas de los grabados en madera tradicionales.

En 1918, Chen Duxiu, Hu Shi y Lu Xun enseñaban en la Universidad de Pekín, la cual, bajo el rectorado de Cai Yuanpei (1868-1940), se había convertido en un dinámico centro de debate intelectual. Cai, que había obtenido el título metropolitano (*jinshi*) en el sistema tradicional de exámenes para la administración pública, se había unido a la *Tongmenghui* de Sun Yat-sen durante los últimos años de la dinastía. En 1912 se convirtió en el primer ministro de Educación republicano, pero pronto renunció al cargo en protesta por la política de Yuan Shikai. En 1916 fue nombrado rector de la Universidad de Pekín, y se dispuso a transformar la triste reputación que tenía esta institución de ser el refugio seguro y poco exigente de los hijos ociosos de los burócratas. Cai logró convertir la Universidad en una acreditada institución académica, insistiendo en que fuera un lugar en el que se pudieran expresar una amplia variedad de ideas y opiniones distintas (Duiker, 1977). Mientras estuvieron enseñando en la Universidad, Chen Duxiu y los demás tuvieron un enorme impacto en los estudiantes.

El fermento intelectual de esta época produjo un montón de revistas (algunas de ellas publicadas por los propios estudiantes) y despertó una intensa fascinación por la literatura y el pensamiento político occidentales entre los jóvenes radicales. Se tradujo a escritores como Turguéniev y Shaw, mientras las representaciones públicas de la obra de Ibsen *Casa de muñecas* avivaban los debates en torno al estatus de las mujeres en la sociedad y ensalzaban a Nora (la heroína de la obra) como símbolo de la valerosa afirmación de la autonomía y del rechazo a los papeles tradicionales (Ono, 1989: 99-100; Wang, 1999: 50). En 1919-1920, destacados filósofos y educadores occidentales como Bertrand Russell y John Dewey fueron invitados a China, donde pronunciaron conferencias ante absortas audiencias de estudiantes universitarios. También se mostró un creciente interés (cuyo

origen se remontaba a los primeros años del siglo) por las ideologías políticas occidentales del socialismo y el anarquismo.

Aunque la introducción de las teorías socialistas en China a comienzos de siglo, así como el modo en que el socialismo se interpretaría posteriormente por intelectuales chinos como Liang Qichao y los asociados a la *Tongmenghui* de Sun Yat-sen durante los últimos años de la dinastía Qing, han sido bien documentados por los historiadores (por ejemplo, Gasster, 1969; Bernal, 1976), hasta época reciente la importancia y el impacto de las ideas anarquistas no ha sido objeto de un análisis sustancial (Zarrow, 1990; Dirlik, 1991). En opinión de un historiador (Dirlik, 1991), el presupuesto de que el resultado político más importante del Movimiento del Cuatro de Mayo fue la fundación del Partido Comunista Chino en 1921 ha tendido a oscurecer la penetrante —aunque difusa— influencia que el anarquismo ejerció en el discurso de dicho movimiento (ni que decir tiene que el papel del anarquismo en aquel momento sería prácticamente ignorado por la posterior historiografía marxista china, al menos hasta época bastante reciente).

Se puede rastrear el origen de la inspiración de muchas de las ideas y prácticas del período del Cuatro de Mayo en la influencia anterior a 1911 de los anarquistas chinos que habían ido a estudiar a Japón y Francia. Fueron estos anarquistas, especialmente los de París, los que condenaron la tiranía del sistema familiar, propugnando nuevas formas de interacción social basadas en la ayuda mutua, y ensalzando los beneficios de la educación y la ciencia a la hora de dar lugar a una sociedad más humana e igualitaria (Bailey, 1988; 1990: 227-233). Asimismo, fueron los precursores del concepto de trabajo-estudio como medio de salvar el abismo entre intelectuales y trabajadores que, según percibían, había caracterizado siempre a la sociedad china. Las organizaciones y publicaciones anarquistas siguieron proliferando durante los primeros años de la república, mientras que, a finales de la década de 1910, los estudiantes de la Universidad de Pekín ponían en práctica las ideas anarquistas experimentando con sistemas de vida comunitaria, creando planes de trabajo-estudio y organizando equipos de clases populares que recorrían los barrios de las afueras y el campo circundante para propagar los conocimientos «modernos» entre la gente corriente (aunque tales esfuerzos a menudo se racionalizaron en términos elitistas como el deber natural de una vanguardia intelectual de eliminar las arraigadas «supersticiones» y la «ignorancia» del pueblo).

Uno de los más ambiciosos proyectos de inspiración anarquista fue un proyecto de trabajo-estudio que envió a más de 1.500 estudiantes chinos a Francia entre 1919y 1921 (Bailey, 1988). Organizado por destacados anarquistas muy activos en París antes de 1911, como Li Shizeng, el proyecto aspiraba a dar a los estudiantes menos acomodados la oportunidad de trabajar en fábricas francesas y ganar dinero para pagar su posterior instrucción en facultades y colegios universitarios franceses. Li Shizeng esperaba también que, al realizar un trabajo manual, los estudiantes chinos se libraran de sus actitudes elitistas, mientras que su interacción con los trabajadores chinos reclutados durante la guerra que permanecían en Francia (la mayoría fueron repatriados en 1921), a través de las clases de alfabetización, ayudaría a elevar el nivel cultural de los trabajadores. Curiosamente, al principio los funcionarios y educadores franceses dieron la bienvenida al proyecto, y subrayaron sus beneficios a largo plazo para potenciar la influencia política, cultural y económica de su país en China, de manera muy parecida a como sus colegas norteamericanos y japoneses habían acogido a los estudiantes chinos en sus respectivos países unos años antes (*ibíd*.: 453; Bailey, 1992: 826-828). Aunque el proyecto finalmente chocaría contra el escollo de la depresión económica de la posguerra en Francia (dejando a muchos estudiantes chinos sin empleo) y concluiría en 1921, el ideal del trabajo-estudio como medio de abolir las rígidas distinciones entre el trabajo mental y el trabajo manual iba a tener una constante influencia en posteriores líderes comunistas como Mao Zedong (véase el capítulo 5). Asimismo, durante su permanencia en Francia muchos de aquellos estudiantes se politizaron en gran medida; entre ellos figuraban algunos de los más importantes futuros líderes comunistas, como Zhou Enlai (1898-1976), primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores de la República Popular a partir de 1949; Deng Xiaoping (1904-1997), secretario general del partido en la década de 1950 y «líder supremo» en las de 1980 y 1990; Nie Rongzhen, mariscal del Ejército de Liberación Popular a partir de 1949, y Li Fuchun, ministro de Planificación Estatal en la década de 1950.

El Movimiento del Cuatro de Mayo (o de la Nueva Cultura) abarcaba, pues, una extraordinaria gama y diversidad de ideas, y por esta razón se ha aludido frecuentemente a él como a un período único en la moderna historia china. Este punto de vista fue propuesto inicialmente por algunos de quienes participaron en el movimiento, como Hu Shi, que posteriormente escribiría

sobre el impacto innovador de éste (y especialmente sobre su propio papel pionero en la defensa del uso de la lengua coloquial en la literatura y las escuelas) en un libro titulado *El Renacimiento chino* (publicado en 1934). Un clásico estudio posterior sobre los orígenes de la revolución comunista china (Bianco, 1971: 27-28) comparaba a los intelectuales del Cuatro de Mayo con los pensadores de la Ilustración europea; así como estos últimos prepararon el camino a la Revolución francesa, del mismo modo los primeros, con su crítica a la tradición y su defensa de la democracia y de la ciencia, prepararon el camino a la revolución comunista de 1949. Otro estudio más reciente también repite esta comparación entre el Movimiento del Cuatro de Mayo y la Ilustración europea (Schwarcz, 1986).

Es importante recordar, sin embargo, que así como el nacionalismo del período del Cuatro de Mayo y la exploración de ideologías radicales tenían sus raíces en años anteriores del siglo, del mismo modo la crítica iconoclasta de la tradición, la promoción del lenguaje coloquial, el surgimiento de una literatura «moderna» y el énfasis en la importancia de la educación popular —todo ello estrechamente vinculado al período del Cuatro de Mayo— representaban la continuidad de unas tendencias ya manifiestas durante los últimos años de la dinastía Qing. Los anarquistas del período anterior a 1911, por ejemplo, fueron de los primeros en elaborar una crítica sistemática de la estructura familiar tradicional (Zarrow, 1990; Dirlik, 1991). Los educadores y reformistas chinos empezaron a confeccionar libros de texto y a publicar revistas en lenguaje coloquial ya desde finales de la década de 1890 (Bailey, 1990: 73-75). En cuanto al debate sobre la reforma literaria, éste fue iniciado por reformistas como Liang Qichao ya en los primeros años del siglo (Dolezelova-Velingerova, 1977; Hsia, 1978; Lee y Nathan, 1985); por otra parte, un reciente estudio (Wang, 1997) ha subrayado el carácter innovador de la novelística de la última época de la dinastía (que los intelectuales del Cuatro de Mayo y los posteriores historiadores de la literatura tendieron a ignorar o a denunciar como frivola y reaccionaria) y su contribución al surgimiento de una literatura «moderna», debido al hecho de que su temática y su contenido no se limitaban ya a lo autóctono, sino que se dejaban influir por «el tráfico multilingüe y transcultural de ideas, tecnologías y fuerzas surgido a raíz del expansionismo occidental del siglo XIX» (*ibíd.*: 5). Finalmente —y como ya hemos mencionado en el capítulo 1—, la necesidad de llevar a cabo una educación popular generalizada fue una constante en los

debates educativos suscitados a partir de 1900, y llevó a la creación de escuelas de alfabetización y formación profesional, de media jornada, por parte de las elites aristocráticas y comerciales en los últimos años de los Qing (Bailey, 1990: 64-133).

Diversos estudios recientes han señalado también la constante importancia y efectividad de las llamadas instituciones «tradicionales» durante el Movimiento del Cuatro de Mayo y a partir de él. Así, las asociaciones «regionales» (*huiguan* o *tongxianghui*), integradas por emigrantes y residentes en ciudades como Shanghai procedentes de la misma localidad o región (y que desempeñaron un importante papel a la hora de proporcionar asistencia y seguridad a sus miembros), lejos de representar un provincianismo inmóvil y «atrasado», podían trascender las fronteras urbanas además de facilitar la incorporación a los movimientos nacionalistas, especialmente durante el boicot antijaponés de mayo y junio de 1919 (Goodman, 1995: 262-270). Asimismo, un estudio sobre los estudiantes radicales que originariamente procedían de las regiones rurales subdesarrolladas de la provincia de Zhejiang (y que, por tanto, desviaron la atención de los habituales focos de Pekín o Shanghai durante el Movimiento del Cuatro de Mayo) sostiene que su adhesión al anarcocomunismo en aquella época se vio facilitada por un deseo de recuperar el contenido ético del confucianismo que impregnaba la familia y las escuelas rurales (Yeh, 1996: 5). Quizás sea aún más significativo, sin embargo, el hecho de que las nuevas investigaciones sobre el significado de la modernidad china durante las primeras tres décadas del siglo XX estén explorando las transformaciones y mutaciones a largo plazo en la cultura material de la vida cotidiana (que no representaron necesariamente rupturas bruscas con el pasado), antes que equiparar la modernidad simplemente con el discurso iconoclasta de los intelectuales y la movilización política de los estudiantes (Lee, 1999; 2000).

La fundación del Partido Comunista Chino

Uno de los intelectuales chinos que escribieron sobre el significado de la revolución bolchevique fue otro miembro clave de la *intelligentsia* radical del Cuatro de Mayo y profesor en la Universidad de Pekín: Li Dazhao (1888-1927). En un artículo publicado en *Xin Qingnian* en 1918, Li subrayaba su mensaje mesiánico, afirmando que aquél era el acontecimiento más importante de la historia mundial, y que daba a China la esperanza de que

también ella podría salir de un período de decadencia y alcanzar un renacimiento espiritual (Meisner, 1967: 63-65). Se ha señalado asimismo que, en gran medida, Li describía la revolución bolchevique en términos anarquistas, una evidencia de la penetrante influencia del anarquismo en aquella época (Dirlik, 1989: 23-27). El mismo año Li creó la Sociedad para el Estudio del Marxismo en la Universidad de Pekín, y empezó a profundizar en los aspectos doctrinales de la revolución bolchevique. En mayo de 1919 se dedicó un número especial de *Xin Qingnian* al marxismo, aunque hasta *después* de 1919 no se empezó a disponer de un número sustancial de obras marxistas en chino (si bien en 1906 se habían traducido ya extractos del *Manifiesto comunista*).

Además de enseñar ciencias políticas en la Universidad de Pekín, Li Dazhao estaba también a cargo de la biblioteca de la universidad. Uno de sus ayudantes era Mao Zedong (1893-1976), hijo de un campesino acomodado (dueño de alrededor de una hectárea de tierra), que había llegado a Pekín en 1918 tras haberse graduado en una escuela de magisterio en su provincia natal de Hunan. Un año antes, Mao había escrito un artículo para *Xin Qingnian* (su primer trabajo publicado) sobre los beneficios del ejercicio físico para el pueblo chino (Spence, 1999b: 2-35). Como muchos estudiantes de su época, Mao se vio atraído por una amplia variedad de ideas y pensamientos políticos, y posteriormente admitiría que en vísperas de su partida hacia Pekín sus ideas comprendían una «curiosa mezcla de liberalismo, reformismo democrático y socialismo utópico» (Schram, 1966: 44); estando ya en Pekín, y bajo la influencia de Li Dazhao, entró en contacto con el marxismo.

También Chen Duxiu dedicaría más atención al marxismo a partir de 1919. Cada vez más desengañado de la política republicana, Chen, que anteriormente había puesto sus esperanzas en la transformación cultural y educativa, así como en la gradual puesta en práctica de una democracia basada en el modelo angloamericano, sostenía que hacía falta una completa transformación social y económica. En 1920 había anunciado oficialmente su conversión al marxismo. La postura adoptada por Li y Chen significó una ruptura en el consenso entre los intelectuales radicales del Cuatro de Mayo, ilustrada en el intercambio de puntos de vista entre Li Dazhao y Hu Shi en 1919 (conocido como debate sobre «problemas e “ismos”»). Hu, influido por el pragmatismo del educador y filósofo norteamericano John Dewey, propugnaba un cambio gradual y advertía contra la imprudente adopción

masiva de cualquier ideología particular (Keenan, 1977: 46-48). En 1920, Hu Shi abandonó el consejo editorial de *Xin Qingnian*, y desde ese momento la revista se convirtió en una caja de resonancia de las opiniones marxistas de Li y Chen.

El desencanto respecto a Occidente como resultado de la decisión de Versalles en 1919, así como las declaraciones del nuevo gobierno soviético ruso, en 1918 y 1919, en el sentido de que renunciaría a los tratados desiguales firmados por el anterior régimen zarista y la dinastía Qing, estimularon también un creciente interés por el marxismo entre los estudiantes e intelectuales chinos. Aunque para muchos representaba lo más novedoso del pensamiento de Occidente, al mismo tiempo el marxismo proporcionaba una poderosa crítica de la sociedad occidental y parecía exponer un programa de acción adecuado para abordar la difícil situación de China. Por supuesto, habría que señalar que incluso en el apogeo del Movimiento de la Nueva Cultura, cuando los radicales como Chen Duxiu y Hu Shi propugnaban en ocasiones una completa occidentalización, hubo siempre otros (entre ellos, varios miembros de la Universidad de Pekín) que adoptaron un punto de vista más ambivalente; una visión confirmada por los horrores de la primera guerra mundial en Europa. A partir de 1919, Liang Shuming (1893-1988), que había sido nombrado catedrático de filosofía india en la Universidad de Pekín en 1916, afirmaba que, aunque China pudiera absorber la cultura material de Occidente, no debería abandonar los valores éticos de la cultura confuciana tradicional; para Liang, dichos valores apreciaban la armonía, la cooperación y la complacencia con la vida, en contraste con el individualismo egoísta, la codicia y la incesante (aunque en última instancia infructuosa) lucha para alcanzar la satisfacción subyacentes a los valores occidentales (Alitto, 1979). Otro destacado intelectual, Liang Qichao, que viajó por Europa en 1918-1920 y asistió a la conferencia de paz de Versalles, experimentó asimismo el desencanto respecto a Occidente, lo que le movió a propugnar una síntesis más creativa de los valores chinos y occidentales. Un reciente estudio ha afirmado que la visión de la modernidad de Liang abarcaba ahora «un imaginario global de la diferencia», cuya fuente de significado era la diferenciación cultural antes que la uniformidad política (Tang, 1996: 180-183, 195-222). Estos puntos de vista no eran exclusivos de los intelectuales chinos: el cuestionamiento del programa —supuestamente civilizado— de la civilización material occidental suscitado a raíz de la

primera guerra mundial fue también un fenómeno característico de Occidente en aquella época, vigorosamente expresado por algunos de los visitantes extranjeros invitados a China durante el período del Cuatro de Mayo, como el escritor y educador bengalí Rabindranath Tagore (1861-1941), y el filósofo y matemático británico Bertrand Russell (1872-1970).

Aunque en 1919-1920 se formaron grupos de estudio marxistas en Pekín y en otras ciudades, éstos tendían a ser más bien vagas organizaciones de estudiantes e intelectuales con un interés general en el cambio político y social. La variabilidad de sus puntos de vista se ilustra en el hecho de que muchos de ellos mostraran interés por el anarquismo y otras formas de socialismos no marxistas. Aunque diversos estudios anteriores (Schwartz, 1951; Meisner, 1967) subrayaban las raíces autóctonas del comunismo chino, y en particular la importancia del nacionalismo (engendrado por oposición al imperialismo occidental) como un factor importante en la conversión de Li Dazhao y Chen Duxiu al marxismo, un estudio reciente (Dirlik, 1989) sostiene que el papel de diversos asesores del Komintern (es decir, la Internacional Comunista, establecida en Moscú bajo los auspicios del Partido Comunista Soviético en 1919 para fomentar la revolución mundial) como Voitinski —que conoció a Li y a Chen en 1920— resultó fundamental a la hora de convencerles, a ellos y a otros radicales, de que las sociedades de estudio, abiertas y apenas organizadas, se habían de transformar en un partido de estilo bolchevique, fuertemente organizado, disciplinado y secreto, comprometido con la revolución de clase.

La receptividad al mensaje del Komintern se vio potenciada por tres factores contingentes: la creciente importancia política de los trabajadores urbanos (manifestada por la creciente actividad huelguística), el fracaso de los experimentos de transformación cultural de inspiración anarquista, como los diversos planes de trabajo-estudio y de vida comunal, y la creciente represión gubernamental de la actividad radical como consecuencia de las manifestaciones políticas del Cuatro de Mayo. A principios de 1921 se habían establecido ramas del Partido Comunista en seis ciudades, incluyendo Pekín, Cantón, Shanghai y Changsha (donde Mao Zedong fue particularmente activo). El primer congreso del que habría de convertirse en el Partido Comunista Chino (PCC) se celebró en la concesión francesa de Shanghai, en el verano de 1921. Asistieron a él doce delegados (incluyendo a Mao), que probablemente no representaban a más de cincuenta comunistas

comprometidos (Harrison, 1972: 31-32). Chen Duxiu, que a la sazón se hallaba en Cantón, fue elegido secretario general del nuevo partido. Sin embargo, aún habrían de pasar varios años más antes de que el PCC se convirtiera plenamente en una organización unificada y disciplinada, caracterizada por la uniformidad ideológica (Luk, 1990; Van de Ven, 1991).

El período de los señores de la guerra (1916-1918)

Aunque tras la muerte de Yuan Shikai, en 1916, aparentemente se restauró la normalidad, con la reapertura del parlamento y la sucesión a la presidencia del anterior vicepresidente Li Yuanhong, el control centralizado de Pekín —ya debilitado durante el último año del gobierno de Yuan— se desintegró rápidamente en la medida en que los diversos caudillos militares provinciales y locales fortalecieron su dominio sobre sus respectivos territorios (Sheridan, 1983). Dichos caudillos —o «señores de la guerra», como han dado en llamarles los historiadores (McCord, 1993: 4)— ejercieron un poder político directo, manteniendo el control sobre la administración civil (además de acuñar su propia moneda) y estableciendo sus propios impuestos para financiar sus ejércitos, que constituían la única base de su poder. Habría que señalar, no obstante, que los caudillos provinciales no siempre tuvieron pleno control sobre sus propios dominios ni tuvieron a su disposición a todas las fuerzas militares de una determinada provincia (*ibíd*.: 267-268). Cualquier facción o camarilla caudillista que ejerciera su dominio en el norte mantenía la ficción de un gobierno civil en Pekín, ya que las potencias seguían reconociendo al gobierno de Pekín como el único gobierno legítimo de China. De ese modo, las diversas facciones caudillistas que controlaban la capital podían tener la esperanza de verse legitimadas, así como de apoderarse de los ingresos aduaneros que las potencias remitían al gobierno central.

China no experimentaría algo parecido a la unidad hasta 1928, cuando el Guomindang estableció un nuevo gobierno nacional en Nankín; pero aun entonces su control sobre grandes áreas del país seguiría estando fuertemente limitado por la existencia de antiguos señores de la guerra, los cuales, si bien reconocieron al gobierno de Nankín, conservaron el control sobre sus propios ejércitos. Esto ha llevado a un historiador (Sheridan, 1966, 1977, 1983) a considerar todo el período republicano de 1912a 1949 como un lapso en el que China como entidad nacional se fue fragmentando progresivamente, si bien establece una distinción entre el período de 1916-1928, al que considera

de «caudillismo puro», y el posterior a 1928, que denomina de «caudillismo residual». Un estudio de caso, que analiza la evolución de una unidad armada específica desde la época final de la dinastía hasta mediados de la década de 1920, trata de mostrar este largo proceso de fragmentación, y sostiene que el caudillismo se debería contemplar como un «militarismo en desintegración» o un «militarismo fragmentado» (Sutton, 1980: 7). Centrándose concretamente en el ejército provincial de Yunnan (XIX división), describe su transformación, pasando de ser una fuerza unida y homogénea, basada en los ideales nacionalistas, cuando se creó en 1905, a ser en 1920 un ejército desintegrado en diversas fuerzas faccionarias de vaga filiación fundamentadas exclusivamente en vínculos personales. Otros estudios más recientes, sin embargo, han dado mayor crédito a la constante modernización de la esfera urbana a lo largo de todo el período republicano, antes de contemplarlo meramente como un interregno caótico entre el imperio y el estado comunista (Bergére, 1997: 309); un estudio de Pekín durante este período, por ejemplo, destaca el desarrollo de asociaciones profesionales, instituciones urbanas (como la policía) y sindicatos que contribuyeron tanto a la construcción del estado como a la ampliación del espacio político (Strand, 1989).

Aunque en los años inmediatamente posteriores a la muerte de Yuan se celebraron varias conferencias con el fin de idear alguna forma de unidad entre los señores de la guerra, la creación de varias facciones o camarillas alimentó el recelo mutuo, que a partir de 1920 desencadenó una serie de guerras que afectaron a extensas zonas del país. Tales camarillas se mantenían unidas sólo por el propio interés, de modo que las traiciones y las defecciones eran moneda corriente. Ninguna de dichas camarillas logró dominar a las otras, ya que se formaban alianzas contra cualquiera que amenazara el *statu quo*. Basándose en ello, un historiador (Ch’i, 1976) ha descrito el período de los señores de la guerra comparándolo con un «sistema internacional» en el que el principio operativo era el equilibrio de poder; también se ha comparado dicho período al Renacimiento europeo, en que los estados individuales compartían una cultura aristocrática común y se conservaba el ideal de un «gobernante universal» (Mancall, 1984: 202-203). Otro estudio, acaso ignorando el caos y destrucción del período en su obsesión por aplicarle un «modelo» científico-político coherente, lo describe como una época en la que predominó un sistema más abiertamente competitivo y pluralista, en contraste con la monarquía imperial anterior a 1911 y el régimen comunista

«totalitario» posterior a 1949 (Pye, 1971).

Aunque con frecuencia los señores de la guerra declararon su compromiso con la unidad nacional, ninguno se ellos estaba dispuesto a renunciar 2d control sobre su propio ejército. El número de hombres en armas aumentó de 500.000 en 1916 a dos millones en 1928 (Ch'i, 1976: 78), y los fondos requeridos por los caudillos militares para mantener la lealtad de sus tropas les llevaron a imponer una desconcertante variedad de impuestos a los desafortunados campesinos. Los impuestos regulares, como la contribución territorial, se incrementaron constantemente, y en muchos casos se recaudaban con años de antelación. Las propias tropas de los caudillos, reclutadas entre ex bandidos, desempleados y campesinos sin tierras, causaron estragos en las comunidades locales dedicándose al saqueo sistemático, con el resultado de que en la mente popular apenas había diferencia entre los soldados regulares y los bandidos (Lary, 1985: 59-62). El crecimiento de los ejércitos señoriales en el período republicano vino acompañado también de un espectacular aumento del número de bandidos; en 1930, la población total de bandidos se estimaba en unos 20 millones de personas, lo que llevó a algunos periódicos a denominar a China *feiguo* («nación de bandidos»), en lugar de *minguo* («república») (Billingsley, 1988: 1, 5).

Aunque se reconoce que en general el período caudillista trajo la miseria y el caos, diversos estudios sobre determinados señores de la guerra en concreto han tratado de proporcionar un análisis más profundo de sus orígenes y sus objetivos (Sheridan, 1966; Gillin, 1967; McCormack, 1977; Wou, 1978). Muchos de ellos tuvieron orígenes modestos, recibiendo apenas educación tradicional, o ninguna en absoluto. Zhang Zuolin, el caudillo de Manchuria, había sido bandido durante los últimos años de la dinastía Qing; algunos, como Yan Xishan, el caudillo de Shanxi, habían recibido formación en academias militares de China y Japón, mientras que otros, como Feng Yuxiang, procedían de la tropa de una de las divisiones del Nuevo Ejército creadas por los Qing a partir de 1904. Algunos de ellos, como Wu Peifu (que poseía el título inferior del antiguo sistema de exámenes para la administración pública), propagaban los valores tradicionales confucianos, esperando así complementar el control militar con el control moral (Wou, 1978). Feng Yuxiang incluso se convirtió al cristianismo en 1914, y fue uno de los pocos que trataron sistemáticamente de llevar a la práctica alguna forma de adoctrinamiento ideológico entre sus tropas; en este caso, una

mezcla de máximas cristianas y sermones confucianos (Sheridan, 1966).

Muy pocos señores de la guerra tuvieron la disposición o el tiempo para concentrarse en la reforma política y el desarrollo económico. Feng Yuxiang, por ejemplo, aunque en ocasiones manifestó interés en abordar problemas sociales como la adicción al opio, jamás estuvo en un mismo lugar el tiempo suficiente para llevar a la práctica ninguna medida concreta. Una excepción fue Yan Xishan, que en 1912 se convirtió en gobernador militar de Shanxi y mantuvo el control de la provincia prácticamente hasta la victoria comunista de 1949. Yan trató de fomentar tanto la industria pesada como la ligera, tomó medidas enérgicas contra el consumo de opio, patrocinó la formación profesional, e inició la revisión de la administración local instaurando asambleas deliberativas rurales y favoreciendo la formación de una magistratura de distrito más eficaz y debidamente adoctrinada, con el fin de combatir la influencia extraoficial de la poderosa aristocracia local. Un estudio sostiene que los planes de Yan «constituyen uno de los últimos intentos sistemáticos realizados en China de llevar a cabo una reforma según directrices conservadoras» (Gillin, 1967: 295). Sea como fuere, los resultados de sus planes económicos fueron, en el mejor de los casos, pobres, mientras que sus intentos de reformar el gobierno local se vieron constantemente saboteados por la aristocracia local. El fracaso de Yan a la hora de extender su control al nivel local anticipaban el del régimen nacionalista a partir de 1928.

Antes del surgimiento del gobierno del Guomindang en Cantón (véase el capítulo 3), sólo Feng Yuxiang (que recibió algo de ayuda de la Unión Soviética cuando se estableció en el noroeste) atacó abiertamente el imperialismo extranjero en China, si bien un estudio sobre Zhang Zuolin ha mostrado que éste trató de detener la penetración económica japonesa en Manchuria fomentando el desarrollo chino en la región (McCormack, 1977). En la confusa e impredecible situación que prevaleció en China a partir de 1916 los gobiernos extranjeros se mostraron renuentes a poner todas sus esperanzas en ningún caudillo militar, aunque la mayoría de los señores de la guerra podían obtener sus armas de varias fuentes extranjeras. Así, y a pesar de un acuerdo de embargo de armas firmado por las potencias en mayo de 1919 (y que duraría hasta 1929), los caudillos podían conseguir sus armas de manos de toda una serie de vendedores extranjeros independientes sin afiliación oficial a sus gobiernos patrios. Un caudillo como Zhang Zuolin, por ejemplo, trataba con traficantes de armas japoneses, franceses, alemanes,

italianos, checos y británicos, mientras las compañías británicas y norteamericana seguían vendiendo aviones (aparentemente sólo para «usos comerciales») a varios señores de la guerra (Chan, 1982: 50-65).

En 1926 se había creado un equilibrio de poder relativamente estable entre Zhang Zuolin, que controlaba la zona de Pekín y el noreste, y Wu Peifu, que controlaba una gran parte de la China central. Este equilibrio se iba a ver alterado por el revitalizado régimen del Guomindang surgido en Cantón, contemplado cada vez con mayor alarma por las potencias extranjeras, que aspiraban a cambiar las reglas del juego y hacer nuevamente de China un estado-nación unificado.

Capítulo 3:
EL AUGE DEL GUOMINGDANG Y EL PARTIDO COMUNISTA CHINO

El surgimiento del Partido Comunista Chino en 1921 y la reorganización del Guomindang, entre 1923 y 1926, para convertirse en una fuerza política y militar fuertemente organizada y disciplinada, introdujeron nuevos y radicales elementos en la escena china. Ambos partidos se impusieron la tarea de vencer a los males gemelos del caudillismo y el imperialismo, y fue esta base la que propició una política de colaboración conjunta. La revolución nacionalista, simbolizada por la expedición militar (conocida como «Expedición del Norte») lanzada por el Guomindang y sus aliados comunistas para reunificar el país en 1926 desde su base en Cantón, se ha asociado normalmente a un creciente antiimperialismo en las ciudades, la derrota militar de los señores de la guerra y el establecimiento de un nuevo gobierno central bajo los auspicios del Guomindang en 1928. Un reciente estudio ha llamado también la atención sobre un proceso más amplio de «despertar nacional» en la cultura material y el pensamiento intelectual acaecido durante este período, que se entremezcló con —y fue finalmente absorbido por— la agenda política del Guomindang en la foija de un estado-nación (Fitzgerald, 1996). La revolución nacionalista, además, presenció la primera movilización de mujeres a gran escala (Gilmartin, 1995). Durante el curso de la Expedición del Norte, el frente unido formado por el Guomindang y el PCC se desintegró cuando sus irreconciliables diferencias sobre la cuestión de la revolución de clase se hicieron más evidentes. Mientras el PCC se retiraba poco a poco a las zonas rurales del interior, a partir de 1928 el régimen del Guomindang acometió la tarea de construir un estado modernizado. Una combinación de factores internos y externos frustrarían en última instancia tales ambiciones, aunque la exacta naturaleza del régimen y su importancia en la historia de China en el siglo XX siguen siendo cuestiones debatidas entre los

historiadores.

El primer frente unido

El primer congreso del PCC, celebrado en 1921, adoptó, tras acaloradas discusiones, una firme postura frente a otras organizaciones políticas, incluido el Guomindang. En contraste con los grupos de estudio socialistas y marxistas, vagamente organizados, formados en 1919 y 1920, el nuevo partido inició el proceso de elaborar unas normas de organización y unos requisitos de ingreso de carácter estricto. Así, por ejemplo, durante los años siguientes los anarquistas o bien abandonaron el partido, o bien fueron expulsados de él (Dirlik, 1989; 1991). Dado que en 1921 los delegados fundadores adoptaron tanto el punto de vista marxista ortodoxo de que la revolución surgiría entre el proletariado urbano como el presupuesto leninista de que el partido era la vanguardia del proletariado, se dio prioridad a organizar a los trabajadores urbanos con el objetivo de derribar «a las clases capitalistas y toda la propiedad privada» (Harrison, 1972: 34), aunque no se planteó la cuestión de si había que unirse o no a la Internacional Comunista (Komintern) centrada en Moscú (Schwartz, 1951: 34).

La realidad de la situación de China, sin embargo, desmentía la fe optimista de los primeros líderes del PCC en cuanto al favorecimiento de la revolución urbana. Aunque había empezado a surgir un proletariado urbano durante los últimos años de la dinastía Qing (véase el capítulo 1), en 1921 China seguía siendo un país abrumadoramente rural. A pesar del espectacular incremento del número de empresas chinas modernas (por ejemplo, en la industria textil) durante la primera guerra mundial e inmediatamente después de ella, en que el hecho de que las potencias hubieran de centrar su atención en otra parte permitió un mayor campo de acción para el desarrollo de la industria autóctona (Feuerwerker, 1968, 1983a; Bergére, 1983, 1989), en 1919 sólo algo menos de 1,5 millones de trabajadores participaban en la producción a gran y media escala, lo que representaba menos del 1 % de la población total (Chesneaux, 1968: 41, 47). Este proletariado se hallaba fuertemente concentrado en algunas grandes ciudades, especialmente Shanghai. A esta cifra habría que añadir otros 12-14 millones de trabajadores empleados en minería, servicios públicos, construcción y artesanía (Harrison, 1972: 9; Wright: 1984); si bien Chesneaux (1968), en su estudio pionero sobre los orígenes de la clase obrera china, excluía a la mayoría de estos

últimos de su definición de proletariado moderno debido a que seguían adscritos a organizaciones laborales preindustriales, como gremios tradicionales, asociaciones regionales y cuadrillas de contratas. No obstante, incluso los modernos obreros fabriles solían ser reclutados por capataces o contratistas tradicionales, y dado que muchos de ellos eran emigrantes rurales que regresaban a sus lugares de origen durante la activa temporada de la cosecha, había un elevado índice de rotación del personal.

En la década de 1920 sólo el 6 % de la población china vivía en ciudades de más de 50.000 personas, y otro 6 % lo hacía en ciudades de entre 10.000 y 50.000 (Harrison, 1972: 9). Todavía en 1933, de una población laboral total de casi 260 millones de personas, 250 millones trabajaban en la agricultura. En esa fecha la agricultura representaba el 65 % del producto interior neto (PIN), mientras que la producción de fábricas, talleres artesanos, minería y servicios públicos constituía únicamente el 10,5 % del PIN. En esta última categoría, sin embargo, la moderna producción fabril quedaba eclipsada por la artesanía; de hecho, en 1933 la industria moderna representaba únicamente el 2,2 % del PIN (Feuerwerker, 1968: 6, 8, 10, 17). Un historiador económico (*ibíd*.: 10) sostiene que la estructura de la economía de China continental antes de 1949 era la típica de una «sociedad preindustrial», aunque otros trabajos más recientes sobre la economía china anterior a 1937 han subrayado no sólo la (relativamente) respetable tasa de crecimiento industrial durante este período, a pesar de las recurrentes crisis económicas y políticas, sino también la constante vitalidad de algunos sectores económicos tradicionales como el transporte mediante juncos (Wright, 1984; Rawski, 1989). Otro análisis reciente observa que, aunque en la década de 1930 el sector moderno representaba menos de la décima parte del producto nacional bruto (PNB), durante las tres o cuatro décadas anteriores no había dejado de crecer a una tasa media de alrededor del 6 % (Brandt, 1997: 282-308).

No obstante, el primer congreso del PCC estableció el Secretariado de Organización Obrera Chino (con ramificaciones en otras ciudades importantes) para fomentar el desarrollo de sindicatos modernos. Entre 1921 y 1923 los activistas comunistas participaron en la organización de una serie de huelgas para mejorar las condiciones laborales, si bien sólo lo hicieron de forma marginal en una de las primeras huelgas de trascendencia nacional, la del Sindicato de Marinos Chinos de Hong Kong (entre enero y marzo de 1922). Otros trabajadores de Hong Kong y Cantón apoyaron la huelga, que

llegó a contar con la participación de 100.000 hombres, produjo la práctica paralización de Hong Kong y logró considerables incrementos salariales (Kwan, 1997). Asimismo, en 1922 Li Dazhao (cofundador del PCC) llegó a un acuerdo en el norte de China con el caudillo Wu Peifu para organizar sindicatos entre los trabajadores ferroviarios de la línea Pekín-Hankou. Los activistas comunistas empezaron también a organizar sindicatos en lugares tan alejados como Manchuria; a finales de 1923, por ejemplo, habían ayudado a formar sindicatos entre los trabajadores del ferrocarril Surmanchuriano. No obstante, un estudio del caso centrado en las actividades comunistas en Manchuria ha señalado que dichos activistas se vieron perjudicados por el escaso interés de los trabajadores por los llamamientos comunistas, su estatus de forasteros, el tibio apoyo que les dispensaron los líderes del PCC (que tendían a concentrarse en el centro y sur de China), y las actitudes especialmente hostiles tanto del régimen caudillista de Zhang Zuolin como de las autoridades japonesas de la zona del ferrocarril Surmanchuriano (Lee, 1983: 41-45, 54-66).

Uno de los más destacados de aquellos primeros organizadores sindicales comunistas (todos ellos intelectuales antes que trabajadores) fue Deng Zhongxia (1894-1933). Nacido en el seno de una familia aristocrática, Deng había asistido a la escuela de magisterio de Changsha (provincia de Hunan), donde conoció a Mao Zedong, antes de matricularse en la Universidad de Pekín, en 1917. Durante las manifestaciones del Cuatro de Mayo se convirtió en líder estudiantil y participó en un movimiento de educación de los trabajadores organizado por estudiantes de la Universidad de Pekín (Kwan, 1997: 9-26). En 1921 Deng fue elegido secretario general del Secretariado Obrero, que convocó el primer Congreso Obrero Nacional en mayo de 1922, en Cantón. Al congreso asistieron 160 delegados, que afirmaban representar a 100 sindicatos y a 300.000 trabajadores (Harrison, 1972: 36). Diversos estudios recientes (por ejemplo, Shaffer, 1982) han subrayado también el papel de Mao Zedong en el movimiento obrero durante esos años, en contraste con anteriores biografías de Mao (Chen, 1965; Schram, 1966), que tendían a pasar por alto ese período de su trayectoria revolucionaria. En 1921 se convirtió en jefe de la rama de Hunan del Secretariado Obrero, y durante los dos años siguientes ayudó a organizar con éxito varias huelgas entre los mineros, los trabajadores de la construcción y los impresores, muchos de los cuales pertenecían a los gremios tradicionales (Spence, 19992?: 57-60). Se

podría observar aquí que otras investigaciones más recientes han subrayado las «formas cotidianas de resistencia» en las fábricas y talleres urbanos, frente al hecho de centrarse meramente en huelgas concretas y anunciadas (Hershatter, 1986), además de explorar el modo en que los vínculos de origen geográfico pudieron facilitar, así como entorpecer, la movilización en las fábricas (Perry, 1993).

Estas primeras incursiones del PCC en el mundo laboral, sin embargo, se vieron a la larga bloqueadas por una serie de factores. En primer lugar, en ciudades como Shanghai las actividades comunistas hubieron de competir con bandas del hampa y sociedades secretas por la influencia sobre las obreras textiles, que constituían más de la tercera parte del proletariado de dichas ciudades (Honig, 1986: 4); en otros centros urbanos como Cantón descubrieron que las primeras actividades organizativas (como el establecimiento de sociedades de trabajadores y escuelas nocturnas) ya se estaban llevando a cabo por parte de los anarquistas: en Hunan, por ejemplo, Mao hubo de cooperar inicialmente con destacados organizadores sindicales anarquistas (Shaffer, 1982). En segundo término, las primeras actividades del PCC dependían peligrosamente del apoyo de los poderosos locales y de los caprichos de la política de los caudillos. En Hunan, la pérdida del apoyo de la elite urbana y un cambio de gobernador militar, en 1923, llevaron al cierre de numerosos sindicatos (McDonald, 1978: 1-5, 143.144). La vulnerabilidad del movimiento obrero inicial quedó dramáticamente ilustrada en febrero de 1923, cuando Wu Peifu, que originariamente había aprobado la actividad del PCC entre los obreros ferroviarios con el fin de combatir la influencia del principal caudillo rival, Zhang Zuolin, se alarmó ante la creciente militancia sindical y reprimió brutalmente una huelga (Wou, 1978: 203-204, 223-224). En tercer lugar, un reciente estudio sobre Deng Zhongxia y los primeros pasos del movimiento sindical del PCC sostiene que las diferencias ideológicas y personales en el seno del propio partido, así como la falta de fe que los intelectuales marxistas tenían en el potencial compromiso político de los activistas sindicales de la clase obrera, impidieron la formulación (al menos hasta principios de 1925) de una estrategia sindical bien planificada (Kwan, 1997: 47-49).

Mientras tanto, el PCC se veía sometido a una creciente presión por parte del Komintern para que estableciera una alianza con el Guomindang. En un discurso pronunciado en 1920, en el segundo congreso del Komintern (cuyo

contenido pasaría a conocerse más tarde como «Tesis sobre las cuestiones nacionales y coloniales»), Lenin había afirmado que los partidos comunistas recién fundados en el mundo colonial (especialmente en Asia) necesitaban cooperar inicialmente con los partidos o grupos «nacionalistas burgueses», más poderosos, ya que compartían los objetivos comunes de la unificación nacional y la liberación del control y la explotación extranjeros. En realidad, una primera evaluación de Sun Yat-sen y el Guomindang realizada por el Komintern no había resultado del todo positiva, mientras que el Comisariado Popular para los Asuntos Exteriores (Narkomindel) había considerado en un primer momento a Wu Peifu como un potencial aliado (Whiting, 1954: 90, 117-119), aunque finalmente se decidió que el PCC debería cooperar con el Guomindang. Chen Duxiu, que siempre había desconfiado de Sun Yat-sen, se mostró reticente a aceptar su política, pero el representante del Komintern en China, Maring, logró imponer la autoridad de Moscú al todavía reciente PCC, y en 1922, en el segundo congreso del partido, se señaló que la tarea más urgente del proletariado era unirse con los «grupos democráticos» en contra del militarismo feudal y el imperialismo. El partido dejó claro, no obstante, que aun en el seno de aquella alianza democrática los trabajadores habían de continuar luchando por sus propios intereses (Schwartz, 1951: 39-40); Feigon, 1983: 168-170). La voluntad de los revolucionarios comunistas chinos de someterse a la dirección de Moscú ha intrigado siempre a los historiadores. Un estudio sostiene que tal voluntad tenía sus raíces en el último período de la dinastía Qing, cuando los estudiantes revolucionarios chinos percibían la revolución rusa como una lucha universal contra la opresión, de la que su propio movimiento antimanchú era parte integrante; la tendencia a ver Rusia como un paradigma del progreso moral universal prefiguró, pues, la aceptación del liderazgo ruso de la revolución china en las décadas de 1920 y 1930 (Price, 1974: 220).

En aquel momento Sun Yat-sen trataba de expandir su base en el sur. Desde 1917 había dependido de los caudillos locales, y en dos ocasiones había sido expulsado de Cantón por su principal rival en la provincia de Guangdong, Chen Jiongming (en 1918 y 1922). Chen había sido miembro de la *Tongmenghui* de Sun antes de 1911, y como gobernador de Guangdong a principios de la década de 1920 había impulsado políticas notablemente progresistas. Las relaciones entre Chen y Sun fueron siempre incómodas, dado que la ambición de este último de reconquistar el norte y su deseo de

apropiarse de diversos recursos para su gobierno «nacional» en Cantón chocaron con la insistencia del primero en que había que dar prioridad a las necesidades de la provincia de Guangdong. Un historiador señala que la denuncia del Guomindang de la «rebelión» de Chen Jiongming contra Sun, en 1922, como un acto de traición moral y de regionalismo militarista reaccionario significó la condena del federalismo como ideal político (es decir, que la autonomía provincial debía constituir el fundamento de una eventual unidad nacional) (Duara, 1995: 194-200), un ideal cuyo origen se remontaba a la última época de la dinastía (véase capítulo 1) y al que incluso Mao Zedong se adhirió brevemente en 1920, cuando propuso el establecimiento de la República de Hunan (McDonald, 1978: 42-43).

Al mismo tiempo, el esfuerzo de Sun, a partir de 1917, por obtener el reconocimiento diplomático de Occidente y la consecuente ayuda financiera para su régimen seguía revelándose infructuoso (Wilbur, 1976: 91-111), mientras que su apoyo a la huelga del Sindicato de Marinos de Hong Kong, en 1922, le señalaba como un peligroso radical a ojos de las potencias occidentales. Sun empezó entonces a considerar a la Unión Soviética como una posible fuente de ayuda. Había conocido a Maring en 1921, y hablaba en términos elogiosos de la Nueva Política Económica de Lenin, a la que comparaba con su propio Principio de Subsistencia del Pueblo. Sun se sentía atraído también por la organización del Partido Bolchevique, cuya disciplina centralizada y sentimiento de solidaridad quería que emulara el Guomindang.

En enero de 1923, Sun se reunió en Shanghai con otro representante del Komintern, Adolph Joffe, y ambos emitieron un manifiesto conjunto propugnando la cooperación entre el Guomindang y el PCC. Sun se mostró de acuerdo en permitir que el PCC mantuviera su existencia independiente, pero insistió en que sus miembros se incorporaran al Guomindang como individuos, en lugar de hacerlo el partido como tal en su conjunto. Un mes mas tarde, Sun regresó triunfalmente a Cantón, tras haber utilizado a mercenarios de la provincia de Yunnan para echar a Chen Jiongming. El primer frente unido se formalizó más tarde ese mismo año, a pesar de la oposición del ala derecha del Guomindang, que veía al PCC con recelo. Destacados comunistas como Li Dazhao se adhirieron con entusiasmo a la nueva política, y el propio Mao Zedong colaboraría sin reservas en la obra del frente unido, un hecho que a partir de 1949 ignorarían las autoridades comunistas. Sin embargo, era natural que Li Dazhao y Mao Zedong, ambos

fervientes nacionalistas, se sintieran atraídos por el programa antiimperialista del frente unido. En el caso de Mao, el deseo de ver una China revivida, fuerte y respetada constituía un aspecto crucial de su primer pensamiento político (Schram, 1989: 14-15).

Con la constitución del frente unido, Sun Yat-sen pudo acceder a la ayuda militar y económica soviética. A diferencia del ala derecha de su partido, Sun suponía que el PCC no representaría ninguna amenaza y que, en última instancia, sería absorbido en el Guomindang, un partido de mucho mayor envergadura. El PCC, por su parte, confiaba en utilizar el frente unido para aumentar el número de sus miembros y hacerse con el control de las organizaciones de masas que se empezaban a crear bajo los auspicios del Guomindang. En cuanto a la Unión Soviética, el frente unido servía a sus propios intereses nacionales, ya que ahora podía confiar en ejercer una creciente influencia sobre una fuerza potencialmente poderosa que se opondría a las potencias occidentales en China; al mismo tiempo, Moscú indicó a los líderes del PCC que a la larga el partido podía asumir el liderazgo de la revolución desde dentro, y, en consecuencia, realizar los objetivos revolucionarios a la largo plazo.

La tendencia de la Unión Soviética, sin embargo, de subordinar los intereses de la revolución china a sus propios intereses nacionales (ilustrada por el hecho de que la política exterior se diseñara a la vez por el Comisariado Popular para los Asuntos Exteriores, cuya prioridad era potenciar los intereses del estado soviético, y por el Komintern, controlado por Moscú, que favorecía la revolución internacional) se veía claramente en el intento de Moscú de llegar a un acuerdo con el gobierno caudillista basado en Pekín al mismo tiempo que patrocinaba al frente unido, anticaudillista y antiimperialista, en el sur. Esto culminó en un tratado, firmado en 1924, que establecía relaciones diplomáticas entre Pekín y Moscú; el tratado estipulaba también la administración conjunta del Ferrocarril Oriental de China, una concesión rusa que originariamente se había de retornar a China de acuerdo con la declaración Karajan, de 1919, que prometía la devolución de *todas* las concesiones adquiridas por Rusia en China durante el siglo XIX (Whiting, 1954: 208-235). Un reciente análisis de la diplomacia soviética en China durante la década de 1920 hace hincapié en su carácter interesado y secreto (así, por ejemplo, se utilizaron dos versiones de la declaración Karajan, una de las cuales omitía la referencia al retorno del Ferrocarril Oriental de China

sin compensaciones y se usó como base para el acuerdo secreto con Pekín que, en 1924, daba a la Unión Soviética el control mayoritario sobre dicho ferrocarril) (Elleman, 1994).

La revolución nacionalista

Con la asistencia de los asesores rusos, a los que una relación de los acontecimientos se alude como «misioneros de la revolución» (Wilbur y How, 1989: 12), y la ayuda financiera soviética, Sun procedió a reorganizar el Guomindang trasformándolo en un partido sumamente disciplinado (Wilbur, 1983: 531-537; Wilbur y How, 1989: 80-99). En particular contó con la colaboración de Mijaíl Borodin, el más importante y enérgico de los asesores soviéticos, que permanecería en China hasta la ruptura del frente unido en 1927 (Jacobs, 1981). Borodin convenció a Sun de que, para poder derrotar al caudillismo y al imperialismo, el partido había de movilizar a los trabajadores y campesinos en una auténtica revolución de masas. Pronto se crearon oficinas del partido encargadas de la propaganda, la organización, los trabajadores, los campesinos y las mujeres. Al mismo tiempo se estableció una academia militar en Whampoa (Huangpu), cerca de Cantón, en mayo de 1924, para formar a los oficiales de un ejército nuevo e ideológicamente motivado. Al igual que el Ejército Rojo ruso, este nuevo ejército revolucionario tendría comisarios políticos adscritos a todas las unidades para asegurar la correcta formación ideológica.

El comandante de la academia de Whampoa era Chiang Kai-shek (1887-1975), que había recibido entrenamiento militar en Japón antes de 1911 y se había convertido en estrecho colaborador de Sun. La colaboración de Chiang con Sun se vería reforzada también por los vínculos personales cuando, más tarde (en 1927), se casó con una hermana de la esposa de Sun Yat-sen, Song Qingling. Los Song eran una familia rica (el fundador era un autodidacta formado como misionero cristiano en Estados Unidos, que se había convertido en rico empresario en Shanghai), que iba a ejercer una considerable influencia en la política china durante los años siguientes; otra hermana se casaría con H. H. Kong (K’ung), futuro ministro de Economía del gobierno nacionalista a partir de 1928, mientras que un hermano, Song Ziwen (T. V. Soong), llegaría también a ocupar el cargo de ministro de Economía y a dirigir numerosas organizaciones empresariales y económicas a partir de esa misma fecha (Sea- grave, 1985). Los vínculos de Chiang con la familia Song,

cristiana y educada en Occidente (las tres hermanas Song y su hermano se educaron en Estados Unidos) le proporcionaron respetabilidad y seguridad económica, complementando sus estrechas relaciones con el hampa de Shanghai (por entonces no divulgadas), que también le proporcionaron dividendos, especialmente a partir de 1927 (véase el siguiente apartado).

En el primer congreso nacional del Guomindang, celebrado en enero de 1924, se redefinió el nacionalismo en términos de antiimperialismo, y se estableció el compromiso formal de movilizar a los trabajadores y campesinos. Por primera vez se vio a Sun Yat-sen como el portavoz del nacionalismo de masas (Bergére, 1998: 328-330, 341). El PCC ganó también influencia y posiciones en el seno del reorganizado Guomindang. En el congreso de 1924, se eligió a varios comunistas (incluyendo a Li Dazhao y Mao Zedong) para el comité ejecutivo central. Otros, como Zhou Enlai (1898-1976) fueron comisarios políticos en la academia de Whampoa. También fueron comunistas quienes asumieron la dirección de las Oficinas de Campesinos y de Organización, a la vez que accedían a altos cargos en la Oficina de Trabajo (Wilbur, 1983: 538). De hecho, gracias precisamente al frente unido el PCC empezaría a prestar más atención al campesinado (Hofheinz, 1977: 8). Aunque Peng Pai, el hijo de un terrateniente que se había unido al PCC en 1921, había empezado a organizar a los agricultores arrendatarios de los alrededores de Cantón y había ayudado a crear un Sindicato Campesino en 1922 (Marks, 1984: 152-281; Galbiati, 1985: 100-118), inicialmente los líderes del PCC se mostraron escépticos acerca de la posibilidad de expandirse en las zonas rurales. Así, por ejemplo, hasta después de 1923 el partido no creó su propio comité campesino. Peng Pai pasó a convertirse en miembro destacado de la Oficina de Campesinos y fue el primer director del Instituto de Formación del Movimiento Campesino creado por el Guomindang en 1924 para formar a los cuadros rurales. Se empezaron a formar en toda la provincia de Guangdong asociaciones campesinas que luchaban por la reducción de alquileres, y que desempeñaron un importante papel en la batalla del Guomindang contra los caudillos locales. Fue siendo director del Instituto de Formación del Movimiento Campesino cuando el propio Mao Zedong llegó a apreciar el enorme potencial revolucionario del campesinado (Womack, 1982: 52-59; Schram, 1989: 38-40).

El último acto político de Sun Yat-sen fue abandonar Pekín, en noviembre

de 1924, para negociar la reunificación pacífica con los caudillos del norte (tras haber abandonado los anteriores planes de emprender una expedición militar en alianza con los caudillos del sur). Ya entonces gravemente enfermo, a su muerte —en Pekín, en marzo de 1925— no había podido lograr su objetivo. Sun no tardaría en ser canonizado como fundador de la revolución china, y, en especial tras el establecimiento del gobierno nacionalista en 1928, su retrato aparecería en todas las escuelas y despachos gubernamentales (e incluso se imprimiría en billetes de dólar y paquetes de cigarrillos). Los aniversarios de su nacimiento y de su muerte se declararon fiesta nacional, y en 1940 se aludía a él como *Guofu* («Padre de la Nación») (Fitzgerald, 1996: 27; Bergére, 1998: 409-410). Aunque en última instancia Sun fracasó en su intento de lograr una China unida y democrática y sus complicados planes de desarrollo nacional —publicados en 1920 con el título de *Jianguo Fanglue* («Plan de reconstrucción nacional»)— se han calificado como la obra de un visionario poco práctico (Wilbur, 1976: 286-287), una evaluación más reciente ha subrayado la relevancia contemporánea de sus ideas (Bergére, 1998: 284-285). Así, se considera que el llamamiento de Sun a la cooperación económica internacional, su elección de las zonas costeras y puertos de China como principales polos de futuro desarrollo, y su sugerencia de una economía mixta, anticipaban el programa de reformas posterior a 1976, basado en una mayor interacción con Occidente, el uso de tecnología extranjera, el énfasis en el papel especial de las zonas de desarrollo costeras y la introducción de una economía de mercado para complementar el sector público ya existente.

Con la muerte de Sun Yat-sen, el poder en el seno del Guomindang empezó a gravitar hacia Chiang Kai-shek, quien, como comandante del Ejército Revolucionario Nacional y presidente del Consejo Militar, ejercía una influencia cada vez mayor sobre el ala civil del partido, a la sazón bajo el liderazgo de Wang Jingwei (1883-1941). Wang había sido estrecho colaborador de Sun desde la época en la que ambos habían compartido la causa antidinástica, antes de 1911, y estaba asociado al ala izquierda del partido. Dado que tanto Wang como Chiang aspiraban a suceder a Sun Yat-sen, surgió un conflicto entre ellos que daría como resultado una escisión en el partido, en 1926-1927.

Mientras tanto, el Guomindang y el PCC cosechaban los beneficios de la creciente oleada de antiimperialismo en China surgida a partir de 1923, y el número de miembros de ambos partidos aumentó rápidamente. Los miembros

del PCC pasaron de ser alrededor de 130 en 1922 a 60.000 en 1927 (Chen, 1983: 526). Los sentimientos antiimperialistas alcanzaron su momento álgido con el denominado «incidente del trece de mayo» de 1925. Diez días antes, guardas japoneses habían abierto fuego contra los trabajadores chinos que se manifestaban contra el cierre de una fábrica textil japonesa en Shanghai, causando la muerte de un trabajador. El 30 de mayo, estudiantes y trabajadores organizaron manifestaciones para condenar la acción japonesa en particular, y para protestar contra los privilegios extranjeros en general. El comandante británico de la fuerza de policía del Enclave Internacional en Shanghai ordenó a sus hombres disparar a la multitud, y murieron otras doce personas. El incidente suscitó una lluvia de protestas no sólo en Shanghai, sino también en otras ciudades importantes (Isaacs, 1961: 70-73; Clifford, 1979: 15-27). Las huelgas y boicots en Shanghai y Cantón paralizaron la actividad económica, y los consulados británico y japonés fueron atacados. Los estudiantes lograron también potenciar sus «guiones de protesta», desarrollados inicialmente durante el Movimiento del Cuatro de Mayo, representando escenas de martirio en las calles para despertar la oposición pública al imperialismo extranjero (Wasserstrom, 1991: 109-110). Aunque normalmente se ha considerado que el Movimiento del Trece de Mayo representa el punto de inflexión en la revolución nacionalista y en la posterior derrota de los señores de la guerra del norte del país, en 1927-1928, un estudio reciente sostiene que en 1924 se libraron dos guerras entre dos camarillas señoriales rivales del norte (asociadas a Wu Peifu y a Zhang Zuolin), que fueron de hecho las que marcaron ese crucial punto de inflexión. Dichas guerras debilitaron fatalmente al régimen de Pekín, llevaron a la bancarrota económica e infundieron una pérdida de confianza generalizada en el *statu quo*, todo lo cual constituiría la clave determinante del eventual éxito de la Expedición del Norte lanzada por el Guomindang, en 1927-1928 (Waldron, 1995: 5-9).

Durante el curso del Movimiento del Trece de Mayo, el régimen de Cantón se declaró a sí mismo gobierno nacional, y se hicieron planes para la reunificación militar de China. El Ejército Revolucionario Nacional de Chiang había probado ya su valor en las campañas contra el gobernador de Guangdong, Chen Jiongming. Los caudillos militares de la vecina provincia de Guangxi decidieron unir sus fuerzas a las del Guomindang, y sus ejércitos pasaron a considerarse unidades del Ejército Revolucionario Nacional. Estos

caudillos (Bai Chongxi y Li Zongren), conocidos como la Banda de Guangxi, se habían mostrado muy activos promoviendo reformas en su propia provincia y confiaban en utilizar su cooperación con el Guomindang como un trampolín para ejercer una influencia nacional (Lary, 1974; Levich, 1993). Se establecía así un precedente por el que los antiguos señores de la guerra y sus ejércitos serían asimilados por las fuerzas revolucionarias.

Inicialmente, tanto Chen Duxiu como Moscú acogieron con frialdad la idea de una expedición al norte. Chen, en particular, temía que una campaña de ese tipo sirviera meramente para aumentar el poder militar de Chiang Kai-shek. Éste, mientras tanto, mostraba su creciente influencia en el seno del Guomindang llevando a cabo lo que pasaría a conocerse como el «Golpe de Marzo» de 1926. Durante aquel mes ordenó poner a los asesores rusos bajo arresto domiciliario, y declaró que desde aquel momento a los miembros del PCC ya no se les permitiría dirigir ninguna de las oficinas del partido. También se redujo el número de miembros del PCC que formaban parte de los comités del partido (Harrison, 1972: 76-78). Al mismo tiempo, se obligó a retirarse a Wang Jingwei.

Aunque Chiang parecía ahora contar con el respaldo público del ala derecha del Guomindang, que no había dejado de pedir la expulsión de los comunistas del partido, tras el «golpe» adoptó una actitud más conciliadora, puesto que todavía necesitaba el apoyo del PCC y de Moscú en la inminente campaña contra los señores de la guerra. Stalin, por su parte, estaba ansioso por que el frente unido continuara. Dentro de la Unión Soviética, las diferencias ideológicas y políticas entre Stalin y Trotski (que finalmente llevarían a la expulsión de este último del Partido Bolchevique y a su exilio del país) tuvieron repercusiones en la percepción que tenía el primero de la situación en China. Así, mientras que Trotski se oponía a la cooperación del PCC con la burguesía (esto es, con el Guomindang) y pedía la inmediata constitución de soviets, Stalin insistía en que el Guomindang representaba un bloque de cuatro clases (gran burguesía, pequeña burguesía, trabajadores y campesinos), y que, en consecuencia, el PCC necesitaba permanecer en el frente unido para garantizar su constante influencia sobre las masas. Como señalaremos más adelante, la insistencia de Stalin en que el PCC mantuviera la política del frente unido —recomendar su retirada habría refrendado la postura de Trotski respecto a China y, por tanto, habría debilitado el intento de Stalin de afirmar su propio liderazgo ideológico— estuvo muy cerca de

provocar la total aniquilación del PCC (Schwartz, 1951; Brandt, 1958; Isaacs, 1962).

El frente unido, pues, se mantuvo. Chiang liberó a los asesores rusos y, con el apoyo del PCC y de Moscú, la Expedición del Norte se puso en marcha en el verano de 1926 (Spence, 1999a: 323-330). Frente a los ejércitos de los caudillos, numéricamente superiores pero poco coordinados, el Ejército Revolucionario Nacional logró reclutar un considerable apoyo por parte de las masas (Wilbur, 1968, 1983; Jordan, 1976). Con frecuencia la acción militante de campesinos y trabajadores precedió al avance nacionalista. En todos los centros industriales importantes hubo huelgas generalizadas, mientras que en las provincias centrales de Hunan y Hubei se dio un enorme incremento del número de asociaciones campesinas, con un número de miembros estimado en más de dos millones de personas a principios de 1927 (Isaacs, 1961: 113). Estas asociaciones iban más allá de la tradicional defensa de la reducción de alquileres y propugnaban directamente la apropiación de las tierras, lo que frecuentemente suponía atacar a los terratenientes.

Mao Zedong visitó Hunan en 1926 y presenció por sí mismo la revolución que estaba teniendo lugar en el campo. Escribió un informe sobre sus descubrimientos que desde entonces se convertiría en uno de los textos clásicos del comunismo chino. En su «Informe de una investigación sobre el movimiento campesino en Hunan», Mao llamaba la atención del partido sobre la lucha espontánea de los campesinos contra los «funcionarios corruptos, matones locales y aristócratas malvados». En contraste con la visión marxista ortodoxa, que retrataba a los campesinos básicamente como un colectivo provinciano y conservador, y cuyas ambiciones «pequeñoburguesas», limitadas únicamente a asegurarse el derecho a su propia parcela de tierra, significaban que dicho colectivo habría de ser dirigido por el proletariado urbano, más revolucionario, Mao afirmaba entusiásticamente que la auténtica revolución estaba teniendo lugar en el campo; además daba a entender que el partido corría el riesgo de perder el liderazgo de la revolución si no actuaba rápidamente para implicarse en las luchas de los campesinos. Señalando también que el latifundismo constituía el fundamento social del imperialismo y el caudillismo en China, Mao trataba de desviar la atención de las ciudades y elevar la lucha de clases rural a la categoría de principal factor determinante de la revolución:

> En muy poco tiempo, varios cientos de millones de campesinos en las provincias centrales, meridionales y septentrionales de China se alzarán como un tornado o una tempestad; una fuerza tan extraordinariamente rápida y violenta que ningún poder, por grande que sea, podrá reprimirla. Se abrirán paso a través de todos los obstáculos que ahora les atan y avanzarán por la senda de la liberación. Enviarán a todos los imperialistas, caudillos, funcionarios corruptos, matones locales y aristócratas malvados a la tumba. Todos los partidos revolucionarios y todos los camaradas revolucionarios se presentarán ante ellos para ser probados, para ser aceptados o rechazados por ellos. ¿Para marchar al frente de ellos y dirigirles? ¿Para seguir sus pasos, gesticulando y criticándoles? ¿Para enfrentarse a ellos como adversarios? Cada chino es libre de elegir entre las tres opciones, pero las circunstancias exigen que se tome una decisión rápida (Citado en Schram, 1963: 179-180).

Aunque, como ya hemos señalado anteriormente, Peng Pai había empezado a organizar sindicatos campesinos ya en la década de 1920 (a menudo ignorados en la posterior historiografía del PCC debido al énfasis en el papel pionero de Mao en la movilización del campesinado), los líderes del PCC en su conjunto seguían presuponiendo que la revolución se basaría principalmente en las ciudades. Por primera vez, un destacado miembro del PCC afirmaba que el campesinado era la principal fuerza de la revolución. El informe de Mao era también un claro testimonio de su fe populista, evidente desde el período del Cuatro de Mayo, en el potencial revolucionario de las masas. Además, su crítica implícita de que el partido había perdido el contacto con los acontecimientos reales que sucedían en el campo constituía un reflejo del desprecio por los «intelectuales teóricos» que le acompañaría durante toda su vida (si bien, irónicamente, cabría considerar un intelectual también al propio Mao, ya que había asistido tanto a la escuela secundaria como a la de magisterio).

La confianza de Mao en que un campesinado movilizado podría arrasar con todo lo que se le pusiera por delante (sin aludir para nada a una guía y unos líderes proporcionados por el partido y el proletariado urbano) constituye un ejemplo de lo que se ha denominado la creencia «voluntarista» de Mao en la capacidad del ser humano consciente para superar todos los factores objetivos. Dicha creencia implicaba que la «revolución en China no

dependía de ningún nivel predeterminado de desarrollo social y económico, y que la acción revolucionaria no tenía por qué verse restringida por ortodoxias marxistas-leninistas heredadas» (Meisner, 1999: 42). En sí mismo, el informe de Mao constituía el primer paso importante en el proceso por el que adaptaría el marxismo-leninismo a las condiciones chinas, un proceso que más tarde se definiría como «sinización del marxismo» (véase el capítulo 4). Se podría señalar que tal proceso implicaba una detallada investigación de las condiciones locales por parte de Mao. Así, un informe sobre el distrito de Xunwu (en el suroeste de Jiangxi) que Mao elaboró en mayo de 1930 tras el reciente establecimiento de un soviet local —y traducido no hace mucho al inglés (Thompson, 1990)—, proporcionaba numerosos detalles sobre el comercio, las costumbres sociales, el régimen de arrendamiento de las tierras y la educación en la zona.

A finales de 1926 las fuerzas nacionalistas habían tomado el control de las provincias de Hunan, Hubei, Jiangxi y Fujian. Además de asimilar a los caudillos locales que encontraron a su paso, los nacionalistas obtuvieron también el apoyo de otros señores de la guerra más importantes como Yan Xishan y Feng Yuxiang, quienes, al igual que la Banda de Guangxi, adquirirían una posición elevada en la jerarquía del Guomindang mientras seguían conservando el control de sus propios ejércitos.

El creciente movimiento militante de masas, sin embargo, acentuó las diferencias entre los miembros del ala izquierda y el ala derecha del Guomindang, ya que los primeros afirmaban que se trataba de un acontecimiento positivo, mientras los segundos pedían que se limitara. También las potencias extranjeras contemplaron los hechos con creciente alarma. Cuando las fuerzas nacionalistas llegaron al Yangzi, las zonas de concesión británica de Hankou y Jiujiang fueron invadidas, mientras que a principios de 1927 fueron atacados los consulados británico, estadounidense y japonés en Nankín, lo que desencadenó una rápida represalia en la forma de un bombardeo naval conjunto angloamericano de la ciudad.

Cuando Wang Jingwei, Song Qingling y otras personas asociadas al ala izquierda del Guomindang empezaron a constituir un gobierno en Wuhan, Chiang Kai-shek avanzó hacia Shanghai. Una serie de huelgas producidas durante los nueve meses anteriores habían paralizado la ciudad y habían desempeñado un importante papel a la hora de impedir que el caudillo local, Sun Chuanfang, organizara una resistencia eficaz contra el avance de las

fuerzas nacionalistas.

En abril de 1927, menos de un mes después de haber sido aclamado por los trabajadores, Chiang se volvió contra sus antiguos adiados izquierdistas y reprimió brutalmente todos los sindicatos de la ciudad, deteniendo y ejecutando a todos los acusados de estar confabulados con los comunistas. Las acciones de Chiang contaron con el respaldo y el aliento tanto de las clases empresariales y mercantiles de Shanghai, que temían los efectos perturbadores de una actividad sindical militante, como de las potencias extranjeras, que propugnaban un rápido regreso a la normalidad. Chiang logró también que el hampa de Shanghai, y en particular la Banda Verde —una sociedad secreta implicada en el tráfico de droga, la extorsión, el juego y la prostitución— le ayudara a perseguir y matar a los comunistas y a sus partidarios (Marshall, 1976; Martin, 1996: 91-111). Este «Terror Blanco» se extendió a otras ciudades bajo el control de Chiang.

El gobierno nacionalista de Wuhan condenó la acción de Chiang (lo que le predispondría a establecer su propio gobierno en Nankín), pero su posición se hizo cada vez más insostenible. Aunque contaba con el apoyo de varios caudillos militares celosos del poder de Chiang, estos generales se oponían a la constante apropiación de las tierras por parte de las asociaciones campesinas en las zonas rurales de Hunan y Hubei, dado que muchos de ellos poseían tierras o tenían vínculos con los terratenientes. Las huelgas laborales en la propia ciudad de Wuhan también situaron al gobierno en una posición incómoda, ya que trató de adoptar una postura intermedia entre satisfacer las demandas sindicales y restringir los «excesos» del movimiento de masas. Habría que señalar, no obstante, que el gobierno de Wuhan puso en práctica algunas políticas progresistas en relación a las diferencias de sexo (como la ampliación de los derechos matrimoniales, hereditarios y contractuales para las mujeres), y un reciente estudio sostiene que este período presenció el intento más avanzado de abordar las cuestiones relativas a la situación de la mujer de todo el siglo (Gilmartin, 1995: 181-194).

El PCC, mientras tanto, fue la víctima de los contradictorios consejos de Moscú. Por una parte, Stalin dio instrucciones al partido de que cooperara con el régimen de Wuhan, argumentando que éste representaba el ala genuinamente revolucionaria del Guomindang (que ahora Stalin definía como un «bloque de tres clases», dado que Chiang Kai-shek, en cuanto portavoz de la «gran burguesía», había revelado sus verdaderos colores reaccionarios), y,

por la otra, aconsejaba al partido que armara a los campesinos, eliminara a los generales poco fiables del ejército y se esforzara en reemplazar a los «elementos reaccionarios» en el seno del propio gobierno de Wuhan.

No resulta sorprendente que los líderes del gobierno de Wuhan recelaran cada vez más de sus adiados del PCC. Enfrentados al sabotaje desde dentro y a la rebelión de sus partidarios militares, que habían empezado a tomar cartas en el asunto emprendiendo una implacable campaña para reprimir al movimiento campesino, el régimen de Wuhan se disolvió, y las dos alas del Guomindang se unieron oficialmente una vez más, aumentando sobremanera el poder y el prestigio de Chiang. Éste continuó con su Expedición del Norte, y en 1928, con la ayuda de Yan Xishan y Feng Yuxiang, logró tomar Pekín y obligó a Zhang Zuolin a huir hacia el norte, a su cuartel general, en Manchuria. Se proclamó oficialmente un nuevo gobierno nacional, cuya capital se situaría en Nankin. Una víctima inmediata del fin del régimen de Wuhan fue el movimiento de las mujeres. La reacción conservadora contra las mujeres políticamente activas se tradujo en horrendas atrocidades perpetradas contra unas mujeres que, debido a su vestimenta, sus cabellos cortos y su notoriedad pública, fueron condenadas por subvertir el orden natural de los sexos y «poner el mundo patas arriba» (Diamond, 1975; Gilmartin, 1995: 198-199).

El frente unido había acabado en desastre total para el PCC, con sus miembros diezmados y su base urbana destrozada. Se eligió a Chen Duxiu como chivo expiatorio, y se le acusó de «oportunismo de derechas» (es decir, de no haber alentado el movimiento de masas). En agosto de 1927 fue reemplazado por Qu Qiubai en la secretaría general del partido. Inmediatamente el partido provocó una serie de insurrecciones, confiando en poder aprovecharse de los motines en el seno de las unidades armadas del Guomindang y apoderarse de las ciudades clave. Una de dichas insurrecciones, acaecida en septiembre de 1927, conocida como la Revuelta de la Cosecha de Otoño y destinada a tomar Changsha (en la provincia de Hunan), fue encabezada por Mao. Su insistencia en que se creara una fuerza militar más organizada bajo una bandera independiente del PCC (y no bajo la bandera de la «izquierda revolucionaria del Guomindang», como declaraban los líderes del partido) y en que se formara una amplia zona base, en lugar de limitarse a atacar sólo unas pocas ciudades, le valió una amonestación del comité central del PCC (ahora en la clandestinidad en Shanghai), que al

parecer consideraba a Mao un imprudente aventurero militar (Harrison, 1972: 129-134). La Revuelta de la Cosecha de Otoño fracasó, y Mao llevó lo que quedaba de sus fuerzas —incluidos campesinos sin tierras, vagabundos y bandoleros— a Jingganshan, en la frontera entre Hunan y Jiangxi. Allí se reuniría con Zhu De, uno de los líderes de una insurrección anterior, y juntos empezarían a construir una nueva fuerza militar que sería el fundamento del futuro Ejército Rojo. Los infortunios del PCC se completaron en diciembre de 1927, cuando su último intento de insurrección urbana en Cantón (donde los comunistas habían establecido un efímero soviet, conocido como la Comuna de Cantón) fue sangrientamente reprimido (*ibíd*.: 137-139). A partir de entonces, la base de la revolución china estaría en el campo.

La década de Nankín (1928-1937)

Cuando el Guomindang se autoproclamó gobierno nacional, en 1928, estaba actuando de acuerdo con el principio de tutela política de Sun Yat-sen. Según dicho principio, el partido habría de guiar los destinos políticos de la nación hasta que llegara el momento en que el pueblo estuviera preparado para la democracia, tras de lo cual se promulgaría una constitución. Sin embargo, y a pesar de que en Nankín se crearon instituciones de gobierno (en las que el Guomindang conservaba una identidad independiente), el régimen nacionalista nunca logró ejercer el control total del país aparte de las provincias inmediatamente circundantes. Grandes zonas de China, como la provincia de Sichuan en el oeste, seguían gobernadas por los caudillos anteriores a 1928, que reconocían al gobierno de Nankín, pero que lograron bloquear con éxito los intentos de éste de reducir su poder (Kapp, 1973). Los caudillos que durante la Expedición del Norte se habían unido al Guomindang, como Yan Xishan y Feng Yuxiang, fueron nombrados miembros del comité ejecutivo central del partido, aunque siguieron negándose a disolver o reducir sus ejércitos. Además, durante toda la década de 1930 el gobierno se vería acosado por la creciente penetración japonesa en el norte (véase el capítulo 4), la no menos creciente amenaza comunista en el sur, y una serie de revueltas de caudillos descontentos (a veces en alianza con los rivales de Chiang Kai-shek en el seno del propio Guomindang).

Durante la década de 1930 Chiang Kai-shek utilizaría sus campañas militares contra los comunistas para aumentar el control político de Nankín, de modo que, según un estudio, en 1937 el gobierno nacionalista gobernaba el

25 % del país (que incluía al 66 % de la población), en comparación con el 8 % del territorio (y el 20 % de la población) que había controlado en 1929 (Eastman, 1974: 281). Sin embargo, se puede ver un signo del débil control de China por el régimen en el hecho de que Nankín obtenía prácticamente la totalidad de sus rentas del sector moderno concentrado en Shanghai. Además, en 1933 los gastos gubernamentales representaban sólo el 2,4 % del producto interior total del país (Coble, 1980: 9).

Aunque se ha atribuido al Guomindang el mérito de sentar las bases para la creación de un estado-nación (Bedeski, 1981), el propio régimen se vio plagado de luchas faccionarias y de corrupción, y mostró un escaso compromiso con una auténtica reforma social o económica (Eastman, 1974). Intentos como los realizados a partir de 1927 por las autoridades del estado en provincias como Zhejiang y Jiangsu para establecer unos arrendamientos justos (un proceso que se había iniciado en los comienzos del período republicano) se abandonaron en gran medida en 1930 debido a la oposición de los terratenientes (Bernhardt, 1992: 182-189). Otros proyectos con los que se había comprometido el régimen, como la mejora de la higiene y la sanidad públicas, sufrieron un sesgo en favor de las ciudades y se vieron afectados por falta de fondos debido a otras prioridades (Yip, 1996). Las áreas rurales que se hallaban bajo el control de Nankín sufrieron asimismo de una creciente carga tributaria, ya que se sometió a los agricultores propietarios a recargos cada vez mayores sobre la contribución territorial impuesta por los gobiernos de distrito locales. Dado que la mayoría de los gastos de Nankín se utilizaban con fines militares, se hizo muy poco para favorecer el desarrollo económico; la construcción de carreteras y líneas férreas, por ejemplo, se realizó principalmente con fines estratégicos. La reforma social consistió básicamente en el Movimiento Vida Nueva de Chiang, lanzado en 1934. Este movimiento, un intento de combinar valores militares de estilo prusiano con la ética confuciana (Chiang admiraba ambas cosas), y que recientemente se ha calificado como una forma de «fascismo confuciano» (Wakeman, 1997), aspiraba a infundir la disciplina, la frugalidad y el hábito del trabajo duro entre las masas; al final degeneró en una serie de absurdas exhortaciones para que la gente se comportara y vistiera «con propiedad» (por ejemplo, no escupir en público, ser siempre puntual y llevar los abrigos y chaquetas abrochados) (Dirlik, 1975; Chu, 1980; Kirby, 1984: 176-185).

Tampoco prestó mucha atención el Guomindang a los intereses de las

clases empresariales y mercantiles urbanas. Aunque diversos estudios anteriores retrataban al Guomindang bien como un secuaz de la naciente burguesía urbana, o bien como el representante de las elites rurales y urbanas (Isaacs, 1961; Moore, 1966), otras investigaciones más recientes han mostrado que no tuvo intención alguna de permitir que los capitalistas urbanos adquirieran influencia política, mientras al mismo tiempo recurría a la extorsión, aumentaba los impuestos y obligaba a comprar bonos del Tesoro con el fin de ordeñar al sector moderno de la economía (Coble, 1980; Bergére, 1983, 1989). Además, un estudio sobre las cambiantes relaciones entre el estado, los terratenientes y los arrendatarios en la región del Yangzi desde mediados del siglo XIX hasta la víspera de la toma del poder por parte de los comunistas, en 1949, muestra también que la posición de la elite terrateniente siguió decayendo durante el período de gobierno del Guomindang, ya que ésta se vio atrapada entre los crecientes impuestos estatales, por una parte, y las exigencias, tanto de los arrendatarios como del propio estado, de mantener o reducir los alquileres, por la otra (Bernhardt, 1992: 219).

La intimidación de la burguesía (así como la de los obreros militantes) se vio facilitada por la relación simbiótica del régimen con la Banda Verde de Shanghai, una «relación laborad» que proporcionaba también a las autoridades del Guomindang una participación en el comercio ilegal del opio (Martin, 1996). En 1936 el gobierno había asumido el control de los más importantes bancos privados, a los que se obligó a suscribir bonos del Tesoro; de ese modo, y tal como señala un estudio (Coble, 1980), los capitalistas urbanos pasaron a depender del régimen de Nankín. Abundaba la especulación con los bonos del Tesoro, especialmente entre los propios ministros del gobierno (algunos de los cuales eran también directores de banco, como H. Kong, ministro de economía y cuñado de Chiang). Por otra parte, la constante necesidad de Chiang de obtener ingresos con los que financiar sus campañas militares ya fuera contra los comunistas, ya contra los caudillos recalcitrantes, le hizo olvidar las necesidades de la industria nacional. Así, aun después de que se lograra la autonomía arancelaria, en 1929, las tasas sobre las importaciones no subieron excesivamente (lo que podría haber potenciado la competitividad de la industria nacional) por temor a que la consiguiente disminución en dichas importaciones se tradujera en menores ingresos procedentes de derechos aduaneros para el gobierno (Coble,

1980: 83).

El régimen del Guomindang no era, pues, el portavoz de los capitalistas urbanos. Sin embargo, tampoco planeaba eliminar completamente la empresa privada en favor de una economía planificada, tal como podría haber sugerido el sesgo anticapitalista de la propaganda del Guomindang (donde se acusaba a los capitalistas de preocuparse únicamente por sus intereses individuales a expensas de los de la nación). Como muestra un reciente estudio (Fewsmith, 1985), a pesar de los deseos de algunos miembros del Guomindang de unirse a los elementos más radicales y políticamente activos de la comunidad mercantil —que tendían a representar a la pequeña empresa e industria— en contra de la elite mercantil, que tradicionalmente había dominado los sectores bancario e industrial, Chiang pidió la interrupción de las campañas de masas a partir de 1928, argumentando que éstas resultarían perjudiciales para la unidad social. La elite mercantil no fue desplazada, sino más bien asimilada por el régimen.

El propio Guomindang se hallaba dividido en varias camarillas o facciones, cuya agria rivalidad Chiang logró manipular hábilmente con el fin de asegurar su propia preeminencia, una posición que obtendría un reconocimiento oficial en 1938, cuando se le concedió el título de «líder» (*zongcai*). Es curioso, sin embargo, que si bien Chiang logró imponer una estricta censura de prensa y obstaculizar eficazmente cualquier intento de los intelectuales liberales de crear nuevas organizaciones políticas o grupos de presión —como, por ejemplo, los que pedían la promulgación de una constitución permanente que estableciera una democracia plena—, fue incapaz de eliminar la corrupción o la ineficacia en el seno del partido o del propio gobierno. Y ello a pesar del hecho de que, en 1932, Chiang promovió la creación de un cuerpo de elite dentro del Guomindang destinado a reforzar su propio liderazgo personal y a erradicar la corrupción entre los burócratas del partido y del gobierno. Conocido como los Camisas Azules, dicho cuerpo se inspiraba en el fascismo europeo (Eastman, 1974), aunque en un estudio se afirma que los elementos fascistas del régimen de Chiang se han exagerado mucho, dado que sus estrategias políticas y económicas tienen más en común con el «estado de desarrollo nacional» de la Italia de finales del siglo XIX y principios del XX (Chang, 1985). Sin embargo, aun esta organización apenas tuvo impacto, y en 1938 se disolvió, si bien la admiración de Chiang por la Alemania nazi tuvo como consecuencia el empleo de oficiales alemanes de

alto rango, durante la década de 1930, para adiestrar a regimientos selectos de su ejército y proporcionarle asesoramiento en sus campañas militares contra los comunistas (Kirby, 1984: 55-59).

Aunque un estudio anterior sobre el gobierno nacionalista en este período llegaba a la conclusión de que exhibía los rasgos de un régimen autoritario militar, cuya corrupción, divisiones faccionarias y falta de compromiso con la reforma «abortaron» cualquier esperanza de un cambio progresista y modernizador (Eastman, 1974), otras evaluaciones más recientes describen un panorama más complejo. Así, por ejemplo, el nuevo Gobierno Municipal de Shanghai (GMS) establecido por el gobierno nacionalista a partir de 1928 hizo algún intento de expandir el control chino (frente a las concesiones extranjeras) e instituir medidas destinadas a mejorar la infraestructura urbana; de hecho, la experiencia del GMS mostraba el carácter polifacético del gobierno del Guomindang, ya que el GMS —es decir, la rama del Guomindang en Shanghai— y el gobierno nacionalista de Nankín tenían agendas distintas en diversos momentos (Henriot, 1993). De modo más siniestro, un reciente estudio sobre la actividad policial de Shanghai ha mostrado el creciente poder coercitivo del estado del Guomindang, cuyos mecanismos de control anticipaban los del PCC a partir de 1949 (Wakeman, 1995). Otra herencia legada por el régimen del Guomindang al estado comunista posterior a 1949 fue la implantación de una rigurosa censura cinematográfica suscitada inicialmente por la oposición a las películas extranjeras consideradas ofensivas para China y su gente (Xiao, 1997: 36-38).

Otro estudio sostiene que todos los gobiernos republicanos desde la década de 1910 hasta el régimen del Guomindang, en la de 1930, se caracterizaban por la coherencia de su agenda y sus objetivos, que se centraban en la consecución de un estatismo centralizado, sustentado por la racionalización financiera/administrativa, una enseñanza controlada por el estado y un desarrollo industrial dirigido también por el estado; dichos objetivos se vieron bloqueados por el limitado alcance del control del gobierno central, las divisiones internas y las restricciones de la presión militar externa, que se mantuvieron constantes durante todo el período republicano (Strauss, 1997: 333-334). En cuanto a la política exterior y la diplomacia, se ha definido todo el período republicano (1912-1949) como un período de «logros asombrosos desde una poco envidiable posición de debilidad» (Kirby, 1997: 436). Así, por ejemplo, las fronteras del multiétnico

imperio Qing fueron heredadas por la república a partir de 1912 (y redefinidas como un espacio *chino*), y luego defendidas con éxito hasta el punto de que siguen siendo las fronteras de la actual República Popular, con la excepción de Mongolia Exterior, que se declaró estado independiente bajo los auspicios de la Unión Soviética, en 1924, y fue reconocida oficialmente por China cuando Chiang Kai-shek firmó un tratado con la URSS, en 1945. Aunque a partir de 1912 algunas regiones fronterizas escaparon al control del gobierno central chino (por ejemplo, Xinjiang, en el oeste), en 1945 todas se habían recuperado y el nivel de influencia externa en dichas regiones era muy inferior al de 1911 (*ibíd*.: 437-439). Por otra parte, a principios de la década de 1930, el control chino sobre las aduanas marítimas, los aranceles, las comunicaciones postales, los ingresos procedentes del monopolio de la sal y muchas de las concesiones extranjeras se había restaurado; si bien no se puso fin oficialmente a la extraterritorialidad hasta 1943, antes de esa fecha el régimen nacionalista había logrado recuperar el control judicial sobre los residentes chinos en las concesiones extranjeras (*ibíd*.: 441).

La revolución comunista en el campo

En 1929, Mao Zedong, relevado ya de su posición en el comité central del partido por el fracaso de la Rebelión de la Cosecha de Otoño, se había desplazado al sur de Jiangxi, donde empezó a establecer una base (Spence, 1999a: 385-396). Durante esta época Mao actuaba de manera prácticamente independiente de los líderes del partido en Shanghai, que le tildaban de aventurero militar por su estrategia basada en la guerra de guerrillas y el reclutamiento del lumpenproletariado rural (trabajadores agrícolas, campesinos sin tierras, bandidos y miembros de sociedades secretas) en su recién creado Ejército Rojo (Rue, 1966; Schram, 1966). De hecho, en algún caso se ha llamado la atención sobre la incorporación de técnicas propias del bandidaje por parte de Mao y otros comunistas locales a sus estrategias, como la localización de sus bases (y más tarde de los soviets) en las remotas fronteras provinciales y el uso de métodos guerrilleros (Billingsley, 1988: 252-255).

Sin embargo, el comité central del PCC, ahora bajo el liderazgo de Li Lisan, pidió a las fuerzas de Mao que participaran en una nueva campaña de revueltas rurales y urbanas coordinadas, de acuerdo con la confiada afirmación de Stalin de que existía una nueva «marea» revolucionaria en todo

el mundo originada por la Gran Depresión (y también para aprovecharse de la renovada lucha entre Chiang y los generales rebeldes). En 1930, los intentos de tomar y ocupar las ciudades de Zhangsha, Nanchang y Wuhan fracasaron, debido principalmente a la falta de apoyo de las masas, y Mao se retiró una vez más a su base de Jiangxi convencido más que nunca de que se debía dar prioridad a la consolidación de una base territorial autosuficiente.

Li Lisan quedó desacreditado ante Moscú, donde fue severamente reprendido por su «aventurismo» y su «chovinismo pequeñoburgués»; esta última acusación se debía a que Li había proclamado que China era el eslabón más débil del imperialismo, y, en consecuencia, había atribuido a la revolución china una importancia mundial, una suposición que el Komintern consideró demasiado grandiosa y ambiciosa (Thornton, 1969: 123-129, 168-175). El liderazgo del partido cayó ahora en manos de un grupo conocido como los «Veintiocho Bolcheviques», debido a que todos ellos habían estudiado en Moscú entre 1926 y 1930. Dirigidos por Wuang Ming (Chen Shaoyu), Bo Gu (Qin Bangxian) y Luo Fu (Zhang Wentian), eran leales partidarios de la línea del Komintern y se mostraban aún más críticos con Mao que los anteriores líderes. En noviembre de 1931, Mao invitó a los líderes del partido a asistir al primer congreso de soviets de China, celebrado en Ruijin, que proclamó oficialmente la República Soviética de Jiangxi y eligió a Mao como presidente del gobierno soviético.

El soviet de Jiangxi era, en realidad, uno de los varios soviets rurales creados en aquella época en China central, entre los que se incluían otros cuatro soviets fronterizos en la provincia de Jiangxi y dos en la provincia de Hubei. No obstante, el soviet central de Ruijin era el mayor, y comprendía una población estimada de tres millones de personas (Harrison, 1972: 199). Diversos estudios sobre las actividades comunistas en los otros soviets como el soviet de Min-Zhe-Gan (en el noreste de Jiangxi) y el soviet de Oyuwan (en el noreste de Hubei) resultan útiles para mostrar las flexibles tácticas utilizadas en la movilización comunista del campesinado, que incluían el uso de los vínculos de parentesco y de linaje, la infiltración en las escuelas modernas y en las sociedades secretas, y la manipulación de las rencillas familiares o étnicas (Polachek, 1983; Sheel, 1989; Wou, 1994). El hecho de que muchos activistas comunistas provinieran de familias de la elite tradicional también les ayudó en Jiangxi, donde pudieron cuestionar el antiguo orden gracias al respeto y el estatus que dichas familias llevaban

aparejado (Averill, 1990). Se podría señalar también que la reciente tendencia a abandonar el enfoque del análisis de la revolución centrado en Mao (e incluso el enfoque rural en general) ha dado como resultado el estudio del propio Partido Comunista de Shanghai desde 1927 hasta el estallido de la guerra chino-japonesa de 1937. Aunque obligado a pasar a la clandestinidad a partir de 1927 (y prácticamente ignorado por la posterior historiografía de la revolución), en Shanghai el partido siguió funcionando y logró construirse su propio papel político en la ciudad durante la década de 1930 uniéndose a otros grupos desafectos, principalmente en protestas contra la política de apaciguamiento de Chiang Kai-shek frente a los japoneses (Stranahan, 1998).

Cuando los líderes del partido en Shanghai se trasladaron permanentemente a Ruijin, en 1932-1933, la influencia de Mao en el soviet central de Jiangxi se vio gradualmente reducida. Aunque conservó su puesto como presidente del gobierno soviético, se convirtió, en gran medida, en un presidente honorario. El verdadero poder residía en el Politburo, el órgano político superior del partido, que estaba dominado por los Veintiocho Bolcheviques. Éstos se mostraban especialmente críticos con la política de distribución de tierras de Mao y sus tácticas guerrilleras. En contraste con la política agraria, más radical, que llevó a cabo mientras estaba en Jingganshan, en 1929, cuando la tierra perteneciente tanto a terratenientes como a campesinos ricos (es decir, campesinos hacendados que trabajaban sus tierras por sí mismos además que arrendar una parte de ellas a otros) fue confiscada y redistribuida a los campesinos pobres, la reforma agraria de Mao en 1931 permitía a los campesinos ricos recibir una parcela de tierra con tal de que la labraran por sí mismos. Los líderes del partido consideraron este hecho una evidencia del fracaso de Mao a la hora de adoptar una firme postura de clase, y a partir de 1933 se tomó una actitud más dura frente a los campesinos ricos. Sin embargo, la política de distribución de tierras de Mao era coherente con su estrategia de movilizar el mayor apoyo rural posible, mientras que, al mismo tiempo, su insistencia en que las *asociaciones de campesinos pobres* participaran activamente en la confiscación y distribución de tierras reflejaba su creencia de que la reforma agraria había de tener un significado político, además de económico (Kim, 1973: 118-143).

En un sentido más amplio, la implicación de las asociaciones de campesinos en este proceso constituía un importante componente de lo que Mao más tarde calificaría de «la línea de masas», un conjunto de técnicas y

prácticas destinadas a asegurar el apoyo popular y la estrecha identificación de las políticas del partido con las aspiraciones del pueblo (Schram, 1989: 45-46, 97-98). Este concepto aludía también a una forma particular de ejercer el liderazgo del partido. Así, una resolución del partido de 1943 explicaba el concepto del siguiente modo:

> En todo el trabajo práctico del partido, el liderazgo correcto sólo se puede desarrollar según el principio de «de las masas para las masas». Esto significa recapitular (es decir, coordinar y sistematizar tras cuidadoso estudio) los puntos de vista de las masas (es decir, puntos de vista dispersos y no sistemáticos), y luego llevar las ideas resultantes de nuevo a las masas, explicándolas y popularizándolas hasta que las masas se adhieran a dichas ideas por sí mismas, se levanten por ellas y las traduzcan en acción con el propósito de comprobar su validez (Harrison, 1972: 205).

A partir de 1933, el papel preponderante que daba Mao a la flexible guerra de guerrillas contra las fuerzas nacionalistas invasoras se vio reemplazado por el énfasis en la estrategia, más ortodoxa, de una guerra de posición. Entre 1930 y 1934, Chiang Kai-shek lanzó cinco campañas de «cerco y exterminación» contra el soviet de Jiangxi. Las primeras cuatro fracasaron, pero la quinta, iniciada en octubre de 1933, resultó más fructífera. Siguiendo el consejo del general Hans von Seeckt, jefe de la misión militar alemana en Nankín, Chiang adoptó una política de estrangulamiento económico, bloqueando los soviets con una serie de fortalezas y fortines. El Ejército

Rojo sufrió varias derrotas desastrosas, y en octubre de 1934 se decidió evacuar el soviet de Jiangxi, una retirada que pasaría a conocerse como la Larga Marcha. Dejando atrás a los ancianos, a los niños y a la mayor parte de las mujeres, partieron unas 86.000 personas, dirigiéndose inicialmente hacia el este, aunque finalmente se decidió establecer una nueva base en el noroeste. Perseguida en todo momento por las tropas nacionalistas y tras atravesar un territorio físico de una extensión escalofriante, esta fuerza comunista (de la que sobrevivieron menos de 4.000 personas) llegó a la provincia de Shaanxi un año después, en 1935. Una de las pocas mujeres que realizaron la Larga Marcha —unas treinta en total (Lee y Wiles, 1999)— fue He Zizhen, la segunda esposa de Mao (su primera esposa, Yang Kaihui, había sido ejecutada por las autoridades del Guomindang en Changsha, en 1930,

poco después del fracasado ataque de Mao a la ciudad). Gravemente herida durante la Larga Marcha, en 1938 He Zizhen viajó a la Unión Soviética con el fin de recibir tratamiento médico; para entonces Mao había iniciado ya relaciones con la que sería su tercera esposa, Jiang Qing, una actriz de cine secundaria que había viajado al noroeste del país desde Shanghai en 1937 (Short, 1999: 113-116, 225-226, 369-372; Terrill, 1999: 107-161).

La posterior historiografía comunista atribuiría un estatus casi mítico a la Larga Marcha, la cual ayudó a forjar vínculos entre los supervivientes, reforzó su solidaridad colectiva y revitalizó el sentimiento de cumplir una misión en medio de lo que, de hecho, había sido una derrota militar. Habría que señalar, no obstante, que el tradicional enfoque del análisis de la revolución china centrado en Mao realizado por los historiadores tanto occidentales como chinos —y al que ya nos hemos referido anteriormente— ha supuesto que, hasta hace poco, las actividades de las fuerzas comunistas de otros soviets de la China central que quedaron tras las líneas enemigas hayan sido en gran medida ignoradas. Un reciente estudio (Benton, 1992) ha llamado la atención sobre la casi olvidada guerra de guerrillas librada a partir de 1934 por dichas fuerzas comunistas, que resurgirían en 1938, con la formación del segundo frente unido (véase el capítulo 4) como una unidad oficialmente reconocida (designada como el Nuevo IV Ejército) de la resistencia nacional contra Japón tras su invasión a gran escala del territorio chino, en 1937.

Durante el transcurso de la Larga Marcha Mao solicitó la convocatoria de un dilatado congreso del Politburó en Zunyi (provincia de Guizhou), celebrado en enero de 1935, donde se criticaron los errores de los líderes del partido durante los últimos años del soviet de Jiangxi. Y, lo que es más importante, el congreso de Zunyi marcó el inicio del futuro liderazgo de Mao en el partido. Mao no sólo fue elegido miembro del Politburo y nombrado jefe de la Secretaría General, sino que también se le otorgó el importante cargo de director del Comité de Asuntos Militares (Harrison, 1972: 246). En 1936 el PCC había establecido un nuevo cuartel general en Yanan, en el norte de Shaanxi, donde, debido a lo inhóspito del terreno, se hallaba relativamente protegido de un posible ataque. Fue allí donde Mao, durante los años siguientes, consolidaría su liderazgo político e ideológico en el partido. Mientras tanto, se produjo un momentáneo respiro en la campaña de Chiang contra los comunistas, cuando ambos bandos acordaron unir sus fuerzas contra un enemigo común: Japón.

Capítulo 4:
LA GUERRA DE RESISTENCIA CONTRA JAPÓN

La guerra a gran escala que estalló entre China y Japón en 1937 fue el último acto de un drama en el que Japón había tratado de preservar sus derechos económicos y políticos en China no sólo frente al revigorizado nacionalismo chino, sino también frente a la creciente hostilidad de Gran Bretaña y Estados Unidos (Jansen, 1975). Al mismo tiempo, Japón veía la guerra como el primer paso en la creación de un nuevo orden en Asia oriental, un orden en el que China finalmente se daría cuenta de que sus verdaderos intereses se hallaban en su asociación con Japón contra los males gemelos del comunismo soviético y la democracia liberal anglosajona (Storry, 1979). Las acciones de Japón en China, sin embargo, revelaban la extrema fragilidad de la distinción entre «asociación» y dominación, mientras que, al mismo tiempo, el gobierno y los líderes militares japoneses se mostraban incapaces de comprender que la idea de un nuevo orden en Asia oriental no resultaba atractiva para los chinos debido a que, desde el cambio de siglo, el nacionalismo chino se había dirigido tanto contra Japón como contra Occidente.

Contrariamente a la suposición inicial japonesa de que el «Incidente de China» (como se le denominó) terminaría en unos meses, la guerra habría de durar ocho años y representaría un enorme desgaste de los recursos humemos y materiales de Japón. En 1941 Japón estaba también en guerra con Estados Unidos y Gran Bretaña, y se habían iniciado una serie de acontecimientos que llevarían al final de los imperios europeos en el sureste asiático, a la completa derrota militar de Japón, al surgimiento de dos nuevas superpotencias en Asia oriental que llenarían ese vacío, y a la creación de un estado comunista en China. Por otra parte, varios ensayos no sólo señalan que la guerra chino-japonesa pudo muy bien haber sido la clave del resultado final de la segunda guerra mundial en el Pacífico, sino que también hacen hincapié en su enorme

impacto político y económico en la propia China (Hsiung y Levine, 1992).

Los orígenes del imperialismo japonés

Desde la restauración Meiji de 1868, en que el sistema feudal había sido reemplazado por un gobierno centralizado bajo el emperador Meiji, la política del gobierno japonés había tratado de crear una nación rica y militarmente fuerte con el fin de poder hacer frente a la amenaza de un Occidente en expansión. Como China, en las décadas de 1850 y 1860 Japón se había visto obligado a firmar «tratados desiguales» con las potencias occidentales, por los que se abrían una serie de puertos francos en los que los residentes extranjeros disfrutaban de extraterritorialidad, además de afectar a la autonomía arancelaria de Japón. Asimismo, hasta la década de 1880 el comercio exterior, la banca moderna y las operaciones de cambio de divisas en Japón estaban, en su mayor parte, en manos extranjeras, hasta el punto de que un historiador se ha referido al Japón de esa época como un estado «cliente» de Occidente (Beasley, 1989: 306). La búsqueda de seguridad constituyó asimismo un importante motivo en el expansionismo inicial japonés, que trató de imponer su soberanía en las islas vecinas (como las Kuriles en el norte, y las Ryukyu en el sur); también los nacionalistas radicales ajenos al gobierno (que, sin embargo, mantenían vínculos con determinados círculos militares y empresariales) respaldaban una política expansionista, empeñados en ampliar la influencia japonesa en Asia, especialmente en Corea y China. A finales del siglo XIX se suponía que Japón necesitaba convertirse en una potencia imperialista para poder tanto emular a Occidente como competir con él (Jansen, 1984). Dicha suposición, además de aumentar el desprecio japonés por China considerándola una nación «atrasada» que no estaba dispuesta a modernizarse, disipaba las anteriores esperanzas de algunos japoneses (especialmente en la década de 1870) de que Japón pudiera pagar su deuda cultural con China (que se remontaba al siglo VIII, cuando Japón asimiló el sistema de escritura chino y la filosofía confuciana) uniéndose a dicho país en una causa común contra la penetración occidental.

En 1895, Japón entró oficialmente en las filas de las potencias imperialistas de Asia tras derrotar a China en una guerra por la influencia dominante en Corea. Por la Paz de Shimonoseki no sólo se reconocía el predominio japonés en Corea, sino que Japón obtenía todos los derechos y privilegios de los que disfrutaban las potencias occidentales en China y

adquiría la isla de Taiwan (que los Qing acababan de integrar a la provincia de Fujian). Aunque las razones de seguridad pudieron constituir uno de los factores de la adquisición —la armada japonesa, por ejemplo, consideraba la posesión de Taiwan crucial en su proyecto a largo plazo de convertir Japón en una potencia naval viable en aguas de Asia oriental y del Pacífico—, también los motivos económicos desempeñaron un papel: Taiwan se convertiría en una colonia «modelo» al servicio de los intereses económicos de la metrópoli, a la vez que actuaría de conveniente trampolín para la penetración japonesa en el mercado Chino. En 1900, y por primera vez, Japón se unió a las potencias occidentales en una acción militar en China, al participar en la expedición aliada destinada a ayudar a las legaciones extranjeras asediadas por los bóxers (véase el capítulo 1). El estatus de Japón se vio aún más potenciado en 1902, cuando Tokyo firmó una alianza con Gran Bretaña, cuyo principal objetivo consistía en bloquear la influencia rusa en Asia.

La creciente presencia rusa en Manchuria (especialmente a raíz de la rebelión de los bóxers), y los intentos de este país de extender su influencia económica al norte de Corea, constituían para Tokyo una amenaza a la seguridad de Japón. El conflicto entre ambos países estalló en 1904, y en 1905 Rusia pedía la paz. Por primera vez en la historia moderna, un país asiático había derrotado a una potencia occidental, un hecho que no pasaría desapercibido para los reformistas y los revolucionarios de toda Asia que luchaban contra sus amos coloniales europeos. Y, lo que es más importante en referencia a Japón, el tratado de Portsmouth (realizado por mediación de Estados Unidos), que puso fin a la guerra, concedía el anterior arrendamiento ruso de la península de Liaodong (en japonés, Kwantung) y el ferrocarril Surmanchuriano a Japón. Durante los treinta años siguientes la presencia japonesa en Manchuria se iba a expandir considerablemente, y sus derechos y privilegios llegarían a considerarse sagrados, pues se habían pagado con sangre japonesa. Se destinó a la península de Liaodong a una fuerza militar japonesa, conocida como el Ejército de Kwantung, mientras que la Compañía del Ferrocarril del Sur de Manchuria, ahora controlada por Japón, adquiría gradualmente concesiones mineras y el derecho a estacionar guardas ferroviarios a lo largo de la línea.

Como potencia imperialista en China equiparable a las potencias occidentales, parecía que Japón había alcanzado la igualdad con Occidente (en 1899 se puso fin oficialmente a la extraterritorialidad en Japón, mientras

que en 1911 se restauró la autonomía arancelaria). Sin embargo, la relación entre ambas partes siguió siendo incómoda. Estados Unidos, en particular, empezó a manifestar a partir de 1905 una creciente preocupación por la potencial amenaza que Japón planteaba a sus intereses en el Pacífico, mientras que el carácter descaradamente racista de la política de inmigración antijaponesa en Hawai (anexionado por Estados Unidos en 1898) y en California agrió las relaciones entre ambos países. Además, la adhesión de Estados Unidos a la doctrina de puertas abiertas (enunciada en 1899), que propugnaba la igualdad de oportunidades comerciales entre las potencias en China independientemente de sus esferas de influencia, chocó con la determinación de Japón de preservar su dominio económico en Manchuria.

También la relación de Japón con China era ambigua. Por una parte, hubo japoneses que a título individual (e inspirados en ideales panasiáticos) deseaban sinceramente trabajar y cooperar con revolucionarios chinos como Sun Yat-sen en la creación de una China moderna y democrática (Jansen, 1954); por otra, los gobiernos japoneses, a pesar de sus frecuentes declaraciones piadosas de que Japón deseaba pagar su deuda cultural con China ayudándola a modernizarse, trataban a China con la misma arrogancia y desprecio que mostraban las demás potencias e intentaban constantemente aumentar los privilegios japoneses en dicho país, especialmente en Manchuria. Irónicamente, fueron los miles de admirados estudiantes chinos que acudieron a Japón en los primeros años del siglo XX quienes primero tomaron dolorosa conciencia del estatus inferior asignado a los chinos por muchos japoneses. De forma amenazadora para el futuro, había también elementos entre los militares japoneses, especialmente en el Ejército de Kwantung, que empezaban a defender la idea de que Japón tenía que seguir en China su propio camino y hacer caso omiso de las potenciales críticas o de la oposición de las potencias occidentales.

Los recelos norteamericanos y británicos respecto a Japón se intensificaron tanto a raíz de la revolución de 1911, cuando el Ejército de Kwantung trató de fomentar un movimiento de autonomía en Manchuria, como durante la primera guerra mundial, cuando Japón aprovechó la oportunidad para apoderarse del arrendamiento alemán de Qingdao (en Shandong) e imponer las Veintiuna Demandas al gobierno de Yuan Shikai (véase el capítulo 2).

El sistema de Washington y su fracaso

En 1921-1922, Estados Unidos organizó la conferencia de Washington, que afirmó el respeto de las potencias por la soberanía y la integridad territorial de China. También se apoyó el principio de igualdad de oportunidades económicas y se condenó el concepto de «esferas de influencia». Para satisfacción de Estados Unidos, se dejó expirar la alianza anglojaponesa, que sería reemplazada por un tratado cuatripartito (firmado por Estados Unidos, Gran Bretaña,

Japón y Francia) que estipulaba la consulta mutua si surgía cualquier amenaza a sus intereses en China. Como nuevo indicio de la potencial armonía y cooperación entre las potencias, un tratado naval limitaba la construcción de acorazados (aceptando Japón una cuota menor en relación a Gran Bretaña y Estados Unidos) e interrumpía la construcción de fortificaciones en el Pacífico occidental. Finalmente, en la conferencia de Washington Japón aceptaba devolver el arrendamiento de Qingdao y el ferrocarril Jinan-Qingdao a China (Thorne, 1972: 27-28).

Un estudio detallado de la conferencia de Washington y sus consecuencias (Iriye, 1965) sostiene que el período comprendido entre 1922 y 1925 representó para las potencias la oportunidad perdida de poner en práctica los ideales que animaron la conferencia creando un nuevo marco de relaciones internacionales en Asia oriental. La inestabilidad crónica de China y la desconcertante sucesión de regímenes caudillistas; el surgimiento de un nuevo factor en la política china en la forma del frente unido PCC-Guomindang, respaldado por una potencia (la Unión Soviética) que no participó en la conferencia, y los constantes recelos entre las propias potencias occidentales, se citan como las razones de un panorama en el que cada potencia decidió, en última instancia, actuar unilateralmente en China para salvaguardar sus propios intereses. Sin embargo, no hay que olvidar que, a pesar del apoyo retórico de la conferencia de Washington a la independencia y la integridad territorial de China, en esta ocasión las potencias no previeron el fin del sistema de tratados desiguales (de hecho, China ni siquiera fue invitada a la conferencia). La única concesión que *se hizo* implicaba la propuesta de convocar una conferencia arancelaria en 1925-1926, para negociar el retorno gradual de la autonomía arancelaria a China. Sin embargo, en dicha conferencia surgieron desacuerdos, y cada potencia decidió establecer sus

propios acuerdos con el gobierno chino. Aunque la autonomía arancelaria de China se reconoció oficialmente en 1929, hasta 1943 Gran Bretaña y Estados Unidos no acordarían —como una compensación a Chiang Kai-shek, cuyo papel en la guerra contra Japón se consideró vital— poner fin a su privilegio de extraterritorialidad en China (un privilegio que, de todos modos, se había hecho en gran parte irrelevante debido a la ocupación japonesa).

Lo que ninguna de las potencias occidentales había previsto, sin embargo, fue el rápido aumento del antiimperialismo durante la década de 1920 y la creciente importancia del frente unido. Mientras que Gran Bretaña y Estados Unidos vacilaban entre la intervención armada para «castigar» los excesos de la Expedición del Norte y la actitud de «mantenerse a la expectativa», Japón, percibiendo la creciente escisión entre las alas izquierda y derecha del Guomindang, trató de negociar con Chiang Kai-shek. Al mismo tiempo, Tokio estaba decidido —como lo había estado siempre— a que los intereses económicos del país en China no se vieran amenazados por la guerra y la inestabilidad continuas. Así, en dos ocasiones, en 1927 y 1928, el primer ministro japonés, Tanaka Giichi, envió tropas a Shandong para proteger las vidas y propiedades japonesas de la zona, lo que provocó choques armados con las fuerzas nacionalistas de Chiang que avanzaban. Una nueva oleada de sentimiento antijaponés desencadenó boicots a los productos japoneses, irónicamente al mismo tiempo que Gran Bretaña y Estados Unidos adoptaban una actitud más conciliadora frente a Chiang Kai-shek, cuya promesa de poner fin a todos los excesos antiextranjeros y de tomar enérgicas medidas contra los sindicatos y comunistas le proporcionó credibilidad como defensor de «la ley y el orden». El acuerdo de Gran Bretaña con el nacionalismo chino (y el reconocimiento de la disminución de su capacidad política y militar como potencia imperialista en China), en particular, se hizo patente en la retrocesión oficial de sus áreas de concesión en Jiujiang y Hankou, en 1927 (Louis, 1971), y la devolución de su arrendamiento de Weihaiwei en 1930, tras varios años de evasivas (estrictamente hablando, el arrendamiento había expirado en 1923) (Atwell, 1985: 131, 157-162).

Los intereses económicos de Japón en China, especialmente en Manchuria, eran mucho mayores que los de Gran Bretaña y Estados Unidos. Mientras que en 1931, por ejemplo, China constituía el 81,9 % del total de la inversión extranjera japonesa (las dos terceras partes de ese porcentaje correspondían a Manchuria), sólo representaba el 6 % del total de inversiones

británicas en el extranjero, y menos del 1,5 % de las estadounidenses (Thorne, 1972: 32-33). Japón también suministraba la cuarta parte (en valor) de las importaciones chinas, y recibía una proporción similar de sus exportaciones, en las que, de nuevo, la parte más importante correspondía a Manchuria. De hecho, Manchuria se había convertido en una fuente vital de minerales esenciales para el programa japonés de desarrollo industrial y militar. También se percibía cada vez más como una región apta para la emigración de la propia población rural japonesa, agobiada por las dificultades económicas. En 1930 los planificadores militares del Ejército de Kwantung, como Ishiwara Kanji, predijeron que Manchuria sería crucial para cualquier futuro esfuerzo bélico ya fuera contra la Unión Soviética, ya fuera contra Estados Unidos (Peattie, 1975). Era precisamente a causa de ese gran interés económico por lo que Japón corría el riesgo de salir perdiendo con el resurgimiento del nacionalismo chino (Duus, 1989: XVIII-XIX). Así, precisamente en el momento en que superaba a Gran Bretaña como presencia económica extranjera dominante en China en el marco del sistema de tratados desiguales —al que se ha calificado de «imperio extraoficial colectivo» (*ibíd*.: XXIV)—, Japón decidió romper con aquel orden de cosas recurriendo a la ocupación militar directa de Manchuria.

Ya en 1928, el Ejército de Kwantung había maquinado el asesinato de Zhang Zoulin cuando éste regresaba a su base manchuriana de Mukden tras haber viajado a Pekín, que poco después sería ocupado por las fuerzas nacionalistas. El Ejército de Kwantung había temido que las constantes ambiciones nacionales de Zhang involucraran a Manchuria en un conflicto con el nuevo régimen nacionalista y, en consecuencia, exacerbaran la inestabilidad en la región. En 1931 se fabricó otra crisis «incidental» por parte de los oficiales de rango inferior del Ejército de Kwantung (se hizo volar una sección del ferrocarril Surmanchuriano), que se utilizó como pretexto para lanzar una ofensiva militar a gran escala en Manchuria (Ogata, 1964). A pesar de las llamadas a la moderación por parte de Tokio, el Ejército de Kwantung amplió su esfera de operaciones y Manchuria fue invadida en el plazo de cinco meses. En 1932 también se iniciaron hostilidades entre las tropas chinas y japonesas en Shanghai. Chiang Kai-shek, preocupado por su campaña contra los comunistas, apeló a la Sociedad de Naciones. A pesar del informe publicado por una misión investigadora de este organismo (la comisión Lytton), que señalaba a Japón como el agresor, y del anuncio del secretario de

Estado norteamericano, Henry Stimson, de que Washington no reconocería ningún acuerdo impuesto por la fuerza (la que se denominaba «doctrina del no reconocimiento»), apenas se hizo nada. En 1932 el Ejército de Kwantung creaba el estado títere de Manchukuo e instauraba a Puyi, el último emperador Qing, como gobernante de paja. El gobierno de Tokio se encontró con el hecho consumado, y a partir de entonces se vería sometido a una creciente presión por parte del Ejército de Kwantung, que contaba con partidarios en el estado mayor, para que adoptara una línea más dura en su política respecto a China.

La mutua desconfianza entre Gran Bretaña y Estados Unidos, además de su renuencia a enemistarse con Japón, evitaron claramente una postura común eficaz para abordar la agresión japonesa en Manchuria (Thorne, 1972). La Sociedad de Naciones recurrió a la condena moral, aunque se archivó la idea de imponer sanciones a Japón. Fue suficiente, sin embargo, para indisponer a Tokio, y en 1933 Japón se retiró como miembro de la Sociedad de Naciones. El aislamiento político de Japón respecto a la comunidad mundial se vio empeorado por los efectos de la Gran Depresión. Con el establecimiento de barreras arancelarias en todo el mundo, en la década de 1930, que amenazaban el comercio exterior japonés, se apoderó de los líderes japoneses una creciente «mentalidad de asedio». Y en este contexto, Asia oriental asumía una importancia aún más vital para Japón.

Paralelamente, a partir de 1933 el ejército japonés en Manchuria trató de incrementar su influencia en el norte de China. La autoridad política del Guomindang en la región se vio reducida poco a poco, y en 1935 los japoneses propiciaron la creación de un Consejo Autónomo de Hebei Oriental bajo su influencia. Con la connivencia japonesa, el contrabando de plata y de narcóticos a gran escala también adquirió preponderancia en el norte de China (Boyle, 1972). En 1936, el ministro de Asuntos Exteriores japonés, Hirota Koki, anunció una serie de condiciones que, según exigía, habían de formar la base de cualquier *modus vivendi* que se diera bajo el régimen de Chiang Kai-shek: el reconocimiento de la especial posición de Japón en el norte de China; el final de todas las manifestaciones antijaponesas en la zona; la colaboración chinojaponesa contra el comunismo, y el empleo de asesores japoneses por parte del gobierno chino. La postura de Japón, cada vez más agresiva, se puso nuevamente de manifiesto cuando Japón firmó el pacto anti-Komintern con la Alemania nazi, aquel mismo año.

El segundo frente unido

Durante toda la década de 1950, Chiang Kai-shek afirmó que la derrota del PCC había de tener prioridad sobre cualquier otra cosa, pero un número cada vez mayor de personas empezaban a criticar lo que veían como una política de apaciguamiento frente a Japón por parte de Chiang. Curiosamente, durante la crisis manchuriana de 1931-1932 diversos elementos en el seno del Guomindang habían favorecido el apoyo a los boicots antijaponeses en lo que se ha calificado de «diplomacia revolucionaria» (Jordan, 1991), si bien el temor de Chiang a los movimientos de masas que podían escapar al control del régimen le había impedido siempre adoptar una firme postura antijaponesa (Coble, 1991). En 1933, una división del propio ejército de Chiang, el XIX Ejército de Ruta, que se había estacionado en Fujian para luchar contra los comunistas y que ya había combatido contra los japoneses en Shanghai, en 1932, se alzó en rebelión y proclamó la creación de un nuevo gobierno. Los rebeldes exigían el fin de las disputas internas y una resistencia unida frente a Japón (Eastman, 1974: 86-127). Aunque Chiang logró reprimir la insurrección en 1934, las críticas a su política continuaron. En Jiangxi, el propio PCC empezó a pedir un frente unido de todas las fuerzas democráticas del país para resistir frente a Japón, y en el transcurso de la Larga Marcha, en 1935, el Komintern dio instrucciones a los partidos comunistas de formar alianzas con los grupos antifascistas. Finalmente, en diciembre de 1935 se produjeron enormes manifestaciones estudiantiles en Pekín, como protesta por la falta de resolución del gobierno a la hora de enfrentarse a la agresión japonesa en el norte de China (Israel y Klein, 1976).

Cuando Chiang viajó a Xian, en 1936, con el fin de reprochar a sus tropas su poco brillante actuación contra los comunistas en Shaanxi, el comandante de las tropas, Zhang Xueliang, le puso inmediatamente bajo arresto domiciliario. Zhang, hijo del caudillo manchuriano Zhang Zuolin, había sufrido la ignominia de ver cómo los japoneses invadían su Manchuria natal en 1931-1932, y exigía que cesara la campaña militar contra los comunistas y que todos los chinos se unieran para enfrentarse a la amenaza japonesa. Incluso insinuó que podía hacer ejecutar a Chiang por traidor. Irónicamente, gracias a la intercesión del PCC se pudo convencer a Zhang de que liberara a Chiang, a condición de que prometiera poner fin a su campaña anticomunista y formara un frente unido. Se consideraba que la importancia simbólica de Chiang como jefe del gobierno central en Nankín podía contribuir a una

unidad nacional más efectiva, un sentimiento que compartían Estados Unidos y Gran Bretaña, así como la Unión Soviética (Wu, 1976).

Con la liberación de Chiang, en diciembre de 1936, se estableció el segundo frente unido. Sin embargo, a diferencia del de 1923, este segundo frente unido, que se fue formalizando poco a poco durante el año 1937, era una alianza entre dos grupos distintos; el PCC se hallaba ahora en una posición mucho más fuerte, ya que poseía sus propias unidades militares (su principal unidad, establecida en Yanan, era ahora el VIII Ejército de Ruta) y controlaba un territorio concreto. El PCC, sin embargo, aceptó el mando conjunto de Chiang, y prometió modificar su política radical de confiscación de tierras en interés de la unidad nacional. Cuando, en julio de 1937, las tropas chinas y japonesas se enfrentaron cerca de Pekín, ambos bandos rechazaron un compromiso. Chiang envió refuerzos y proclamó la resistencia total contra Japón.

La guerra chino-japonesa de 1937-1945

Tokio confiaba en que la guerra no duraría mucho. En 1938 las fuerzas japonesas habían tomado Pekín, Shanghai, Nankín (donde se cometieron diversas atrocidades con la población civil), Cantón y Wuhan. El gobierno nacionalista se retiró hacia el oeste hasta Chongqing, en la provincia de Sichuan, que se convertiría en el cuartel general de Chiang durante el resto de la guerra. Dado que el régimen de Chiang había dependido sobremanera de la región del bajo Yangzi para obtener sus rentas, su retirada hacia el oeste la debilitó económica y políticamente, especialmente en la medida en que el gobierno nacionalista se localizaba ahora en un área donde los caudillos locales seguían ejerciendo su dominio. Aunque las tropas japonesas ocuparon las regiones costeras y los centros urbanos clave en el norte y a lo largo del bajo Yangzi, les resultó imposible conquistar las amplias zonas rurales del interior. A partir de 1939 se llegó prácticamente a una situación de tablas, con ocasionales choques y escaramuzas. Sin embargo, la guerra de China representó una considerable reducción de la mano de obra japonesa. Entre 1937 y 1941 combatieron en China hasta 750.000 soldados, aproximadamente la mitad del total de fuerzas del ejército. En 1945 llegaría a haber 1,2 millones de soldados japoneses estacionados en China (de un total de 2,3 millones desplazados fuera de Japón) (Hsu, 2000: 611).

En el noroeste, el VIII Ejército de Ruta, comunista, libraba una guerra de guerrillas contra los japoneses, a menudo tras las propias líneas japonesas. El PCC creó también gobiernos fronterizos en la zona, de los que el más importante era el de la Región Fronteriza de Shaan-Gan-Ning (entre las provincias de Shaanxi, Gansu y Ningxia), con Yanan como capital. Durante el curso de la guerra, los comunistas lograron aumentar poco a poco el territorio bajo su control en todo el norte de China. Es importante señalar, sin embargo, que no fue ésta la única región en la que se desarrolló la acción militar comunista. Durante mucho tiempo la Región Fronteriza de Shaan-Gan-Ning y el VIII Ejército de Ruta dominarían los relatos de la revolución comunista durante la guerra antijaponesa debido a su vinculación con los líderes centrales bajo el gobierno de Mao. Un reciente estudio (Benton, 1999), sin embargo, describe las actividades de otra fuerza militar comunista, el Nuevo IV Ejército, en el centro y el este de China (provincias de Jiangsu y Anhui), actividades que representaron la reconstitución de las unidades guerrilleras que habían combatido contra los nacionalistas entre 1934 y 1937.

El segundo frente unido fue frágil desde el primer momento. Aunque en Chongqing había representantes del PCC (incluyendo a Wang Ming y a Zhou Enlai), la desconfianza hacia los comunistas por parte de Chiang persistía, mientras que Mao y otros líderes del PCC no ocultaban el hecho de que pretendían ampliar la influencia comunista durante la guerra de resistencia. Chiang prácticamente impuso un bloqueo económico a Yanan, mientras que el antagonismo mutuo con frecuencia dio como resultado escaramuzas armadas entre las fuerzas comunistas y nacionalistas, la más grave de las cuales fue el incidente del Nuevo IV Ejército, en 1941, cuando éste fue atacado por tropas nacionalistas mientras se desplegaba al norte del Yangzi. En el transcurso de la guerra, sin embargo, Yanan —antes que Chongqing— se convirtió para muchos chinos en el símbolo de la resistencia nacional frente a los japoneses; miles de estudiantes e intelectuales de ciudades como Pekín se dirigieron al noroeste para unirse a la lucha. Aquella gran afluencia de forasteros a la región, muchos de ellos miembros del PCC, suscitaría la preocupación de Mao por la «solvencia» ideológica del partido

Durante los primeros años de la guerra China prácticamente luchó sola contra Japón. La Unión Soviética inicialmente ofreció créditos al gobierno nacionalista para equipamiento militar y envió a pilotos voluntarios para que tomaran parte en la defensa de Chongqing y otras ciudades como Xian y

Hankou. En 1938 y 1939 estallaron combates a gran escala entre tropas rusas y japonesas a lo largo de la frontera entre la Unión Soviética y Manchuria, en los que los japoneses sufrieron fuertes pérdidas. Sin embargo, a partir de 1939 la ayuda soviética a China disminuyó, ya que la atención de Stalin se centraba cada vez más en cómo hacer frente a la posible amenaza de la Alemania nazi. En 1941 Stalin firmó un pacto de no agresión con Japón, que señaló el fin de la participación soviética en la guerra de China. Por otra parte, Chiang recibió poca o ninguna ayuda ni de Gran Bretaña ni de Estados Unidos. Aunque había un pequeño grupo de pilotos norteamericanos voluntarios (los «Tigres Voladores») que operaban desde el suroeste de China, hasta 1941 Estados Unidos no proporcionó créditos significativos a Chongqing para la compra de equipamiento militar, en consonancia con la Ley de Préstamos y Arriendos (Schaller, 1979; Mancall, 1984: 303-305).

En 1938 Tokio había decidido que ya no podía tratar con Chiang Kai-shek, y en noviembre del mismo año el primer ministro, Fuminaro Konoe, anunció la creación de un nuevo orden en Asia oriental. Dado que China y Japón eran racial y culturalmente semejantes —argumentaba Konoe—, era natural que ambos cooperaran, política y económicamente, para derrotar al comunismo y el imperialismo occidental. El nuevo orden implicaba fomentar un régimen chino alternativo con el que Tokio pudiera tratar, si bien dicho intento se vio constantemente obstruido por las maniobras de varios mandos del ejército japonés en China, que habían empezado ya a promover varios regímenes clientelares en Pekín, Nankín y Shanghai (Boyle, 1972).

Wang Jingwei, sin embargo, respondió a las propuestas de Tokio y abandonó Chongqing a finales de 1938, inicialmente con la esperanza de mediar entre Chiang y los japoneses, pero en última instancia con el propósito de establecer un nuevo régimen del Guomindang en Nankín. Un estudio de este «movimiento pacifista», como se le denominó, sostiene que Wang estaba motivado, en parte, por su intensa rivalidad personal con Chiang Kai-shek, que se remontaba a mediados de la década de 1920, después de la muerte de Sun Yat-sen, y, en parte, por el sincero deseo de poner fina a la guerra (Bunker, 1971). Aunque Wang estableció un nuevo gobierno en 1940, sus esperanzas de traer la paz y una auténtica cooperación chinojaponesa jamás se materializaron. Tokio no estaba dispuesto a conceder a Wang una influencia o un poder reales, y el régimen careció de credibilidad desde el primer momento (sólo fue reconocido por Japón y por las potencias fascistas

europeas). Denunciado tanto por el PCC como por Chiang Kai-shek como traidor y tras haber sufrido repetidas humillaciones a manos de los japoneses (un destino compartido por el desventurado Puyi en Manchukuo), Wang murió en 1944 amargamente desengañado, y su único logro fue que Tokio permitiera a su régimen, en 1943, apoderarse de las concesiones extranjeras en Shanghai.

La necesidad siempre creciente de Japón de recursos minerales (especialmente petróleo), que irónicamente no podía satisfacer el supuesto bloque autosuficiente (Japón, China y Manchukuo) inaugurado por el nuevo orden, provocó planes más ambiciosos de expansión hacia el sur de Asia para abarcar los ricos campos petrolíferos de las Indias Orientales holandesas (Indonesia). En 1940 las tropas japonesas estaban ya en Indochina. Las relaciones con Estados Unidos se deterioraron y Washington estableció un embargo a las exportaciones de petróleo a Japón. La decisión de Tokio de lanzar un ataque por sorpresa a la base naval estadounidense de Pearl Harbor, en diciembre de 1941, a la que siguió rápidamente la ocupación de Hong Kong, Malaysia, Singapur, las Indias Orientales holandesas y las Filipinas, cambió drásticamente la naturaleza de la guerra chino-japonesa. Con Estados Unidos y Gran Bretaña implicados ahora directamente en la guerra contra Japón, además de contra Alemania (que había declarado la guerra a Estados Unidos poco después del ataque japonés a Pearl Harbor), la resistencia china frente a los japoneses se veía ahora como una heroica contribución a la lucha mundial contra el fascismo (Schaller, 1979). A partir de entonces la ayuda estadounidense a China se incrementó, y durante los años 1942 a 1945 aumentaría a más de mil millones de dólares (Mancall, 1984: 306).

Para Japón, la derrota del imperialismo occidental en el sureste asiático anunciaba al nacimiento de lo que Tokio denominaba la «Esfera de Co-Prosperidad del Gran Este Asiático»; pero, como en China, las realidades de la ocupación japonesa a menudo desmentían la grandiosa retórica de una supuesta coalición. Sin embargo, la facilidad con la que las fuerzas japonesas habían vencido a las antiguas colonias occidentales tuvo un enorme impacto en el desarrollo del nacionalismo asiático. El mito de la invencibilidad del hombre blanco había sido irremisiblemente quebrantado, y los antiguos amos coloniales habrían de enfrentarse a vigorosos movimientos de liberación cuando volvieran, en 1945, a reclamar sus «posesiones». Curiosamente, es precisamente a *esta* consecuencia de la ocupación japonesa (que al final

resultó desastrosa para los pueblos del sureste asiático) a la que se alude en algunos círculos de derechas japoneses actuales cuando se subrayan los aspectos más positivo del papel de Japón en Asia durante la segunda guerra mundial.

Aunque Chiang se convirtió en el comandante supremo del teatro de operaciones chino (dentro del teatro de operaciones, más amplio, de Birmania-China-India), y ahora estaba asegurada una sustancial ayuda estadounidense, Chiang seguía sin estar dispuesto a utilizar sus tropas en ofensivas a gran escala contra los japoneses, prefiriendo mantener sus fuerzas intactas para el futuro enfrentamiento con el PCC que sabía que habría de suceder. El general norteamericano Joseph Stilwell, que se unió al mando de Chiang a partir de 1942, veía continuamente frustrados sus esfuerzos de persuadir a China de que mostrara mayor diligencia, y se quejaba constantemente a Washington de la ineficacia y corrupción que veía predominar en Chongqing (Tuchman, 1971; Schaller, 1979). Las quejas de Stilwell se veían reforzadas por los informes negativos sobre el gobierno de Chongqing elaborados por oficiales del servicio de exteriores norteamericano en China como John Service y John Paton Davies. El presidente Roosevelt, sin embargo, seguía poniendo sus esperanzas en Chiang; el mantenimiento de su liderazgo se consideraba un elemento fundamental en los planes de Roosevelt para el mundo de la posguerra, en el que una China unida y democrática se convertiría en uno de los «Cuatro Grandes» (junto con Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética) que garantizarían la estabilidad en la esfera internacional.

Aunque los observadores sobre el terreno solían comentar la corrupción del régimen de Chiang, diversos estudios han subrayado también las limitaciones del poder de Chiang (Ch’i, 1982; Eastman, 1984). El control político del Guomindang había disminuido a partir de 1937, cuando el gobierno se había visto obligado a abandonar su reducto político y económico en el este, especialmente las provincias de Jiangsu y Zhejiang. Por otra parte, las tropas del gobierno central de Chiang constituían aproximadamente sólo alrededor de una quinta parte de todas las fuerzas nacionalistas. La lealtad y el compromiso de numerosos comandantes del ejército con Chiang Kai-shek nunca fueron absolutos. En provincias como Sichuan, Shanxi y Yunnan, los gobernadores militares frecuentemente obstruían el control del gobierno central. Las rivalidades y recelos mutuos predisponían a todo el mundo a

adoptar una actitud de espera, sin que ningún comandante (incluido Chiang) se mostrara dispuesto a asumir el riesgo de perder tropas en ninguna acción a gran escala. Durante toda la guerra, de hecho, seguía existiendo un comercio ilegal entre la China ocupada y la no ocupada, un comercio tolerado por los comandantes locales de ambos bandos (Eastman, 1980). También las actividades y puntos de vista de los escritores y empresarios de la Shanghai ocupada por los japoneses mostraban una considerable zona «gris» entre la resistencia activa y la colaboración abierta (Fu, 1993). Con mucha frecuencia daba la impresión de que se dirigía más hostilidad contra los comunistas que contra los japoneses. Un historiador, citando los informes provinciales de Hubei de 1942-1943, observa que las operaciones nacionalistas contra los japoneses tendían a ser defensivas y de carácter reactivo, mientras que las realizadas contra los comunistas eran de naturaleza más ofensiva e implicaban la participación de una mayor número de tropas (Eastman, 1984: 138). Sin embargo, ésta es sólo una parte de la realidad. Recientes investigaciones han llamado la atención sobre las actividades antijaponesas de las fuerzas de la guerrilla nacionalista en la provincia septentrional de Shandong (Paulson, 1989), y sobre el turbio mundo del terrorismo político en la Shanghai ocupada, donde los servicios secretos y escuadrones asesinos nacionalistas hicieron de los colaboracionistas y traidores su objetivo (*hanjian*) (Wakeman, 1996, 2000; Yeh, 1998).

La ineficacia global de las fuerzas nacionalistas se puso completamente de manifiesto en 1944, cuando los japoneses lanzaron su única ofensiva importante desde 1938 (la ofensiva de Ichigo), que produjo avances en el sur y el suroeste. La resistencia nacionalista fue barrida con brutal facilidad, lo que incitó a Stilwell, poco después, a exigir que se le entregara el mando global de las tropas chinas. Naturalmente, eso resultaba inaceptable para Chiang, que consiguió que se retirara a Stilwell, un interesante ejemplo de la influencia que China podía ejercer en Washington.

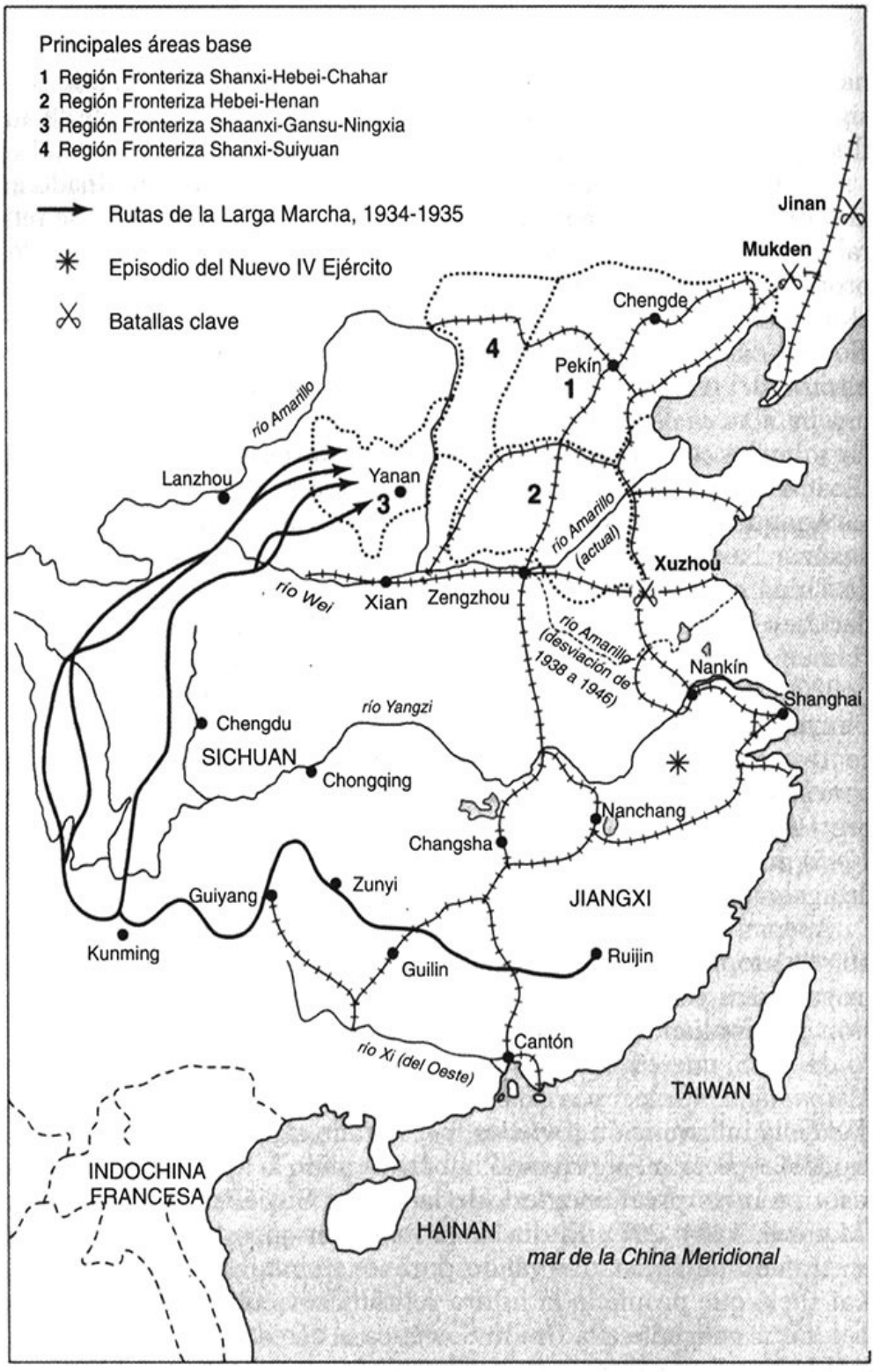
Un hecho que da idea del creciente malestar del campesinado en las áreas bajo control nacionalista es que las tropas chinas que se retiraban a raíz de la ofensiva de Ichigo eran, de hecho, atacadas por los propios campesinos. Los crecientes tributos y «contribuciones», como el impuesto militar sobre los cereales, habían empeorado ya la situación económica del campesinado, y esto se veía agravado por el uso arbitrario del reclutamiento militar y laboral. En Henan, en 1941-1943, una hambruna derivada de la escasez de cosechas y

del impuesto militar sobre los cereales produjo la muerte de varios millones de personas (Eastman, 1984: 67-68). En 1945 el hambre era ya generalizada.

Aunque la ofensiva de Ichigo permitió a las tropas japonesas avanzar hasta Yunnan y Guizhou, en el suroeste, en 1944 la guerra de China había asumido, en cierta medida, una importancia secundaria en la estrategia global estadounidense contra Japón. Originariamente se había supuesto que las fuerzas aéreas norteamericanas podrían llevar a cabo bombardeos sobre Japón desde sus bases en China; pero este enfoque varió cuando Estados Unidos decidió concentrar sus esfuerzos en conquistar las islas controladas por los japoneses en el Pacífico. El lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima (6 de agosto de 1945) y Nagasaki (9 de agosto de 1945) precipitó el fin de la guerra: Japón anunció su rendición el 15 de agosto del mismo año.

Apenas veinticuatro horas antes de que se arrojara la segunda bomba atómica, la Unión Soviética declaraba la guerra a Japón y las tropas rusas penetraban en Manchuria. Stalin, en respuesta a la presión de sus aliados occidentales, había prometido en Yalta, en febrero de 1945, que entraría en guerra contra Japón una vez derrotada Alemania. El inesperado final de la guerra en Asia obviaba la necesidad de la intervención soviética, pero Stalin siguió adelante de todos modos, especialmente cuando había obtenido la aprobación aliada a los «intereses preeminentes» de la Unión Soviética en Manchuria (Mancall, 1984: 297). El día de la rendición japonesa, Stalin firmó un tratado de amistad —válido durante treinta años— con Chiang Kai-shek, que prometía la futura retirada soviética de Manchuria a la vez que concedía a la Unión Soviética el uso de Port-Arthur (la actual Lushun) y mantenía su participación en la gestión del Ferrocarril Oriental de China. Como a principios de la década de 1920, la Unión Soviética practicaba un hábil «doble juego».

El final de la guerra de China, pues, dejó como herencia una tensa y complicada situación en la que las tropas rusas ocupaban ciudades clave de Manchuria y se iniciaba una carrera entre el PCC y los nacionalistas (ayudados por Estados Unidos) por aceptar la capitulación de las fuerzas japonesas en China, la mayoría de las cuales permanecían intactas. Antes de analizar la guerra civil que se produjo como resultado, y la posterior victoria del PCC, es necesario describir la política comunista en Yanan y el surgimiento de Mao Zedong como líder indiscutible del PCC.



MAPA 3. *Actividad comunista china en las décadas de 1930 y 1940.* Fuente: R. Keith Schoppa, *The Columbia Guide to Modern Chinese History*, Columbia University Press, Nueva York, 2000.

El período de Yanan (1937-1945)

A partir de 1945 Mao se referiría a menudo melancólicamente al período de Yanan como una época en la que se forjaron estrechos vínculos entre el partido y el pueblo, y en la que el espíritu de sacrificio e igualitarismo prevalecía en la lucha por superar tanto la amenaza japonesa como el bloqueo económico impuesto en Yanan por el Guomindang (Meisner, 1999: 47-51). El período de Yanan presenció también la victoria definitiva de Mao sobre la facción «internacionalista» (es decir, quienes mantenían estrechos vínculos con el Komintern, como Wang Ming y Bo Gu) en la rivalidad por el liderazgo del PCC. En este proceso Mao afirmó su preeminencia ideológica en el seno del partido, que marcaría el inicio de un culto personal (Wylie, 1980).

En concordancia con el frente unido, a partir de 1937 el PCC subrayó la unidad nacional e interrumpió su programa radical de confiscación de tierras, si bien prosiguieron las apropiaciones de las tierras pertenecientes a quienes habían colaborado con los japoneses. En 1940 Mao escribió un importante artículo titulado «Sobre la nueva democracia», que presentaba al PCC como un auténtico movimiento nacional que encabezaba una alianza de las «clases revolucionarias» (el proletariado, el campesinado, la pequeña burguesía y la burguesía nacional). Para Mao, el «nuevo período democrático» se había iniciado inmediatamente después del Movimiento del Cuatro de Mayo y de la formación del PCC, convirtiendo de ese modo al primero en sinónimo del segundo, un presupuesto de la historiografía ortodoxa del PCC que ha persistido hasta el presente; asimismo, Mao consideraba que la «nueva democracia» bajo el liderazgo del proletariado (es decir, del PCC) completaría las tareas incumplidas por la «vieja» revolución democrático-burguesa de 1911 antes de pasar a la etapa socialista (Wylie, 1980: 119-121). Mao no sólo afirmaba, pues, el papel nacional del PCC, sino que se proclamaba legítimo heredero del legado revolucionario de Sun Yat-sen (Shum, 1988: 165-169). Al mismo tiempo, Mao seguía estando comprometido con la estrategia de la revolución rural y la consolidación de las bases controladas por el PCC, a diferencia de Wang Ming, que deseaba usar el frente unido para expandir y legalizar el papel del PCC en las ciudades y que creía que sin un firme baluarte urbano el PCC perdería su carácter marxista-leninista y quedaría embarrancado en los problemas del campesinado «pequeñoburgués» (Van Slyke, 1986: 617-618).

La política oficial del PCC durante el período de Yanan trataba, pues, de proteger la empresa privada y de fomentar la no participación del partido en la administración, especialmente en el ámbito rural (sin comprometer, no obstante, el papel de liderazgo del PCC). La política agraria aspiraba a mejorar la situación económica de los campesinos pobres a través de una campaña de reducción de alquileres e intereses (aunque garantizando también el pago de dichos alquileres). En las áreas donde los arrendatarios se veían obligados a entregar hasta el 50 % de su cosecha como arriendo y en las que tanto los campesinos arrendatarios como los propietarios eran víctimas de prestamistas y terratenientes sin escrúpulos que cargaban tipos de interés desorbitados a cualquier préstamo que hicieran, esta campaña tuvo un significativo impacto a la hora de obtener el apoyo del campesinado (Gillin, 1964; Selden, 1971).

En 1940-1941, sin embargo, Mao empezó a pensar que había que abordar urgentemente una serie de problemas. La Región Fronteriza de Shaan-Gan-Ning se había ampliado hasta abarcar un área de 23 distritos, con una población de 1,5 millones de personas. Al mismo tiempo, los miembros del PCC habían pasado de 40.000 en 1937 a 800.000 en 1940 (Wylie, 1980: 164), gracias a la afluencia de un gran número de intelectuales y estudiantes procedentes de las ciudades. Se había desarrollado una burocracia excesiva, especialmente en los niveles superiores. Para Mao, eso originaba el mal del «burocratismo», que amenazaba con alejar a los funcionarios de las necesidades y problemas del pueblo. Mao también expresaba su preocupación por el hecho de que el propio partido carecía de cohesión interna, ya que los cuadros superiores procedían de un entorno principalmente urbano e intelectual, mientras los inferiores provenían en su mayor parte de las áreas rurales locales. También estaba decidido a eliminar todo vestigio de lo que él denominaba «dogmatismo» o «formalismo» en el seno del partido, términos con los que aludía a un enfoque inflexible y rígido de la doctrina marxista sin tener en cuenta la situación china concreta. El objetivo de Mao era, claramente, la facción «internacionalista» liderada por Wang Ming, aunque sus críticas apuntaban también al creciente número de intelectuales «teóricos» de Yanan. Estos problemas políticos e ideológieos se agravaban por el empeoramiento de la situación económica debido al bloqueo del Guomindang.

En 1942-1943, Mao lanzó una campaña de «rectificación» destinada a

«reeducar» a los cuadros y a combatir los «males» del burocratismo y el formalismo. Dado que los propios escritos de Mao constituían un importante componente de los materiales de estudio utilizados (Compton, 1966), la campaña confirmaba el liderazgo ideológico de Mao en el partido. En particular, Mao hacía hincapié en la importancia de la «sinización» del marxismo (la adaptación creativa del marxismo a las condiciones chinas), un concepto al que se había referido por primera vez en 1938 y que debía mucho a los escritos de Chen Boda (Wylie, 1980). Chen, que se convertiría en secretario político y director de la Sección de Investigación sobre los Problemas de China, de la Escuela Central del Partido del PCC, en Yanan, había insistido ya en la década de 1930 en que el marxismo tenía raíces en el pasado de China —por ejemplo, señalaba que el pensador del siglo V a. C. Mozi había mostrado ya una conciencia de la lucha de clases—, y condenaba la imitación masiva de lo extranjero. Al promover la sinización del marxismo, Mao no sólo atacaba a los miembros del partido estrechamente vinculados al Komintern, sino que también, y en última instancia, afirmaba su independencia ideológica de Moscú.

El liderazgo de Mao en el partido fue oficialmente reconocido en 1943, cuando éste fue elegido presidente del Politburó y del comité central. Además, aunque el trabajo cotidiano del partido se delegaba en una secretaría integrada por tres hombres (Mao, Liu Shaoqi y Ren Bishi), como presidente, Mao tendría la última palabra (Schram, 1987: 210). La creciente prominencia otorgada a los escritos de Mao también vino acompañada de la aparición del culto maoísta. Ya en 1937 el retrato de Mao, con una cita suya, aparecía en una revista del partido, mientras que la primera colección de escritos suyos publicada apareció a finales de ese mismo año (Wylie, 1980: 41). En 1943-1944, los mensajes de diversos «héroes del trabajo» y otros activistas publicados en el periódico oficial del PCC *jiefang ribao* («Diario de la Liberación») saludaban a Mao como la «estrella de la salvación» (*jiuxing*) del pueblo chino. A comienzos de 1944, y en el contexto de la celebración del año nuevo chino, Mao incluso fue invitado a plantar cereal en persona cerca de Yanan, un extraño remedo de los rituales de plantación que tradicionalmente habían realizado los emperadores chinos al comienzo de la estación agrícola (Schram, 1987: 213). Finalmente, en 1944, se publicó la primera edición de las *Obras selectas* de Mao, y la nueva constitución del partido redactada en su séptimo congreso (abril-junio de 1945) señalaba que

«el pensamiento de Mao» (*Mao Zedong sixiang*) constituía la «única guía ideológica» del PCC (Wylie, 1980: 217, 273). El elogio más desmedido de todo el congreso provino de Liu Shaoqi (1898-1969), destacado organizador sindical en la década de 1920 que ahora ocupaba un segundo lugar después de Mao, que declaró: «Nuestro camarada Mao Zedong no sólo es el mayor revolucionario y estadista de toda la historia china; es también el mayor teórico y científico de toda la historia china» (Schram, 1987: 213). Irónicamente (y trágicamente), dos décadas después Liu sucumbiría víctima del mismo culto a la personalidad que había contribuido a fomentar (Dittmer, 1998).

A raíz de la campaña de rectificación se hicieron diversos intentos de reducir el personal burocrático; se instó a los cuadros de nivel superior del partido, a los administradores y a los intelectuales a participar en trabajos manuales de ámbito local, en lo que se calificó de «descenso al campo» (*xiafang*). También se esperaba que las unidades del ejército tomaran parte en la producción agrícola, especialmente durante las épocas de siembra y cosecha. Se establecieron escuelas rurales a tiempo parcial para difundir tanto la alfabetización como las habilidades prácticas. Para contrarrestar los efectos del bloqueo económico local, se fomentó la pequeña industria (como, por ejemplo, la fundición de hierro), y el partido movilizó a las mujeres de las zonas rurales en una campaña destinada a incrementar la producción de tela (Davin, 1976: 35-42; Stranahan, 1983: 58-60). Por primera vez, en una región en la que, en general, se confinaba a las mujeres al hogar, un gran número de mujeres campesinas pudieron acceder a una «esfera pública» y relacionarse socialmente; los ingresos que ganaron durante la campaña les proporcionaron un mayor estatus social y una relativa independencia económica.

Se podría señalar aquí que la política oficial del PCC respecto a las mujeres estuvo siempre condicionada por lo que se percibía como una necesidad de equilibrar la emancipación y la estabilidad de la familia. Así, durante el período del soviet de Jiangxi el compromiso del PCC con la mejora de las condiciones de vida de las mujeres se manifestó en una ley matrimonial, de 1931, que proscribía el concubinato y el compromiso matrimonial de los niños, garantizaba la libertad de elección en el matrimonio, y otorgaba a las mujeres los derechos de divorcio y de propiedad (Mejier, 1983). También se fomentó el establecimiento de asociaciones femeninas con el fin de proporcionar una plataforma para las voces de las

mujeres y representar sus intereses. Sin embargo, las inquietudes de dichas asociaciones en relación a las diferencias de sexo chocaban a veces con elenfoque clasista de las asociaciones de campesinos patrocinadas por el PCC; en tales casos, generalmente tenían prioridad los intereses de clase del campesinado. Asimismo, y dado que en la mayoría de los casos eran las mujeres quienes con mayor probabilidad utilizaban la ley y pedían el divorcio, y el PCC estaba ansioso por mantener la moral de los campesinos varones integrados en el Ejército Rojo, posteriormente se restringió el derecho a pedir el divorcio sin condiciones en el caso de las esposas de los soldados, tanto en Jiang-xi como, más tarde, durante el período de Yanan (Johnson, 1983: 60, 66). Curiosamente, el propósito del PCC de favorecer las familias estables y armoniosas —como se señala en un estudio, de «reunificar» las familias en una época en la que varias décadas de guerra, la inseguridad económica y el empeoramiento de las condiciones de vida habían roto las comunidades estables, incrementado la inestabilidad social y generado una perpetua población flotante de emigrantes rurales (Stacey, 1983)— significó que, a partir de 1944, los líderes del partido subrayaran a menudo el importante papel que las industriosas y leales amas de casa podían desempeñar a la hora de asegurar el bienestar de la familia y de promover la causa de la lucha por la liberación (Stranahan, 1983: 79-80).

Un estudio clásico sobre el período de Yanan (Selden, 1971) describía las políticas y el estilo de los líderes del PCC —con su énfasis en la «línea de masas», la iniciativa económica local, la participación popular en las elecciones y en la administración, y los estrechos vínculos entre el ejército y el pueblo— como una contribución pionera a la teoría y la práctica del cambio revolucionario y la transformación social (la «vía de Yanan») en el contexto de un movimiento de liberación anticolonial. En una nueva edición recientemente revisada (Selden, 1995a), sin embargo, el autor —aunque afirmando la validez básica de su anterior tesis— señala que se había subestimado el «lado oscuro» de la política de movilización durante el período de Yanan, que posteriormente (a partir de 1949) se manifestaría en el despotismo del partido, el fundamentalismo ideológico y el culto a la personalidad. Así, un aspecto poco estudiado de la campaña de rectificación de 1942 fue la «investigación» de los cuadros con el fin de erradicar el pensamiento y la práctica «erróneos»; una figura clave de este proceso fue Kang Sheng (m. 1975), que en 1937 había regresado de Moscú tras estudiar

las técnicas de la policía secreta soviética (Schram, 1987: 213). Kang Sheng desempeñaría un importante —aunque sombrío— papel a partir de 1949 en las operaciones de seguridad del partido.

La campaña de rectificación se utilizó también para poner freno a la libertad intelectual. En mayo de 1942, en sus «charlas en el Foro de Yanan sobre Arte y Literatura», Mao criticó el elitismo de ciertos escritores e intelectuales, instándoles a cultivar una comprensión más profunda de las «masas» con el fin de crear una auténtica «literatura revolucionaria» que representara el «punto de vista proletario». Mao insistió también en que la tarea de la literatura era reflejar las glorias de la sociedad revolucionaria, antes que criticar sus aspectos menos elevados. En cierto sentido, las prescripciones de Mao señalaron el inicio de un mayor control del partido sobre los intelectuales, especialmente aquellos que habían alcanzado una posición prominente a raíz del Movimiento del Cuatro de Mayo. Un reciente estudio, sin embargo, ha señalado también que el período de guerra en general presenció una «popularización» más amplia de la cultura, dado que los intelectuales urbanos (ahora instalados en las remotas zonas rurales) adaptaron y remodelaron las nuevas formas culturales que habían florecido en las ciudades desde los primeros años del siglo XX (como los periódicos, las obras de teatro y las historietas) con el fin de exponer temas patrióticos y antijaponeses accesibles a la población rural (Hung, 1994). A pesar de las críticas de Mao en 1942, durante el período de Yanan los intelectuales comunistas también explotaron hábilmente la cultura popular tradicional, infundiendo un nuevo contenido político a las canciones, bailes y obras populares tradicionalmente interpretados en el norte de China (Holm, 1991).

La víctima principal de las restricciones impuestas a los intelectuales a consecuencia de las «charlas» de Mao fue Wang Shiwei (1907-1947). Estudiante de la Universidad de Pekín en la década de 1920, Wang había llegado a Yanan en 1937 como traductor y escritor de obras de ficción. Despertó las iras de los líderes del partido cuando escribió una serie de artículos, a principios de 1942 (irónicamente, respondiendo a las críticas de Mao al «burocratismo»), donde denunciaba el surgimiento de una jerarquía privilegiada en Yanan, así como el hecho de que el partido recurriera a métodos autoritarios (Spence, 1982: 292-294; Benton y Hunter, 1995: 7-13, 69-75). Wang se negó a retractarse, y fue despedido de su empleo como traductor y enviado a trabajar a una fábrica (posteriormente sería ejecutado

por orden del partido). La creciente intolerancia del partido frente a los intelectuales que se manifestaban abiertamente se mostraba también en las feroces críticas dirigidas contra Ding Ling (1904-1986), una célebre escritora especialmente activa en la revolución desde mediados de la década de 1920, y que había sido encarcelada por el Guomindang durante varios años. En marzo de 1942 (el Día Internacional de la Mujer), Ding Ling publicó un artículo en el periódico oficial del partido donde lamentaba la falta de igualdad sexual en Yanan y satirizaba el doble criterio masculino a la hora de valorar a las mujeres (Spence, 1982: 288-291; Stranahan, 1983: 55; Benton y Hunter, 1995: 78-82). Ding Ling fue denunciada como feminista burguesa, y durante los años siguientes desistió de escribir. Varias investigaciones recientes han descubierto también otro «lado oscuro» del «mito» de Yanan que fue asiduamente cultivado durante este período y también posteriormente, a partir de 1949 (Apter, 1995): la Región Fronteriza de Shaan-Gan-Ning, presionada por el bloqueo económico impuesto por el Guomindang, dependía subrepticiamente de los ingresos procedentes del opio (Chen, 1995).

Los extranjeros que visitaron Yanan a lo largo de este período, sin embargo, señalaban constantemente la elevada moral y dedicación mostrada por los comunistas. El periodista norteamericano Edgar Snow había llamado inicialmente la atención del mundo sobre Mao y sus colegas cuando visitó Yanan en 1936 y, más tarde, cuando escribió su clásica obra sobre el PCC *Red Star Over China* (1938), donde se describía a los comunistas como sinceros revolucionarios consagrados a la reforma socioeconómica. En 1944 el interés oficial estadounidense en el PCC fue suficiente para instar el envío a Yanan de un grupo de observadores del ejército, conocido como la «Misión Dixie», al mando del coronel Barrett. Mao estaba ansioso por obtener la ayuda norteamericana en la lucha contra Japón, y en una entrevista celebrada en agosto de 1944 con John Service, un funcionario de Asuntos Exteriores agregado a la Misión Dixie, Mao expresó su esperanza de que Washington pudiera mediar entre Yanan y Chongqing. Más tarde en aquel mismo año el presidente Roosevelt envió a Yanan a su emisario personal, Patrick Hur-ley, y se acordó un programa preliminar de cinco puntos como base para la reconciliación entre el PCC y el Guomindang, que incluía la formación de un gobierno de coalición y el reconocimiento legal del PCC (Reardon-Anderson, 1980: 51-57). La negativa de Chiang Kai-shek a aceptar el programa preliminar puso fin en la práctica a cualquier esperanza de acuerdo.

Aunque la misión de Hurley en Yanan no tuvo éxito (la actitud tibia y condescendiente del propio Hurley frente a los comunistas tampoco ayudó mucho), en determinados momentos Mao siguió creyendo que Estados Unidos podría desempeñar un papel constructivo en la China de la posguerra (Hunt, 1996: 153-157). Esto ha llevado a suponer que la política exterior del PCC en la década de 1940 estuvo impulsada tanto por objetivos pragmáticos (reforzados por el nacionalismo) como por imperativos ideológicos (por ejemplo, Reardon-Anderson, 1980). Recientemente se ha criticado este punto de vista en una estudio sobre las relaciones del PCC con la Unión Soviética y Estados Unidos entre 1935 y 1949 (Sheng, 1997). Dicho estudio sostiene que, dado que el PCC y Mao se adherían, coherentemente, a la «ideología de la lucha de clases», y que su sentimiento de identidad se hallaba ligado al compromiso con un «valor moral superior al del nacionalismo» (esto es, el «internacionalismo proletario», lo que en la mayoría de los casos equivalía a recibir instrucciones de Moscú) (*ibíd*.: 6-10), los «flirteos» de Mao con Estados Unidos en 1944-1946 eran de naturaleza meramente táctica. En realidad, Mao, al tratar con Estados Unidos, se limitaba a aplicar las tácticas internas relativas al frente unido al ámbito de la diplomacia (ibíd.: 74-85), y nunca tuvo intención alguna de forjar una relación a largo plazo con Estados Unidos a expensas de Moscú.

Aunque Mao nunca recibió la ayuda estadounidense que esperaba en 1944-1945, cuando terminó la guerra Yanan había incrementado considerablemente su influencia, controlando 18 áreas (con una población de 100 millones de personas), principalmente a lo largo del norte de China.

Capítulo 5:
EL NUEVO GOBIERNO COMUNISTA

La guerra contra Japón se cobró una enorme cantidad de víctimas entre el pueblo chino. Grandes áreas del país fueron devastadas y las comunicaciones quedaron destruidas. Ocho años de guerra dieron como resultado un millón y medio de chinos muertos y casi dos millones heridos, mientras que la deuda de guerra del país se había incrementado hasta los 1.464 millones de dólares chinos (Hsu, 2000: 611). Durante un largo período, de 1931 a 1945, los informes oficiales chinos afirmaban que Japón era responsable de la muerte de 3,8 millones de soldados, del asesinato o las heridas de 18 millones de civiles, y de la destrucción de propiedades por un valor equivalente a 120.000 millones de dólares norteamericanos (Feuerwerker, 1989: 431-432). Sin embargo, todas las esperanzas de que prevalecieran la paz y la estabilidad se vieron cruelmente desbaratadas cuando la creciente hostilidad entre Chiang Kai-shek y el PCC, cuyas fuerzas totalizaban ahora un millón de soldados regulares y dos millones de milicianos, estalló en una sangrienta guerra civil, que se convirtió en el primer conflicto de la era de la guerra fría debido a la implicación de Estados Unidos y la Unión Soviética (Westad, 1993).

Durante mucho tiempo se ha considerado la victoria final de Mao Zedong, en octubre de 1949, y el establecimiento de la República Popular China (RPC) un importante punto de inflexión en la moderna historia del país. El propio Mao describió la victoria del PCC como la culminación de una lucha de cien años contra el imperialismo (cuyos orígenes se remontaban a la guerra del Opio) y el esfuerzo para construir un estado-nación independiente y respetado que asumiera su legítimo lugar en el mundo. En vísperas de la victoria del PCC, el brazo derecho de Mao, Liu Shaoqi, declaraba también que la revolución china, de orientación rural y basada en la independencia y en la sinización del marxismo, serviría de modelo e inspiración a otros países oprimidos del mundo colonial, especialmente en Asia y África. Si bien no

representaba precisamente la primera accesión al poder de un partido comunista nacional sin ayuda exterior desde la revolución bolchevique de 1917 —en septiembre de 1945, el Vietminh de Hó Chi Minh, de orientación comunista, declaró la independencia vietnamita y proclamó la República Democrática de Vietnam, aunque posteriormente hubo de enzarzarse en una lucha militar que duraría treinta años, primero contra los franceses, decididos a restaurar su dominio colonial en Indochina, y luego contra Estados Unidos y sus emisarios survietnamitas—, la victoria del PCC en 1949 constituyó un foco de atención también para los estudiosos occidentales. Aunque hubo importantes desacuerdos respecto a las causas y la naturaleza del acontecimiento (Hartford y Goldstein, 1989), hasta hace poco ocupaba una posición preponderante en las relaciones de la moderna historia china (Hershatter, Honig y Stross, 1996: 7). Asimismo, desde la década de 1950 hasta la de 1970 la presuposición de que 1949 marcó una línea divisoria fundamental en la historia de la China moderna explica por qué los estudios sobre China en el período posterior a 1949 (especialmente los realizados en Estados Unidos) pertenecían con mayor probabilidad al ámbito de la politología o la sociología que al de la propia historiografía (Stross, 1996: 261).

Sin embargo, así como los estudios realizados en el último par de décadas han tratado de desentrañar el planteamiento de la revolución china centrado en Mao, concentrando su atención en la revolución rural desde la década de 1920 hasta la de 1940 en otras regiones ignoradas por la historiografía maoísta, como la China oriental y central (Chen, 1986; Wou, 1994), examinando los contextos locales en los que operaron los activistas comunistas y cómo dichos activistas respondieron y se adaptaron a los problemas locales (Sheel, 1989; Thaxton, 1983, 1997), y explorando el uso del PCC de las tácticas relacionadas con el frente unido y su implicación en los movimientos estudiantiles de ciudades como Pekín y Tianjin durante la guerra civil (Yick, 1995), del mismo modo los estudiosos han transgredido la «frontera» de 1949 con el fin de desvelar perspectivas históricas que abarquen la integridad del siglo XX. Así, por ejemplo, varios estudios recientes han analizado los «repertorios» de las protestas estudiantiles durante el siglo XX (Wasserstrom, 1991), han subrayado la relevancia del cambio de actitud respecto a la educación popular a comienzos de siglo en el pensamiento educativo maoísta a partir de 1949 (Bailey, 1990), han hecho hincapié en la

importancia de los militares durante la época final de la dinastía Qing y los períodos republicano y posterior a 1949 (Van de Ven, 1997) y han explorado la relevancia contemporánea de las identidades étnicas que se «construyeron» a finales el siglo XIX y principios del XX (Honig, 1992).

Por otra parte, las continuidades que actualmente se considera que trascienden la línea divisoria de 1949 han llevado a algunos historiadores a afirmar que el gobierno del Guomindang fue tanto un precursor de la revolución comunista como su enemigo. Así, un estudio muestra que el uso de asesores y de ayuda alemanes por parte de Chiang Kai-shek durante la década de Nankín, con el fin de poner en práctica la concepción de Sun Yat-sen de un sector industrial gestionado por el estado, produjo en 1932-1935 la formulación de planes destinados a crear una plena «economía planificada» (Kirby, 1984: 81, 95-96). Asimismo, la reorganización del Guomindang como un partido de estilo leninista y la creación de un ejército del partido, a principios de la década de 1920, así como sus campañas contra las creencias y costumbres «supersticiosas», reflejan aspectos propios del gobierno y la práctica comunistas (Esherick, 1995: 47-48).

En lo que a Mao y sus colegas se refería, sin embargo, la creación de la RPC, en 1949, marcaba el principio del proyecto de creación de una nueva sociedad y sentaba las bases de un estado económicamente próspero. La gradual divergencia de puntos de vista entre Mao y sus más estrechos colaboradores en el seno del partido acerca de cómo se podían realizar esas ambiciones tendría consecuencias decisivas, y a la larga desastrosas, para el pueblo chino.

La guerra civil

Con el fin oficial de la segunda guerra mundial en Asia, en agosto de 1945, se inició inmediatamente una carrera para aceptar la capitulación de los japoneses en China y, en consecuencia, quedarse con sus armas. Chiang Kai-shek dio órdenes de que las tropas japonesas habían de capitular únicamente ante las tropas nacionalistas, e incluso determinó que hasta entonces las primeras eran responsables (junto con sus antiguos colaboradores) de mantener la ley y el orden en las ciudades. Inevitablemente, esto causó un gran resentimiento entre la población urbana (Pepper, 1978: 9; 1986: 738-739). Al mismo tiempo, Chiang dependía de la ayuda norteamericana para

trasladar por vía aérea a sus tropas a Pekín, Tianjin, Nankín y Shanghai. Asimismo, marines norteamericanos desembarcaron en el norte de China para aguardar la llegada de las tropas nacionalistas (Schaller, 1979). El intento de Chiang de apoderarse de las ciudades de Manchuria, sin embargo, se vio obstaculizado por la presencia de tropas soviéticas en la región, a pesar de la promesa de Stalin de que se retirarían tras la rendición japonesa. Cuando éstas finalmente se retiraron, en mayo de 1946, llevándose consigo una gran parte de las instalaciones de industria pesada de Manchuria, con un valor estimado de 858 millones de dólares (Mancall, 1984: 319), el PCC había logrado extender su control a la mayoría del campo manchuriano.

Para entonces habían estallado ya las luchas a gran escala entre comunistas y fuerzas nacionalistas. Aunque Mao se había desplazado a Chongqing en agosto de 1945 para negociar con Chiang, pronto se rompieron las conversaciones cuando Chiang exigió que las tropas comunistas se pusieran bajo el control nacionalista antes de considerar la demanda de Mao de formar un gobierno de coalición. La intransigencia de Chiang se veía reforzada por su confianza en el apoyo estadounidense, aunque, irónicamente, el nuevo presidente norteamericano, Harry Truman, que había sucedido a Franklin Roosevelt tras su muerte, en abril de 1945, se mostró mucho más circunspecto en su apoyo a Chiang de lo que había sido su predecesor. En diciembre de 1945, Truman envió a China a su embajador especial, el general George Marshall, para que actuara como mediador. Se acordó un alto el fuego temporal y se convocó una conferencia política consultiva; pero la cooperación resultó imposible. Con la reanudación de los combates, en abril de 1946, Chiang convocó una asamblea nacional, dominada por el Guomindang y sin la participación del PCC. Marshall regresó a Estados Unidos en enero de 1947, tras haber fracasado por completo en su intento de mediación. Como secretario de Estado, a partir de 1947 Marshall adoptaría una política de cautela con respecto a China e incluso reduciría la ayuda económica a Chiang. Esto ha llevado a un historiador a afirmar que la poca disposición y la incapacidad de Estados Unidos para intentar una intervención armada sostenida en favor del régimen del Guomindang «creó un entorno internacional favorable a la revolución comunista china» (Levine, 1987: 8).

Chiang, sin embargo, confiaba en el éxito. Sus tropas superaban en número a las del PCC, y también se hallaban mejor equipadas. En marzo de 1947 los comunistas incluso se vieron obligados a evacuar Yanan. Pero los

fatales defectos que habían caracterizado a las tropas nacionalistas durante la guerra contra Japón seguían existiendo. Éstas estaban mal dirigidas y escasamente coordinadas. El reclutamiento forzoso de civiles y la conducta indisciplinada de los solddos llevó a la rebelión a una parte cada vez mayor de la población. Las condiciones dentro de las propias tropas eran tan brutales que la deserción resultaba un fenómeno común. Al mismo tiempo, las áreas que se hallaban bajo el control nacionalista experimentaron una acelerada tasa de inflación y la moneda prácticamente se hundió. Los esfuerzos por llevar a cabo una reforma económica se vieron constantemente socavados por la corrupción en las filas del Guomindang. El propio Chiang señalaba, en enero de 1948, que «nunca, ni en China ni en el extranjero, ha habido un partido revolucionario tan decrépito y degenerado como el que hoy constituimos nosotros; ni ha habido ninguno con tal falta de espíritu, de disciplina, y, aún más, de pautas sobre lo correcto y lo erróneo, como el que hoy constituimos nosotros» (Eastman, 1984: 203).

Manchuria, donde Chiang había destinado algunas de sus mejores tropas, fue la primera región que cayó ante los comunistas, cuando una decisiva campaña del PCC realizada bajo el mando militar de Lin Biao (1907-1971), entre septiembre y noviembre de 1948, dejó fuera de combate a más de 400.000 soldados nacionalistas (Levine, 1987: 134-136). A principios de 1949 las guarniciones nacionalistas de Pekín y Tianjin se habían rendido en masa. Estados Unidos se mostraba cada vez más renuente a sacar de apuros a Chiang, si bien las crecientes críticas por parte de los oponentes a la administración republicana, algunos de los cuales integraban un eficaz grupo de presión conocido como el «Lobby de China», obligaron al presidente Truman, en febrero de 1948, a recomendar una subvención de 570 millones de dólares (menos de lo que había pedido Chiang). Al final, la política del gobierno estadounidense no satisfizo a nadie. Chiang Kai-shek se quejaba amargamente de la insuficiencia de la ayuda económica norteamericana, mientras que el PCC acusaba a Estados Unidos de interferir activamente en los asuntos internos de China. Por otra parte, dentro del propio ámbito estadounidense los críticos con la administración acusarían al gobierno (y, en particular, al Departamento de Estado) de haber «traicionado» a Chiang Kai-shek y, en consecuencia, de haber «perdido» China a manos de los comunistas (Tucker, 1983).

Con las fuerzas militares del PCC, ahora rebautizadas como Ejército de

Liberación Popular (ELP), preparándose para tomar el sur de China a principios de 1949, Stalin, en enero de ese año, aconsejó cautela e incluso sugirió que las negociaciones con el Guomindang podían constituir una opción seria. En sintonía con el pensamiento soviético del momento, que dividía el mundo en dos bandos hostiles —los socialistas y los imperialistas —, Stalin afirmaba que no había que hacer nada que provocara una intervención militar estadounidense en China y, en consecuencia, implicara a la Unión Soviética —líder del bando socialista— en una guerra mundial. Sin duda, el consejo de Stalin reflejaba también sus sentimientos contradictorios en relación a la perspectiva de tener un potencial rival comunista como vecino. Mao, sin embargo, había afirmado en 1946 que entre los dos bandos existía una «zona intermedia» (de países coloniales y semicoloniales), en la que la resistencia activa contra Estados Unidos podía contener la marea de la agresión imperialista y, por tanto, *evitar* la guerra mundial (Gittings, 1974: 142-148; Yahuda, 1978: 32-33). En aquel momento Mao también despreciaba la potencial amenaza de la capacidad militar y nuclear estadounidense, calificándola de «tigre de papel» al que se podía vencer mediante una «guerra popular» basada en el compromiso generoso de toda la población. Aunque en 1947-1948 Mao se había dejado convencer de la tesis de los «dos bandos», se rechazó la posibilidad de mantener conversaciones abiertas con el Guomindang, y en abril de 1949 las fuerzas del PCC cruzaron el Yangzi para emprender la conquista del sur de China. El hecho de que Mao ignorara el consejo de Stalin mostraba que, así como en el período de Yanan se había enfatizado la «independencia» (*zili gengsheng*) en la esfera económica, del mismo modo Mao se adhería ahora a un cierto grado de «independencia» en la política exterior, un importante factor que contribuiría a la futura disputa chino-soviética.

En octubre de 1949, desde la Puerta de la Paz Celestial (Tianan-men) —la entrada a la antigua Ciudad Prohibida imperial de Pekín—, Mao proclamó el establecimiento de la República Popular China (RPC). A finales de ese mismo año el gobierno del Guomindang se había retirado a la isla de Taiwan, desde donde seguiría insistiendo en que representaba a la auténtica «República de China». Aunque en ese momento el gobierno estadounidense no consideró la posibilidad de brindar protección militar a Taiwan, sus relaciones con el nuevo gobierno comunista se habían deteriorado lo suficiente para que

Washington impusiera un embargo comercial a la RPC. Por otra parte, durante los años siguientes Estados Unidos se vincularía más estrechamente con el régimen del Guomindang en Taiwan, lo que para el PCC constituía una injerencia directa en los asuntos internos de China (al evitar la reunificación de Taiwan con el continente) y descartó en la práctica cualquier clase de relaciones significativas entre ambos países hasta la década de 1970. En el continente, sin embargo, el último acto de reunificación nacional se realizó en octubre de 1950, cuando las tropas del ELP ocuparon el Tíbet y obligaron a su líder espiritual, el dalai-lama, a aceptar la plena soberanía China (en marzo de 1959 estallaría una rebelión, que sería brutalmente reprimida, y el dalai-lama habría de huir a la India para establecer allí un gobierno en el exilio) (Spence, 1999a: 500, 556).

Ha habido una considerable polémica entre los historiadores acerca de las razones de la victoria comunista de 1949. Curiosamente, los escritos sobre el PCC en el período anterior a 1949 (principalmente obra de periodistas y escritores independientes, muchos de los cuales tenían un profundo conocimiento de la China del Guo-mindang) se centraban en cuestiones que resurgirían en los textos de las décadas de 1960 y 1970 (Hartford y Goldstein, 1989: 4-11; Sel-den, 1995&: 11-12). Al tratar de explicar el éxito del PCC, dichos textos llamaban la atención sobre el apoyo popular a las reformas socioeconómicas del partido, así como sobre su capacidad de movilizar la resistencia nacional contra los japoneses. Con la guerra fría, durante la década de 1950, estudiar la revolución del PCC se convirtió prácticamente en sinónimo de estudiar la política exterior soviética y las maquinaciones del Komintern en China (al tiempo que se hacía hincapié en la instrumentalización y la manipulación maquiavélica de dicha organización por parte del PCC en su lucha por el poder), si bien un innovador estudio de ese período (Schwartz, 1951) fue el primero en subrayar la independencia de Mao con respecto a Moscú y la evolución autóctona china del modelo «leninista», que se aplicó a una revolución de base rural. En las décadas de 1960 y 1970 la atención se centró de nuevo en las razones por las que el PCC obtuvo el apoyo popular. Un estudio (Johnson, 1962) afirmaba que había sido básicamente la guerra contra Japón la que había llevado al PCC al poder, debido a su atractivo para el «nacionalismo campesino» y la legitimidad pública que obtuvo (en contraste con el Guomindang) al consagrarse a la resistencia contra los invasores japoneses. Un estudio posterior sobre

Manchu-ria (Lee, 1983: 238-250, 263-264, 314) apoyaba esta hipótesis, mostrando que hasta que la rama local del PCC en la región no logró realizar una activa política antijaponesa, a partir de 1933 (y especialmente a partir de 1935, con la aprobación oficial por parte del Komintern de la política del frente unido contra Japón debido a que ahora ello beneficiaba a la Unión Soviética), no obtuvo un apoyo popular generalizado; aunque la rama manchuriana del PCC había sido diezmada por las fuerzas japonesas en 1937, el apoyo local que había cultivado a partir de 1933 le resultó útil durante el período de la guerra civil.

En respuesta a la tesis del «nacionalismo campesino», en las décadas de 1960 y 1970 otros estudiosos hicieron hincapié en la capacidad del partido de obtener el apoyo popular a través de sus políticas sociales y económicas (por ejemplo, Gillin, 1964). Uno de ellos, en particular, se centraba por vez primera en la Región Fronteriza de Shaan-Gan-Ning (Selden, 1971), y subrayaba la cualidad revolucionaria de las políticas del partido en tanto éstas satisfacían las necesidades económicas básicas del campesinado a través de la reducción de los arrendamientos agrarios y los tipos de interés —si bien hoy se atribuye más importancia a las políticas tributarias equitativas (Selden, 1995b: 22-23)— y creaban estructuras políticas que permitían una genuina participación popular. Significativamente, también en esta época se publicó un estudio clásico sobre la revolución comunista en el campo, basado en observaciones de primera mano de la reforma agraria en una aldea de Shanxi (en el noroeste de China) durante la primavera y el verano de 1948 (Hinton, 1966). La expropiación de tierras pertenecientes a las élites rurales y su redistribución entre los campesinos pobres, que se comparaba a la Proclamación de la Emancipación de Lincoln en Estados Unidos, destruía el poder y los privilegios de los terratenientes y «caciques» locales, y permitía un cambio radical en el estatus y la autopercepción de los campesinos pobres, un proceso al que se aludía como fanshen (literalmente, «darle la vuelta al cuerpo», usado en el sentido de liberarse y valerse por uno mismo) (*ibíd*.: x, 8).

Otro estudio de esta época (Kataoka, 1974) centraba su atención en la guerra antijaponesa como un factor crucial en el éxito del PCC, aunque no en concordancia con la tesis del «nacionalismo campesino». Según el punto de vista de este estudio, el frente unido y la guerra inmovilizaron el poder del Guomindang —de base urbana—, y, por tanto, proporcionaron un resquicio a

la revolución rural encabezada por el PCC, permitiendo al partido extender y consolidar su control organizativo y militar sobre un campesinado provinciano y ligado a la tradición. También se ha subrayado recientemente la importancia del frente unido durante la guerra, pero más en lo relativo a la capacidad del partido para atraerse y ganarse el apoyo de las élites rurales —a las que se denomina «elementos intermedios» (*zhongjian fenzi*), integrados por la pequeña burguesía, los campesinos ricos y los pequeños propietarios—, así como el de los campesinos pobres, a través de sus políticas moderadas y pragmáticas (Shum, 1985; 1988: 5, 14, 189-190, 231-235).

Los estudios realizados a partir de la década de 1980 han profundizado más en los medios revolucionarios locales (en áreas distintas de la Región Fronteriza de Shaan-Gan-Ning) para describir cómo los activistas del PCC forjaron con éxito coaliciones de intereses, establecieron estructuras de poder en el campo o se adaptaron a los contextos y problemas locales. Un estudio realizado sobre cuatro áreas distintas del este de Henan (en China central) desde la década de 1920 hasta el final de la guerra contempla la revolución del PCC como un proceso dual y «escalonado» de política de poder y revolución social (Wou, 1994). Especialmente en el período posterior a 1937, el PCC recurrió a «políticas de coalición», lo que implicaba compromisos tácticos con comandantes y autoridades locales, la incorporación de bandidos y grupos sectarios, y la infiltración en las redes de defensa de las aldeas y municipios. En particular, en la zona oriental de Henan el PCC supo explotar hábilmente las divisiones entre los diversos grupos de la élite local y adaptar sus tácticas de movilización de acuerdo con las condiciones locales, restringiendo en general los objetivos de su ataque clasista y haciendo hincapié en la seguridad y los intereses colectivos (ibtd.: 210-211; 373-379, 382-383). En contraste, un estudio sobre la China oriental y central (provincias de Jiangsu, Anhui y Hubei) subraya el deliberado recurso del partido a la lucha de clases contra las élites rurales (bajo la fachada de la unidad interclasista) como medio de lograr cierta redistribución de la riqueza y asimilar el apoyo de los campesinos pobres (Chen, 1986: 501-502). El reclutamiento de activistas campesinos en asociaciones campesinas organizadas por el PCC, en las milicias y en la administración rural también le permitió al partido establecer estructuras de poder a todos los niveles en el campo, un factor que resultaría crucial en el conflicto entre el PCC y el Guomindang en la zona central de China, en 1948, cuando el partido logró

asegurarse una buena base tanto en hombres como en provisiones (*ibíd*.: 504-505, 509).

Un tercer planteamiento ha consistido en analizar los problemas locales a largo plazo en determinadas áreas concretas, y ver cómo los activistas del PCC obtuvieron el apoyo local implicándose en dichos problemas (Thaxton, 1983, 1997). Así, un estudio sobre la llanura del norte de China (donde convergen las provincias de Hebei, Shandong y Henan) ha revelado que los campesinos de dicha región (a diferencia de los líderes del PCC) no percibieron necesariamente la invasión japonesa y la guerra de resistencia como un momento histórico decisivo (Thaxton, 1997). Lo que les preocupaba era la constante lucha (que precedía y, asimismo, iba más allá de la guerra de resistencia) contra el estado intruso del Guomindang, empeñado en monopolizar el comercio de sal y en eliminar el mercado libre extraoficial de la sal producida en el ámbito local que tan fundamental resultaba en la renta de los campesinos. Así, los activistas del PCC en esta región obtuvieron el apoyo popular uniéndose a las élites locales y a los productores campesinos en esta «lucha por el mercado» (*ibíd*.: xv, 2, 12-13, 22-29). Esta alianza política táctica del PCC con la «gente del campo vinculada al mercado» y contra la represión estatal del Guomindang dio legitimidad al partido y convenció a la gente de que una revolución dirigida por el PCC constituía la forma más segura de escapar a las consecuencias económicas del poder del estado centralizado y su «maquinaria de extracción de renta» (*ibíd*.: 280-281, 319-320). El estudio concluye que el PCC logró acceder al poder respaldando las expectativas campesinas respecto a una ilimitada participación en las actividades comerciales, aunque, en realidad, a partir de 1949 el PCC no hizo sino recoger el testigo del Guo-mindang, emprendiendo un «asalto político centralizado al sector privado» aún más eficaz (*ibíd*.: 332). Como ya hemos señalado, no hay nada en el proceso revolucionario anterior a 1949 que sugiera que el apoyo rural popular al programa económico del PCC previera otra cosa que la preservación del pequeño campesinado, el establecimiento de cooperativas privadas y voluntarias y la garantía de las actividades de libre mercado (Esherick, 1995: 69). Dado que el cambio estructural a gran escala no se produjo hasta *después* de 1949, en forma de colectivización a mediados de la década de 1950 (véase más adelante), se sugiere que cualquier evaluación de la «revolución de 1949» debe tener en cuenta los acontecimientos ocurridos en la década siguiente (Huang, 1995: 105).

En una reciente visión de conjunto de las respuestas campesinas a las políticas de movilización del PCC durante la guerra antijaponesa se ha argumentado que inicialmente los campesinos no respondieron a los llamamientos a la defensa nacional (obligando con ello al partido a depender más de las élites y de la población flotante), y que lo que motivó a los campesinos fueron sobre todo las garantías de seguridad y las perspectivas de una política económica redistributiva (sin que necesariamente se cuestionara la legitimidad del propio sistema de propiedad agraria). En última instancia, sin embargo, la voluntad de los campesinos de cooperar con el PCC tuvo más que ver con su profunda conciencia del poder de intimidación del partido y de su capacidad de represión (Bianco, 1995).

La mayoría de los estudios sobre la revolución del PCC han tendido a insistir sobre todo en el período bélico. Uno de los pocos que se centran en el de la guerra civil, que toma Manchuria como objeto de estudio, sostiene que, lejos de ser un resultado inevitable de las fuerzas socioeconómicas, el triunfo del PCC en Manchuria fue una victoria contingente que dependió de factores políticos, militares e internacionales (Levine, 1987: 7), una idea que también afirma un reciente artículo en relación con la victoria del PCC en su conjunto (Esherick, 1995: 53-56). Según dicho artículo, inicialmente se creó un entorno favorable al éxito del PCC debido a la falta de disposición y a la incapacidad de Estados Unidos para intervenir de manera sustancial, al «entendimiento» extraoficial entre Estados Unidos y la Unión Soviética para no hacer de China otra área de competencia entre las dos potencias, y a una cierta asistencia técnica y médica soviética al PCC (Levine, 1987: 238-239); si bien la presencia soviética en Manchuria hasta marzo de 1946, que permitió la penetración del PCC en la región, fue un arma de doble filo para el PCC, ya que el comportamiento de los soldados soviéticos no siempre les granjeó las simpatías de la población local (Westad, 1993: 90-91). En última instancia, no obstante, fue la capacidad del PCC de crear sus propias estructuras políticas, desde el ámbito municipal hasta el provincial (en agosto de 1946 el PCC estableció un gobierno regional para toda Manchuria) lo que le permitió desplazar a las élites tradicionales aisladas y fragmentadas por la ocupación japonesa y monopolizar el poder coercitivo. Con el fin de consolidar aún más su poder en el campo, en 1946-1948 el PCC tomó la estratégica decisión política de llevar a cabo la reforma agraria. El apoyo popular y logístico que obtuvo el partido (a través de la redistribución de la tierra, de una política

tributaria equitativa, y de la promesa ofrecida a los campesinos pobres de prosperar y obtener una mayor movilidad en las organizaciones del partido) le permitió librar una *guerra convencional a gran escala* contra los nacionalistas en Manchuria (*ibíd*.: 9-13, 228-235, 245-246). Mientras que diversos estudios anteriores (por ejemplo, Selden, 1971) subrayaban el compromiso del partido con la justicia social y económica como la motivación subyacente a sus reformas en el campo, la reforma agraria en Manchuria se contempla desde una perspectiva más instrumentalista. Aunque drástica —a finales de 1946, por ejemplo, un periódico del partido señalaba que en el norte de Manchuria 4,2 campesinos habían adquirido 2,2 millones de hectáreas de tierra (Levine, 1987: 228)—, la reforma agraria no representó por sí misma una revolución campesina (en el sentido de una transformación radical encabezada por líderes campesinos decididos a reorganizar las relaciones en el campo), sino más bien un instrumento concreto de guerra política con el que el PCC trató de movilizar a las poblaciones tanto rurales como urbanas en su lucha contra los nacionalistas (*ibíd*.: 243).

Al tratar de explicar la victoria del PCC en 1949 es necesario observar también cómo perdió la guerra el Guomindang. Así, a partir de 1945 el gobierno del Guomindang se fue distanciando progresivamente de los estudiantes, los intelectuales y la burguesía urbana debido a su determinación de proseguir una guerra civil impopular y su fracaso a la hora de contener el colapso económico en las ciudades y extirpar la corrupción del funcionariado (Pepper, 1978, 1986). Por otra parte, en muchas zonas controladas por los nacionalistas los campesinos simplemente retiraron su apoyo al régimen a consecuencia del trabajo obligatorio y el reclutamiento militar (Eastman, 1984). Una fascinante antología de ensayos y cartas personales escritos en un día concreto (21 de mayo de 1936) y publicados en septiembre del mismo año por un grupo de célebres escritores chinos —parte de los cuales se traducirían posteriormente al inglés (Cochran y Hsieh, 1983)— revelaban ya un creciente desencanto respecto al gobierno nacionalista (*ibíd*.: 71-137), que se haría mucho más evidente a partir de 1945. Así, por ejemplo, una de las instituciones de enseñanza superior más leales durante la guerra fue la Universidad Nacional Asociada del Suroeste (Liando). Integrada por una combinación de las universidades de Pekín, Qinghua y Nankai, que tras la invasión japonesa habían trasladado sus campus desde Pekín y Tianjin hasta Kunming (provincia de Yunnan), en el suroeste, tras el final de la guerra

Lianda fue emergiendo gradualmente como un centro de crítica al gobierno nacionalista y su inflexible política para con los comunistas. Los mítines antibélicos y las huelgas de estudiantes realizados a finales de 1945 acabaron con un asalto militar al campus y la muerte de cuatro intelectuales. Al año siguiente (en julio de 1946) fue asesinado uno de los profesores más conocidos de Lianda, abiertamente crítico con el Guomindang, Wen Yiduo. En 1949, como ha señalado un reciente estudio, la mayoría de los profesores y estudiantes de Lianda estaban dispuestos a aceptar el gobierno comunista (Israel, 1998).

Un estudio sobre el cine de la posguerra en Shanghai muestra también el sentimiento generalizado de malestar y desencanto (Pic-kowicz, 2000). Muchos de los personajes negativos de estas películas —la mayoría de ellas realizadas por personas que habían trabajado para las organizaciones culturales nacionalistas durante la guerra— eran aprovechados y oportunistas instalados en la que había sido la capital durante el período bélico, Chongqing, que se hacían pasar por «patriotas». Aunque el tema principal de estos filmes (que resultaron enormemente populares) era la erosión de los valores familiares tradicionales causada por la guerra —de la que no se culpaba especialmente al Guomindang—, su descripción de unos funcionarios corruptos durante la guerra (y el contraste con las sufridas masas de Shanghai bajo la ocupación japonesa) «erosionó la confianza pública en el estado de la posguerra» (*ibíd*.: 392-394). En muchos aspectos, pues, la autoridad y la legitimidad del régimen del Guomindang simplemente fueron desapareciendo.

La dictadura democrática del pueblo

Con la proclamación de la RPC en octubre de 1949, el PCC, después de más de veinte años de lucha revolucionaria, se enfrentaba ahora a la impresionante tarea de administrar todo el país. En vísperas de la victoria comunista, Mao escribió un importante artículo titulado «Sobre la dictadura democrática del pueblo», en el que exponía los objetivos del futuro gobierno comunista. En sintonía con su concepto de «Nueva Democracia», Mao afirmaba que el PCC encabezaba una alianza de cuatro clases (el proletariado, el campesinado, la pequeña burguesía y la burguesía nacional), y que todas ellas disfrutarían de derechos y libertades democráticos. Esta alianza dirigida por el PCC ejercería una «dictadura» sobre lo que Mao suponía una minoría

de contrarrevolucionarios, antiguos miembros del Guomindang, la burguesía «intermediaria» (es decir, quienes habían trabajado para intereses económicos extranjeros, o estaban vinculados a ellos) y los terratenientes (Brugger, 1981: 51-52; Meisner, 1999: 56-61).

Poco después de escribir el mencionado artículo, en septiembre de 1949, Mao convocó la Conferencia Consultiva Política del Pueblo Chino en Pekín, a la que se invitó a un gran número de personalidades ajenas al PCC. Se elaboró un programa común, que anunciaba la eliminación de todos los privilegios y propiedades extranjeros, así como la confiscación del capital del Guomindang. Al mismo tiempo, el programa común propugnaba la puesta en práctica de la reforma matrimonial y la reforma agraria, y preveía un período de transición al socialismo durante el que seguiría existiendo la economía privada urbana. También las personas que no eran miembros del PCC participaron en el nuevo gobierno, y varias de ellas serían nombradas para el Consejo Administrativo de Gobierno en la época de Zhou Enlai; por otra parte, tres de los seis vicepresidentes de la República Popular —un cargo meramente honorario— serían no comunistas (una de las personas que ocuparon dicho cargo fue Song Qingling, la viuda de Sun Yat-sen).

Sin embargo, quedaba claro que el liderazgo estaría en manos del PCC. De hecho, hasta 1954 China estuvo dividida en seis regiones militares-administrativas (bajo el control de los diversos ejércitos comunistas), lo cual da una medida de la rapidez con la que el partido impuso una autoridad centralizada capaz de desmantelar esas administraciones regionales y reemplazarlas por gobiernos de distrito y provinciales bajo el control directo del centro. En 1954 se promulgó también una constitución estatal, que permitía la creación de Congresos del Pueblo en los ámbitos local, provincial y central; este último recibiría el nombre de Congreso Nacional del Pueblo. Sólo en los congresos de «nivel básico» se permitiría la elección directa (bajo la estricta supervisión del PCC), mientras que los miembros de los congresos superiores serían nombrados por los congresos inmediatamente inferiores. Aunque en teoría los Congresos del Pueblo habían de supervisar la administración de su nivel correspondiente, básicamente se utilizarían para dotar de una plataforma a la política oficial del partido. El PCC se aseguró el control global estableciendo comités del partido encargados de supervisar cada nivel de administración (con lo que a menudo se producían solapamientos de personal para las diversas tareas), mientras que, en el

centro, el Politburó del PCC (y, en particular, su Comité Permanente de cinco miembros) ejercía una decisiva influencia en la estructura oficial de gobierno, que ahora incluía un Consejo de Estado y un montón de ministerios y comisiones (Lieberthal, 1995: 77-79). También aquí resultaban evidentes los solapamientos de personal; los dos casos más obvios eran el de Mao, que era a la vez presidente de la República Popular y jefe del PCC, y el de Zhou Enlai, que era primer ministro y miembro del Comité Permanente del Politburó (Meisner, 1999: 61-64).

Uno de los principales puntos de la agenda del nuevo gobierno comunista era la conclusión de la reforma agraria, un proceso ya iniciado a partir de 1945 en las áreas bajo control comunista y que implicaba la apropiación de tierras pertenecientes a terratenientes y su redistribución a los campesinos pobres. En algunas áreas, especialmente en 1947-1948, el proceso se había descontrolado rápidamente, llevando a lo que se denominó «desviaciones izquierdistas», con ataques a los campesinos ricos (e incluso de clase media) además de los terratenientes (Hinton, 1966: XI, 125-126). La Ley de Reforma Agraria de junio de 1950 aspiraba a ampliar dicha reforma a todo el país y a establecer límites a sus objetivos. Sólo las tierras y las propiedades que pertenecieran a los terratenientes (que constituían el 4 % de la población rural y poseían el 30 % de la tierra) serían confiscadas y redistribuidas, si bien las tierras propiedad de las empresas industriales y comerciales se dejaron intactas, en sintonía con la política oficial de protección al sector industrial privado. Se protegió específicamente a los campesinos ricos y de clase media, y los primeros incluso pudieron arrendar una parte de sus tierras siempre que ésta no excediera a la parte que labraban ellos mismos (Lieberthal, 1995: 90-91; Meisner, 1999: 91-102).

El impacto de la reforma agraria, no obstante, fue bastante impresionante (Shue, 1980: 41-91). No sólo dio como resultado un gran incremento del número de campesinos pequeños propietarios, sino que asimismo aseguró la eliminación de la influencia social y política de la élite rural. El partido alentó a las asociaciones campesinas a realizar mítines masivos durante los que se invitaba a los campesinos individuales a enfrentarse a los terratenientes y denunciarlos públicamente. Estos mítines de «expresión de la amargura», como se les denominaba, llevaban no sólo a la humillación pública de los terratenientes, sino también, en muchos casos, a su ejecución. El PCC insistía en alentar la «lucha de clases» (*jieji douzheng*) durante dichos mítines, como

parte de un drama moral organizado que legitimaba la visión de la revolución propia del partido (Anagnost, 1997: 28-35). De forma amenazadora para el futuro, sin embargo, las etiquetas clasistas de «terrateniente» y de «enemigo de clase» (*Jieji diren*) solían imponerse arbitrariamente; así, en el norte de China se tendía a echar a los «granjeros empresarios» (los que empleaban mano de obra asalariada) en el mismo saco que los terratenientes, mientras que en la región del Yangzi, donde muchos de los terratenientes eran propietarios absentistas y las relaciones tanto de arrendamiento como laborales asalariadas solían darse entre campesinos de clase media y campesinos pobres, a menudo se «luchaba» contra los primeros (Huang, 1995: 115-119). Así, las etiquetas clasistas adquirieron un carácter más simbólico y moral, antes que reflejar la realidad material. Esta disyuntiva entre lo que se ha calificado de «realidad figurativa y objetiva» se haría especialmente manifiesta durante la Revolución Cultural (*ibíd*.: 111). La realización de la reforma agraria requirió mucho tiempo en el sur de China debido a que muchos cuadros locales responsables de su puesta en práctica eran también miembros de clanes (tradicionalmente más dominantes en el sur), y, por tanto, se veían atrapados entre la lealtad al estado y la solidaridad de parentesco con las personas afectadas por la reforma. De hecho, el proceso no se completó íntegramente hasta 1952.

Otra de las primeras prioridades del nuevo gobierno fue la realización de la reforma matrimonial, de la que el PCC había sido pionero durante el período del Soviet de Jiangxi. En 1950 se promulgó una Ley de Reforma Matrimonial destinada a poner fin a las prácticas tradicionales del matrimonio concertado y el concubinato, estableciendo una edad mínima para casarse, permitiendo la libre elección de cónyuge y concediendo la libertad de divorcio. Al insistir también en que a partir de ese momento todos los matrimonios se habían de registrar ante las autoridades comunistas (tradicionalmente los matrimonios tenían lugar como resultado de negociaciones y regateos entre los ancianos de dos familias o clanes), el gobierno confiaba en ir reemplazando la lealtad a la familia por la lealtad al estado. Miles de mujeres de las zonas rurales (muchas de ellas casadas mediante matrimonios concertados) trataron de utilizar la ley para pedir el divorcio o para casarse con un compañero de su elección. Muchas de ellas chocaron con la obstrucción de los cuadros locales (varones) o fueron maltratadas por sus maridos y suegros, que no estaban dispuestos a colaborar

(en algunos casos incluso produciéndoles la muerte). A finales de 1953 —sostienen algunos estudios—, el partido empezó a frenar la puesta en práctica de la ley y a hacer hincapié, en cambio, en la importancia de la armonía familiar como fundamento del orden socialista; así, por ejemplo, a las mujeres que pedían el divorcio se las criticaba ahora por exhibir el rasgo «burgués» del individualismo egoísta (Johnson, 1983). En cualquier caso —señala otro estudio—, en 1950 el objetivo del partido era crear unidades familiares estables y monógamas, antes que establecer la absoluta igualdad entre los sexos; en realidad se creó un «nuevo patriarcado democrático» (Stacey, 1983), en el que las mujeres tenían ciertos derechos, pero la autoridad seguía estando en manos del varón cabeza de familia. En este sentido se podría señalar que, aunque en el contexto de la ley de la reforma agraria a las mujeres también se les asignaban tierras, éstas seguían registrándose a nombre del cabeza de familia, ya fuera el padre o el marido.

Un reciente estudio (Diamant, 2000), basado en archivos del partido previamente inaccesibles, ha cuestionado este punto de vista de que la Ley de Reforma Matrimonial se vio socavada por la autoridad patriarcal desde arriba y por los funcionarios rurales tradicionalis-tas desde abajo, argumentando que las mujeres de las zonas rurales sí pudieron utilizar la ley en beneficio propio (incluso después de 1953) apelando directamente a los tribunales de distrito y de condado, que tendían a ser más comprensivos que los funcionarios de las aldeas, de nivel inferior y menor instrucción. Los funcionarios de alto rango de las ciudades (muchos de los cuales habían sido campesinos y se habían casado mediante matrimonios concertados) también se mostraron entusiastas de la ley, especialmente por el hecho de qué ésta les permitía divorciarse de sus mujeres campesinas y casarse con mujeres de las zonas urbanas, más «atractivas» a sus ojos. Por otra parte, muchos cuadros locales y funcionarios de las aldeas interpretaron la Ley de Reforma Matrimonial como un movimiento político similar a la reforma agraria, que atacaba en calidad de opresores a la generación más anciana (en lugar de los terratenientes). Así, la generación más anciana (y especialmente las mujeres) fue tan víctima de la ley como sus más empedernidos oponentes. A partir de 1953 las mujeres siguieron utilizando el lenguaje de libertad de la ley para aumentar su influencia en los maridos y sus familias, mientras que las que estaban casadas con soldados del ELP a menudo lograban obtener el divorcio sin la aprobación previa de sus maridos (una condición establecida en la ley) gracias

a la connivencia de los cuadros locales, algunos de los cuales, según parece, mantenían relaciones adúlteras con esposas de militares.

También se organizaron campañas masivas en las ciudades, donde el gobierno estaba decidido a erradicar cualquier vestigio de corrupción en la burocracia (muchos administradores del régimen anterior seguían ocupando sus cargos, debido simplemente a que el partido carecía de personal para reemplazarles) y en las iniciativas económicas (Meisner, 1999: 75-87). Otros aspectos de la vida urbana como el juego, el tráfico de drogas y la prostitución (a los que Mao calificaba de «balas recubiertas de azúcar», que podían tentar a los confiados cuadros del partido cuando entraban en las ciudades), fueron también estrictamente proscritos. Diversos estudios sobre ciudades concretas como Cantón, Tianjin y Shanghai han mostrado hasta qué punto el PCC logró su objetivo de imponer la disciplina y el orden moral en el paisaje urbano (Vogel, 1969; Lieberthal, 1980; Gaulton, 1981; Hershatter, 1997: 304-320).

Aunque inicialmente se protegió a la empresa privada en las ciudades, en 1953 se inició un proceso de nacionalización que se completaría en 1956. Al mismo tiempo, el nuevo gobierno lanzó su primer plan quinquenal, que hacía hincapié en el fomento de la industria pesada. En este aspecto, China dependía en gran medida del apoyo de la Unión Soviética. Aunque en su artículo sobre la dictadura democrática del pueblo Mao había declarado que el nuevo gobierno estaría dispuesto a tratar con cualquier país sobre una base de igualdad y mutuo respeto, también admitía que China necesitaría «inclinarse hacia un lado» (es decir, hacia el bando socialista, encabezado por la Unión Soviética). En cualquier caso, la creciente hostilidad estadounidense, ilustrada por la imposición por parte de Washington de un embargo comercial a la RPC en noviembre de 1949, forzó inevitablemente a Mao a dirigirse a la Unión Soviética en busca de ayuda económica. Un estudio reciente, sin embargo, sostiene que la decisión de Mao de «inclinarse hacia un lado» en 1949 era la consecuencia lógica de lo que habían sido las relaciones entre el PCC y Moscú desde 1935 (Sheng, 1997: 162).

Así pues, Mao visitó Moscú entre diciembre de 1949 y febrero de 1950 (su primer viaje al extranjero), y estableció una alianza con la Unión Soviética, válida por un período de treinta años. Moscú prometió acudir en ayuda de China en el caso de un ataque por parte de «Japón o cualquier otro estado que se uniera de cualquier forma a Japón en sus actos de agresión» (una clara referencia a Estados Unidos). Moscú también aceptó conceder un

crédito fijo por un valor equivalente a 300 millones de dólares (a devolver con un 1 % de interés anual), con el que China pudiera adquirir maquinaria y equipamiento soviéticos. En 1954 se concederían nuevos créditos. Al mismo tiempo, Stalin se aseguraba una serie de concesiones por parte de Mao, que incluían el reconocimiento de los derechos de la Unión Soviética en la Manchuria meridional originariamente cedidos por Chiang Kai-shek en su tratado de 1945 con Stalin (es decir, el mantenimiento del uso naval soviético de Lushun —antes Port-Arthur— y Dairen), el mantenimiento de la gestión conjunta chino-soviética del Ferrocarril Oriental de China, y el reconocimiento por parte de Pekín de la independencia de Mongolia Exterior (ahora en la esfera de influencia de la Unión Soviética). Otros acuerdos posteriores dispusieron también la creación de sociedades anónimas con capital chinosoviético para explotar los recursos minerales de Xinjiang, así como para gestionar una serie de líneas aéreas civiles. Aunque en 1954 Moscú había devuelto Lushun, Dairen y el Ferrocarril Oriental de China íntegramente a manos chinas y había vendido sus acciones en las sociedades anónimas, el solo hecho de que Mao se hubiera visto obligado a hacer inicialmente esas concesiones había sido un duro golpe, y más tarde se referiría con amargura a las arduas negociaciones de 1950.

Las difíciles condiciones que impuso Stalin en 1950 han fomentado que se califique la alianza chinosoviética de «relación desigual» (Mancall, 1984: 368); pero es importante señalar los beneficios que la RPC obtuvo de dicha relación. En primer lugar, la alianza le proporcionaba a China un paraguas nuclear en una época en la que sus relaciones con Estados Unidos eran extremadamente tensas. La invasión, en 1950, de Corea del Sur por la comunista Corea del Norte (Corea se había dividido en 1945) llevó a la intervención de las fuerzas de la ONU, integradas en su mayoría por tropas estadounidenses al mando del general MacArthur. Cuando las tropas de la ONU pasaron a la ofensiva y penetraron profundamente en el territorio de Corea del Norte, llegando casi hasta la frontera chino-coreana, Pekín envió «voluntarios» (en octubre de 1950) a participar en la lucha del bando norcoreano (Whiting, 1960). A ello siguió una guerra de desgaste, que terminó con un armisticio, en 1953, que prácticamente restablecía la línea de demarcación original: el paralelo 38. La alianza chinosoviética pudo muy bien haber sido un factor disuasorio que impidió un ataque directo estadounidense a China, aunque habría que señalar que la ayuda material soviética a China

durante la guerra fue mínima y llegó cuando el proceso estaba ya bastante avanzado.

En segundo término, la alianza chinosoviética preparó el camino para la ayuda soviética en el primer plan quinquenal de China. Moscú contribuyó a la construcción de más de cien plantas industriales (fabricación de maquinaria, metalurgia, carbón, hierro y acero), y envió a miles de expertos a ofrecer asesoramiento y ayuda en la formación del personal. Al mismo tiempo se envió a estudiantes chinos a la Unión Soviética. En conjunto, la década de 1950 presenció una considerable influencia soviética en China; así, por ejemplo, los libros de texto y manuales técnicos soviéticos se tradujeron masivamente al chino y se utilizaron ampliamente en la enseñanza. Por otra parte, el primer plan quinquenal se basaba, en gran medida, en el modelo de desarrollo soviético, con su especial énfasis tanto en la industria pesada como en la planificación centralizada. Recientemente se ha señalado que la adopción del modelo soviético en la década de 1950 fue una consecuencia lógica de las estrechas relaciones chinosoviéticas y de la influencia soviética en la política del PCC antes de 1949, que hasta ahora se habían pasado por alto; así, por ejemplo, dos personajes que regresaron a Yanan a finales de la década de 1930 después de haberse formado en Moscú (Chen Yun y Kang Sheng) desempeñarían un importante papel a la hora de aplicar los modelos soviéticos a la planificación económica y la rectificación del partido (Esherick, 1995: 50-53).

Las relaciones chinosoviéticas, sin embargo, estaban cargadas de potenciales tensiones, especialmente tras la muerte de Stalin, en 1953. En el transcurso de la década de 1950 Mao se mostró cada vez más insatisfecho no sólo con el modelo de desarrollo económico soviético, sino también con el intento de Moscú de controlar las políticas de defensa y de relaciones exteriores chinas, y en particular con la renuencia de la Unión Soviética a compartir su tecnología nuclear con Pekín y su tibio apoyo a la campaña china para la recuperación de Taiwan, ahora vinculado a Estados Unidos por un tratado de defensa, firmado en 1954. Fue significativo el hecho de que la primera crisis que surgió entre los líderes del PCC a partir del 1949 tuviera que ver con la condena y la purga de Gao Gang, jefe del aparato del partido en Manchuria y de la Comisión de Planificación Estatal, recientemente creada (en 1953). Se supo que Gao mantenía estrechos vínculos con Moscú, y fue acusado de intentar establecer un «reino independiente» en el noreste

(Brugger, 1981: 101-103; Meisner, 1999: 120-122).

La colectivización y la campaña de las Cien Flores

Dado que la principal fuente interna de financiación de la industrialización había de ser el sector agrícola, se esperaba que la reforma agraria daría lugar a un aumento de la producción en el campo. Al mismo tiempo se concibió un proceso gradual de colectivización, que se iniciaría con la formación de mutualidades y equipos de trabajo, y terminaría finalmente con la creación de «cooperativas de productores agrícolas de nivel superior», cuando se eliminara la propiedad privada de la tierra. El primer plan quinquenal, por ejemplo, establecía originariamente el objetivo de que en 1957 la tercera parte de todas las familias campesinas se hubieran integrado en cooperativas de productores agrícolas (CPA) de nivel inferior, en las que la tierra, aunque todavía de propiedad privada, sería comunal y se cultivaría colectivamente.

Gravado por fuertes tributos estatales y con su eficacia reducida por la fragmentación de las tierras, el sector agrícola no logró el esperado aumento de la producción. Los campesinos más pobres, siempre en situación de desventaja debido a la falta de las adecuadas facilidades de crédito y a su incapacidad para comprar equipamiento moderno, se endeudaron rápidamente con sus vecinos más ricos, lo que a menudo les hizo perder sus tierras. Mao, que empezaba a temer el resurgimiento en el campo de unas relaciones de clase basadas en la explotación, aludía a la aparición de una nueva «clase de campesinos ricos» (Meisner, 1999: 132-133). Aunque a mediados de 1955 el comité central del partido pidió que se acelerara la colectivización, Mao todavía no estaba satisfecho, y en julio de ese mismo año, en un discurso pronunciado en una reunión de secretarios provinciales y regionales del partido, criticó la cautela de éste después de lo que Mao percibía como un entusiasmo «espontáneo» frente a la colectivización por parte de los propios campesinos. Basándose en ello, pidió que se adelantara el calendario, declarando que a principios de 1958 la mitad de todas las familias campesinas debían ya estar integradas en CPA de nivel inferior. Ésta era la primera ocasión (aunque no sería en absoluto la última) en la que Mao pasaba por encima de sus colegas del Politburó para apelar a una audiencia más amplia. Implícitamente rechazaba el punto de vista que sostenían muchos «planificadores» de la cúpula del partido, incluyendo a su vicepresidente, Liu

Shaoqi, de que la socialización de la agricultura dependía del desarrollo previo de la industria y de una amplia mecanización del campo. Para Mao, el propio proceso de colectivización estimularía el entusiasmo masivo, y, por tanto, llevaría a un aumento de la producción.

Irónicamente, incluso el objetivo de Mao se vio rápidamente superado durante el invierno de 1955-1956, cuando el movimiento cobró su propio impulso. A mediados de 1956 prácticamente todas las familias campesinas se habían integrado en CPA de nivel inferior, y, en consecuencia, la fase final de la colectivización se completó poco después, cuando la mayoría de las CPA de nivel inferior se transformaron en CPA de nivel superior, en la primavera de 1957. Aunque estas últimas —que inicialmente abarcaban 250 familias, pero que más tarde se redujeron a 150— acabaron con la propiedad privada de la tierra, se permitieron parcelas privadas, principalmente para uso doméstico (ibíd.: 134-143).

Mao también dio un paso decisivo al lanzar una campaña para combatir el burocratismo en el seno del partido. Su preocupación por esta cuestión se remontaba al período de Yanan, pero observó que el problema se hacía especialmente grave durante los primeros años del nuevo gobierno, con la proliferación de ministros y comisiones en el gobierno central y el crecimiento de una burocracia de partido cada vez más diferenciada por unas complicadas escalas de categorías y salarios (Harding, 1981: 67-86). Resulta significativo el hecho de que la lección que Mao extrajo del discurso secreto en el que Jruschov, en febrero de 1956, denunció los crímenes de Stalin (aparte de la irritación por no haber informado con antelación a los líderes del PCC de un paso tan decisivo), fue que los partidos comunistas habían de ser conscientes de cuándo se distanciaban del pueblo. Proclamando el eslógan «Que florezcan cien flores y que compitan cien escuelas de pensamiento», Mao pidió a los intelectuales no pertenecientes al partido que criticaran el estilo de trabajo de éste; al hacerlo así —creía Mao—, se lograría una mayor unidad y el partido se revitalizaría. Esta «rectificación de puertas abiertas», como la denominó Mao, no contó con la clara aprobación de algunos de sus colegas, a quienes, si bien estaban bastante dispuestos a aceptar las críticas a los burócratas del partido «a puerta cerrada», no agradaba ver que ese proceso se extendía más allá de los límites internos del PCC. Los propios intelectuales se mostraron inicialmente cautos, pero en el verano de 1956 empezaron a aparecer críticas en la prensa (Meisner, 1999: 162-169).

La tibia reacción del partido a la iniciativa de Mao quedó claramente de manifiesto en su octavo congreso, celebrado en septiembre de 1956, cuando hubo que dar una aprobación más oficial. La implícita condena del «culto a la personalidad» contenida en el discurso secreto pronunciado en febrero de 1956 por el nuevo líder soviético también hacía vulnerable la posición de Mao. La referencia al «pensamiento de Mao Zedong» se eliminó de la nueva constitución del partido, al tiempo que se resucitaba el cargo de secretario general, para el que se nombró a Deng Xiaoping, quien, al igual que Liu Shaoqi, no se mostraba especialmente entusiasta respecto a la «rectificación de puertas abiertas». Los disturbios en Polonia y la revuelta antisoviética en Hungría durante la segunda mitad de 1956 no hicieron sino confirmar los temores de lo que podía ocurrir si el partido bajaba la guardia.

Mao reavivó el debate en febrero de 1957, en un discurso titulado «Sobre el correcto manejo de las contradicciones entre el pueblo», que pronunció ante la Conferencia Suprema del Estado (por tanto, saltándose una vez más a la cúpula del partido). Mao afirmaba que, a menos que el partido estuviera dispuesto a escuchar las críticas externas, la contradicción «no antagónica» entre el partido y el pueblo se podía convertir en «antagónica», una atrevida afirmación para ser hecha por alguien que era presidente de un partido comunista (MacFarquhar, 1974: 184-186; Meisner, 1999: 170-174). De nuevo, y tras una reacción inicial de timidez, en el verano de 1957 los intelectuales y estudiantes empezaron a expresar sus críticas. Así, por ejemplo, en los campus universitarios los estudiantes exhibieron «carteles de grandes caracteres» (*dazibao*), donde acusaban a los cuadros del partido de convertirse en una nueva élite de burócratas arrogantes e insensibles. Algunos intelectuales incluso llegaron a criticar el gobierno monopartidista y a cuestionar la propia validez del socialismo (MacFarquhar, 1960).

La ferocidad de las críticas cogió a Mao por sorpresa, ya que había supuesto que la *intelligentsia* estaba unida en su simpatía generalizada por el socialismo. Volvió, pues, a su postura originaria (sin duda alentado por sus colegas), y en junio de 1957 se publicó una versión revisada de su discurso de febrero, donde se definía la «crítica correcta» como aquella que reforzaba el liderazgo del partido y respaldaba el sistema socialista. Los intelectuales fueron condenados como «malas hierbas venenosas» y denunciados públicamente en una campaña antiderechista que dio como resultado que muchos de ellos hubieran de sufrir una «reforma laboral». Aunque la

campaña de las Cien Flores había fracasado en lo que atañía a Mao, la creciente insatisfacción que sentía respecto al modo como evolucionaba el partido (y que había sido lo que inicialmente le había llevado a lanzar la campaña), así como frente al modelo soviético de desarrollo económico que había adoptado el primer plan quinquenal, predispuso a Mao a cambiar de dirección, y en 1958 volvió sus ojos al campo —en lugar de dirigirse a los intelectuales— en busca de inspiración.

Capítulo 6:
LA VÍA DE MAO AL SOCIALISMO

Ya en 1956 Mao había cuestionado la validez del modelo soviético como guía del desarrollo chino. En un discurso titulado «Sobre las diez grandes relaciones» (cuyos detalles no se conocerían hasta una década después), Mao hacía hincapié en la importancia de la industria ligera y la agricultura, la industrialización del campo, la descentralización de la planificación, los proyectos intensivos en el empleo de trabajo (como forma opuesta a los proyectos intensivos en el empleo de capital), el desarrollo de las áreas del interior, y el uso de incentivos morales, en lugar de materiales, para estimular el compromiso revolucionario (Schram, 1974: 61-83; 1989: 114). Esta serie de estrategias, en opinión de Mao, darían lugar a un rápido desarrollo económico y permitirían a China superar al Occidente capitalista. La campaña del Gran Salto Adelante, lanzada en 1958 para realizar ese objetivo, representaba también la visión utópica maoísta de crear una forma de socialismo específicamente china, que implicaba un renovado énfasis en el papel clave del campesinado y en el logro último del «cuerno de la abundancia colectivista» (MacFarquhar, 1997: 467).

La campaña acabó en desastre, y varios estudios recientes han subrayado su enorme coste en vidas perdidas a causa del hambre y de la drástica disminución de la producción agraria (Yang, 1996: 33-39; MacFarquhar, 1997: 1-6). La posterior anulación de las políticas del Gran Saldo Adelante, y la creciente percepción de Mao de que tanto él como «su» revolución estaban quedando marginados, a mediados de la década de 1960 engendraron en su mente la obsesión de que se necesitaba nada menos que una «metamorfosis espiritual» (MacFarquhar, 1997: 6) para revivir un impulso y un compromiso revolucionarios que estaban Raqueando. La Revolución Cultural sería la última gran iniciativa de la carrera política de Mao, un audaz intento orquestado para desmantelar la autoridad del partido con el fin de reconstruir

los fundamentos de una nueva sociedad y una nueva unidad política revolucionaria. Sin embargo, y como en el caso del Gran Salto Adelante, la Revolución Cultural produjo consecuencias inesperadas que arruinaron un incontable número de vidas.

El Gran Salto Adelante

El eslogan «Gran Salto Adelante» (*dayue jin*) se utilizó por primera vez a finales de 1957, en relación a una campaña de represa de agua que había exigido una movilización de mano de obra mayor de la que proporcionaban las CPA de nivel superior. El eslogan pasó pronto a adquirir un significado mucho más amplio, reflejando la ilimitada confianza de Mao en que una transformación social, económica e ideológica radical daría lugar no sólo a una sociedad comunista, sino también a un rápido aumento de la producción industrial (Meisner, 1999: 191-213). Como en 1955, Mao insistía en que el cambio social e ideológico era el requisito previo —y no el resultado— del desarrollo económico. En las reuniones del Politburó celebradas durante los primeros meses de 1958, Mao esbozó sus proyectos de lo que él describía como «lanzarse de lleno, tener grandes aspiraciones, y lograr unos resultados mayores, más rápidos, mejores y más económicos» (MacFarquhar, 1983: 42).

En esto, Mao contaba con el apoyo de los «planificadores» de la jerarquía del partido, como el vicepresidente Liu Shaoqi, que a finales de 1957 había predicho confiadamente que China superaría a Gran Bretaña en la producción de hierro, acero y otros productos industriales (Schram, 1973; MacFarquhar, 1983: 17). Había, sin embargo, una diferencia de enfoque, ya que Liu subrayaba la necesidad de que el entusiasmo de las masas fuera controlado y guiado por los líderes del partido, mientras que Mao, como veremos, veía el Gran Salto Adelante como un medio de «desatar» a las masas (*ibíd*.: 54). Un reciente estudio, lejos de limitarse a describir el lanzamiento del Gran Salto como una iniciativa personal de Mao, ha argumentado en favor de un enfoque *institucional*, que atribuye los orígenes de las políticas económicas asociadas al Gran Salto a la compleja interrelación de diversas coaliciones burocráticas enfrentadas entre sí (Bachman, 1991). Lejos de ejercer su propia autonomía, Mao se vio obligado a elegir entre las diferentes opciones políticas propugnadas por quienes estaban vinculados a la planificación y la industria pesada, por una parte, y los que estaban conectados con las finanzas, la agricultura y la industria ligera (y que defendían medidas de reforma del

mercado) por la otra. Lo que hizo Mao fue añadir sus propios llamamientos de movilización de las masas y un acelerado índice de crecimiento al programa defendido por los planificadores y la coalición de la industria pesada. Significativamente, el segundo plan quinquenal (que se había de iniciar en 1958) quedó prácticamente invalidado cuando los cuadros provinciales, siguiendo el ejemplo de las ambiciosas declaraciones hechas públicas por los líderes centrales, revisaron al alza las cifras de producción. En la provincia de Guangdong, por ejemplo, en octubre de 1957 se había establecido en el 5,8 % el aumento previsto de la producción industrial para 1958. A principios de febrero de 1958, dicho aumento previsto se revisó al alza y se elevó al 33,2 % (Brugger, 1981: 182).

Un innovador estudio sobre los orígenes del Gran Salto, centrado en la provincia de Henan, ha subrayado también la profunda sensación de crisis social que invadió el país en 1956-1957, y que constituyó el telón de fondo sobre el que se tomó la decisión de lanzar la campaña (Domenach, 1995: 17-18, 29, 42-43, 54-55). El descontento entre el campesinado (debido a un control estatal más rígido del comercio de cereales, al declive de las diversas «actividades secundarias» vitales para los ingresos de los campesinos, y las reducciones en la distribución de dinero y cereales causadas por la mayor inversión de las CPA en maquinaria) hizo que muchos campesinos se retiraran de las CPA y provocó ataques a los cuadros del partido, así como la «desobediencia económica» (*ibíd*.: 58-61). El descontento rural se vio acompañado en la misma época de una considerable agitación obrera en las ciudades, como resultado de la caída del nivel de vida. Entre octubre de 1956 y marzo de 1957, por ejemplo, hubo 10.000 conflictos laborales, la mayoría de ellos instigados por los obreros denominados «marginales» —los trabajadores temporales o con contrata, y los que trabajaban en el sector de servicios o en las pequeñas empresas—, por contraposición a los que trabajaban en el privilegiado sector público, que garantizaba una seguridad laboral, salarios más altos y prestaciones sociales a sus trabajadores. El resentimiento contra el sistema por parte de quienes quedaban excluidos de él constituyó, en efecto, un importante factor en los brotes de agitación obrera que estallaron a partir de 1949 (Perry, 1995: 306-308; Sheehan, 1998). Se ha descrito el Gran Salto Adelante como una respuesta racional a esta crisis económica y social que en última instancia se convirtió en un «frenesí» (Domenach, 1995: 166).

Económicamente, Mao esperaba que el Gran Salto reduciría el abismo existente entre la ciudad y el campo al fomentar el desarrollo de pequeñas industrias, como las de procesado de cultivos y fabricación de herramientas, en las zonas rurales. Los proyectos intensivos en el empleo de trabajo, en particular, aprovecharían la única ventaja de China —el excedente de mano de obra—, y de ese modo eliminarían el subempleo en el campo y el desempleo en las ciudades (causado por las migraciones desde las zonas rurales). La fe voluntarista de Mao en el potencial de la movilización masiva se ilustraba muy bien en su descripción de China como un país «pobre y en blanco», que él consideraba atributos positivos debido a que proporcionaban una mayor potencial de desarrollo. Habría que señalar, no obstante, que de hecho el Gran Salto Adelante interrumpió temporalmente el naciente debate sobre la necesidad de controlar el índice de natalidad en China (una idea sobre la que se volvería a principios de la década de 1960) (White, 1994), y asimismo trajo como consecuencia un control más estricto por parte del estado sobre el movimiento de población de las áreas rurales a las ciudades; esto implicaba la creación de un sistema de registro de las familias (*ihukou*), que diferenciaba claramente a las poblaciones agrarias de las urbanas (Davin, 1999: 4-9).

Mao argumentaba también que en el proceso de industrialización del campo las propias masas aprenderían a dominar la tecnología, y, de ese modo, reducirían su dependencia de una elite tecnocrática, cuyo surgimiento era para Mao una consecuencia inevitable del primer plan quinquenal. En un sentido más amplio, el Gran Salto favorecería la autoconfianza (*zili gengsheng*) y, en consecuencia, afirmaría la independencia de China frente a la Unión Soviética. Las dos siguientes quejas que planteó Mao en una conferencia del partido celebrada en Chengdu, en marzo de 1958, proporcionan un revelador testimonio de su insatisfacción con las relaciones chinosoviéticas.

En primer lugar, y tras señalar que en los últimos años China se había visto obligada a importar métodos extranjeros (es decir, soviéticos), incluso en el ámbito de la enseñanza, Mao continuaba diciendo:

> Lo mismo se aplicó a nuestro trabajo en la sanidad pública, con el resultado de que no pude comer huevos o caldo de pollo durante tres años debido a que un artículo aparecido en la Unión Soviética había dicho que no se debían comer […] Nos faltaba comprensión de la

> situación económica global, y todavía entendíamos menos las diferencias entre la Unión Soviética y China. De modo que lo único que podíamos hacer era seguir ciegamente (Meisner, 1999: 210).

En segundo término, Mao aludía al carácter desigual de las relaciones chinosoviéticas, señalando que…

> […] los chinos solían ser esclavos, y parecía que seguirían siéndolo. Cada vez que un artista chino pintaba un retrato mío junto a Stalin, yo salía siempre más bajo que él (MacFarquhar, 1983: 38).

Con el fin de modificar la estructura de la planificación centralizada que había surgido a principios de la década de 1950, el Gran Salto implicaba también la descentralización. En junio de 1959, el 80 % de las empresas controladas de manera centralizada por el estado se hallaban ya bajo la jurisdicción provincial, mientras que, al mismo tiempo, el número de ministerios del gobierno central se redujo de 41 en 1957 a 30 en 1959 (*ibíd*.: 59-60). En particular, y adoptando aquí una distinción que se ha establecido entre la descentralización que transfiere la capacidad de decisión a las propias unidades de producción («descentralización I») y aquella que transfiere la capacidad de decisión sólo a algún nivel inferior de la administración regional («descentralización II»), el Gran Salto realizó el segundo tipo (Schurmann, 1968: 175-176). Sin embargo, y lo que es más importante, dicha descentralización proporcionó al partido un mayor control de la economía, dado que fueron los *comités provinciales del partido* los que supervisaron las iniciativas económicas y realizaron el papel de coordinadores, reduciendo así aún más la influencia de los ministerios de planificación central. Se necesitaba un mayor control del partido —afirmaba Mao— para que la solvencia ideológica tuviera la misma importancia, si no más, que la pericia técnica. Por tanto, se esperaba que los cuadros fueran tan «rojos» como «expertos», lo que se expresaba mediante un eslogan corriente en aquella época: «la política está al mando».

El símbolo del Gran Salto Adelante era la comuna (Meisner, 1999: 217-228). En diciembre de 1957, Mao había propugnado la fusión de colectivos para facilitar la movilización de un mayor número de personas de cara a las obras de represa de agua. En abril de 1958 se formó una comuna experimental en Henan, a la que siguieron otras en Hebei y en el noreste. Mao alentó su

desarrollo, si bien la expresión «comuna popular» (*renmin gongshe*) no apareció en una publicación del partido hasta julio de 1958, y hasta agosto de ese mismo año el partido no ratificó oficialmente la creación de comunas, en la conferencia de Beidaihe, señalando que éstas marcaban una etapa de transición a un comunismo pleno. El surgimiento de las comunas constituye un interesante ejemplo de cómo la ordenación política implicaba a veces un proceso dialéctico, por el que Mao apoyaba públicamente una iniciativa local o provincial (a menudo en repuesta a sugerencias planteadas en supuestos discursos del propio Mao) que posteriormente pasaba a formar parte de la política oficial del partido. En noviembre de 1958, el 99,1 % de las familias rurales se habían adscrito a 26.500 comunas, cada una de las cuales integraba, como promedio, a 4.756 familias (Yang, 1996: 36).

Las comunas, que combinaban un papel político, social y económico, no sólo habían de promover la «industrialización» del campo, sino que también debían ayudar a salvar el abismo que separaba a las zonas rurales de las urbanas fomentando la expansión de centros de salud y escuelas a tiempo parcial en estas últimas. Dado que, en general, los hospitales modernos y los médicos formados en Occidente se concentraban en las ciudades, se utilizó cada vez más a los denominados «médicos descalzos» —personal paramédico formado en la medicina tradicional china— para asegurar que la asistencia sanitaria llegara hasta las zonas rurales más remotas. Asimismo, se había de eliminar la propia distinción entre trabajador intelectual y manual (el ideal que en la década de 1910 había motivado a los promotores de los proyectos de estudio-trabajo) con la creación de escuelas que combinaban el estudio y el trabajo a partes iguales, financiadas por las comunas. Miles de estudiantes e intelectuales fueron «destinados» al campo para vivir entre los campesinos y participar en los trabajos de producción, si bien un estudio de este fenómeno ha mostrado que los campesinos no siempre veían positivamente a aquellos «forasteros», mientras que muchos estudiantes se sintieron resentidos por el hecho de tener que prescindir de una confortable educación urbana (Bernstein, 1977). No obstante, y ante el temor a que alguien no tuviera clara la política oficial, los medios de comunicación gubernamentales se preocuparon de dar publicidad a los viajes al campo previamente orquestados de líderes del partido como Mao y Zhou Enlai; las fotografías de los periódicos y los reportajes filmados les mostraban enzarzados en amigable conversación con los campesinos locales y mostrando un gran entusiasmo por

el trabajo manual.

Otra función asignada a la comuna fue la formación de una milicia popular; así, se divulgó el eslogan «cada uno, un soldado» con especial fervor en julio-agosto de 1958, dado que éste fue un período de creciente tensión con Estados Unidos debido a la cuestión de Taiwan (Yahuda, 1978: 106-107). Gran parte de la terminología de este período, además, posee un característico sabor militarista (Van de Ven, 1997). En un sentido más amplio, el entusiasmo de Mao por la milicia popular revelaba una diferencia de prioridades con respecto al ministro de Defensa, Peng Dehuai, héroe militar tanto de la guerra chino-japonesa como de la coreana, y mariscal del ELP. Mientras que Mao estaba ansioso por desarrollar armas nucleares, para que China pudiera desempeñar un papel independiente a escala mundial, y por reducir su dependencia de un ejército profesionalizado (basándose más una milicia popular y utilizando los excedentes financieros en la industrialización), Peng Dehuai prefería confiar en el escudo nuclear soviético para que China pudiera construir un ejército modernizado y extremadamente profesional (MacFarquhar, 1983: 14). Es posible, por ejemplo, que Peng no se mostrara excesivamente entusiasta ante la insistencia de Mao en que los oficiales del ELP pasaran un tiempo en la tropa como soldados ordinarios, o en que se potenciara el papel de los comisarios políticos en el seno del ejército.

Mientras tanto, a finales de 1958 se hizo evidente que el Gran Salto había generado serios problemas. A pesar de la relativa moderación de la resolución de Beidaihe, en agosto de 1958, ratificando la creación de comunas (por ejemplo: el tamaño de una comuna no debía exceder las 2.000 familias; la llegada del comunismo se seguía describiendo como una posibilidad a largo plazo, y los cuadros habían de moderarse en su trato con los campesinos), hubo una especie de frenesí por parte de los administradores de las comunas por precipitar la utopía comunista, que no consiguió sino despertar la hostilidad popular. Así, se obligaba a los campesinos a comer en comedores comunes, como parte de un esfuerzo por reducir la importancia de la unidad familiar e integrar a un mayor número de mujeres en la producción (Andors, 1983: 47-53). Los bienes y propiedades familiares (incluyendo las parcelas privadas que se había permitido mantener a las familias individuales) fueron confiscados; por ejemplo, y en sintonía con la campaña de «producción de acero doméstico», las comunas se apropiaron incluso de los utensilios de cocina (una gran parte de este «acero casero» resultó ser inútil). Los proyectos

de construcción a gran escala alejaron a los campesinos de un trabajo agrícola que resultaba fundamental. El sistema de transporte resultaba insuficiente para satisfacer la demanda, y no era infrecuente que se dejara pudrir los productos alimenticios destinados a otras áreas mientras se daba prioridad al transporte de acero y de otros productos.

Por otra parte, abundaba el caos organizativo, ya que los cuadros locales competían entre sí en el frecuente establecimiento de cuotas de producción irreales. Al hacerlo se inspiraban en el gobierno central. En agosto de 1958, por ejemplo, se estableció como objetivo una producción de 10,7 millones de toneladas de acero (el doble de la producción de 1957); en el mes de febrero anterior se había elevado a 6,2 millones de toneladas, y en mayo, a 8,5 millones (MacFarquhar, 1983: 85, 89). El propio Mao había predicho confiadamente que en 1960 China sería el tercer país productor de acero del mundo. En lo que constituía una perspectiva más inquietante, el incremento irreal de las cuotas de cereales por parte de los cuadros locales produjo crecientes privaciones, ya que los impuestos obligatorios sobre el cereal (cuya cantidad se basaba en esas cuotas infladas) dejaban cada vez menos provisiones para el propio consumo de los campesinos (Yang, 1996: 37).

En medio de la creciente escasez de alimentos, los líderes del partido se reunieron en Wuhan, en diciembre de 1958, para pedir moderación. Hicieron hincapié una vez más en el logro del comunismo a largo plazo, y criticaron la «mandonería» (es decir, la imposición de medidas sin tener en cuenta debidamente los deseos de las masas). Se restauró la propiedad individual de bienes personales, y se permitió de nuevo a las familias que disfrutaran de parcelas individuales. Se reafirmó el principio de distribución según el trabajo, criticando a las comunas que habían tratado de llevar a la práctica un «sistema de libre suministro». Fue en el pleno de Wuhan donde Mao confirmó la decisión que anteriormente había tomado de dimitir como presidente de la República Popular; Liu Shaoqi le reemplazaría oficialmente en abril de 1959. Aunque Mao conservaba la presidencia del partido, posteriormente se quejaría de haber sido cada vez más ignorado cuando se tomaban decisiones importantes, acusando a sus colegas (en particular a Liu Shaoqi y a Deng Xiaoping) de tratarle «como a un antepasado muerto».

La escasez de alimentos se vio exacerbada por los desastres naturales acaecidos en 1959 y 1960, cuando la sequía afectó a grandes áreas del norte de China y las inundaciones devastaron la parte meridional del país. Se

calcula que la hambruna resultante de 1959-1961, que afectó principalmente a las áreas rurales, y que algunos autores han calificado como la peor de toda la historia de la humanidad (Yang, 1996: VII), produjo unos 30 millones de muertos (MacFarquhar, 1983: 330; Yang, 1996: 38-39). Las cifras para cada provincia individual resultan igualmente dramáticas. En la provincia de Anhui (China central), en 1960 murieron 2,2 millones de personas —lo que representaba cerca de diez veces el índice de mortalidad de un año normal—, y la población descendió en un 11,2 %. La producción de cereales en la provincia cayó de unos 10 millones de toneladas en 1957 a poco más de 6 millones en 1961. En Sichuan, la provincia más poblada de China, la población descendió de cerca de 71 millones de personas en 1957 a 64,5 millones en 1961, mientras que la producción cerealícola de la provincia cayó de un máximo de cerca de 22,5 millones de toneladas en 1958 a algo menos de 13,4 millones en 1960 (MacFarquhar, 1997: 2). A raíz de esta hambruna y de la drástica reducción de la producción cerealícola, a partir de 1961 el gobierno se vio obligado a importar grandes cantidades de cereales de Canadá y Australia. Sólo en 1961 se importaron cerca de seis millones de toneladas, *seis veces* el total importado durante los once años transcurridos desde el establecimiento de la República Popular (*ibíd*.: 27). Un reciente estudio ha afirmado que los traumas experimentados por los campesinos comunes y corrientes durante la hambruna del Gran Salto Adelante proporcionarían el ímpetu que llevaría a la aceptación popular generalizada de las reformas rurales posteriores a 1978 (y la consecuente «deslegitimación» de las comunas), y que dichas reformas no se deberían menos a la iniciativa popular que a la política dictada desde arriba (Yang, 1996: 240-242).

En el pleno de Lushan (provincia de Jiangxi) celebrado durante los meses de julio y agosto de 1959, Peng Dehuai criticó duramente las locuras del Gran Salto. Mao, que interpretó las críticas de Peng como un cuestionamiento de la estrategia íntegra del Gran Salto Adelante, denunció a Peng por romper la unidad del PCC y le acusó de dirigir una «camarilla antipartido». Otros líderes, sin embargo, apoyaron a Mao; al fin y al cabo, inicialmente el propio Liu Shaoqi había sido un entusiasta partidario del Gran Salto. Un inquietante presagio del futuro fue la extraordinaria amenaza de Mao, durante la confrontación con Peng, de que se retiraría al campo y dirigiría otra guerra de guerrillas contra el gobierno si los líderes del partido no le respaldaban plenamente (Breslin, 1998: 98). Al insistir en su rechazo a Peng, asimismo,

Mao había roto las normas establecidas de conducta interna del partido, según las cuales los líderes eran libres de expresar opiniones discrepantes en las reuniones del partido con tal de que aceptaran cualquier decisión final a la que se llegara (Lieberthal, 1993: 108).

No ayudó en nada a la argumentación de Peng Dehuai el hecho de que sus críticas coincidieran con una creciente condena del Gran Salto por parte de los líderes de la Unión Soviética. Ya antes de 1958 habían surgido serias diferencias ideológicas con la Unión Soviética respecto a la adhesión de Jruschov a la política de «coexistencia pacífica» con el mundo capitalista, que Mao consideraba muestra de un tibio apoyo por parte de Moscú a las guerras nacionales de liberación del «Tercer Mundo». Otra í\iente de desacuerdo era la relativa a la insistencia de Pekín de que los partidos comunistas colaboraran sobre una base de igualdad en lugar de aceptar automáticamente el liderazgo de Moscú en las cuestiones doctrinales y estratégicas. En julio de 1958 Jruschov había visitado Pekín, y posteriormente había provocado la hostilidad de Mao con su sugerencia de que los dos países llegaran a acuerdos militares conjuntos, lo cual habría restringido la libertad de maniobra de Pekín. Jruschov también se mostraba renuente a apoyar plenamente a Pekín en su disputa con Estados Unidos sobre Taiwan, considerando la amenaza de Pekín, en 1958, de bombardear la isla de Quemoy (bajo control nacionalista) como una «política arriesgada».

En 1959 Jruschov criticaba abiertamente a las comunas y minimizaba la pretensión de Pekín de que China había entrado en la etapa de transición al comunismo. Aquel mismo año desechó un plan de acuerdo nuclear de 1957, que había prometido asistencia soviética al programa de armamento nuclear de China, y en 1960 retiró a todos los asesores y expertos soviéticos de China. Más de 200 proyectos de cooperativas hubieron de ser abandonados. A partir de 1960 ambos bandos se atacaron públicamente, Jruschov se negó a apoyar a Pekín en el conflicto fronterizo chino-indio de octubre y noviembre de 1962, y Pekín acusó a Jruschov de capitular ante Estados Unidos en la crisis de los misiles cubanos, en el otoño de 1962. Tras la firma del tratado de Prohibición de Ensayos Nucleares por la Unión Soviética, Estados Unidos y Gran Bretaña en 1963, Pekín anunció oficialmente su intención de «seguir su propio camino» en los asuntos internacionales, dando por terminada en la práctica la asociación chinosoviética (Gittings, 1968; Yahuda, 1978; MacFarquhar, 1997: 351-358).

Aunque los líderes del partido habían cerrado filas en torno a Mao en su enfrentamiento con Peng Dehuai, en 1960 se puso fin oficialmente al Gran Salto Adelante, y en los años siguientes Mao se vería obligado a presenciar la anulación de las políticas ligadas al Gran Salto cuando Liu Shaoqi y Deng Xiaoping trataran de reafirmar el control centralizado y de llevar a la práctica medidas económicas más pragmáticas.

La Gran Revolución Cultural Proletaria

A partir de 1960, Liu Shaoqi y Deng Xiaoping procedieron a dar marcha atrás a muchas de las políticas del Gran Salto, en lo que se ha calificado de «reacción termidoriana» (Meisner, 1999). Se restauró el control burocrático del centro. Se redujeron las funciones socioeconómicas de las comunas y se hizo del equipo de producción (que coincidía con la aldea natural) la unidad básica de producción y de contabilidad. Se toleraron las parcelas privadas y los mercados rurales libres. Se cerraron numerosas escuelas a tiempo parcial y clínicas, ya que se volvió a dar prioridad a las áreas urbanas a la hora de distribuir los recursos. Hubo una tendencia general a ignorar la importancia de las campañas ideológicas en la medida en que se hacía mayor hincapié en la recuperación económica y ahora pasaba a resultar más importante ser experto que «rojo». La atmósfera pragmática de la época se ilustra muy bien en la invocación por parte de Deng Xiaoping, en 1962, de un refrán campesino como justificación de unas políticas rurales más flexibles: «No importa si el gato es negro o blanco; mientras cace ratones será un buen gato» (MacFarquhar, 1997: 233).

En 1962, Mao empezó a hacer públicos sus temores de una «restauración» por parte de las clases reaccionarias, argumentando que incluso en una sociedad socialista podrían surgir «elementos burgueses». Y, lo que es más importante, en septiembre de ese mismo año Mao llamaba a la lucha de clases contra el «revisionismo», es decir, la aparición de elementos burgueses *dentro* del propio partido. En especial expresó su preocupación por que China no siguiera el mismo camino que la Unión Soviética, cuyo abandono del marxismo-leninismo y cuya política exterior propensa a la capitulación —insistía Mao— demostraban el carácter «revisionista» de sus líderes.

Mao confiaba en restaurar su propia influencia y en combatir las «tendencias revisionistas» a través de dos campañas promovidas a principios

de la década de 1960. En 1964, Lin Biao, que en 1958 había sucedido a Peng Dehuai como ministro de Defensa y era partidario de Mao, lanzó la campaña «Aprende del ELP» (Gittings, 1967: 254-258). En ella se retrataba al ejército como el modelo de las virtudes socialistas, cuyo ejemplo había de emular el pueblo. Las sesiones políticas de estudio regulares se convirtieron en una característica de la rutina de los soldados, y fue durante esta campaña cuando se recopiló y publicó el *Pequeño libro rojo*, una antología de aforismos tomados de los discursos y artículos de Mao. Varios soldados individuales, como Lei Feng, se pusieron como modelos y fueron elogiados por su concienzudo estudio del pensamiento de Mao y su incansable devoción al pueblo y al socialismo. Diversos extractos del diario de Lei Feng se publicaron en los medios de comunicación para alentar la total devoción y lealtad a Mao y al partido; en uno de dichos extractos se señala:

> Esta mañana al levantarme me he sentido especialmente feliz, ya que la noche pasada he soñado con nuestro gran líder, el presidente Mao. Y da la casualidad de que hoy es el cuadragésimo aniversario del partido. ¡Hoy tengo tanto que decir al partido, tanta gratitud hacia el partido, tanta determinación de luchar por el partido…! (MacFarquhar, 1997: 338).

Mao esperaba también reavivar el fervor ideológico con el Movimiento de Educación Socialista (1962-1965), que aspiraba a corregir las «tendencias insanas» surgidas en el campo tanto en los cuadros del partido como entre las masas a consecuencia de la anulación de las políticas del Gran Salto Adelante (*ibíd.*: 334-348). Entre ellas se incluían el exceso de atención a las parcelas privadas a expensas de las colectivas, y la corrupción entre los funcionarios y los cuadros de las aldeas (ejemplificada por la aceptación de sobornos y la malversación de fondos). Mao deseaba reavivar las asociaciones de campesinos pobres y de clase media con el fin de que éstas desempeñaran un papel importante en la supervisión del trabajo de los cuadros (y, de paso, movilizaran a los campesinos en favor de los objetivos socialistas), pero, como muestra un estudio de este movimiento (Baum, 1975), Liu Shaoqi y Deng Xiaoping preferían enviar a «equipos de trabajo» ajenos a la localidad, y controlados por el partido, para que criticaran y supervisaran a los cuadros locales. De hecho, los colegas de Mao entorpecieron el impacto del movimiento, transformándolo en una mera rectificación de la conducta errada

de los cuadros, impuesta y controlada por el partido. La frustración de Mao ante el modo en que se restringió el movimiento se puso claramente de manifiesto en 1965, cuando aludió amenazadoramente a «aquellas personas con posiciones de autoridad dentro del partido que toman la senda capitalista» (Meisner, 1999: 277).

El temor de Mao ante el «revisionismo» se vio reforzado por otros dos factores. En primer lugar, estaba su preocupación —anunciada por primera vez en 1964— por los «sucesores revolucionarios». Dado que incluso los líderes soviéticos eran patentemente revisionistas —se preguntaba Mao—, ¿no era posible que la generación más joven de China, nacida a partir de 1949 y que, por tanto, carecía de experiencia en el arduo combate por la liberación, perdiera de vista los ideales socialistas por los que había luchado el partido? No es casualidad que precisamente en esa época Mao lanzara un mordaz ataque al sistema de enseñanza, condenando su énfasis en el éxito académico (que, por tanto, descuidaba el compromiso ideológico como criterio de progreso) y el saber teórico divorciado del trabajo productivo (Chen, 1981: 63-80).

En segundo término, Mao se sentía insatisfecho frente a los acontecimientos desarrollados en la esfera cultural. No sólo habían aparecido, en 1961-1962, diversos artículos satíricos criticando el Gran Salto —algunos de los cuales eran ataques velados al propio Mao, especialmente los de Deng Tuo, antiguo redactor jefe del periódico del partido *Renmin Ribao* («Diario del Pueblo»), y miembro del Comité del Partido en Pekín—, sino que varias opiniones vertidas por intelectuales y escritores del partido parecían cuestionar la creencia maoísta en la necesidad de una continua lucha de clases y una transformación ideológica radical. Así, por ejemplo, los historiadores y filósofos quitaban importancia a la lucha de clases en la historia china y afirmaban la validez universal e intemporal de determinadas creencias confucianas; equiparaban el concepto confuciano de *jen* (benevolencia compasiva) con el humanismo, y afirmaban que no había naturaleza de clase alguna. En el ámbito literario, los escritores subrayaban la utilidad de describir a «personajes medios» en lugar de limitarse a retratar personajes que fueran totalmente buenos o totalmente malos (Goldman, 1973). Para Mao, estos puntos de vista constituían una peligrosa manifestación de neutralidad ideológica.

En 1964, Mao pidió un «rectificación» en la esfera cultural, pero de nuevo

sus intentos se vieron frustrados por sus colegas del partido. Bajo los auspicios de Peng Zhen (jefe del Comité del Partido en Pekín y estrecho colaborador de Liu Shaoqi), se estableció un grupo integrado por cinco miembros del partido destinado a investigar los puntos de vista «erróneos»; pero sus actividades fueron limitadas, y a finales de 1965 la rectificación que había pedido Mao se desvaneció. Esto no resulta sorprendente, ya que muchos de los intelectuales del partido que habían aireado sus opiniones a principios de la década de 1960 mantenían estrechos vínculos con el Comité del Partido en Pekín (o trabajaban para él), y, por tanto, debían de contar, al menos, con el respaldo extraoficial tanto de Peng Zhen como de Liu Shaoqi. Un resultado de esta breve «rectificación» fue el relieve público que adquirió la esposa de Mao, Jiang Qing, que durante toda la década de 1950 había tenido un papel bastante modesto, pero que ahora participó en una campaña que pretendía reformar la ópera tradicional de Pekín y, a la vez, producir una «ópera revolucionaria» que retratara adecuadamente las heroicas luchas del partido y sus miembros individuales por la liberación en 1949 (Terrill, 1999:216-217).

Al parecer fue en ese momento cuando Mao decidió lanzar un ataque frontal al propio partido, en lo que pasaría a conocerse como la Gran Revolución Cultural Proletaria (*wuchan jieji wenhua da geming*). Ésta se inició de una manera bastante inocua, con un artículo redactado en noviembre de 1965 por Yao Wenyuan, director de la revista de Shanghai *Wenhui Bao* («Revista Cultural»), en el que criticaba una obra teatral escrita cinco años antes (y estrenada en febrero de 1961) por Wu Han, historiador y teniente de alcalde de Pekín, así como estrecho colaborador de Peng Zhen. Titulada «Hai Rui destituido del cargo», la obra trataba de los esfuerzos de un funcionario local de la dinastía Ming para proteger a los campesinos de la rapacidad de la aristocracia y los terratenientes, y de cómo los intereses creados de la corte provocaban que el emperador le destituyera. Yao afirmaba que la obra era un ataque velado a Mao, interpretando la destitución de Hai Rui por parte del emperador como una alegoría de la arbitraria destitución de Peng Dehuai por parte de Mao, en 1959, por haberse opuesto a las comunas. Yao declaraba que aquella era una obra típica de la línea revisionista existente en el ámbito cultured, e instaba a la realización de una campaña de rectificación más generalizada.

La referencia de Yao a una obra histórica aparentemente inocua constituye un interesante ejemplo de cómo el debate político, tanto en la China anterior a

1949 como en la posterior a esa fecha, a menudo ha adquirido la forma de alegorías históricas y alusiones al pasado, que han servido para reflejar puntos de vista sobre cuestiones o problemas del momento. Un interesante estudio sobre los intelectuales de la época posterior a 1949 muestra que entre 1960 y 1976 tanto los maoístas como sus oponentes reclutaron a diversos escritores para su causa, y que tuvo lugar un vigoroso debate filosófico e ideológico (en una época en la que se reprimía la libre actividad intelectual), a menudo en la forma de oscuros y aparentemente inofensivos artículos dedicados a temas históricos (Goldman, 181). El estudio distingue asimismo entre dos grupos de intelectuales. Los escritores como Wu Han, que contaban con el respaldo de la jerarquía del partido en Pekín, tendían a ser de una generación anterior y más cosmopolitas, y eran los herederos de le generación del Cuatro de Mayo, que creían tanto en el cambio como en la flexibilidad. Los escritores asociados a las políticas maoístas, en cambio, pertenecían a una generación más joven y menos cosmopolita, y se asemejaban a un grupo de funcionarios y eruditos de finales del siglo XIX conocidos como la facción *qingyi* («habla pura»), quienes habían argumentado en favor de un resurgimiento y de un fortalecimiento de los principios fundamentales confucianos a raíz de la amenaza militar de Occidente. De modo parecido, los escritores maoístas instaban a retornar a los principios socialistas fundamentales (*ibíd*.: 6-8).

Había otros dos aspectos interesantes en el artículo de Yao. En primer lugar, el hecho de que se publicara en un periódico de Shanghai y no en el principal medio de comunicación del partido, el *Renmin Ribao* («Diario del Pueblo»), podría ser un indicativo de la renuencia por parte de algunos de los colegas de partido de Mao a alentar un mayor debate sobre la cuestión del «revisionismo». En segundo término, es posible que lo que Mao tuviera en mente antes que nada cuando apoyó la postura de Yao fuera la utilidad de la crítica de éste como medio de poner en apuros a la jerarquía del partido en Pekín, ya que, de hecho, seis años antes, cuando Wu Han había empezado a escribir una serie de artículos sobre Hai Rui, el propio Mao había alentado a los miembros del partido a emular al valeroso y sincero funcionario Ming (MacFarquhar, 197: 252-253).

Tras la publicación del artículo de Yao, los ataques a Wu Han y a otros intelectuales del partido considerados críticos con la línea maoísta se hicieron más comunes. Aunque durante la primera mitad del año 1966 Mao estuvo fuera de Pekín, en mayo logró la disolución del grupo pentapartito de Peng

Zhen (en nombre del comité central) y lo reemplazó por su propio grupo, ligado a la Revolución Cultural y dirigido por Chen Boda y Jiang Qing. El comité del partido en Pekín también fue purgado, y Peng Zhen —protector de Wu Han— fue destituido. La destitución de Peng fue la culminación de una serie de purgas individuales, que siguieron a la publicación del artículo de Yao Wenyuan, claramente destinadas a asegurar el control maoísta de la capital, la propaganda del partido y el ejército: entre ellas, las de Yang Shangkun (que en 1988 llegaría a ser presidente del país), a la sazón jefe de la Oficina General del Comité Central y, por tanto, responsable de la circulación de documentos del partido; Luo Ruiqing, que había estado a cargo del control diario del ELP, y Lu Dingyi, jefe del departamento de propaganda del partido. La posición de Liu Shaoqi se hacía, pues, cada vez más vulnerable.

Mao alentaba ahora la lucha espontánea contra todas las formas de autoridad burocrática. La primera de dichas «luchas» tuvo lugar en la Universidad de Pekín, donde en mayo-junio de 1966 los estudiantes escribieron «carteles de grandes caracteres» (*dazibao*) donde denunciaban a los administradores universitarios por haber tratado de desalentar el entusiasmo político de los estudiantes y de desviar las críticas a Wu Han (Nee, 1969). En junio se anunció que los exámenes de entrada a la universidad se pospondrían durante seis meses mientras se reconstruía el sistema de enseñanza. Con eslóganes tales como «rebelarse está justificado» (*zaofan you daoli*), los estudiantes fueron tomando las calles, criticando a los profesores, a los intelectuales, al gobierno y a los cuadros del partido. A partir de tales manifestaciones (y de las luchas entre los propios estudiantes) surgió la Guardia Roja (*hong weibing*), integrada por estudiantes de secundaria y universitarios que se veían a sí mismos como los auténticos seguidores del pensamiento de Mao. Éste acogió favorablemente los acontecimientos: en su opinión, los jóvenes tendrían una oportunidad única de experimentar la revolución participando en las «luchas» contra quienes ostentaban la autoridad, y, por tanto, se ganarían el derecho a asumir el título de «sucesores revolucionarios». La llamada de Mao a la juventud era también un intento consciente de revivir la retórica del período del Cuatro de Mayo, en la que se había subrayado especialmente el papel dinámico, progresista e iconoclasta de los jóvenes (Lupher, 1995: 326).

En julio, Mao regresó a Pekín tras haberse bañado públicamente en aguas del Yangzi (cerca de Wuhan), en un acto claramente destinado a mostrar a sus

colegas que seguía estando vigorosamente a cargo de los acontecimientos. Criticando abiertamente a Liu Shaoqi y a Deng Xiaoping por sofocar el movimiento estudiantil en el campus de la Universidad de Pekín enviando a «equipos de trabajo» controlados por el partido para que supervisaran los debates, en agosto Mao convocó un pleno extraordinario del comité central, en el que se elaboró un programa de dieciséis puntos que definía los objetivos de la Revolución Cultural. Ésta no sólo había de derrocar a «quienes tienen autoridad dentro del partido y toman la senda capitalista», sino que también había de destruir los «cuatro viejos»: viejas ideas, vieja cultura, viejas costumbres y viejos hábitos, Mao aspiraba nada menos que a una transformación total del pensamiento y la conducta de la gente. En el pleno de agosto, Liu Shaoqi y Deng Xiaoping fueron degradados en la jerarquía del partido, y a partir de noviembre de 1966 desaparecieron de la vida pública. Más tarde, en 1968, Liu sería expulsado oficialmente del partido y anatematizado cada vez más como el «Jruschov de China» (Dittmer, 1998). Lin Biao emergió como el «más íntimo compañero de armas» de Mao, y fue elevado a la segunda posición entre los líderes del partido. En palabras de un reciente estudio, el pleno de agosto finalmente quebrantó la «Tabla Redonda de Yanan»: el grupo que había estado estrechamente unido desde los días de la guerra antijaponesa (MacFarquhar, 1997: 462-463).

Poco después del pleno de agosto, Mao recibió a miles de guardias rojos en la plana de Tiananmen, en un mitin «al estilo de Nuremberg» (*ibíd*.: 464). El apoyo público de Mao a los guardias rojos en Pekín (él mismo llevaba un brazalete de la Guardia Roja) aseguró la formación de unidades de dicha guardia en todo el país. En los tres meses siguientes habría otros siete mítines como aquellos, y la frenética adulación de Mao y su pensamiento llegaría a alcanzar proporciones de fanatismo. Con las escuelas y universidades cerradas hasta nueva orden, se alentó a los guardias rojos a viajar por todo el país (a menudo proporcionándoles billetes de tren gratis) para que intercambiaran experiencias revolucionarias y «bombardearan los cuarteles generales» de las organizaciones locales y regionales del partido.

A pesar de la premisa establecida por los Dieciséis Puntos de que las «contradicciones» en el seno del pueblo se debían resolver por medio la razón, y no a través de la coacción, y de que incluso a los «derechistas antisocialistas» se les debía permitir arrepentirse, la anarquía y la violencia se pusieron a la orden del día. Los funcionarios del partido fueron humillados

públicamente y se les obligó a desfilar por la calles ataviados con «orejas de burro»; profesores, intelectuales y escritores fueron verbal y físicamente atacados (muchos de ellos fueron asesinados o se suicidaron), y sus bibliotecas personales y residencias fueron arrasadas. Los objetivos del ataque no fueron sólo los símbolos del pasado, como los templos; cualquiera que manifestara interés en la cultura occidental (por ejemplo, en la música clásica occidental) era también criticado y humillado, y ello a pesar de la grotesca ironía de que la «ópera revolucionaria», prácticamente la única forma de representación artística permitida en la época, utilizaba instrumentos musicales occidentales. En realidad, la Revolución Cultural supuso una injerencia sin precedentes en la vida cotidiana de la gente; incluso aficiones tales como pescar, coleccionar sellos, cultivar flores y tener aves domésticas fueron condenadas como «diversiones pequeño-burguesas» (Wang, 1995: 155).

El pensamiento de Mao —afirmaba la Guardia Roja— se utilizaría para «poner el viejo mundo patas arriba, romperlo en pedazos, pulverizarlo, crear el caos y organizar un tremendo lío, cuanto más grande mejor» (Gittings, 1989: 63). Los guardias rojos estallaban también con frecuencia en amargas disputas internas, escindiéndose en diversas facciones cada una de las cuales proclamaba ser la auténtica representante del pensamiento de Mao (Hinton, 1972). Las diversas memorias publicadas en la década de 1980 por antiguos guardias rojos dan fe de la naturaleza cada vez más violenta de dichos choques (Liang y Shapiro, 1983; Gao, 1987). Para muchos jóvenes que se hicieron guardias rojos, inicialmente la experiencia constituyó una estimulante liberación del control paterno; ése fue especialmente el caso de las mujeres jóvenes, como se señala de unas recientes memorias (Yang, 1997). Sin embargo, mientras que la participación femenina en el movimiento de la Guardia Roja resultaba en cierta medida enriquecedora, la Revolución Cultural tuvo decididamente consecuencias ambivalentes en lo que se refiere a las mujeres. Dado que el aspecto primario del debate y de la «lucha» era afirmar la supremacía del punto de vista de la clase «proletaria», las cuestiones concretas relativas a las diferencias de sexos quedaron al margen. Si bien se alentó a las mujeres a participar activamente en el movimiento político, éstas hubieron de padecer una cierta «androginización» (es decir: se esperaba que actuaran como hombres y que parecieran hombres); así, por ejemplo, todas las formas de feminidad (incluido el peinado) fueron

condenadas como «burguesas». Y tampoco fue un hecho infrecuente que las guardias rojas fueran objeto de acoso o agresión sexual, especialmente entre las que fueron enviadas al campo a partir de 1968. En última instancia, y tanto para los hombres como para las mujeres, la experiencia de la Guardia Roja resultaría profundamente decepcionante (véase el capítulo 7).

En ciudades como Shanghai hubo también choques entre organizaciones de trabajadores rivales, que reflejaban las divisiones entre los trabajadores del sector público, que disfrutaban de un empleo permanente y de servicios asistenciales, y los trabajadores temporales o en contrata, que no gozaban de tales privilegios. Así, la Guardia Escarlata, más conservadora, integraba a los trabajadores del sector público, de mayor edad, mientras que los Rebeldes Revolucionarios representaban a una generación más joven de obreros, muchos de los cuales eran trabajadores temporales no cualificados (Perry, 1995: 311-312). Fueron los Rebeldes Revolucionarios quienes atacaron a funcionarios de la Federación de Sindicatos de Shanghai, controlada por el partido (muchos de ellos, antiguos artesanos cualificados), utilizando «repertorios de protesta» que ya se habían utilizado en la década de 1920. Así, en 1967 el director del mencionado organismo fue obligado a arrodillarse frente a una multitud hostil ataviado con unas «orejas de burro» y una pancarta en el pecho donde se le acusaba de ser un «revisionista», exactamente tal como los obreros textiles de Shanghai habían humillado a los odiados capataces («lacayos» de los capitalistas) en la década de 1920 (*ibíd*.: 313-314). En febrero de 1967, toda la organización del partido en Shanghai fue prácticamente desmantelada y reemplazada por organizaciones obreras que se autodenominaron «la Comuna de Shanghai» (Meisner, 1999: 324-333). En ese momento Mao temió que las cosas hubieran llegado demasiado lejos. Criticando el establecimiento de la Comuna de Shanghai como pura y simple anarquía, Mao insistió en la necesidad de crear comités revolucionarios que no sólo integraran a representantes de las organizaciones de masas, sino también a miembros del ELP y a cuadros del partido promaoístas y «no purgados». Sin embargo, durante todo el año 1967 el caos y la violencia prosiguieron. El propio ELP fue objeto del ataque de diversas facciones radicales de la Guardia Roja, y en agosto de 1967 fue incendiada la cancillería británica en Pekín.

Los primeros años de la Revolución Cultural (1966-1969), de hecho, supusieron un aislamiento casi total de China en la esfera internacional. Las

relaciones diplomáticas con la mayoría de los países se rompieron en 1967, cuando los maoístas declararon que la Revolución Cultural servía de fuente de inspiración a los revolucionarios socialistas de todo el mundo (en 1965, Lin Biao había escrito un tratado titulado «Larga vida a la victoria de la guerra del pueblo», donde predecía que la experiencia revolucionaria de China pronto se reproduciría en todo el mundo, en el sentido de que el «campo revolucionario» de Asia, África y Latinoamérica estaba a punto de rodear a las «ciudades» avanzadas de Europa y Norteamérica). La condena *tanto* del «revisionismo» soviético *como* del imperialismo estadounidense también alcanzó su punto culminante en esa época. Significativamente, aunque la participación norteamericana en Vietnam se había incrementado constantemente desde 1964, incluyendo varias incursiones para bombardear Vietnam del Norte en 1967, Mao rechazaba cualquier posibilidad de que China y la Unión Soviética pudieran cooperar para ayudar a los norvietnamitas. Esto resulta aún más notable si se tiene en cuenta el hecho de que la Revolución Cultural coincidió con la puesta en práctica de una política conocida como del «Tercer Frente» (.*sanxian*), cuyos detalles han permanecido en secreto hasta hace relativamente poco (Naughton, 1991: 157-158). Con el telón de fondo de la creciente agresión estadounidense a Vietnam del Norte, a partir de 1965 se decidió asignar más recursos al desarrollo de una industria pesada básica en las remotas provincias del interior (y también se transfirieron fábricas a dichas áreas desde las regiones costeras), con el fin tanto de proporcionar una línea estratégica de defensa como de dotar de industria moderna a la tercera de las principales regiones del país (siendo las otras dos la integrada por las provincias costeras y la constituida por las provincias centro-meridionales). Aunque entre 1965 y 1971 este Tercer Frente recibió más del 50 % de las inversiones nacionales, a pesar de ello no se produjo ningún incremento considerable en la producción industrial (*ibíd*.: 160-162).

En septiembre de 1967 Mao apeló al ELP para restaurar el orden, lo que provocó una brutal represión del movimiento de la Guardia Roja, en la que murieron miles de personas. Un historiador ha afirmado que las atrocidades del ELP contra los maoístas radicales en 1967-1968 convirtieron a estos últimos en víctimas de la Revolución Cultural en no menor medida de lo que lo habían sido los funcionarios del partido y los intelectuales (Meisner, 1999: 344-345, 354-355). Muchos guardias rojos fueron enviados al campo, a

«aprender de los campesinos» y a tomar parte en el trabajo manual. En el noveno congreso del PCC, celebrado en abril de 1969, se dio prioridad a la tarea de la reconstrucción del partido. Irónicamente, un movimiento que se había iniciado con un ataque a todas las formas de autoridad acabó con el firme control de los militares. Los denominados «Equipos de Propaganda del Pensamiento de Mao Zedong», dirigidos por el ELP, entraron en las fábricas, las «unidades de trabajo» y las aldeas para mantener el orden y supervisar las sesiones de estudio dedicadas a los escritos de Mao. Y el ELP participó asimismo en la llamada «Campaña para Purificar las Filas de

Clase», realizada en 1967-1969, que «investigó» a los cuadros del partido sospechosos; muchos cuadros e intelectuales fueron enviados al campo, donde estudiaron el pensamiento de Mao y realizaron trabajos manuales durante períodos de hasta dos años en las denominadas «Escuelas para Cuadros Siete de Mayo» (establecidas en 1968). Los oficiales del ELP constituían la mayoría de los presidentes de los comités revolucionarios, mientras que la mitad de los miembros electos del comité central en el noveno congreso eran representantes del ELP. El propio Lin Biao llegó al apogeo de su carrera, siendo proclamado oficialmente en el congreso sucesor de Mao.

Asimismo, en un momento en el que el movimiento de masas prácticamente había terminado (a partir de 1968), la glorificación del pensamiento y la persona de Mao alcanzó sus manifestaciones más extremas. Cuando antaño las parejas, al casarse, podían rendir homenaje a las tablillas de sus ancestros, ahora se juraban lealtad imperecedera ante el retrato de Mao. Las aldeas erigían «salas de lealtad» comunales dedicadas a Mao, mientras se construían santuarios domésticos ante los que las familias podían rendirle homenaje (Meisner, 1999: 346-347). Un estudio sobre una aldea de Guangdong señala que en aquella época los mítines se iniciaban siempre con la «danza de la lealtad», acompañada por la canción «Para navegar por los mares hace falta el timonel, para hacer la revolución hace falta el pensamiento de Mao Zedong». La mayor parte de las familias de la aldea exhibían los cuatro volúmenes de las *Obras selectas* de Mao en sus hogares, y cada comida familiar empezaba con varias reverencias ante el retrato de Mao (Chan, Madsen y Unger, 1992: 169-170). En contraste con el fervor espontáneo por Mao y su pensamiento que caracterizó los comienzos de la Revolución Cultural (cuando casi se atribuían cualidades mágicas al *Pequeño libro rojo*), la deferencia por Mao adquiría ahora una forma más ritualizada.

Interpretaciones de la Revolución Cultural

Las primeras interpretaciones occidentales de la Revolución Cultural se centraban en el propio Mao y en las posibles razones «psicológicas» de sus acciones. Así, para un observador la Revolución Cultural fue un vehículo para promocionar un fanático culto a la personalidad, y el respaldo a dicho culto por parte de Mao fue el desesperado intento de un revolucionario que ya envejecía por alcanzar la «inmortalidad» (Lifton, 1968). El apoyo de Mao al desafío a la autoridad por parte de las masas se describió también como un resultado natural de su propia personalidad, que había estado marcada por la rebelión juvenil contra su propio padre y la tendencia al desorden y al caos (*luán*) como reacción contra las constricciones de la autoridad tradicional (Solomon, 1971). Diversos estudios posteriores, realizados en la década de 1970, se centraban en el trasfondo político de la Revolución Cultural, que describían como la culminación de una lucha entre dos visiones, o «líneas», distintas de evolución socialista, representadas por Mao y Liu Shaoqi (Rice, 1972; Chang, 1975; Ahn, 1976). Un estudio más reciente sostiene que la principal preocupación de Mao en la década de 1960 era cómo China podía evitar el destino de la Unión Soviética (embarcada en una «restauración capitalista») y revigorizar su revolución. A mediados de la década de 1960 se estaba quedando sin opciones; para Mao, si el partido era incapaz de cambiar la sociedad, entonces había que «desatar» a la sociedad a través de la Revolución Cultural para que ésta cambiara al partido (MacFarquhar, 1997: 468-470).

Sin embargo, es necesario también situar a la Revolución Cultured en el contexto, más amplio, de las revoluciones acontecidas en China durante el siglo XX (Schram, 1973). Desde finales del siglo XIX, cuando los funcionarios y eruditos empezaron a aceptar la debilidad de China frente a Occidente, el debate político e intelectual había girado en torno a la cuestión fundamental de *cómo* hacer de China un país rico, fuerte y unido. En esta búsqueda se empezó a afirmar de manera creciente que las reformas políticas, económicas y militares habían de venir acompañadas por una transformación de las normas sociales y culturales. De hecho, la idea de una Revolución Cultural había ocupado un lugar central en la mente de la *intelligentsia* china desde comienzos del siglo XX. Así, Liang Qichao, durante sus años de exilio en Japón a comienzos de siglo, instaba a que se instruyera a un «nuevo pueblo»

(*xinmin*) que fuera independiente, disciplinado y con espíritu cívico. Los intelectuales del Cuatro de Mayo, durante la década de 1910, condenaban las actitudes tradicionales y las costumbres sociales, y propugnaban que se inculcara el espíritu democrático y científico a la gente como un requisito previo al cambio político; como Mao, hacían hincapié, pues, en la importancia primordial de la «conciencia correcta» y del cambio cultural-intelectual para hacer historia (Meisner, 1999: 295). Para Mao, por tanto, la Revolución Cultural no fue sólo una táctica para eliminar a sus oponentes en la jerarquía del partido o un intento de reavivar el activismo de las masas (especialmente el de la juventud) con el fin de erradicar el revisionismo en el seno del partido, sino también un medio de «proletarizar» la conciencia de la gente, requisito previo para la destrucción tanto de la cultura feudal como de la cultura burguesa moderna y para el logro de una sociedad socialista. En este sentido, el concepto de Revolución Cultural de Mao difería del de Lenin tras la revolución bolchevique de 1917, que aludía a un proceso gradual, dirigido por los intelectuales y la clase obrera urbana avanzada (y que dependía de la consolidación previa de una economía industrial moderna), orientado a hacer la cultura burguesa anterior a 1917 más accesible a las masas «atrasadas» (*ibíd*.: 296-298). Un historiador ha señalado, no obstante, que Mao se mostraba renuente a identificar a los burócratas revisionistas del partido y del gobierno como una nueva clase dirigente, dado que eso habría implicado la necesidad de una revolución *política*, y no sólo cultural. Desde esta perspectiva la Revolución Cultural era, en última instancia, más «reformista» que revolucionaria, dado que Mao presuponía que a la mayoría de sus oponentes en el partido se les podía «remodelar» ideológicamente (*ibíd*.: 307).

El hecho sigue siendo, no obstante, que la Revolución Cultural desencadenó una oleada de desorden y de violencia a menudo gratuita, y otros estudios recientes han prestado menos atención a los debates políticos de finales de la década de 1950 y principios de la de 1960 entre los líderes del partido como Mao y Liu Shaoqi, para pasar a centrarse en el impacto a largo plazo de las políticas del partido sobre los grupos sociales, así como en las acciones y los programas de los propios actores locales, para explicar el caos de la Revolución Cultural.

Así, por ejemplo, un estudio sobre la Revolución Cultural en Shanghai atribuye las causas de la violencia masiva de 1966-1968 a tres conjuntos de

medidas administrativas de la década de 1950, destinadas a manipular a la gente con una serie de objetivos a corto plazo, pero que con el tiempo causaron malestar y frustración (White, 1989). En primer lugar, el partido etiquetó a la gente según su procedencia de clase, creando con ello distintos grupos de estatus en la sociedad: quienes llevaban la etiqueta de «clase buena» aventajaban a los de «clase mala» en cuanto a asignación de puestos de trabajo, vivienda, educación y atención sanitaria. En segundo término, se asignó a todo el mundo a «unidades de trabajo» (*danwei*), al mando de los jefes del partido locales (o monitores oficiales). Dado que la unidad de trabajo gobernaba todos los aspectos de la vida de un individuo (perspectivas laborales, vivienda, atención sanitaria), surgió un sistema de «clientelismo» en el que la obediencia y la deferencia resultaban esenciales. En tercer lugar, el partido legitimó la violencia (además de instigar el temor entre la población) mediante el uso de amenazas y de intimidación durante las campañas masivas dirigidas contra grupos concretos y que aspiraban a erradicar determinados «males» o «vicios» de la sociedad; entre estas campañas se incluyeron la de 1951 contra los «contrarrevolucionarios» (principalmente aquellos que habían sido miembros del Guomindang o que habían servido en los ejércitos de Guomindang); la campaña de las «Tres Anti» (.*sanfan*), de 1951, que aspiraba a denunciar la corrupción y el despilfarro entre los miembros del partido, los burócratas y los directores de las fábricas, y la campaña de las «Cinco Anti» (*wufan*), de 1952, que se dirigía específicamente contra los industriales y hombres de negocios que habían permanecido en el cargo después de 1949, y a los que se acusó de soborno, evasión de impuestos y robo de propiedades estatales (Spence, 1999a: 509-513). La legitimación por parte de Mao de la rebelión y la protesta en 1966 dio luz verde, pues, al surgimiento de agravios y resentimientos acumulados, y sirvió para agravar las profundas escisiones que ya existían en la sociedad (White, 1991; Harding, 1991).

Como ha señalado un estudioso, la Revolución Cultural se inició en los campus universitarios, y la reforma del sistema de enseñanza había sido uno de los objetivos de Mao al lanzar el movimiento (Pepper, 1991; 1996: 352-364); y precisamente en el ámbito de la enseñanza existía otra fuente de malestar y de resentimiento. Diversos estudios sobre la educación comunista a partir de 1949 han señalado que, ya desde un primer momento, y a pesar de la retórica oficial relacionada con la necesidad de fomentar la cooperación en las

aulas, en las escuelas de secundaria urbanas surgió un áspero y potencialmente dañino clima de competencia, debido a que el valor moral de un estudiante se consideraba un importante criterio de progreso, un fenómeno al que se ha aludido como «virtuocracia» (Shirk, 1982: 4). El uso de tales criterios «virtuocráticos» no sólo era subjetivo y, a menudo, arbitrario, sino que también generaba resentimientos ocultos en la medida en que los estudiantes competían entre sí para demostrar su activismo y sus credenciales morales a través de la vigilancia mutua y de la crítica pública a los propios colegas (*ibíd*.: 13-15, 57; Unger, 1982: 95). Dicha competencia se vio exacerbada a partir de finales de la década de 1950 por la disminución de las oportunidades de progresar más allá del nivel de la escuela secundaria y por las limitadas perspectivas de empleo urbano (tanto la asignación de universidad como la del puesto de trabajo estaban controladas por el partido).

Por otra parte, la situación se vio complicada por el hecho de que, junto a los criterios de las creencias y acciones de un individuo, las escuelas destacaban también la «rojez» individual o la clase social de origen de la familia como criterio de progreso. El uso de las etiquetas de clase se resucitó a partir de 1962 (basándose en el estatus económico del padre o el abuelo de una persona tres años antes de la Liberación), y aún se alentó más la competencia debido a que una forma de ganar aceptación como activista (y, por tanto, de tener la posibilidad de ser elegido miembro de la Liga Comunista Juvenil, un requisito esencial para la enseñanza superior y la asignación de puestos de trabajo) para quienes procedían de una «clase mala» consistía en criticar a los compañeros de curso en público; esta situación alimentó tanto el oportunismo como el escepticismo (Shirk, 1982: 91, 183). No resulta sorprendente que quienes procedían de una «clase buena», especialmente los hijos de los revolucionarios y los cuadros del partido, trataran de defender su posición privilegiada haciendo hincapié en la absoluta importancia del origen de clase como determinante del comportamiento político (un concepto al que durante la Revolución Cultural se aludía como «teoría del linaje»). El propio Mao vacilaba entre estos dos criterios, aunque en 1965 su atención se centró una vez más en el rendimiento político individual. Esto supuso que durante la Revolución Cultural el uso de los términos «proletario» y «burgués» se hiciera cada vez más arbitrario y personalizado.

Un estudio sobre la enseñanza en Cantón ha ilustrado aún más la feroz

competencia para acceder a las mejores escuelas de secundaria —conocidas como escuelas «punto clave» (*zhongdian*)— y universidades a principios de la década de 1960 (Unger, 1982). Mientras que los jóvenes de clase trabajadora tendían a concentrarse en las escuelas de enseñanza media más pobres, los hijos de las familias de «clase media» (es decir, los intelectuales) y de «clase mala» (esto es, los antiguos capitalistas y terratenientes) competían con los hijos de los revolucionarios y los cuadros del partido en las escuelas «punto clave» para acceder a la universidad (*ibíd*.: 23-38). En los inicios de la Revolución Cultural, los estudiantes procedentes de la clase buena (a muchos de los cuales no les había ido demasiado bien académicamente) utilizaron las críticas de Mao al sistema de enseñanza «revisionista» —a causa de su elitismo y de su indebido énfasis en los criterios académicos «burgueses»— para criticar abiertamente a los profesores y directores por mostrar preferencia por los estudiantes de clase media y mala, y por atribuir demasiada importancia a los resultados de los exámenes académicos (a la vez que se condenaba también a las escuelas «punto clave» como «pequeñas pagodas de tesoros»). Los estudiantes procedentes de la clase media, sin embargo, se unieron también a la crítica a las autoridades escolares para demostrar su activismo, y a principios de 1967 habían formado sus propias unidades de la Guardia Roja (conocidas como Guardias Rojos Rebeldes), en contraposición a los Guardias Rojos Leales, donde se integraban los estudiantes de clase buena. Irónicamente, los Guardias Rojos Rebeldes tendieron a ser más radicales en su denuncia de la autoridad del partido (y quienes insistieron en su mayor lealtad a Mao) que los Guardias Rojos Leales, con quienes frecuentemente entraron en conflicto. A las filas de los Guardias Rojos Rebeldes se unirían asimismo los estudiantes de clase trabajadora, que también se sentían desfavorecidos por el sistema (*ibíd*.: 102-126).

Varios estudios recientes sobre el activismo obrero durante la Revolución Cultural —especialmente en Shanghai, el único centro urbano donde los líderes de las organizaciones obreras de masas realmente tomaron el poder, si bien sólo durante breve tiempo— han subrayado también el surgimiento espontáneo de organizaciones obreras populares que trataban de actuar de forma autónoma y colectiva defendiendo sus propios intereses (Perry y Li, 1997; Sheehan, 1998: 103-138). Aunque algunas de dichas organizaciones se hallaban vinculadas a las autoridades del PCC, otras no debían nada a los líderes del partido y cuestionaban la autoridad de éste o planteaban exigencias

socioeconómicas concretas como la de poner fin a la división entre trabajadores permanentes y temporales. Este activismo recurrió a una subcultura de disensión y oposición cuyos orígenes se remontaban a la década de 1920 y que persistió más allá de 1949.

Hay aún otro aspecto de la violencia de la Revolución Cultural, sugerido por un nuevo estudio sobre el matrimonio y el divorcio en la RPC (Diamant, 2000), donde se argumenta que las distintas concepciones del comportamiento conyugal y sexual «adecuado» configuraron diversas críticas y formas de acción colectiva. La «sexualización de la crítica política» (por la que la propaganda del partido vinculaba la conducta sexual al estatus de clase) significaba que un ataque a la cultura burguesa capitalista podía transformarse en una condena de la conducta sexual de otras clases. Los puritanos jóvenes urbanos que integraban la Guardia Roja solían lanzar feroces ataques a personas (como, por ejemplo, profesores o funcionarios destacados del partido) acusadas de contravenir los códigos sexuales (*ibíd*.: 282-292).

Finalmente, se ha descrito el fundamento de la Revolución Cultural como el intento de desenmascarar y purgar —al estilo estalinista— a los «centristas capitalistas» y a los «enemigos ocultos» (Walder, 1991: 42-46). La persecución y la violencia consiguientes no fueron, pues, aberraciones o desviaciones de los ideales originales, sino más bien el resultado natural de la mentalidad política maoísta (más influida por la cultura política estalinista de la década de 1930 de lo que hasta ahora se ha reconocido) y del objetivo intrínseco del movimiento de salvar al socialismo de las fuerzas subversivas nacionales e internacionales. Por otra parte, los radicales de toda laya implicados en la Revolución Cultural se tomaron en serio esos temores de «conspiración oculta», que dejarían de ser meramente un pretexto para vencer a los oponentes o fomentar determinados intereses particulares de grupo. Inevitablemente, sin embargo, surgió la confusión acerca de cuál era la identidad exacta de los «enemigos de clase»: podían ser miembros de las antiguas clases «explotadoras», funcionarios del partido o del gobierno corruptos, antiguos críticos de la política del partido, o, incluso, personas que disfrutaban de un estilo de vida privilegiado. Aunque algunos grupos radicales (normalmente vinculados a las organizaciones del partido e integrados por personas de la «clase buena») consideraban que el peligro provenía de fuera de las filas revolucionarias, donde se estaban infiltrando las

antiguas clases explotadoras o personas vinculadas a países extranjeros, otros (principalmente de clase media o trabajadora) hacían hincapié en el deterioro de los ideales revolucionarios en el seno del partido; un grupo más pequeño dentro de este conjunto, conocido como la Alianza Proletaria Provincial (*shengwulian*), condenaba íntegramente el sistema de poder y privilegios, y hablaba de una «burguesía roja» que gobernaba el país (*ibíd*.: 57-59).

El final de la era maoísta

El proceso gradual de reconstrucción del partido se inició en abril de 1969, en su noveno congreso, cuyo tema principal fue precisamente el de la reconstrucción. También se reabrieron las escuelas y universidades, aunque no se restauraron los exámenes de entrada a la universidad (abolidos al principio de la Revolución Cultural); los potenciales estudiantes habían de ser ahora recomendados por sus unidades de trabajo basándose en criterios políticos, y se esperaba que antes de entrar en la facultad realizaran un trabajo manual durante algún tiempo (Meisner, 1999: 362-363). En 1970, Mao, claramente incómodo con la influencia generalizada del ELP, aprobó la subordinación de los comités revolucionarios dominados por el ELP a unos recién (re)formados comités del partido (que se establecieron en todas las provincias entre diciembre de 1970 y agosto de 1971), y pidió la rehabilitación de los cuadros anteriores a la Revolución Cultural purgados en 1966-1968. Es posible que Lin Biao considerara esas medidas como un intento de reducir la influencia del ELP y, en consecuencia, como una amenaza a la base de su poder. Las críticas de Mao al modo de actuar «arrogante» y «descuidado» del ELP (especialmente en lo relativo a su participación en la Campaña para

Purificar las Filas de Clase), así como la destitución de algunos de los colaboradores de Lin de la Comisión de Asuntos Militares del partido en 1971, no hicieron sino añadir más tensión a las relaciones entre ambos (*ibíd*.: 376-384).

Hubo otras dos fuentes de desacuerdo. En marzo de 1970, Mao había declarado que el cargo de presidente del estado (vacante desde la muerte de Liu Shaoqi) debería eliminarse de la constitución; pero en el pleno de Lushan, celebrado en agosto de 1970, Lin trató sin éxito de restaurar el cargo, un paso —han afirmado algunos historiadores— que ilustraba las ambiciones de Lin

de convertirse en jefe del estado (MacFarquhar, 1991). En cualquier caso, los recelos de Mao con respecto a Lin parecieron aumentar tras el pleno de Lushan. También se produjeron desacuerdos en relación al cambio en la política exterior acaecido a partir de 1970. Mao consideraba cada vez más que la «hegemonía» soviética constituía la mayor amenaza existente a la paz mundial, especialmente tras la invasión rusa de Checoslovaquia en 1968 y los choques fronterizos ocurridos en 1969 entre tropas chinas y soviéticas, en las fronteras nororientales de China, que habían estado a punto de degenerar en una guerra abierta (Robinson, 1991). Al mismo tiempo, Mao declaraba que podría resultar deseable un acuerdo táctico con Estados Unidos, cuya intención de retirarse de Vietnam parecía reducir su carácter de amenaza. El cambio de orientación de Mao se reflejó en el llamamiento a la coexistencia pacífica y a las relaciones amistosas entre estados con diferentes sistemas sociales por parte del primer ministro, Zhou Enlai. Lin se opuso a aquella orientación, argumentando que la oposición al imperialismo debía ser la piedra angular de la política exterior de China (Yahuda, 1978: 221).

A pesar de los recelos de Lin, el secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger, fue recibido extraoficialmente en abril de 1971 con el objetivo de preparar el camino a una visita oficial a China del presidente Richard Nixon al año siguiente. En octubre de 1971 se puso fin radicalmente al aislamiento diplomático de China durante la Revolución Cultural cuando la Asamblea General de la ONU votó en favor de la admisión de la República Popular como estado miembro (hasta entonces, el lugar de China en la ONU había sido ocupado por Taiwan, que, con el apoyo de Estados Unidos, afirmaba representar al gobierno legítimo de China). Para cuando Nixon se convirtió en el primer presidente estadounidense que visitaba la República Popular, en febrero de 1972, Lin Biao había desaparecido de la vida pública. La visita de Nixon inició un proceso gradual de normalización de las relaciones chino-norteamericanas tras varias décadas de hostilidad mutua; Nixon reconoció oficialmente a

Taiwan como parte de China (afirmando el interés estadounidense en «una solución pacífica a la cuestión de Taiwan por parte de los propios chinos») y en principio aceptó retirar a las fuerzas norteamericanas de la isla (Yahuda, 1978: 228-231; Spence, 1999a: 595-600). En muchos aspectos, el restablecimiento de las relaciones con Estados Unidos constituyó uno de los más importantes legados de la era maoísta (Pollack, 1991).

¿Y qué había sido de Lin Biao? Según informes oficiales de la RPC que no se hicieron públicos hasta julio de 1972, el conflicto de Lin con Mao había alcanzado su punto culminante en septiembre de 1971, cuando Lin y sus seguidores habían tratado de organizar un golpe de estado y el asesinato de Mao. La conspiración fracasó, y aparentemente Lin Biao resultó muerto al estrellarse en Mongolia el avión en el que viajaba (posiblemente en ruta hacia la Unión Soviética). Hasta hoy, el «asunto Lin Biao» sigue estando envuelto en el misterio (sobre todo porque su cuerpo nunca fue oficialmente identificado). Por otra parte, un reciente replanteamiento del papel de Lin durante la Revolución Cultured ha cuestionado el punto de vista oficial de la RPC (del que también se hicieron eco los observadores occidentales) de que la desmesurada ambición de Lin le hizo embarcarse en una lucha de poder con Mao, afirmando que Lin se vio obligado a adquirir prominencia nacional a su pesar, que su papel durante la Revolución Cultural fue esencialmente pasivo, y que no fue un izquierdista intransigente en cuestiones de política exterior o de política económica. En última instancia, y según este replanteamiento, Lin fue una víctima de los caprichos de Mao y de las manipulaciones de su propia familia (su esposa y su hijo), que sí *fueron* ambiciosos por él (Teiwes y Sun, 1996: 4-9, 126, 131-132, 163). Curiosamente, en fecha reciente algunos historiadores del partido han empezado a pedir una visión más equilibrada del papel de Lin en la revolución, que tenga debidamente en cuenta sus logros como comandante militar durante la guerra contra Japón y la guerra civil.

Lo que sí *está* claro, sin embargo, es que, de ser el más estrecho «compañero de armas» y decidido sucesor de Mao, en 1972 Lin Biao había pasado a ser anatematizado como traidor y renegado. Tal cambio de actitud no sólo vino a aumentar la confusión y el escepticismo del pueblo (especialmente a raíz de la grotescamente retorcida propaganda que aspiraba a justificarla), sino que asimismo destruyó la fe popular en la infalibilidad de Mao.

El período comprendido entre 1971 y la muerte de Mao, en 1976, presenció una lucha feroz por la dirección política entre radicales y pragmatistas (MacFarquhar, 1991; Meisner, 1999: 392-407). Los radicales estaban encabezados por Jiang Qing (que en 1969 se convirtió en miembro del Politburó) y sus colaboradores Wang Hongwen (un antiguo obrero textil de Shanghai, elegido miembro del Politburó en 1973), Zhang Chunqiao (que alcanzó un papel prominente como presidente del Comité Revolucionario de

Shanghai en 1967, y en 1973 fue elegido miembro del Comité Permanente del Politburó) y Yao Wenyuan (un periodista del partido, elegido miembro del Politburó en 1969). Posteriormente se aludiría a este grupo como la «Banda de los Cuatro» después de que sus integrantes fueran purgados en 1976. Los pragmatistas, por su parte, apoyaban al primer ministro, Zhou Enlai, que había salido ileso de la Revolución Cultural a pesar de la crítica a la que le sometió la Guardia Roja en 1967. En 1973, Zhou logró utilizar su influencia para rehabilitar a Deng Xiaoping, que fue nombrado primer viceprimer ministro; asimismo, en enero de 1975 fue elegido miembro del Comité Permanente del Politburó.

Jiang Qing y sus partidarios disentían con frecuencia de las políticas de Zhou y Deng, que veían como una desviación de los ideales de la Revolución Cultural. En particular, criticaban la política de rehabilitación de los cuadros del partido purgados durante la revolución; el énfasis de Zhou en el desarrollo económico y científico a expensas de la ideología, ilustrado por su estrategia a largo plazo denominada de las «Cuatro Modernizaciones» (agricultura, industria, defensa nacional, y ciencia y tecnología), que había propuesto originariamente en 1964, pero de la que se trató con más detalle en el cuarto congreso del partido, celebrado en enero de 1975; y la reintroducción de unos exámenes de acceso a la universidad en los que se hacía especial hincapié en los criterios académicos. Asimismo, y en sintonía con la apertura al mundo de China tras el aislamiento diplomático de finales de la década de 1960, Zhou y Deng pusieron en marcha una estrategia económica que favorecía el crecimiento orientado a las exportaciones (constituidas principalmente por materias primas) y la importación de tecnología del mundo capitalista. Los radicales percibieron dicha estrategia como una traición al venerado concepto de la independencia.

Los radicales lograrían una victoria parcial a principios de 1976, cuando evitaron que Deng asumiera el cargo de primer ministro tras la muerte de Zhou Enlai, en enero. El puesto de primer ministro en funciones pasó a Hua Guofeng, viceprimer ministro y ministro de Seguridad Pública, quien anteriormente había sido el jefe del partido en la provincia de Hunan. Las políticas de Deng fueron cada vez más criticadas por los medios de comunicación del partido (sobre los que los radicales ejercían una considerable influencia), y sus tres documentos políticos del otoño de 1975 pidiendo la racionalización de la industria, el fortalecimiento de la autoridad

administrativa, un uso más extensivo de la tecnología extranjera, la revitalización de la enseñanza superior y la captación de intelectuales mediante el aumento de su estatus, se calificaron como las «tres hierbas venenosas». En abril de 1976, Deng fue acusado de alentar las revueltas de Tiananmen, en que miles de habitantes de Pekín protestaron agriamente por la retirada de las coronas de flores (siguiendo órdenes de los radicales) que habían sido depositadas en el monumento a los mártires de la revolución, en la plaza de Tiananmen, en memoria del recientemente fallecido Zhou Enlai. Deng fue nuevamente destituido de sus cargos. La victoria de los radicales, sin embargo, duraría poco.

El año 1976 llegó a conocerse como un año de «desastre natural y desgracia humana» (*tianzai renhuo*). A comienzos de año murió Zhou Enlai, que había sido primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores desde el establecimiento de la República Popular. En julio tuvo lugar la muerte de Zhu De, cofundador —junto con Mao— del Ejército Rojo en la década de 1920 y comandante del ELP en la década de 1940 y principios de la de 1950. Ese mismo mes, un enorme terremoto sacudió Tangshan (situada a unos 170 kilómetros al sureste de Pekín), en el que perdieron la vida más de 650.000 personas. En septiembre falleció el propio Mao después de una larga enfermedad, durante la cual no había desempeñado ningún papel significativo en la política del país. La muerte de Mao marcó el final de una época en la moderna historia de China, pero su legado resultó ambivalente. Había forjado una estrategia revolucionaria que llevó al PCC al poder y dio como resultado la creación de la República Popular China. Después de varias décadas de caos interno, desunión y guerra civil, y de un siglo de explotación e injerencias imperialistas, China era de nuevo un estado-nación auténticamente independiente y unificado. En palabras de Mao, China «finalmente se había levantado». Pero a partir de mediados de la década de 1950 Mao se había situado cada vez más por encima del partido, convencido de que sus ideas y su visión bastaban para guiar a China en su camino al socialismo. El resultado lógico de ello fue la puesta en marcha de la Revolución Cultural, que constituía un ataque a gran escala al mismo partido que él había ayudado a construir. Aunque Mao confiaba en crear una nueva sociedad socialista, la Revolución Cultural trajo la violencia y el caos a las ciudades, así como un indecible sufrimiento para miles de intelectuales, escritores y artistas, acusados de revisionistas.

En términos económicos, el balance de la era maoísta presenta resultados mixtos. Un historiador considera que el desarrollo económico de China se puede comparar favorablemente con el de Rusia, Alemania y Japón en etapas paralelas de industrialización (Meisner, 1999: 417); así, por ejemplo, la producción industrial entre 1952 y 1977 creció a una tasa media anual del 11,3 %, un índice de crecimiento tan elevado como el alcanzado por cualquier país durante un período comparable de la época moderna (*ibíd*.: 415), si bien habría que señalar que dicho incremento se logró al precio de unos índices de inversión extremadamente altos: entre 1970 y 1976 la inversión representó el 31-34 % de la renta nacional (Joseph, Wong y Zweig, 1991: 7). De forma más ambivalente, al final de la era maoísta la RPC era una potencia nuclear y fabricaba misiles balísticos intercontinentales (tras haber realizado su primera prueba atómica en 1964 y haber lanzado su primer satélite en 1970). Los últimos años de la época maoísta presenciaron también una expansión del comercio exterior y un aumento en las importaciones de tecnología extranjera: entre 1969 y 1975, por ejemplo, el valor del comercio exterior aumentó de los 4.000 millones a los 14.000 millones de dólares anuales, mientras que entre 1972 y 1975 la RPC importó plantas industriales enteras (valoradas en 2.800 millones de dólares) de Japón y Europa occidental.

Por su parte, cuando murió Mao los trabajadores urbanos habían ganado muy poco. A principios de la década de 1970, por ejemplo, se habían anulado innovaciones de la Revolución Cultural tales como la eliminación de normas y papeleos «irrazonables» en la organización de las fábricas y la participación obrera en la gestión (a través de los comités revolucionarios de fábrica). El sistema anterior a la Revolución Cultural, basado en la explotación de trabajadores temporales y en contrata, seguía estando vigente, así como la estructura salarial básica. A mediados de la década de 1970 cundió el malestar obrero, con paros y huelgas de brazos caídos especialmente graves en la ciudad de Hangzhou (hasta el punto de que hubo que enviar al ejército a restaurar el orden). Las organizaciones sindicales oficiales del PCC (desmanteladas durante la Revolución Cultural) también habían sido restauradas en 1973, reemplazando o absorbiendo a los congresos representativos de los trabajadores establecidos durante la revolución (Meisner, 1999: 363-366).

El crecimiento agrícola durante la era maoísta fue más modesto que el de la industria, manteniendo apenas el mismo ritmo que el incremento medio de

población anual (*ibíd*.: 416). Durante la propia Revolución Cultural la organización rural apenas se vio afectada a pesar del fomento del «radicalismo agrario» durante esa época (Zweig, 1991: 64-65). Éste implicaba un intento de limitar las parcelas privadas, de restringir los mercados rurales y de hacer de la brigada de producción (en lugar del equipo) la unidad contable; el símbolo de dicho «radicalismo agrario» fue la brigada de producción de Dazhai, en la provincia de Shanxi, donde las cuestiones laborales se determinaban mediante discusión pública y compromiso ideológico, y cuyo líder campesino, Chen Yonggui, fue elegido miembro del Politburó en 1973 (significativamente, con la llegada de las reformas del mercado y de la descolectivización a partir de 1978, el modelo de Dazhai sería rechazado, y Chen —que era, en el mejor de los casos, un representante simbólico— fue destituido del Politburó). De hecho, y tal como ha señalado un estudio, la política rural durante la Revolución Cultural (en términos de organización y de extracción de cereales) fue «notablemente estable» (Yang, 1996: 241). El equipo de producción siguió siendo la unidad contable, mientras que numerosas unidades rurales restauraron subrepticiamente algún tipo de sistema de responsabilidad familiar, previamente adoptado en el período inmediatamente posterior al Gran Salto Adelante, pero suprimido con el inicio de la Revolución Cultural.

Lo que sí se dio durante la Revolución Cultural, sin embargo, fue un resurgimiento de la política de industrialización del campo puesta en práctica con el Gran Salto (Meisner, 1999: 359-361; 378-379). Durante este período proliferaron las pequeñas fábricas productoras de cemento, hierro en lingotes y fertilizantes químicos. En 1976 la industria rural era responsable del 50 % de toda la producción de fertilizantes, así como de una parte significativa de la maquinaria agrícola; a finales de la década, 800.000 empresas industriales rurales, junto con 90.000 estaciones hidroeléctricas, daban empleo a 24 millones de trabajadores y producían el 15 % del valor bruto de la producción industrial (Wong, 1991: 183). También se asignaron más recursos médicos y educativos a las áreas rurales: a mediados de 1970 el personal paramédico rural superaba el millón de personas, mientras que entre 1966 y 1976 también se incrementaron las matriculaciones en las escuelas primarias (Meisner, 1999: 360-362). Dado que hacia el final de la era maoísta cerca de 20 millones de campesinos se habían convertido en obreros industriales a tiempo completo o parcial, resulta evidente que el proceso de «proletarización» del

campesinado —que, según afirma un estudio, no empezó hasta la puesta en marcha de las reformas posmaoístas bajo el gobierno de Deng Xiaoping (Zweig, 1989)— en realidad se había iniciado ya durante los últimos años de la vida de Mao.

Políticamente, y como en el caso de los trabajadores urbanos, la Revolución Cultural no significó la transformación de la vida campesina. Aunque al comienzo de la Revolución Cultural se habían establecido comités tripartitos (integrados por campesinos pobres, cuadros del partido y soldados desmovilizados del ELP) encargados de regir las comunas y las brigadas, en última instancia éstos estaban subordinados a los restaurados comités del partido, cuyos líderes solían ser los mismos que los de los comités tripartitos. Las asociaciones de campesinos pobres y de clase media baja también se reactivaron, pero sólo se convocaban a voluntad de los comités del partido.

El sucesor de Mao en la presidencia del partido fue Hua Guofeng (en abril de 1976 había sido nombrado vicepresidente primero), que conservó también su cargo de primer ministro. Evidentemente, los radicales esperaban que Hua fuera un mero testaferro que les permitiría controlar la política. Sin embargo, dado que los radicales estaban en minoría en el Politburó y que su influencia en la burocracia y en el ejército seguía siendo limitada (si bien conservaban el control sobre determinados órganos de propaganda del partido), su posición seguía siendo vulnerable. Apenas un mes después de la muerte de Mao, Hua, con el apoyo de los militares, había logrado hacer arrestar a la Banda de los Cuatro bajo la acusación de intentar un golpe de estado (aparentemente Jiang Qing y Zhang Chunqiao habían tratado de conseguir el apoyo de las milicias urbanas de Shanghai en su enfrentamiento con Hua). En julio de 1977 se habían restituido sus antiguos cargos a Deng Xiaoping, quien además era nombrado vicepresidente del partido. Así, se habían sentado ya las bases para un cambio de dirección radical.

Capítulo 7:
EL ORDEN POSTMAOíSTA

Tras un breve «interregno» después de la muerte de Mao en el que su sucesor, Hua Guofeng, trató de continuar con las políticas maoístas (Gardner, 1982; Hsu, 1990), en 1978 un cambio de dirección encabezado por Deng Xiaoping y sus aliados dio inicio a un largo y tortuoso proceso de desmantelamiento de la herencia maoísta que aspiraba a elevar el nivel de vida, potenciar la credibilidad del partido y crear una economía vigorosa y modernizada (Lieberthal, 1995: 124-127). Aunque, hasta cierto punto, algunos de los cambios o bien recordaban a las iniciativas de principios de la década de 1960 (por ejemplo, en el ámbito de la agricultura), o bien representaban la consolidación de tendencias ya iniciadas durante los últimos años de Mao (por ejemplo, en el ámbito de la política exterior), las reformas orientadas al mercado, la política de «puertas abiertas» destinada a alentar las inversiones extranjeras y establecer vínculos más estrechos con el mundo capitalista, y el relajamiento del control estatal de la cultura, la sociedad y la economía, constituyeron una transformación lo suficientemente drástica como para que un observador, a finales de la década de 1980, describiera el período pos-maoísta como una «segunda revolución» (Harding, 1987) —una expresión que el propio Deng Xiaoping utilizaría en 1985—, y para que en 1994, tres años antes de la muerte de Deng, otro observador concluyera que el legado maoísta había sido completamente «enterrado» (Baum, 1994).

Esos cambios vinieron acompañados por el rechazo de otras contraseñas maoístas relativas a la enseñanza, a la naturaleza del ELP y a la política demográfica. Asimismo, durante la década de 1980 la reforma política también formó parte de la agenda. El papel de Mao en la revolución china se reinterpretó de modo que se tuviera en cuenta lo que ahora se percibía como los «diez años malos» de la Revolución Cultural (1966-1976), lo que trajo como consecuencia una cierta «desmitificación» de su pensamiento. Al

mismo tiempo, los reformistas del partido pidieron la aplicación de un «legalismo socialista», encareciendo al partido a realizar sus actividades «dentro de los límites permitidos por la constitución y las leyes del estado» (Tsou, 1986: 308). Se condenaron los cargos vitalicios para los líderes del partido, los privilegios especiales para los cuadros y la excesiva centralización del poder, mientras que el propio proceso político se vio ampliado por la revitalización o el restablecimiento de instituciones tales como el Congreso Nacional del Pueblo y la Conferencia Consultiva Política del Pueblo Chino.

Los cambios de la década de 1980 se contemplaron de forma algo distinta por parte de los observadores occidentales contemporáneos. Así, un estudio —haciendo hincapié en el relajamiento del control estatal, la mayor flexibilidad ideológica y una cierta ampliación de la participación política— describía la China posterior a Mao como un «régimen autoritario consultivo» (Harding, 1987), mientras que otro aludía a una «restauración capitalista», en la que se revivían rasgos del orden económico y social anterior a 1949 (Chossudovsky, 1986). Los cambios acaecidos a partir de 1978 se situaron también en el contexto más amplio del siglo XX, subrayando los paralelismos con anteriores intentos de modernización económica, construcción nacional y reforma autoritaria que habían constituido un rasgo característico de todos los regímenes a partir de la última década de la dinastía Qing (Cohen, 1988).

El proceso de reforma, no obstante, situaba al PCC ante dos dilemas fundamentales dada su presuposición explícita de que la primacía del gobierno monopartidista no se cuestionaría nunca. En primer lugar, ¿cómo habría de actuar el partido para alentar la participación de grupos más amplios de personas, revigorizar unas instituciones políticas moribundas y diferenciar claramente el partido del gobierno sin poner en peligro el control global del primero?; y en segundo término, ¿cómo habría de relajar su control sobre la sociedad y la economía (con el fin de «liberar» las fuerzas productivas) sin incurrir en los peligros de un materialismo craso y el debilitamiento del espíritu colectivo, las desigualdades económicas regionales y locales, la corrupción burocrática, el resurgimiento de las costumbres y prácticas «feudales», y la potencial «infección» de las decadentes influencias occidentales? Las tensiones causadas por el proceso de reforma culminarían en los movimientos de protesta de estudiantes y trabajadores en 1989 (aunque unos y otros con diferentes objetivos) y su brutal represión por parte del partido y del ejército. La crisis de 1989, sin embargo, no interrumpió durante

mucho tiempo el intento del partido de modernizar la economía a través de una reforma orientada al mercado cada vez más generalizada y de unos vínculos más estrechos con el mundo capitalista.

El «Cambio de Dirección Histórico» de 1978

Durante un breve período a partir de 1976, Hua Guofeng, como sucesor «elegido» de Mao, disfrutó del honor de haber salvado al partido y al país de las maquinaciones de la Banda de los Cuatro, incluso hasta el punto —se insinuaría más adelante— de fomentar un «mini» culto a la personalidad en sí mismo. El heroico papel de Hua fue específicamente elogiado en una reunión del comité central celebrada en julio de 1977, en la que los integrantes de la Banda de los Cuatro fueron oficialmente expulsados del partido como «ultraderechistas» y «contrarrevolucionarios» (aunque, significativamente, en 1979, cuando se inició el proceso de crítica de la Revolución Cultural y de cuestionamiento del propio legado maoísta, se condenó a la Banda de los Cuatro por *ultraizquierdista*). Sin embargo, y de forma amenazadora para Hua, sin embargo, la reunión de 1977 del comité central que aprobó oficialmente la posición de Hua como sucesor de Mao, aprobó también el retorno de Deng Xiaoping, que se convertiría en miembro del Comité Permanente del Politburó, vicepresidente del partido, viceprimer ministro, y jefe del estado mayor del ELP. Dado que había sido una de las víctimas más destacadas de las purgas de la Revolución Cultural y que estaba decidido a efectuar un cambio de dirección fundamental, Deng Xiaoping estaba condenado a chocar con Hua, que seguía identificándose con el legado maoísta y que había alcanzado un papel prominente con la Revolución Cultural: en 1966 había sido secretario adjunto del partido en la provincia de Hunan, pero en 1973 era ministro de seguridad pública y miembro del Politburó (Harding, 1987: 50-51). Aunque Hua anunció oficialmente el final de la Revolución Cultural en 1977, siguió elogiando sus logros (por ejemplo, en los ámbitos de la enseñanza, la sanidad pública, y el arte y la literatura), e incluso declaró que en el futuro se podrían producir otros movimientos por el estilo (*ibíd*.: 54).

A principios de 1978, Hua anunció un ambicioso programa decenal de desarrollo industrial y agrario, redactado en términos maoístas que hacían hincapié en el papel del «espíritu revolucionario» como guía de la modernización (una interesante diferencia con la era maoísta era que el plan

de Hua implicaba la utilización de inversiones extranjeras del mundo capitalista avanzado para financiar los proyectos de industria pesada) (White, 1993: 25-27; Baum, 1994: 54-56). Durante todo el año 1978 Deng Xiaoping y sus colaboradores socavaron la posición de Hua criticando implícitamente la obediencia ciega al pensamiento de Mao y utilizando, irónicamente, eslóganes tales como «la práctica es el único criterio de verdad» y «busca la verdad en los hechos», que se inspiraban en los propios textos de

Mao. Se ha reconocido oficialmente que el tercer pleno del undécimo * comité central del partido, celebrado en diciembre de 1978, marcó el paso decisivo hacia la revaluación del legado maoísta y sus políticas. En vísperas del propio pleno, el partido declaró que las protestas de Tiananmen de abril de 1976, que habían sido condenadas como «contrarrevolucionarias», eran de hecho «revolucionarias», juicio que ponía a Hua en una situación incómoda, ya que en aquella época él había estado a cargo de la seguridad y había sido el responsable de reprimir las protestas (Dittmer, 1991: 24). En el pleno, Hua se vio obligado a realizar una «autocrítica» por su servil adhesión a lo que se conocía como los «Dos Cualesquiera» (en 1977 un editorial oficial había declarado que «apoyamos firmemente cualquier decisión que tomara Mao, seguimos inquebrantablemente cualquier enseñanza de Mao», un principio que el propio Hua había enunciado en octubre de 1976), y algunos de los colaboradores de Deng fueron elegidos miembros del Politburó. También se declaró el final de la «lucha de clases» y se subrayó la prioridad de la «modernización socialista» (que incluía la adaptación al *mercado* además de al plan estatal).

Durante el transcurso del tercer pleno, el respaldo a la posición de Deng se manifestó bajo la forma del movimiento «Muro de la Democracia», cuando aparecieron en Pekín diversos carteles murales criticando los excesos de la Revolución Cultural y pidiendo la reforma del partido. También se publicaron en esa misma época varias revistas extraoficiales. Un antiguo activista de la Guardia Roja, Wei Jingsheng, incluso propuso que se instaurara la «democracia» como una «Quinta Modernización» (Nathan, 1985: 16-34). Para Deng, siempre temeroso del *luán* («desorden, caos») y de la ruptura del control centralizado del partido, que había presenciado personalmente durante la Revolución Cultural, tales ideas iban demasiado lejos, y el movimiento (que al principio es posible que fuera tolerado extraoficialmente por Deng y sus partidarios) fue abruptamente reprimido en marzo de 1979; varios

activistas, incluido Wei Jingsheng, fueron arrestados, y las revistas extraoficiales se clausuraron. En octubre de 1979 Wei fue sentenciado a quince años de cárcel por filtrar información secreta a extranjeros y publicar declaraciones «contrarrevolucionarias». Al igual que ocurriera tras la campaña de las Cien Flores en 1957, el partido impuso límites a las potenciales críticas insistiendo en que a partir de ese momento cualquier opinión había de atenerse a los Cuatro Principios (apoyo a la vía socialista, dictadura democrática del pueblo, liderazgo del partido, y «marxismo-leninismo-pensamiento de Mao Zedong»).

Entre 1978 y 1981, la posición de Hua Guofeng se hizo cada vez más vulnerable. En 1979 su ambicioso plan decenal quedó prácticamente descartado (en 1978 éste había generado un índice de inversión en la industria pesada equivalente al 37,5 % de la producción nacional, el mayor en toda la Historia de la República popular China con la excepción del período del Gran Salto Adelante), y se prestó más atención a la mejora del nivel de vida de las áreas rurales: así, por ejemplo, se incrementaron los precios que el estado pagaba a los campesinos por las compras de cereales, y se aumentaron los límites al tamaño de las parcelas privadas que podían cultivar las familias campesinas; anteriormente, en 1977, se había concedido un aumento salarial del 10 % a los trabajadores no agrícolas (el primer incremento salarial en toda una década). Asimismo, en 1978-1980 se dieron los primeros pasos para descolectivizar la agricultura e introducir la autonomía de gestión en las empresas públicas urbanas. El énfasis de Deng Xiaoping en «el mando de la economía» obtuvo la aprobación del quinto pleno del undécimo comité central del partido, celebrado en febrero de 1980, en el que dos de sus partidarios clave —Zhao Ziyang (n. 1919), antiguo secretario del partido en la provincia de Guangdong y a la sazón jefe del partido en la de Sichuan, y Hu Yaobang (1915-1989), que había sido comisario político a las órdenes de Deng durante la guerra civil— fueron elegidos miembros del Comité Permanente del Politburó. En agosto de 1980, y en sintonía con la propuesta de Deng de que se separaran claramente las funciones del partido y del gobierno, Hua había renunciado al cargo de primer ministro y era reemplazado por Zhao Ziyang (el propio Deng renunció al cargo de viceprimer ministro en esa misma época). En el transcurso del año 1980, asimismo, varias destacadas víctimas de la Revolución Cultural, como Liu Shaoqi, fueron rehabilitadas póstumamente. Sin embargo, y de forma

significativa, las políticas de reforma económica de Deng no se extendieron a las libertades políticas. Así, las «Cuatro Libertades» (de hablar libremente, de expresar los propios puntos de vista, de escribir *dazibao* y de participar en grandes debates), así como el derecho de huelga, que en 1975 se habían introducido en la nueva constitución del estado (que reemplazaba a la de 1954), se eliminaron de la constitución revisada de 1982 (Meisner, 1999: 436-437).

Se ha descrito el período 1978-1980 como un período caracterizado por «la interrupción explícita y la crítica implícita de la Revolución Cultural» (Dittmer, 1991: 21), pero aún quedaba por afrontar la cuestión del propio papel de Mao en el movimiento. Cuando se sometió a juicio a la Banda de los Cuatro entre noviembre de 1980 y enero de 1981 (para mostrar la nueva era de «legalidad socialista»), bajo la acusación de procesar a millones de personas durante la Revolución Cultural, Jiang Qing desafió al tribunal especial de treinta y cinco jueces (integrado por representantes escogidos del partido, el gobierno y las instituciones militares), mostrándose impenitente e insistiendo en que ella y sus colaboradores sólo habían seguido las instrucciones de Mao. Los violentos intercambios de palabras entre Jiang y los jueces incluso fueron captados por la televisión, que mostró los aspectos más destacados del juicio. El tribunal impuso penas de muerte, suspendidas durante dos años, a Jiang Qing (quien más tarde moriría en la cárcel, en 1991, supuestamente por suicidio) y a Zhang Chunquiao, y largas condenas de prisión a los demás, pero incluso en el último momento Jiang se mostró desafiante, gritando consignas maoístas de la Revolución Cultured —como *zaofan you daoli* («rebelarse está justificado»)— mientras los guardias armados la sacaban a rastras de la sala (Terrill, 1999: 334-335).

La condena de la Revolución Cultural hecha pública mediante el juicio perjudicó aún más a Hua, pero el dilema planteado por las referencias de Jiang Qing a Mao seguía vigente. Este se resolvió finalmente en la sexta sesión plenaria del undécimo comité central, celebrada en junio de 1981. Fue en esa reunión en la que Deng logró hacer que su protegido, Hu Yaobang, sucediera a Hua como presidente del partido (Hua fue degradado a vicepresidente adjunto, y en 1982 había sido expulsado del Politburó). Asimismo, y de manera más significativa, la reunión adoptó la «Resolución sobre ciertas cuestiones de la historia de la República Popular», donde, aunque se reconocían los grandes logros de Mao como revolucionario y como

líder del PCC, se señalaba que a partir de 1955 había cometido «errores» como resultado de haber perdido el contacto con las necesidades y deseos de las masas. Eso había llevado inevitablemente a los «diez años malos» de la Revolución Cultural y al fomento del culto a la personalidad. La resolución dejaba claro, no obstante, que las aportaciones de Mao superaban a sus errores, y que su pensamiento (definido ahora como la «cristalización del saber *colectivo* del partido») seguiría constituyendo la guía de acción del PCC. No podría haber sido de otro modo. En una época en la que predominaba un escepticismo generalizado respecto al partido e incluso se cuestionaba la viabilidad del propio socialismo, en lo que la prensa oficial calificaba de una «crisis de fe» (*xinyang weiji*), no se podía echar a Mao —tan estrechamente identificado con la revolución y con el PCC— por la borda. Esta «crisis de fe» afectaba especialmente a las personas cuya edad rondaba la treintena, muchas de las cuales habían sido activistas de la Guardia Roja, y que ahora sentían que habían sido cínicamente manipuladas y luego rechazadas por el partido; en realidad, entre 1966 y 1976 hasta 17 millones de jóvenes de las zonas urbanas habían sido enviados a las áreas rurales, y, en consecuencia, habían perdido la oportunidad de recibir una educación superior, convirtiéndose de hecho en una «generación perdida» (Meisner, 1999: 369). Deng y sus partidarios eran también profundamente conscientes de que algunos elementos del ELP seguían respaldando la Revolución Cultural, respaldo que existía también en provincias como Guangxi y Yunnan (Dittmer, 1991: 33-34).

No obstante, la Resolución de 1981 había rechazado varias consignas ideológicas maoístas, incluyendo las ideas de que la «lucha de clases» debía continuar tras el establecimiento de un estado socialista, de que debería surgir una «clase burocrática» en el seno del partido, y de que habrían de aparecer «contradicciones» entre el partido y el pueblo. Un historiador afirma que la Resolución representó el «principal punto de referencia» en el rechazo del concepto maoísta de «revolución permanente» (Dittmer, 1987: 259). La principal contradicción que se percibía ahora era la existente entre las fuerzas productivas «atrasadas» (es decir, el estado subdesarrollado de la economía) y el sistema socialista. En 1981 se consideraba que la RPC se hallaba en «el estado primario del socialismo»; en septiembre de 1986, el primer ministro Zhao Ziyang señalaba que dicha etapa duraría todavía mucho tiempo debido a la baja productividad del país y 2d subdesarrollo de la economía de producto:

cualquier medida que potenciara las fuerzas productivas se consideraría beneficiosa para el sistema socialista (en diciembre de 1984, el periódico oficial del PCC *Renmin Ribao* —«Diario del Pueblo»— afirmaba que «no podemos esperar que los escritos de Marx y Lenin de aquella época nos proporcionen las soluciones a nuestros problemas»). En 1988, una enmienda a la constitución declaraba específicamente que el estado permitía que existiera y se desarrollara la economía privada dentro de los límites de la ley.

Asimismo, a partir de 1981 se dio el espaldarazo oficial a la «desmitificación» de Mao, que se había iniciado ya a finales de la década de 1970. Las copias del *Pequeño libro rojo* habían ido desapareciendo poco a poco desde 1978, al tiempo que se abandonaba el uso de citas de Mao en las portadas de los periódicos. A principios de la década de 1980 se eliminaron la mayoría de los retratos de Mao de los lugares públicos (aunque no el que adornaba la Puerta de Tiananmen, en la entrada a la Ciudad Prohibida). A finales de la década de 1980 y principios de la de 1990, sin embargo, se había apoderado de la población una especie de nostalgia de Mao —conocida como «fiebre de Mao» (*Mao re*)—, en parte como respuesta al creciente desencanto frente a la cada vez mayor corrupción oficial que habían engendrado las políticas de reforma económica de Deng (Barmé, 1996a: 4). El culto a la personalidad de Mao se condenó de manera rotunda en 1981, y, significativamente, el propio Deng Xiaoping (a pesar de que se le calificaba de «líder supremo de China») nunca ocupó los cargos superiores de presidente del partido o de primer ministro del estado. De forma bastante parecida a la emperatriz viuda Cixi a finales del siglo XIX, Deng ejerció su influencia «entre bastidores». Ello no impidió, sin embargo, que se publicaran y se citaran ampliamente las *Obras selectas* de Deng, y que en 1983 su pensamiento se proclamara la ideología guía para «construir un socialismo con características chinas».

El impacto inicial de la reforma

Fue en el ámbito de la agricultura donde las políticas de reforma tuvieron su impacto más significativo. En 1978 se iniciaron experimentos con un sistema de «responsabilidad familiar», en los que la familia campesina individual —en lugar del equipo de producción— se convirtió en la unidad de producción, y en 1983 la mayoría de los hogares campesinos se habían encuadrado en dicho sistema (Meisner, 1999: 460-462). Las familias podían

ahora firmar contratos con el equipo de producción, así como tomar tierras de éste en arriendo; todas las decisiones relacionadas con la inversión y la producción se tomaban en la unidad familiar, y, tras cumplir con sus obligaciones para con el estado, ésta podía disponer de sus cosechas en un dilatado mercado libre rural (White, 1993: 100-101). Mientras que en la era maoísta se había obligado a los campesinos a concentrarse en la producción de cereales, ahora se permitían pautas de cultivo más diversas. En 1979-1980 se congelaron las cuotas estatales para permitir a los campesinos vender una parte mayor de la producción que superaba su cuota de producción anual a precios superiores: en 1986, el 18 % de todos los productos agrícolas comercializados eran vendidos directamente por los campesinos en mercados libres (Harding, 1987: 130). En 1985, las compras estatales obligatorias de algodón y cereales se habían reemplazado por un sistema de contratos de adquisición más voluntarios. Por otra parte, en 1984 nuevas regulaciones permitían que las tierras se contrataran por un período de hasta quince años (además de permitir la contratación de trabajadores ajenos a la familia), plazo que se ampliaría a cincuenta años en 1987; por entonces, dichas tierras contratadas también se podían transmitir (es decir, más o menos dejar en «herencia») a otros miembros de la familia en lugar de devolverlas al equipo de producción. Las reformas aprobaron también la formación de «familias especializadas» en el campo, que participaban exclusivamente en la industria y el comercio rurales privados, o que proporcionaban servicios rurales (podían «arrendar» sus tierras contratadas a otras familias campesinas). A finales de 1983 había 25 millones de tales familias «especializadas» (Gittings, 1989: 139).

Estas reformas tuvieron como resultado un aumento generalizado de la renta en las zonas rurales a principios de la década de 1980, aunque inevitablemente surgieron desigualdades debido a la enorme variedad de condiciones y de climas entre unas regiones o lugares y otros (*ibíd*.: 143). También llevaron prácticamente al desmantelamiento de la comuna y al consiguiente declive de los servicios de bienestar colectivos (Davis, 1989); incluso la maquinaria agrícola de propiedad colectiva, como los tractores, se podía «alquilar» ahora a las familias individuales.

La reforma urbana se inició con la reducción del número de productos industriales vendidos a precios fijos (también se suprimió el control estatal del precio de la carne, el pescado y las verduras), y a continuación se permitió

una mayor autonomía de gestión (en áreas como los salarios y las inversiones) y la retención de beneficios en las empresas de propiedad pública. En 1985, se contravino el venerado principio del «cuenco de arroz de hierro» (*tie wanfan*), que garantizaba un empleo permanente a los trabajadores del sector público, al permitir a los administradores una mayor «flexibilidad» a la hora de contratar y despedir mano de obra. Ahora se esperaba que las empresas públicas fueran más rentables que en el pasado, y durante la década de 1980 algunas de ellas recurrieron a la venta de acciones (tanto a empleados como a no empleados) con el fin de aumentar el capital de inversión. También surgió un sector empresarial privado en los centros urbanos, lo que ayudó a abordar el desempleo surgido como resultado de la afluencia a las ciudades de los jóvenes a los que en el pasado se había enviado al campo (en 1981, 26 millones de residentes urbanos estaban desempleados); la mayoría de los restaurantes, tiendas de venta al público y empresas de servicios abiertos a partir de 1978 eran de propiedad privada (y podían contratar mano de obra) (Dittmer, 1987: 242-243). A finales de 1986 había más de 12 millones de empresas privadas; una de las de mayor éxito era la empresa informática Stone Group, con sede en Pekín, cuyo presidente, Wang Runnan, se convertiría en un destacado partidario del movimiento de protesta estudiantil de 1989 (White, 1993: 216). Asimismo, un número cada vez mayor de mujeres trabajaban en el servicio doméstico, una ocupación que hasta entonces se había considerado inapropiada para una sociedad socialista.

Del mismo modo que las reformas rurales realizadas a partir de 1978 tenían precedentes en las medidas estilo *laissez—faire* adoptadas en el campo a principios de la década de 1960 (como reacción contra las políticas del Gran Salto Adelante), pero fueron mucho más allá en la introducción de elementos de una economía orientada al mercado, así también la «política de puertas abiertas» emprendida a partir de 1978 se basaba en el cambio de actitud respecto a las relaciones de China con el mundo exterior que tuvo lugar durante los últimos años de la vida de Mao, pero aprobó medidas más radicales de las que Mao probablemente habría tolerado. Distanciándose del concepto maoísta de independencia y en sintonía con la idea de Deng de que la RPC había de incrementar sus vínculos con el mundo capitalista, en 1979 se aprobó una ley de empresas conjuntas, que permitía la inversión extranjera directa en empresas chinas tales como los hoteles. En 1980 se crearon las primeras Zonas Económicas Especiales en las provincias de Guangdong y de

Fujian (Shenzhen, Zhuhai, Xiamen, Shantou), regiones orientadas al procesamiento para la exportación utilizando capital y tecnología extranjeros, y en las que se podían establecer empresas de propiedad extranjera. A los inversores extranjeros se les proporcionaron incentivos tales como los bajos índices en el impuesto sobre la renta y la posibilidad de exención de los beneficios netos, y se les aseguró la disponibilidad de mano de obra barata. En 1984, catorce ciudades costeras se habían declarado «abiertas» a la inversión extranjera directa (irónicamente, algunas de ellas, como Shanghai, Cantón, Ningbo y Fuzhou, habían sido antiguos puertos francos en el siglo XIX), y en ellas el capital extranjero podía establecer filiales de propiedad plena y empresas conjuntas. A finales de la década de 1980 la política costera abierta representada por las Zonas Económicas Especiales se había extendido a toda la costa, al tiempo que —como ha señalado un análisis— se vaciaba de contenido el significado económico del «socialismo» (Crane, 1996: 157-161).

El establecimiento de relaciones diplomáticas plenas entre China y Estados Unidos en 1979 (Estados Unidos rompió sus vínculos oficiales con Taiwan y derogó el Tratado de Defensa Mutua de 1954, aunque la venta de armas a la isla continuó) inició también un proceso de mayor interacción con la comunidad internacional (el propio Deng visitó Estados Unidos entre enero y febrero de 1979). Ya a finales de 1978 Pekín había declarado que aceptaría créditos directos y ayudas al desarrollo del extranjero, y en los años siguientes se unió a varias instituciones financieras internacionales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. La política exterior en general se hizo mucho más pragmática a partir de 1978; resulta significativo, por ejemplo, que la Teoría de los Tres Mundos enunciada en 1974 por Deng Xiaoping ante la asamblea general de la

ONU como la visión que en aquel momento tenía China del mundo (y que identificaba a China con los países en vías de desarrollo de Asia, África y Latinoamérica, en contraposición al «Primer Mundo», integrado por la Unión Soviética y Estados Unidos, y el «Segundo Mundo», que comprendía el resto de los países desarrollados) (Yahuda, 1978: 238-240) apenas se mencionara después de 1980. A partir de 1978 no sólo se incrementó el comercio exterior —por ejemplo, la proporción de exportaciones en relación a la producción nacional aumentó de menos del 6 % en 1978 a cerca del 14 % en 1986—, sino que éste pasó a dirigirse cada vez más hacia el mundo capitalista desarrollado de Norteamérica y Asia oriental (Japón y Corea del Sur) (Harding, 1987: 139-

144). Esta pauta se duplicó en lo relativo al destino de los estudiantes chinos en el extranjero. Mientras que en la década de 1950 la mayoría de ellos habían ido a estudiar a la Unión Soviética, la mitad de los 38.000 que fueron al extranjero entre 1978 y 1985 fueron a Estados Unidos, la mayoría a realizar estudios de ciencia, tecnología y administración de empresas (*ibíd*.: 155).

También las políticas militar, de enseñanza y demográfica se vieron afectadas por el cambio de dirección realizado a partir de 1978. Poco después de la visita de Deng Xiaoping a Estados Unidos en enero-febrero de 1979, el ELP lanzó un ataque al Vietnam comunista tras un período de tensión entre los dos países: el tratado que Vietnam había firmado con la Unión Soviética en 1978, y su invasión de Camboya más tarde ese mismo año, despertaron en Pekín el temor a una expansión de la «hegemonía» soviética en la región, mientras que el trato discriminatorio que Vietnam dispensaba a su población de etnia china, obligando a más de 100.000 personas a huir del país, había sido denunciado con vehemencia por los líderes de la RPC. El importante número de víctimas que había sufrido el ELP para cuando se declaró el alto el fuego, en marzo de 1979, hizo que apremiaran aún más las voces que pedían la revisión de la doctrina militar maoísta y la transformación del ELP en una fuerza moderna y profesionalizada. El concepto maoísta de «guerra del pueblo», por ejemplo, con su énfasis en la movilización popular y las tácticas guerrilleras, ya no se consideraba apropiado para responder a una potencial invasión; en lugar de ello, ahora se consideraba fundamental para proteger la seguridad de China disponer de un ejército altamente profesional, racionalizado y bien equipado, que ya no estuviera subordinado a preocupaciones políticas o ideológicas (Joffe, 1987: 78-81, 95). En 1984 se restauraron los rangos (abolidos en 1965), y a partir de entonces los oficiales se habrían de formar en nuevas academias militares. La milicia (tan cara a Mao) también fue abolida como entidad separada, y se convirtió en una fuerza de reserva del ELP (*ibíd*.: 121-133). Asimismo, se redujo la influencia de los militares en el partido: en septiembre de 1985, por ejemplo, el ELP ocupaba sólo el 13 % de los asientos del comité central, mientras que en 1969 disponía del 50% (*ibíd*.: 160-161). Curiosamente, sin embargo, la prioridad del desarrollo de la economía significaba que, además de reducir el número de soldados de cuatro a tres millones en 1985-1986, durante toda la década de 1980 no se produjo ningún incremento sustancial en los presupuestos de defensa; asimismo, las industrias de defensa se convirtieron en productoras de

bienes civiles (*ibíd*.: 102; Baum, 1994: 189).

También la política educativa volvió la espalda al pasado de la Revolución Cultural. Se otorgó una mayor preponderancia al papel *económico* de la educación, y se dio prioridad a la formación de una elite cualificada en colegios y universidades competitivos, una estrategia que fue plenamente apoyada por las misiones de la UNESCO y del Banco Mundial que visitaron el país en 1980. Se introdujeron exámenes nacionales estandarizados (que imponían límites de edad, y, en consecuencia, desincentivaban el regreso de los «jóvenes» del campo, ya que éstos resultaban ahora demasiado «viejos» para realizarlos) y carreras de cuatro años, y se abolió la exigencia obligatoria del trabajo manual como parte del currículo (Bastid, 1984: 189-190). Por otra parte, 98 de las 715 instituciones de enseñanza superior se calificaron como «puntos clave» (*zhongdian*), y pasaron a tener prioridad en la elección de estudiantes y en la asignación de recursos. Dichas instituciones, a su vez, se alimentaban de toda una red de escuelas de primaria y de secundaria «puntos clave», la mayoría de las cuales se localizaban en las zonas urbanas, creando de ese modo un «sistema de doble vía» en el que un sector elitista con mayores recursos coexistía con un sector menos dotado de enseñanza primaria y secundaria general (irónicamente, los guardias rojos habían acusado a Liu Shaoqi de promover un sistema así a principios de la década de 1960). La segregación cultural entre la ciudad y el campo que Mao había condenado tantas veces se vio consolidada en muchos aspectos por estos cambios. De hecho, y puesto que la descolectivización había reducido la cantidad de fondos de educación colectivos y, a la vez, había creado una mayor demanda de mano de obra infantil, en realidad el número de matriculaciones en las escuelas primarias descendió de cerca de 151 millones en 1975 a poco más de 128 millones en 1987 (Davis, 1989: 582; Pepper, 1996: 482).

Por otra parte, a partir de 1978 se abolieron las etiquetas de clase discriminatorias (como «derechista», «terrateniente» y «campesino rico») (Dittmer, 1987: 241), y los antecedentes familiares dejaron de ser una barrera para acceder a la enseñanza superior, un principio que se formalizó en la constitución estatal de 1982, que restauraba la disposición de la constitución de 1954 (omitida en las de 1975 y 1978) de que todos los ciudadanos eran iguales ante la ley; una medida que, según percibía un observador, mostraba el compromiso del partido con la institucionalización y la democracia

socialista (Tsou, 1987: 276-277). También se potenció el estatus de los intelectuales (en contraste con la era maoísta), y en 1977 Deng declaraba que éstos constituían un importante componente de la clase trabajadora. Se podía señalar, no obstante, que, si bien la constitución de 1982 garantizaba por primera vez la protección del individuo frente a «insultos, libelos, falsas acusaciones o montajes» y prohibía la privación o restricción ilícita de una de las libertades ciudadanas de la persona mediante detención u otros medios, el partido seguía reservándose el derecho a calificar de «contrarrevolucionarios» a todos aquellos a quienes considerara «culpables» de críticas inaceptables.

La política de planificación familiar emprendida a partir de 1980, en contraste con las medidas previamente adoptadas desde principios de la década de 1960 para restringir el crecimiento demográfico (White, 1994), se hizo más agresiva. En 1981 se creó una Comisión Estatal de Planificación Familiar y se estableció la norma de un solo hijo por familia con el propósito de limitar la población a 1.200 millones de personas en el cambio de siglo. Asimismo, la constitución revisada de 1982 subrayaba, por primera vez, el deber de los ciudadanos de practicar la planificación familiar (la ley matrimonial revisada de 1980, además de aumentar la edad mínima legal para casarse, ordenaba también a las parejas que practicaran el control de la natalidad) (Wong, 1984). Es importante señalar, no obstante, que no se aprobó ninguna ley nacional destinada a imponer dicho control de la natalidad (y tampoco se pretendía que de la noche a la mañana todas las parejas tuvieran un solo hijo, sino que el objetivo era más bien *aumentar la proporción* de familias de un solo hijo con el tiempo); fueron cada una de las provincias las que elaboraron reglamentos y directrices para llevar a cabo dicha política. En general, se utilizó un sistema de incentivos y sanciones para alentar las familias de un solo hijo. Así, las que tuvieran sólo un hijo se beneficiarían de bonificaciones en efectivo, asignaciones de racionamiento extraordinarias, atención sanitaria y acceso a la enseñanza preferentes, y mayor extensión de las parcelas de tierra arrendadas a las colectividades; quienes tenían un segundo hijo perdían dichos privilegios, mientras que a las familias que tenían más de dos se les imponían multas. La puesta en práctica de esta política en el ámbito local implicó una generalizada y gravosa intromisión de los cuadros del partido en las vidas conyugales de los residentes urbanos y rurales (especialmente de las mujeres).

Durante la década de 1980 hubo una gran oposición popular a la política

del hijo único, especialmente en las áreas rurales, donde la tradicional preferencia por los hijos varones seguía siendo fuerte y los incentivos para aumentar la producción que proporcionaban las reformas económicas aumentaron la demanda de mano de obra familiar. No fueron infrecuentes las esterilizaciones y abortos forzosos. Asimismo, las hijas primogénitas se hallaban en una situación muy vulnerable, y en la década de 1980 se dieron casos de infanticidio femenino (o, más frecuentemente, de abandono de recién nacidas), un fenómeno que podría explicar parcialmente la desproporción entre la población de ambos sexos en algunas áreas, aunque ello podría deberse también al hecho de que los nacimientos femeninos no se comunicaran o registraran. Durante el transcurso de la década de 1980, sin embargo, varias provincias introdujeron excepciones a la norma del hijo único, permitiendo a las parejas tener un segundo hijo (y, a veces, incluso un tercero) con tal de que se dieran ciertas condiciones (por ejemplo, si el primer hijo era una niña o si la familia pasaba privaciones). Un estudio sobre la política de control de la natalidad en la provincia de Shanxi señala también que, debido al aumento de los ingresos individuales en las zonas rurales y el debilitamiento del poder coercitivo de las colectividades, el sistema de incentivos y sanciones se hizo impracticable; así, por ejemplo, las parejas que lo transgredían podían permitirse pagar las multas, o, a veces, no las pagaban en absoluto (Greenhalgh, 1993). A finales de la década de 1990 parecía que el ritmo de crecimiento de la población descendía; en 1998, el director de la Comisión Estatal de Planificación Familiar afirmaba que la tasa de incremento natural había descendido del 2,6 % (a finales de la década de 1970) al 1,06 % (CQ, diciembre 1998: 1088-1089). En 1999 se estimaba que la población total era de 1.259.090.000 habitantes, y se revisó el objetivo previsto para mantener la población por debajo de los 1.600 millones a mediados del siglo XXI (CQ, junio 2000: 607).

La política de planificación familiar establecida a partir de 1980 se interesaba no sólo por la cantidad, sino también por la *calidad* de la población, y un reciente estudio ha señalado la creciente importancia del discurso eugenésico durante las décadas de 1980 y 1990 (Dikotter, 1998: 122-132). La primera ley eugenésica se aprobó en la provincia de Gansu en 1988, y prohibía que las personas con discapacidades psíquicas tuvieran hijos. Otras provincias seguirían el ejemplo en la década de 1990, mientras que, a escala nacional, una ley eugenésica de 1995 aprobaría el uso generalizado de

chequeos prematrimoniales y la esterilización de las personas consideradas «no aptas» (*ibíd*.: 172-174).

Las tensiones de la reforma y el movimiento de protesta de 1989

Las reformas económicas iniciadas a partir de 1978 y el desmantelamiento ideológico del maoísmo dieron lugar a una explosión de consumismo en la década de 1980, en la medida en que (como mínimo) los residentes urbanos, cuyos apetitos había despertado la publicidad comercial, cada vez más extendida (y hasta entonces tabú en la China maoísta), tuvieron mayor acceso que nunca a toda una serie de productos materiales. Así, por ejemplo, durante la década de 1960 China produjo sólo 3.000 televisores en blanco y negro al año, y en la de 1970, 3.000 televisores en color al año. Sin embargo, a finales de la década de 1980 más del 90 % de los hogares urbanos tenían al menos un televisor (Wang, 1995: 158-159). Tales reformas, no obstante, no vinieron siempre acompañadas de un cambio *político* sustancial o significativo, mientras que, al mismo tiempo, las propias reformas económicas engendraron diversos problemas y, especialmente a partir de 1986, fomentaron la división entre los líderes del partido.

En general, la agenda de reformas políticas de Deng Xiaoping incluía tomar enérgicas medidas contra la corrupción y el «burocratismo» en el seno del partido, separando claramente al partido del gobierno y limitando el control del primero sobre las cuestiones económicas, haciendo hincapié en el reclutamiento de personal más joven e instruido para el partido (al tiempo que se reducía el número de los «veteranos» más antiguos), y revigorizando instituciones previamente inactivas como el Congreso Nacional del Pueblo (CNP) y la Conferencia Consultiva Política del Pueblo Chino (CCPPC), en un intento de reunir un mayor apoyo 2d gobierno del PCC (White, 1993: 172-173). Así, en 1979 se restauraron los Congresos del Pueblo (abolidos durante la Revolución Cultural), y el CNP empezó a celebrar una sesión plenaria *anual*, mientras su Comité Permanente comenzaba a reunirse cinco o seis veces al año (Harding, 1987: 178). Tratado hasta entonces como un mero refrendo de las políticas y programas del partido, ahora se otorgaba al CNP poderes más amplios para examinar y enmendar leyes (incluyendo los presupuestos del estado). Mientras que antaño prevalecía entre sus miembros una predecible unanimidad, ahora se producían abstenciones e incluso votos

de desacuerdo *{ibíd*.: 179; Tanner, 1999: 122-123). En 1983, por ejemplo, el Comité Permanente el CNP se negó a adoptar una resolución apoyando la campaña del partido contra la «contaminación espiritual», una de las diversas campañas promovidas en la década de 1980 para reprimir lo que el partido percibía como la infiltración de ideas y valores «burgueses» subversivos como resultado de la mayor interacción de China con Occidente. En el séptimo congreso del CNP, celebrado en 1988, un pequeño número de delegados incluso votaron en contra del candidato del partido al cargo de primer ministro (Li Peng). También el CCPPC empezó a celebrar sesiones regulares, proporcionando a quienes no eran miembros del PCC una plataforma para hacer oír sus reservas acerca de la política del gobierno (como la reducción del gasto público en educación en la década de 1980).

La reforma del partido se concentró en aumentar la eficacia y erradicar la corrupción, antes que en fomentar cualquier forma de democracia interna. Se evitó la superposición de altos cargos en el partido y el gobierno, con la única excepción de Zhao Ziyang, que ocupó por breve tiempo tanto la presidencia del partido como el cargo de primer ministro del estado, de enero a octubre de 1987 (cuando Li Peng se convirtió en primer ministro y Zhao fue confirmado como presidente del partido). Otras medidas puestas en práctica incluían la creación en 1978 de un Comité Central de Inspección Disciplinaria (CCID), encargado de supervisar la conducta de los miembros del partido y de rectificar el «estilo de trabajo» (*zuofeng*) del PCC. En el decimotercer congreso del partido, celebrado en octubre de 1987, un informe del CCID señalaba que entre 1982 y 1986 se había sancionado a más de 650.000 miembros del partido, y se había expulsado a 151.000 (CQ, marzo 1988: 147). En 1987, más de 200.000 cuadros habían sido expulsados (White, 1993: 178), aunque hasta los últimos años no se ha acusado de corrupción a los funcionarios de más alto rango (véase la Conclusión del presente volumen). En 1982 se estableció también un Comité Asesor Centrad (CAC), en el que podían integrarse los miembros más ancianos del partido que se «jubilaran». Curiosamente, Liao Gailong, miembro de la Sección de Investigación Política del partido, sugirió en aquella misma época que se introdujera un sistema de reparto de poder que hiciera al CCID y al CAC equiparables al comité central del partido, y que permitiera a cada uno de estos organismos vetar las decisiones de los otros; en realidad, las dos primeras instituciones seguían estando subordinadas al comité central (Dittmer, 1987: 227; White, 1993:

181-182; Baum, 1994: 107).

Deng también ansiaba fijar la edad de jubilación de los ministros del gobierno (aunque no la de los líderes del partido) y limitar los períodos de ejercicio en el cargo. Entre 1977 y 1983, de hecho, el 84 % de todos los ministros fueron renovados. En cuanto al propio partido, Deng insistía en el reclutamiento de tecnócratas más jóvenes e instruidos para reemplazar a los cuadros más veteranos (Harding, 1987: 207). Entre 1982 y 1987 cerca de tres millones de dichos cuadros fueron separados de sus cargos (convenientemente, sin embargo, esas «jubilaciones» se vincularon a la eliminación de los «izquierdistas» que quedaban en el PCC). En 1982, cerca del 60 % de los miembros del comité central que habían sido elegidos en 1977 abandonaron sus puestos; al mismo tiempo, se redujo la influencia del ELP en el Politburó: en 1986 sólo tres oficiales del ELP eran miembros del Politburó, mientras que en 1969 eran 13 (*ibíd*.: 217). El cambio en el perfil educativo del partido se mostraba claramente en 1985, en que el 75 % de los miembros electos al comité central eran tecnócratas de formación universitaria (mientras que anteriormente esa proporción era sólo del 57 %); ese mismo año, de entre el conjunto de los miembros del partido (que en 1986 totalizaba 46 millones de personas y comprendía el 4 % de la población, frente al 1 % en 1949), aproximadamente el 25 % habían recibido una educación media o superior (frente al 12,8 % en 1978). En los últimos años el partido también se ha mostrado ansioso por reclutar a capitalistas y empresarios de éxito en ciernes.

El propio Deng dio ejemplo en relación al establecimiento de un plazo fijo para mantenerse en los cargos: en octubre de 1987 se había retirado del Comité Permanente del Politburó (después de haber renunciado ya al cargo de primer ministro), y presionaba a otros líderes veteranos como Chen Yu, Peng Zhen y Li Xiannian para que hicieran lo mismo y pasaran a ser miembros del CAC (irónicamente, fue en estos veteranos en quienes Deng buscó apoyo durante la crisis de 1989). Significativamente, sin embargo, Deng siguió siendo presidente de la Comisión de Asuntos Militares del partido. El Politburó era ahora más joven y de orientación más tecnocrática. Zhao Ziyang, presidente del partido desde 1986, había defendido la reforma rural cuando era secretario del partido en la provincia de Sichuan, a finales de la década de 1970, mientras que el primer ministro, Li Peng (elegido miembro del Politburó en 1988), era licenciado en ingeniería y antiguo viceministro de

Conservación de Agua y Electricidad.

En los inicios del programa de reformas de Deng *sí* se hizo un intento más sustancial de democratizar la política, cuando una Ley Electoral de 1979 establecía por primera vez elecciones directas a los congresos del pueblo cuyo ámbito superara el nivel básico municipal, es decir, los correspondientes a los condados rurales y los distritos urbanos. La ley permitía también que se nombrara candidatos a personas que no fueran miembros del partido, así como el uso de votaciones secretas, aunque los comités supervisores, controlados por el partido, seguirían «examinando» a dichos candidatos (Nathan, 1985: 196-221). Las elecciones se celebraron en el verano y el otoño de 1980, y en algunas circunscripciones como el distrito de la Universidad de Pekín (*Haidian*) prevaleció una genuina atmósfera electoral, ya que los candidatos exhibieron sus «manifiestos» y participaron en vigorosos debates. La experiencia suscitó consternación entre los funcionarios del partido, especialmente dado que algunos de los candidatos cuestionaron de pasada las virtudes del socialismo; en algunos distritos electorales, además, se dejó oír la oposición pública al constante examen de los candidatos por parte del PCC. A principios de 1981 la prensa oficial tronaba contra los excesos de la «ultra democracia», y cuando en 1984 se celebraron nuevas elecciones se establecieron restricciones a los derechos de nominación y al uso de propaganda electoral (Dittmer, 1987: 236-237). Aunque el experimento de las elecciones directas a los congresos de condado y de distrito ya no se repetiría a partir de 1984, en los últimos años se han celebrado elecciones para los cargos de ámbito municipal, un proceso que se inició casi inadvertidamente en la década de 1980 (véase la Conclusión).

Además de experimentar con las elecciones, durante toda la década de 1980 el partido trató de consultar a un mayor número de personas creando varios institutos de investigación política (y recurriendo a los conocimientos de intelectuales tanto de dentro como de fuera del partido), encargados de redactar propuestas de reforma y de realizar encuestas de opinión pública. En aquella misma época se permitió también cierta libertad cultural y artística, uno de cuyos resultados fue la reactivación de la industria cinematográfica a partir de 1979, cuando se dio más autonomía a los estudios para producir una mayor variedad de películas que describieran las complejidades de las vidas privadas individuales en la China urbana, las tensiones entre sexos y entre generaciones, la persistencia de las tradiciones rurales, las ambiguas

consecuencias de la reforma económica y las intrincadas incoherencias de la burocracia. No obstante, un reciente análisis afirma que, en realidad, en la década de 1980 no surgió una industria cinematográfica verdaderamente independiente y autónoma (Pickowicz, 1995: 193-206). Empleando el concepto —como hace también otro reciente estudio sobre la cultura popular contemporánea en China (Barmé, 1999)— de la «cárcel de terciopelo» —utilizado originariamente para describir el planteamiento de los regímenes estalinistas en la Europa del Este, donde los artistas se veían «castrados» por la asimilación del estado y los incentivos para practicar la autocensura— para analizar la situación de los cineastas chinos, este análisis señala que en última instancia todas las películas dependían de las subvenciones del estado, se habían de someter a la aprobación de la Oficina Cinematográfica (encuadrada en el Ministerio de Cultura, hoy Ministerio de Radio, Cine y Televisión), y dependían totalmente para su distribución (al menos dentro de China) de la Corporación de Distribución Cinematográfica China, de propiedad pública. Sin embargo, películas como *Huang Tudi (Tierra amarilla*, dirigida por Chen Kaige en 1984), que obtuvieron renombre internacional y a las que se considera precursoras de una «nueva ola» de cine chino, se atrevían a cuestionar la omnipotencia (e incluso la pertinencia) de la propaganda comunista cuando ésta se ponía en contra de creencias y prácticas campesinas profundamente arraigadas (la acción se desarrolla en una remota región de la Región Fronteriza de Shaan-Gan-Ning, a finales de la década de 1930), lo cual habría resultado imposible antes de 1976.

Estos cautelosos pasos hacia la reforma política y la libertad cultural a finales de la década de 1980 se vieron ensombrecidos, en gran medida, por la preocupación más apremiante entre algunos ideólogos del partido de evitar las consecuencias ideológicas «insanas» derivadas de las reformas económicas. Siempre consciente de las críticas de sus colegas más veteranos como Chen Yun, en el sentido de que las reformas amenazaban el control estatal de la economía y diluían el espíritu colectivo socialista, el propio Deng respaldó varias campañas de propaganda destinadas a apaciguar a la oposición conservadora a las reformas del mercado. Tales divisiones en el seno de la coalición reformista, surgidas a raíz de la caída de Hua Guofeng, han llevado a varios observadores a definir la política de la década de 1980 como un proceso cíclico en el que a unos períodos de avances les siguieron otros de consolidación e inmovilismo (Harding, 1987: 70; Baum, 1994: XII). Dichas

campañas, sin embargo, apenas se asemejaban a las llevadas a cabo en la era maoísta, que a menudo habían causado grandes trastornos y habían desencadenado actos de violencia (física o psíquica) contra aquellos a quienes se acusaba de críticos. Las campañas de la década de 1980 fueron breves, y, tras lograr su objetivo, se daban rápidamente por terminadas con el fin de que no se alterara el impulso de la reforma económica.

La primera de estas campañas, realizada en 1981, promovía las virtudes de la «civilización espiritual socialista» y estaba destinada a combatir el generalizado escepticismo público surgido a raíz de los traumas de la Revolución Cultural, un fenómeno calificado de «crisis de fe» (como ya hemos señalado anteriormente) y coincidente con un estallido, al parecer sin precedentes, de delincuencia juvenil, violencia gratuita, corrupción y conducta impropia de los hijos para con los padres, ahora denunciado más abiertamente en la prensa oficial (Short, 1982: 69, 374), en claro contraste, pues, con la imagen pública de una sociedad honesta y libre de delincuencia que se había presentado al mundo durante la época de Mao. Durante la campaña, el ELP alentó también las críticas a un guión de cine que consideraba ejemplo de escepticismo subversivo. Publicado inicialmente en septiembre de 1979, escrito por un miembro de la sección de propaganda del partido, Bai Hua —quien se convertía así en el primer escritor publicado oficialmente desde la Revolución Cultural que era objeto de censura política (Duke, 1985: 20-24)—, y titulado *Ku lian* («Amor no correspondido»), describía la vida de un patriota chino que vive en Estados Unidos y que en 1949 regresa para consagrarse a la nueva China, pero que posteriormente sufre a consecuencia de las campañas políticas de las décadas de 1950 y 1960. Lo que molestó al ELP y a los censores del partido en 1981 era la crítica implícita que hacía el texto al estado comunista posterior a 1949, más que el hecho de atribuir los males de China a las maquinaciones de la Banda de los Cuatro y a los calamitosos efectos de la Revolución Cultural, como hacía la literatura de finales de la década de 1970 (conocida como «literatura de los heridos» o «literatura cicatricial») (*ibíd.*: 64-72).

El objetivo ideológico de la campaña de 1981 pronto degeneró en un intento de mejorar la conducta social (a través de los «Cinco Énfasis»: en la limpieza, en la disciplina, en la cortesía, en el decoro y en una moralidad apropiada) y de potenciar la legitimidad del partido asociándolo inequívocamente al patriotismo; el amor a la patria, pues, se convirtió en

sinónimo del apoyo al partido, y no fue casualidad que el guión de Bai Hua se condenara como «antipatriótico» (*ibíd.*: 141; Harding, 1987: 187). Las credenciales patrióticas del partido se vieron respaldadas por el tratado anglochino de 1984, que preveía el retorno de la colonia británica de Hong Kong a la soberanía china en 1997, en el contexto del programa «un país, dos sistemas», que preservaba cierta autonomía para Hong Kong. En cuanto Bai Hua escribió una autocrítica, en octubre de 1981, el presidente del partido, Hu Yaobang, declaró terminada la campaña (Baum, 1994: 127-130).

En 1983, los conservadores del partido expresaron sus preocupación por las dañinas tendencias ideológicas derivadas de las reformas del mercado, el contacto más extenso con el mundo capitalista y un mayor relajamiento en el ámbito cultural. Se inició entonces otra campaña atacando la «contaminación espiritual», pero ésta degeneró de nuevo y sus últimas etapas vinieron marcadas por acerbas diatribas contra diversos hábitos (como, por ejemplo, bailar en discotecas) y modos de vestir (el cabello largo en los hombres, el maquillaje y los tacones altos en las mujeres) (Harding, 1987: 188), un ejercicio más bien infructuoso dado el hecho de que las reformas económicas habían alentado una cultura consumista, abierta ante todo a las modas extranjeras. La primera víctima de la campaña fue el subdirector de *Renmin Ribao* («Diario del Pueblo»), Wang Ruoshi, despedido por sugerir que en una sociedad socialista podía existir la alienación política y económica (Nathan, 1985: 99-100).

Una campaña más estridente contra la «liberalización burguesa» se desencadenó a raíz de las protestas y manifestaciones estudiantiles de diciembre de 1986, en las que se había exigido libertad de expresión, prensa libre y «democracia» (no en el sentido de un sistema multipartidista, sino en el de una mayor apertura y responsabilidad del gobierno). El propio Hu Yaobang se vio obligado a responsabilizarse de las protestas y en enero de 1987 hubo de abandonar la presidencia del partido (para ser reemplazado por Zhao Ziyang, otro de los protegidos de Deng), mientras que una serie de intelectuales como Fang Lizhi, astrofísico y vicepresidente de la Universidad de Ciencia y Tecnología de Hefei (provincia de Anhui), y Liu Binyan, un periodista de investigación que había defendido el movimiento de protesta, fueron expulsados del partido (Wills, 1994: 366-371). Pero también esta campaña terminó pronto, cuando el nuevo presidente del partido, Zhao Ziyang, se concentró en la renovada aceleración de la reforma económica.

A finales de la década de 1980, sin embargo, los problemas y tensiones derivados de las reformas se habían agravado. En el campo, las desigualdades entre regiones, e incluso entre aldeas, se hicieron cada vez mayores, desencadenando diversos casos de violencia y conflictos en la competencia por los recursos (por los derechos sobre el agua, por ejemplo), en los que los empresarios rurales más prósperos y los campesinos ricos solían ser el objetivo de los ataques. El empobrecimiento de algunas áreas se había visto exacerbado por la descolectivización, que dio como resultado la reducción o la abolición de servicios colectivos y medidas de bienestar. La atención sanitaria rural se vio especialmente afectada, y se ha calculado que entre 1978 y 1986 hasta 3,7 millones de «médicos descalzos», comadronas y trabajadores sanitarios rurales perdieron sus empleos (Davis, 1989: 587). Paradójicamente, la riqueza generada en algunas áreas rurales como resultado de las reformas produjo un incremento de la inversión en propiedades residenciales, que invadieron tierras potencialmente valiosas desde el punto de vista agrario. El indice de crecimiento agrícola anual descendió a partir de 1985, como resultado del abandono de la producción de cereales por los agricultores y del deterioro de la infraestructura rural. La tasa de inversión pública en agricultura también disminuyó, lo cual, junto con las restricciones a los créditos impuestas a partir de 1988, trajo como consecuencia que en 1989 los departamentos públicos locales encargados de la adquisición de cereales hubieran de recurrir a entregar a los campesinos pagarés (conocidos como «tiques blancos»), en lugar de dinero en efectivo, a cambio de sus productos. No resulta sorprendente, pues, que los campesinos se mostraran cada vez más renuentes a entregar sus cereales a las autoridades estatales (White, 1993: 109-111).

Asimismo, a partir de 1985 —y en palabras de un reciente estudio—, China se caracterizó por un considerable «malestar urbano» (Baum, 1994: 200-203). En septiembre de 1985 hubo manifestaciones, encabezadas por los estudiantes, en contra de las importaciones japonesas y la «agresión económica» de Japón (Harding, 1987: 135; Gittings, 1989: 172). En diciembre de 1985, los estudiantes uigures (musulmanes de habla turca que habitan en la provincia de Xinjiang) de Pekín y de Urumqui (la capital de esta última provincia) protestaron contra las pruebas nucleares realizadas en Xinjiang y la imposición de las políticas de planificación familiar a la comunidad uigur. En algunos casos los disturbios en los campus se vieron

alimentados por una envidiosa xenofobia cuando los estudiantes organizaron protestas contra la presencia de estudiantes africanos (acusados de «asolar» a las mujeres chinas) en Tianjin y Pekín (1985), así como en Nankín (1985-1986) (Baum, 1994: 191, 239-240).

Una gran parte del descontento urbano, sin embargo, se debía al sentimiento generalizado entre los profesores, investigadores, empleados de los organismos gubernamentales y trabajadores industriales del sector público, de que las reformas económicas les dejaban de lado (Burns, 1989: 488). Con unos salarios fijos que no seguían el ritmo de la inflación, todos ellos veían cómo su nivel de vida se reducía en comparación con los comerciantes autónomos y los obreros industriales. Los consumidores urbanos también se mostraban preocupados por la creciente privatización de la vivienda y la desregulación de los alquileres. En abril de 1988 hubo nuevas protestas estudiantiles en Pekín contra el aumento del coste de la vida, los bajos sueldos y los escasos presupuestos educativos, mientras que los paros y las huelgas de brazos caídos en las empresas públicas se convirtieron en un hecho normal a partir de 1986: sólo en 1987 se declararon 129 huelgas (Perry, 1995: 315). El descontento entre la mano de obra se vio exacerbado por los despidos en el sector público (así, por ejemplo, en el verano de 1988 se despidió a 400.000 personas de 700 fábricas en la provincia de Shenyang, y miles de trabajadores con contrata se quedaron sin trabajo en Shanghai y otras ciudades de las provincias de Hunan y de Hubei). En las áreas urbanas aumentó el número de vagabundos, un problema que se vio agravado por la constante afluencia de emigrantes rurales que buscaban trabajo en las ciudades. En relación a éstos, a los que se aludía como *youmin* («población flotante»), y que en la práctica formaban una clase marginada debido a que su clasificación como residentes no urbanos no les permitía beneficiarse de las prestaciones asistenciales y educativas, es probable que en vísperas de las protestas de 1989 su número se elevara a más de un millón de personas sólo en Pekín (Baum, 1994: 229). Incluso el Congreso Nacional del Pueblo expresó su insatisfacción frente a las reformas cuando, en marzo de 1988, criticó la inflación, los bajos salarios de los profesores y los poco equitativos beneficios que producía la estrategia de desarrollo de las zonas costeras (*ibíd*.: 226).

Los renovados llamamientos a la reforma política también se hicieron más clamorosos en 1986. Diversos intelectuales del partido como Su Shaozhi

recomendaron la introducción del pluralismo político, mientras que Fang Lizhi, en una visita a los campus universitarios realizada en noviembre de 1986, instó a los estudiantes a exigir derechos y libertades. Las protestas estudiantiles que inicialmente empezaron en diciembre de 1986, en la Universidad de Fang (en Hebei), motivadas por los precios de las matrículas, se propagaron rápidamente a otras universidades y colegios universitarios (más de 150, en 17 ciudades). Dichas manifestaciones (que exigían más democracia en el partido y una prensa libre) no sólo fueron las mayores desde el apogeo de la Revolución Cultural, sino también las primeras desde 1949 no patrocinadas o alentadas directamente por altos funcionarios del PCC (Wasserstrom, 1991: 304).

Pero aún mayor que las quejas respecto a las reformas económicas y que la impaciencia ante la falta de una reforma política fue el creciente desencanto público debido a la incapacidad del partido para poner fin a la corrupción oficial que (irónicamente) habían alentado las propias reformas. El ejemplo más notorio de dicha corrupción durante la década de 1980 fue el escándalo de la isla de Hainan en 1985, en que los funcionarios del partido allí destinados entraban de contrabando artículos de lujo (como coches y televisores) y los revendían a elevados precios en su propio beneficio (la isla de Hainan, integrada en la provincia de Guangdong, se convertiría en 1988 en provincia independiente y en Zona Económica Especial). En 1988 los medios de comunicación oficiales informaron de que entre 1983 y 1987 hubo 280.000 casos de «delitos económicos» graves (sobornos, robo de propiedades públicas, contrabando), de los que el 15 % se originaron en órganos del gobierno, en empresas públicas y en el seno del partido (CQ, septiembre de 1988: 503). La mayor parte de los 150.000 miembros del partido juzgados por algún delito en 1988 fueron declarados culpables de cometer delitos económicos (Baum, 1994: 229-230). Esta implicación oficial en la corrupción hizo que en la década de 1980 se acuñara un nuevo término: *guandao* («explotación funcionarial»), que aludía específicamente a los cuadros de las empresas públicas que se aprovechaban del sistema de precios de «doble vía» surgido a partir de 1980 (es decir, un sector público con precios fijos para los bienes y servicios, coexistiendo con un mercado libre de precios) para realizar compraventas especulativas. Los departamentos gubernamentales responsables de la venta de materiales a las empresas públicas, por ejemplo, solían apartar una cantidad no entregada que revendían en el mercado a

precios más altos.

En 1985, algunos conservadores del partido, como Chen Yun, vinculaban la corrupción a la política de puertas abiertas, cuyos corrosivos efectos amenazaban con socavar el sistema socialista. Asimismo, se refería a la tendencia predominante entre los hijos de los cuadros influyentes del partido (*gaogan zidi*) de utilizar sus contactos (*guanxi*) para crear rentables empresas privadas. Uno de ellos era el hijo del propio Deng Xiaoping, Deng Pufang, que dirigía un extenso grupo de empresas (conocido como Kanghua) con más de cien filiales. Kanghua se cerró en 1988, cuando se hicieron públicas diversas revelaciones de conducta ilegal (por ejemplo, evasión de impuestos). Pero Kanghua no era sino una de las compañías comerciales y de inversión (con filiales en Hong Kong y en el extranjero) dirigidas por los hijos e hijas de los principales líderes del partido, a quienes se conocía como *taizidang* («príncipes y princesas herederos»). Aparte de los *taizidang*, sin embargo, durante la década de 1980 (y aún más en la de 1990) muchos cuadros individuales, organizaciones del gobierno e incluso unidades del ELP participaron en empresas privadas, un proceso conocido como *xiehai* («zambullirse en el mar»). También los cuadros locales rurales tomaron parte, utilizando sus posiciones oficiales para garantizarse a sí mismos (o a sus parientes) la dirección de las empresas más lucrativas. Un reciente estudio ha descrito el sistema que se desarrolló durante la década de 1980 como un «capitalismo burocrático», definido como «el empleo del poder y la influencia políticos en beneficio privado a través de métodos capitalistas de actividad económica» (Meisner, 1999: 474-475), un fenómeno inusual teniendo en cuenta el hecho de que surgió *después* de un largo período cuasi-socialista en el que la burguesía había sido eliminada. Otro análisis alude al surgimiento de un «capitalismo compinche», dado que las nuevas combinaciones del poder económico vinculaban a empresarios y burócratas (Naughton, 1999: 37); esta relación se ha calificado también como un ejemplo de «corporativismo de estado autoritario» (Parris, 1999: 275).

Asimismo, a finales de la década de 1980 las divisiones entre los líderes del partido, tan drásticamente ilustradas por la renuncia forzosa de Hu Yaobang a la presidencia del partido en enero de 1987 (acusado de permitir que los disturbios estudiantiles de 1986-1987 se le fueran de las manos), se hacían cada vez más acusadas. Aunque la propuesta de Zhao Ziyang de que se continuara con las reformas económicas obtuvo la aceptación del

decimotercer congreso del partido (octubre-noviembre de 1987), y aparentemente su propia posición se vio fortalecida por la retirada de la «vieja guardia» del Politburó (incluyendo a Deng Xiaoping y a Chen Yun), también se decidió (de manera amenazadora para Zhao) que el Comité Permanente del Politburó —y Zhao como presidente del partido— habrían de consultar con Deng y Chen todas las cuestiones políticas y económicas (lo que sugería que la confianza en el juicio de Zhao no era total) (Baum, 1994: 218). Al mismo tiempo, la insistencia de Zhao en una reforma estructural más profunda de la economía (por ejemplo, ampliando la estrategia de desarrollo de las zonas costeras y privatizando las empresas públicas) chocaba con el planteamiento, más cauto, de Li Peng, primer ministro y miembro del Comité Permanente del Politburó desde 1987 (*ibíd*.: 226-227).

Curiosamente, un documental de televisión, emitido en el verano de 1988, que cuestionaba los objetivos y valores fundamentales de la nación sería citado posteriormente por los adversarios conservadores de Zhao en el partido como un taimado intento de promover su política radical de puertas abiertas (Barmé, 1999: 23-24). Titulado *Heshang* («Elegía del río»), el documental —cuyo guión se traduciría posteriormente al inglés (Su, 1991: 101-269)— utilizaba el Huang He, o Río Amarillo, como metáfora de la ininterrumpida continuidad cultural y del conservadurismo de la civilización china, y contrastaba el atraso de la China del interior (especialmente en el norte) con las dinámicas regiones del litoral. En cierto sentido, el programa daba lugar a nuevas formas de imaginar China, oponiendo un sur pluralista y abierto a las influencias exteriores a un norte más estático y provinciano (Friedman, 1966: 169-182). Y de paso cuestionaba tanto el chauvinismo confuciano como el maoísmo revolucionario (asociados al norte rural). Para los críticos del programa, sin embargo, éste era culpable de elogiar inconscientemente la tecnología y los valores occidentales (Baum, 1994: 231-232). En noviembre de 1988 se prohibió que se siguiera emitiendo el documental (que constaba de un total de seis capítulos), lo que daba indicio de la existencia de una brecha cada vez mayor entre los líderes del partido (dado que algunos de los partidarios de Zhao estaban vinculados al programa).

Las cosas llegaron a su punto culminante tras la repentina muerte del desacreditado Hu Yaobang, en abril de 1989 (Wills, 1994: 372-377). Como en el caso del fallecimiento de Zhou Enlai, en 1976, el duelo público no tardó en desencadenar un movimiento de mayor envergadura. Aprovechando la

ocasión de la muerte de Hu y la congregación de miles de asistentes a sus exequias en la plaza de Tiananmen, los estudiantes dirigieron una petición al Comité Permanente del Congreso Nacional del Pueblo demandando una valoración correcta de Hu, la divulgación pública de los salarios de los altos funcionarios y de sus hijos, la libertad de prensa y de expresión, y un aumento de las becas y salarios para los estudiantes y profesores (Baum, 1994: 247). La capacidad de los estudiantes de apropiarse de los rituales oficiales, o de imitarlos, quedó ilustrada por su representación de un burlesco ceremonial de protesta en las escalinatas de la Gran Sala del Pueblo (donde se reunía el CNP) el mismo día de los funerales oficiales de Hu, en que presentaron su petición al estilo de los funcionarios «leales» tradicionales. Asimismo, con la inminente celebración oficial del septuagésimo aniversario del Movimiento del Cuatro de Mayo, los estudiantes trataron de cuestionar la interpretación que de su trascendencia hacía el PCC (que identificaba el Cuatro de Mayo con la fundación del PCC y su consiguiente liderazgo de la revolución antiimperialista y antifeudal). Así, doce días antes de la muerte de Hu, varios estudiantes activistas de Pekín desplegaron un cartel (titulado «Carta abierta a las autoridades de la Universidad de Pekín») donde se llamaba la atención sobre el hecho de que el Cuatro de Mayo simbolizaba, sobre todo, la democracia y la ciencia (Han, 1990: 16-19).

La petición de los estudiantes fue rechazada por las autoridades del partido, mientras Li Peng denunciaba la protesta como un «trastorno» (*dongluan*), término que evocaba las imágenes de desorden y anarquía juveniles propias de la Revolución Cultural, y criticaba a los estudiantes por «antipatriotas» (Baum, 1994: 249). Al mismo tiempo, los trabajadores —que tenían sus propias quejas— añadieron su voz a la protesta, y el 20 de abril la recién formada Federación Autónoma de Trabajadores de Pekín (*Gongzilian*) publicó un manifiesto en el que culpaba a los burócratas corruptos de los males sociales de China. El 26 de abril los estudiantes de Pekín establecieron también su propia federación autónoma, y al día siguiente unos 100.000 de ellos (acompañados por muchos otros habitantes de Pekín) se dirigieron a la plaza de Tiananmen. El 4 de mayo había más de 150.000 estudiantes en la plaza (para entonces los boicots de las clases eran generalizados), cada vez más impacientes ante la continua negativa oficiad a entablar un diálogo. Manifestaciones similares estallaron en Shanghai, Changsha, Nankín y Wuhan; se ha calculado que, entre el 4 y el 19 de mayo, más de un millón y

medio de estudiantes y profesores universitarios, pertenecientes a 500 instituciones de enseñanza superior de 80 ciudades, se habían unido a la protesta (*ibíd*.: 253). Uno de los más destacados activistas universitarios fue Wang Dan, estudiante universitario de Beida e hijo de un profesor de la universidad. A finales de 1988 y comienzos de 1989, Wang había organizado «salones democráticos» en Beida para fomentar el debate, un proceso que se dio también en otros campus de la ciudad, aunque un reciente análisis subraya la especial importancia del vínculo entre las pautas ordinarias de la vida social universitaria y la protesta estudiantil (Wasserstrom y Liu, 1995: 363).

Zhao Ziyang, que a primeros de mayo había estado fuera del país con motivo de una visita oficial a Corea del Norte, a su regreso calificó las demandas de los estudiantes de «razonables», lo que enfadó a sus colegas de la línea más dura. Además, se malquistó con la «vieja guardia» (y especialmente con Deng Xiaoping) cuando reveló en una conversación con el presidente soviético Mijaíl Gorbachov, que visitaba China, que todas las decisiones se consultaban a Deng y a sus veteranos colegas de la Comisión de Asuntos Centrales, un procedimiento que se suponía que se debía mantener en secreto. La visita de Gorbachov (del 15 al 18 de mayo) resultó embarazosa también en otros aspectos: no sólo se le hubo de recibir fuera del centro de la ciudad debido a la ocupación de la plaza de Tiananmen por parte de los estudiantes, sino que éstos saludaron sus propias políticas reformistas (conocidas como *glasnost*) como un ejemplo del camino que debían seguir los líderes chinos.

Mientras varios estudiantes emprendían una huelga de hambre, el 13 de mayo, el presidente de la República, Yang Shangkun, dio instrucciones a la Comisión de Asuntos Militares de que iniciara los preparativos para concentrar tropas. Una reunión celebrada el 18 de mayo entre Li Peng y los líderes estudiantiles, en la que el primero no cedió ante la exigencia de estos últimos de que el movimiento de protesta se considerara un movimiento democrático «patriótico» (Han, 1990: 242-246), resultó infructuosa. Tras el frustrado intento por parte de Zhao Ziyang, el 19 de mayo, de persuadir a los estudiantes de que abandonaran su huelga de hambre (su último acto público como presidente del partido), el día 20 sus colegas del Politburó votaron a favor de imponer la ley marcial (aunque cabría señalar que ésta se había declarado ya en el Tibet, en febrero de 1989, tras las manifestaciones en contra de la presencia china *han* en dicha región). El propio Zhao sería

expulsado de la presidencia del partido unos días después, acusado por los partidarios de la línea dura de alentar a una traicionera «camarilla antipartido».

Cuando el primer contingente de unidades desarmadas del ELP avanzó sobre Tiananmen —para retirarse en seguida tras la «bienvenida» de los estudiantes, que intentaron persuadirles de la justicia de su causa—, el campamento estudiantil en la plaza era, en palabras de un reciente estudio, «un estado dentro del estado», con su propio centro de comunicaciones, su propio aparato de seguridad y su propio departamento de salud (Baum, 1994: 266). Aunque los trabajadores formaban ya una parte visible del movimiento —a principios de junio la federación Gongzilian estaba integrada por 20.000 miembros (Perry, 1995: 317)—, sus objetivos no eran exactamente los mismos que los de los estudiantes. Mientras que estos últimos, en general, creían que las reformas no habían ido lo bastante lejos, los trabajadores integrantes del movimiento —en su mayor parte empleados de empresas públicas (electrónica, acero, automóviles)— percibían que las reformas económicas urbanas eran directamente responsables de la disminución de su nivel de vida y la causa de la corrupción burocrática que les oprimía. Por su parte, los estudiantes, reflejando el tradicional elitismo de la clase erudita, se distanciaron de los trabajadores, e inicialmente se mostraron renuentes a aceptarles en la plaza; e incluso cuando se instalaron allí, a finales de mayo, estudiantes y trabajadores se mantuvieron separados (el centro de la plaza estaba siempre ocupado únicamente por estudiantes). Sin embargo, los trabajadores no constituyeron el único grupo que se incorporó a la protesta. Una investigación interna realizada tras la represión reveló que más de 10.000 cuadros de diversos departamentos del partido y el gobierno central tomaron parte en las manifestaciones de mayo (Baum, 1994: 276). En total, se calcula que durante el año 1989 posiblemente unos 800.000 cuadros tomaron parte en mítines celebrados en 123 ciudades.

La definitiva medida de fuerza tuvo lugar durante la noche y la madrugada del 3 al 4 de junio, cuando tropas armadas —un total de 200.000 soldados procedentes de doce grupos del ejército (y tres regiones militares)— recibieron la orden de reconquistar la plaza (Brook, 1998: 108-150). Todavía hoy se desconoce el número exacto de víctimas desencadenadas por la represión. El número de muertos civiles barajado por los autores extranjeros ha oscilado entre 2.000 y 7.000 (Baum, 1994: 276; Brook, 1998: 151-169;

Meisner, 1999: 510-511). Posteriormente, fuentes del gobierno chino darían la cifra de 300 muertos. La mayoría de las personas que murieron eran ciudadanos comunes y corrientes de Pekín, que fallecieron fuera de Tiananmen aplastados por los tanques que se dirigían a la plaza; murieron asimismo 36 estudiantes en la plaza, y varias docenas de soldados y policías. También hubo víctimas en las ciudades de Shanghai y Changsha después de que se aplicaran allí medidas similares.

A la represión le siguieron de inmediato arrestos masivos por lo que el partido condenó como una «rebelión contrarrevolucionaria» (*fangeming baoluan*), un veredicto que se reafirmaría en 1991 y que todavía hoy se mantiene. En la primavera de 1991 el partido confirmó que se habían realizado más de 2.500 arrestos. Cuarenta líderes estudiantiles e intelectuales disidentes escaparon y huyeron al exilio (la mayoría a Estados Unidos y Europa occidental). Incluso a intelectuales como Fang Lizhi, que no había participado directamente en el movimiento (aunque en enero de 1989 había dirigido una carta abierta a Deng Xiaoping pidiendo la liberación de presos políticos), se les consideró cerebros de la protesta. Fang buscó refugio en la embajada estadounidense en Pelan, hasta que finalmente (en 1990) se le permitió exiliarse. Sorprendentemente, de entre los cuadros que se sabe que simpatizaban con el movimiento sólo unos pocos fueron castigados (1.179 de un total de 800.000) (Baum, 1994: 316). Las personas que peor trato sufrieron tendieron a ser los trabajadores, ya que, a los ojos del partido, la voluntad de los obreros urbanos de unirse a la protesta constituía un reto al dominio del partido más amenazador que el que planteaban los intelectuales o sus propios cuadros.

El movimiento de protesta de 1989 representó el más serio desafío al gobierno del PCC desde el establecimiento de la República Popular China, aunque un estudio señala que a partir del 4 de junio se evitó el «desastre político» gracias a la disciplina del ELP y su subordinación al mando civil (si bien en aquel momento algunos de los medios de comunicación extranjeros creyeron que determinados elementos del ELP podían desobedecer las órdenes del partido), a las divisiones en el seno del movimiento estudiantil (un fenómeno que se hizo evidente cuando los activistas estudiantiles que huyeron al extranjero se convirtieron en disidentes irreconciliables), a la renuencia de los estudiantes a aliarse con los trabajadores, al temor —profundamente arraigado— al *luán* («desorden»), y al crecimiento económico

previo, que proporcionó cierta credibilidad al partido (*ibíd*.: 307).

Diversas investigaciones recientes sobre los orígenes y el contexto del movimiento de protesta de 1989 han proporcionado también una comprensión más matizada de su naturaleza. En su momento, los medios de comunicación extranjeros describieron los acontecimientos de mayo-junio de 1989 como una heroica protesta en favor de la democracia, simbolizada gráficamente por una estatua de más de diez metros de altura bautizada como la «Diosa de la Democracia» (*minzhu nushen*); construida por estudiantes de la Academia Central de Bellas Artes de Pekín, hizo su primera aparición en la plaza el 30 de mayo. Posteriormente, los estudiantes que participaron en el movimiento tendieron a «mitificar» los acontecimientos de 1989, atribuyéndose el papel de héroes trágicos o románticos movidos por un espíritu puro y motivos inmaculados (Wasserstrom, 1994: 283-288).

Una evaluación más equilibrada sostiene que, con toda certeza, el movimiento no fue una manifestación de *luán* semejante a la Revolución Cultural —incluso Deng Xiaoping es posible que lo viera en esos términos (Young, 1994: 24-25)—, dado que los estudiantes mantuvieron el orden en todo momento, no produjo ninguna retórica antioccidental, y no expresó lealtad alguna a ningún líder vivo del PCC. Por otra parte, el movimiento tampoco fue una manifestación de «liberalismo burgués» en el sentido de que promoviera una democracia de estilo occidental. Los estudiantes elevaron el principio de unidad por encima de el del gobierno de la mayoría, mientras que su concepción de la democracia (*minzhu*) no permitía la libre competencia de ideas divergentes y, en sí mismo, tenía un matiz de elitismo. En muchos aspectos, los estudiantes de 1989 —como la clase erudita confuciana tradicional— seguían asumiendo que el principal papel de la sociedad lo había de desempeñar una elite virtuosa y culta (Esherick y Wasserstrom, 1994: 33-36). Este elitismo se había puesto también de manifiesto en la actitud de los estudiantes chinos con respecto a sus compatriotas trabajadores durante el movimiento de trabajo-estudio en Francia, al final de la primera guerra mundial (Bailey, 1988: 454-455).

Así, un cartel estudiantil del 24 abril, tras aludir a una larga tradición de dictadura que haría que a la gente le resultara difícil adaptarse rápidamente a una sociedad democrática, seguía diciendo, de forma reveladora: «al menos los ciudadanos urbanos, los intelectuales y los miembros del partido comunista están tan preparados para la democracia como cualquiera de los

ciudadanos que ya viven en sociedades democráticas. Así, deberíamos poner en práctica una democracia completa dentro del partido comunista y en las áreas urbanas» (Han, 1990: 35). A la hora de definir la democracia, el mencionado cartel citaba el control de la corrupción, la privatización limitada, la libertad de expresión y la «igualdad»; aunque esta última, al parecer, no se aplicaría —al menos de manera inmediata— a grandes segmentos de la población. En este sentido cabría señalar que las desigualdades entre sexos en la sociedad china no figuraban en un lugar destacado del discurso estudiantil, y no es casualidad que Chai Ling fuera la única líder estudiantil femenina prominente (Feigon, 1994: 127-128).

Por otra parte, habitualmente los estudiantes se calificaban a sí mismos de «patriotas» cuyas demandas reflejaban un sincero deseo de *desarrollo y unidad nacional*. Como señalaba una carta abierta al comité central escrita por un estudiante de la Universidad de Wuhan el 28 de abril, dicha unidad se veía socavada por la creciente corrupción que amenazaba la estrecha relación existente entre el partido y el pueblo (Han, 1990: 51-56). En esencia los estudiantes deseaban ser *reconocidos* por el estado, y no estaban necesariamente enemistados con él (Perry, 1994: 80). También se ha afirmado que, si bien los intelectuales chinos siempre han tendido a ver los arraigados valores «feudales» de un campesinado «atrasado» como el principal freno al progreso político, fueron, de hecho, los intelectuales urbanos y los estudiantes —con su elitismo y su «estilo de protesta exclusivista»— quienes constituyeron la principal traba a un mayor desarrollo del movimiento de Tiananmen (*ibíd*.: 75-77, 88).

Finalmente, se han descrito también los acontecimientos de 1989 como un ejercicio de «teatro político» en el que los estudiantes recurrieron a «guiones de protesta» conocidos (por ejemplo, huelgas de hambre) y a rituales estatales (por ejemplo, ceremonias de petición deferente, honras fúnebres solemnes) que simbólicamente socavaban la legitimidad del régimen y movían a la acción a otros grupos (Wasserstrom, 1991: 312-316; Esherick y Wasserstrom, 1994: 37-38). Sin embargo, los estudiantes no fueron los únicos que se apropiaron de los símbolos y prácticas del pasado. Durante la protesta, un grupo de ciudadanos exhibieron una pancarta con una versión modernizada del cántico de invulnerabilidad de los bóxers: «Los cuchillos y alabardas no nos penetrarán, ni las porras eléctricas nos electrocutarán» (*daoqiang buru, diangun buchu*). Cuando los activistas obreros supieron que las unidades del

ELP avanzaban sobre Tiananmen, se precipitaron hacia la avenida de Chang an cantando ese eslogan (Cohen, 1997:215).

La accesión de Jiang Zemin y la consolidación de la estrategia de reforma de Deng Xiaoping

El destituido Zhao Ziyang fue reemplazado por Jiang Zemin (n. 1926), que en 1987 había sido elegido miembro del Politburó y durante el movimiento de protesta de 1989 era secretario del partido en Shanghai. Procedente de una familia de intelectuales de la provincia de Jiangsu, Jiang había estudiado tecnología industrial en Nankín durante la guerra antijaponesa antes de unirse al movimiento comunista clandestino de Shanghai en 1946. En 1955-1956 estudió en Moscú (en la Fábrica de Automóviles Stalin), y en los años posteriores trabajó en plantas eléctricas y en el Primer Ministerio de Construcción de Maquinaria, para convertirse en ministro de Industria Electrónica en 1983 (fecha en la que ya se había incorporado al comité central del partido). En 1985 Jiang fue nombrado alcalde de Shanghai y adoptó una línea dura frente a las protestas estudiantiles de 1985-1986 en dicha ciudad (por lo que en 1987 fue ascendido al cargo de secretario del partido en Shanghai) (Gilley, 1998). A partir de junio de 1989 Jiang fue acumulando cada vez mayor poder (con el apoyo tácito de Deng). En noviembre de 1989 sucedió a Deng como presidente de la Comisión de Asuntos Militares del partido, y en 1993 había sucedido a Yang Shangkun en la presidencia de la República (es posible que el intento de Yang de distanciarse de la represión de 1989 llevara a Deng a presionar para que se jubilara). Jiang se convirtió, así, en el primer líder desde Mao que ostentaba los tres altos cargos.

Jiang se propuso recuperar el crecimiento económico y la estabilidad política tras la crisis de 1989 (en enero de 1990 se levantó la ley marcial), una tarea que, según un reciente estudio, se había logrado ya en buena medida cuando murió Deng Xiaoping, en febrero de 1997 (*ibíd*.: 4). Así, aunque a partir de junio de 1989 se habían impuesto sanciones internacionales a Pekín, pronto se restauraron los vínculos comerciales internacionales de China y se reavivó la inversión extranjera. Las previsiones oficiales de 1997 y 1998 estimaban que la inversión extranjera directa durante la década de 1990 ascendería a un total de 250.000 millones de dólares (frente a los 15.000 millones de la década de 1980) (*ibíd*.: 4). Además, a partir de 1993 China pasó a recibir más créditos del Banco Mundial que ningún otro país (CQ,

diciembre 1998: 1.090). También el turismo se recuperó tras un breve período de decadencia. En 1996 visitaron China 51,13 millones de turistas (el 10 % más que en 1995); en 1999 esa cifra se había incrementado a 72 millones (CQ, junio 2000: 607). Al mismo tiempo, a partir de 1989 Jiang lanzó un movimiento de adoctrinamiento patriótico destinado a contrarrestar los «males» del «liberalismo burgués»; curiosamente, no obstante, la resurrección en 1991 de la figura de Lei Feng como modelo ideológico en una nueva campaña para promover los valores colectivos tuvo una vida efímera. El punto de vista del partido, de que en 1989 los estudiantes se habían visto corrompidos por las influencias occidentales, se reflejó en los comentarios que hizo la prensa oficial en el nonagésimo aniversario de la rebelión de los bóxers, subrayando la vigilancia frente a la agresión imperialista y haciendo hincapié en la naturaleza «falsa» de la civilización occidental (Cohen, 1997: 221).

La apelación del partido al sentimiento nacionalista (ilustrada por la incansable publicidad que se dio a la designación de Pekín como sede de los Juegos Asiáticos de 1990 y al hecho de que la mayoría de las medallas de oro las ganaran atletas chinos) halló resonancia en la sociedad (especialmente entre algunos intelectuales) a la vez que, a partir de 1989, se instauraba cierto desencanto con respecto a Occidente. Incluso el culto a Mao popularizado a principios de la década de 1990 —que alcanzó su punto culminante en el aniversario de su nacimiento, en 1993, y que se manifestó en la aparición de todo tipo de objetos conmemorativos (camisetas, mecheros y barajas con la efigie de Mao), además de la proliferación de talismanes de la buena suerte de Mao (*guawu*) colgados en templos y taxis y de poemas de Mao adaptados a la música rock— contenía cierto matiz xenófobo. Aunque la nostalgia por la época de Mao podía ser el reflejo del desencanto público frente a la corrupción del presente, también se vinculaba a la idea de que Mao había infundido un sentimiento de orgullo y autoestima en el pueblo chino, perdido ahora como resultado de la política de puertas abiertas (Barmé, 1996a: 16-17; 19966: 186-189). Un análisis de la música rock contemporánea ha mostrado también que, aunque durante el movimiento de 1989 ésta desempeñó un papel subversivo, en la década de 1990 se hizo sumamente «mercantilizada», subrayando los placeres del consumo privado y apelando al orgullo nacionalista; en el caso de Cui Jian, un héroe del rock para los estudiantes de 1989, eso equivalía a elevar las virtudes de la música rock del norte de China

por encima de la que se importaba de Hong Kong y Taiwan (Jones, 1994: 149, 158-161).

Quizás el acontecimiento más significativo a partir de 1989 fuera, sin embargo, la continuación de la agenda de reformas económicas, que algunos conservadores del partido cuestionaron a raíz de la crisis de 1989. Así, por ejemplo, señalaban los constantes efectos desestabilizadores de las reformas en las áreas urbanas, donde en 1990-1991 más de 50.000 trabajadores participaron en paros, huelgas de brazos caídos y mítines (Perry, 1995: 321), y en marzo de 1993 el desempleo afectaba (según cifras del gobierno) a 200 millones de personas (Baum, 1994: 378). Asimismo, en 1990 más de 70 millones de *youmin* («población flotante») se habían establecido en áreas urbanas (Davis, 1995: 1). En este escenario de incertidumbre en el seno del partido, Deng Xiaoping tomó la iniciativa organizando su último acto político significativo, en enero de 1992, cuando inició un viaje de un mes por las zonas de desarrollo costero del sureste del país y las zonas económicas especiales. Hasta entonces satisfecho con aconsejar y guiar entre bastidores a la poco atractiva manera del burócrata tradicional confuciano, por primera vez Deng hizo amplio uso de la televisión para dar publicidad a su viaje, con lo que aspiraba a subrayar el éxito de la política de puertas abiertas y las reformas del mercado (Pye, 1993: 414-415). En Shenzhen, por ejemplo, dejó claro el apoyo a su naciente mercado de valores. Al mismo tiempo, y a fin de evitar la crítica conservadora de que las reformas del mercado llevarían inexorablemente a un sistema capitalista (a lo que se aludía como el peligro de una «evolución pacífica»), Deng insistió en que no existía ningún vínculo necesario entre la economía de mercado y el capitalismo (Baum, 1994: 341-343).

Cuando se celebró el decimocuarto congreso del partido, en octubre de 1992, en general se aceptó la necesidad de acelerar las reformas económicas cuando se ratificó oficialmente la agenda reformista orientada a transformar China de «una economía de producto socialista planificada» en una «economía de mercado socialista»; al año siguiente, en el octavo Congreso Nacional del Pueblo, quedó establecida la definición de la economía de China como «una economía de mercado socialista» (*ibíd*.: 361, 375). Esto dio luz verde, por ejemplo, a una nueva desregulación del ya anticuado sector público industrial, liberándolo de la planificación central y sometiéndolo al mercado, cuyos efectos resultarían problemáticos en los años siguientes (véase la

Conclusión). La causa de la reforma también se vio fortalecida en el congreso cuando tres activistas reformistas fueron elegidos miembros del Comité Permanente del Politburó (uno de ellos era Zhu Rongji, antiguo alcalde de Shanghai, que en 1998 sucedería a Li Peng como primer ministro) y se tomó la decisión de abolir la Comisión de Asuntos Centrales (CAC), reducto de los líderes veteranos que con frecuencia se habían resistido al cambio modernizador. En los años siguientes todos ellos desaparecerían de la escena: Li Xiannian, que había sido presidente de la República entre 1983 y 1988, murió en 1992; Chen Yun, el destacado planificador económico de la década de 1950 y presidente de la CAC, falleció en 1995; y Peng Zhen, alcalde de Pekín de 1951 a 1996 y presidente del

Comité Permanente del Congreso Nacional del Pueblo en la década de 1980, murió en 1997.

El año 1997 presenció también la muerte de Deng Xiaoping, sólo cuatro meses antes de que la colonia británica de Hong Kong fuera oficialmente reintegrada a la soberanía china, en julio, bajo unas condiciones («un país, dos sistemas») que él había forjado (Yahuda, 1993: 561). Aunque en 1979 y 1985 Deng había sido declarado «Hombre del Año» por la revista *Time*, y en 1922 por *The Financial Times* (Gittings, 1996: 8), su papel en la represión del movimiento de protesta de 1989 significó que su reputación tanto en China como en el extranjero resultara siempre controvertida. Sin embargo, y como en el caso de Mao Zedong, el papel de Deng y de sus ideas fue elogiado por el PCC (en 1993 se afirmó que el pensamiento de Deng Xiaoping representaba el «marxismo chino moderno»), y el presidente del partido, Jiang Zemin (que en los años siguientes adquiriría cada vez mayor influencia y autoridad), dejó claro que la visión de Deng de China como una potencia económicamente vigorosa bajo el disciplinado gobierno del PCC seguiría guiando el futuro del país.

CONCLUSIÓN

Así como el siglo XX se inició con el intento de la dinastía Qing de fortalecer los fundamentos y la legitimidad del gobierno dinástico emprendiendo un ambicioso programa de construcción del estado, del mismo modo el siglo se cerraba con el intento del PCC —él mismo, beneficiario del desorden y de la crisis de autoridad política desencadenados por la caída de la dinastía en 1911— de mantener la legitimidad de su gobierno con un programa de reformas económicas similarmente ambicioso, destinado a mejorar el nivel de vida general y a potenciar el papel de China en la escena mundial. Sin embargo, aunque en 1997 el decimoquinto congreso nacional del partido legitimó la autoridad de Jiang Zemin (Baum, 1998: 141-156; Meisner, 1999: 523-524) y suscitó el consenso para su programa de reformas, el país seguía asolado por graves problemas de desorden social, malestar popular y corrupción. Al mismo tiempo, los desacuerdos con Estados Unidos y la falta de progresos en relación a la «cuestión de Taiwan» han venido a empañar la cada vez más productiva interacción de China con la comunidad internacional (cuya última manifestación es la inminente aceptación del país en la Organización Mundial del Comercio). Por otra parte, los recientes intentos de elevar el estatus ideológico de Jiang y de retratarlo como el heredero directo de Mao Zedong y Deng Xiaoping, en tanto continuador de la política de desarrollo controlado por el PCC, están claramente destinados a evitar cualquier cambio de dirección una vez que Jiang cese en el cargo de presidente, en el año 2002. Así, una valla publicitaria (que el autor del presente volumen tuvo ocasión de ver en Jinan, capital de la provincia de Shandong, en octubre de 2000) exhibía los rostros de Mao, Deng y Jiang sobre el fondo de la bandera nacional china y varios rascacielos, acompañados por el eslogan *sannian dai lingxiu da jueci* («Tres generaciones de líderes siguiendo la Gran Política de Desarrollo»).

Una de las fuentes de desorden social radica en el creciente desempleo

urbano producido como resultado de la reestructuración de las empresas públicas (lo que ha significado, de hecho, el despido de empleados públicos o el cierre de las empresas no rentables). A finales de 1997 se calculaba que había unos 5.768.000 parados, además de los 6.343.000 despedidos de las empresas públicas (CQ, septiembre 1998: 707). En marzo de 2000, el ministro de Trabajo y Seguridad Social informaba de que se esperaban otros 5.000.000 de despidos en el sector público, lo que elevaría el total de trabajadores despedidos a 11.500.000 (CQ, junio 2000: 600). A finales de la década de 1990, sin embargo, las áreas urbanas daban cobijo también a un «excedente» de 130 millones de trabajadores rurales e inmigrantes (CQ, septiembre 1998: 707). En su calidad de residentes temporales (es decir, sin un registro oficial urbano), dichos inmigrantes, que constituían una clase marginada sin acceso a las prestaciones sociales, residían en sus propias comunidades segregadas (y a menudo eran tratados con desprecio u hostilidad por parte de los residentes urbanos permanentes), y venían a añadirse a una creciente «población flotante» que buscaba trabajo en la construcción o en los talleres de reparaciones (Solinger, 1995: 114-115; 1999: 233). La mayoría de los inmigrantes eran campesinos varones sin instrucción, aunque en 1991 el gobierno admitió también la presencia de cuatro millones de trabajadores menores de edad (Solinger, 1995: 119-120).

Se pueden observar otras manifestaciones del malestar generalizado en los crecientes índices de delincuencia (por ejemplo, del tráfico de estupefacientes, especialmente en las fronteras suroccidentales de China) y drogadicción. Una alarmante consecuencia de las reformas económicas ha sido la «mercantilización» de las mujeres (Evans, 2000); con un creciente «mercado» de esposas potenciales y de mano de obra femenina, se ha producido un resurgimiento de los secuestros y ventas de mujeres y niños. Un informe de 1995 señalaba que entre 1991 y 1994 hubo cerca de 70.000 de tales secuestros, lo que llevó a la detención de 100.000 delincuentes (*ibíd*.: 225). Cabría señalar aquí que desde los inicios del proceso de reforma se ha producido también un constante incremento de la prostitución (*ibíd*.: 225; Hershatter, 1996).

Mientras China inicia el siglo XXI, el gobierno afronta disturbios étnicos en el Tibet y Xinjiang, donde la creciente presencia china *han* suscita resentimientos. En Xinjiang, por ejemplo, patria de los uigures (como ya hemos señalado anteriormente, un pueblo musulmán de habla turca), que

constituyen cerca del 50 % de la población, la presencia china *han* se ha incrementado del 6,3 % de la población en 1949 al 38 % actuad; además, todos los altos cargos del partido están monopolizados por chinos *han*. También la prohibición (desde 1990) de toda actividad religiosa para las personas menores de dieciocho años ha suscitado una ardiente oposición. En los últimos años ha surgido un movimiento separatista (paralelamente al incremento del movimiento de oposición tibetano que se originó con la huida del dalai lama a la India, en 1959) inspirado en la República del Turkestán Oriental, brevemente establecida en 1944-1949, en un momento en el que el gobierno del Guomindang se desmoronaba.

Pekín se toma muy en serio esta amenaza: al fin y al cabo, Xinjiang no sólo tiene una importancia estratégica fundamental en lo que se refiere a Pekín, sino que es también el emplazamiento de las armas nucleares chinas, además de una rica fuente de carbón, hierro y gas natural; tal importancia queda ilustrada por el hecho de que (según informes documentados de Amnistía Internacional) entre enero de 1997 y abril de 1999 se firmaran en esa zona 210 sentencias de muerte y se realizaran 190 ejecuciones: la mayoría de los ejecutados eran uigures convictos de terrorismo o de actos subversivos. Los propios medios de comunicación del estado han señalado que en el año 2000 (hasta septiembre) los tribunales de Xinjiang condenaron a muerte a un mínimo de 24 separatistas uigures (FEER, 7 septiembre 2000: 22-24). El temor a un movimiento de carácter nacionalista e islámico en Xinjiang explicaba, en parte, la feroz oposición de Pekín a la acción de la OTAN en Kosovo en 1999, que se veía como un peligroso precedente de una posible intervención de Occidente (en especial de Estados Unidos) en los asuntos de otros países para ayudar a perseguir a las minorías musulmanas.

En la actualidad los líderes del PCC están tratando de resolver el problema de dos formas distintas. En primer lugar, Jiang Zemin ha buscado la cooperación de Rusia y de los estados de Asia Central recientemente independientes (Kazajstán, Kirguizistán, Tadjikistán) en la adopción de medidas de seguridad coordinadas para la represión de todas las actividades separatistas; en julio de 2000 se celebró en Tadjikistán una cumbre del llamado «Grupo de los Cinco» para tratar de estas cuestiones. En segundo término, el PCC anunció en marzo de 2000 un ambicioso programa (inaugurado oficialmente por una enorme exhibición de fuegos artificiales en octubre) destinado a fomentar el desarrollo económico y una mayor inversión

en las regiones occidentales de China (incluida Xinjiang). Esta iniciativa reflejaba la creciente conciencia de una amplia fractura económica entre las prósperas provincias orientales y costeras, por una parte, y, por la otra, las provincias occidentales, mucho más pobres, donde residen la mayoría de las personas que viven en zonas rurales en condiciones de pobreza; el número de quienes viven en esta «abyecta pobreza rural», según la expresión de los propios informes gubernamentales, alcanza los 50 millones de personas (Oi, 1999: 617).

Un reciente estudio incluso conjetura que la desigualdad social y económica en la China actual es más extrema que durante la época de Mao, en que existía una sociedad relativamente igualitaria (Meisner, 1999: 533). En lo que se refiere a Xinjiang y al Tibet, el desarrollo económico se contempla como una manera efectiva de socavar los sentimientos separatistas.

Quizás el más grave problema al que han de enfrentarse los actuales líderes de China, y potencialmente el más perjudicial para la legitimidad del PCC, sea el de los crecientes niveles de corrupción. Durante la década de 1980 y la mayor parte de 1990, la mayoría de los casos de corrupción tenían que ver con cuadros y funcionarios de bajo rango. Pero todo esto cambió en septiembre de 1997, cuando Chen Xitong, alcalde y secretario del partido de Pekín, se convirtió en el primer funcionario de alto rango acusado de corrupción, fue expulsado del Politburó y, más tarde (en febrero de 1998), oficialmente arrestado; posteriormente sería condenado a dieciséis años de cárcel (CQ, diciembre 1998: 1.085). Los líderes del PCC confiaban en que este sonado caso frenaría la ola de corrupción que afectaba a todos los niveles del partido y del gobierno; pero fue en vano. A pesar de las campañas de propaganda como la de los «Tres Énfasis» (.*sanzhong*), en la que se subrayaba la importancia del estudio, de una conciencia política correcta y de una conducta correcta —y cuyo último llamamiento corrió a cargo del primer ministro Zhu Rongji en el noveno Congreso Nacional del Pueblo, celebrado en marzo de 2000—, un informe oficial de 1999 señalaba que los organismos de la procuraduría habían investigado 38.383 casos de abusos de poder (malversación, soborno, negligencia). Entre los funcionarios implicados había tres con responsabilidades en el ámbito de la provincia, 136 en el de la prefectura y 2.200 en el del condado (CQ, junio 2000: 601).

Dos de los casos más recientes de corrupción indican su alarmante difusión. En septiembre de 2000, Cheng Kejie, ex gobernador de la provincia

de Guangxi, miembro del Politburó y vicepresidente del Comité Permanente del Congreso Nacional del Pueblo, fue ejecutado por soborno y malversación. Aunque los medios de comunicación oficiales dieron cierta prominencia al caso, al segundo, conocido como el «escándalo del contrabando de Yuanhua», no se le ha dado publicidad debido a sus negativas consecuencias. En el año 2000 se iniciaron varios juicios, en Xiamen y otras ciudades de la provincia de Fujian, con el resultado probable de la ejecución de doce altos funcionarios (incluyendo al viceministro de Seguridad Pública), acusados de estar implicados en una enorme operación de contrabando por un valor estimado de unos 10.000 millones de dólares. Al parecer, durante seis años (1993-1999) el director de la compañía Yuanhua en Xiamen (actualmente huido del país) logró sobornar a militares, policías, aduaneros y funcionarios municipales y del partido para introducir productos de contrabando en el país (incluyendo chips de ordenador, petróleo crudo, automóviles, productos petroquímicos y materiales de construcción) e invertir los beneficios en una desconcertante variedad de edificios de oficinas, apartamentos y clubes nocturnos (SCMP, 16 septiembre 2000: 17).

Esta corrupción oficial tiene un efecto especialmente explosivo en las zonas rurales, donde los campesinos tienen que sufrir la imposición de tributos y gravámenes arbitrarios, y donde la hipertrofiada burocracia (y la transferencia de fondos destinados a la agricultura a empresas locales dirigidas por cuadros del partido o parientes suyos) ha dejado a los gobiernos locales sin la posibilidad de pagar las entregas de cereales de los campesinos con dinero en metálico. No resulta sorprendente que los disturbios y revueltas rurales se hayan incrementado durante la última década (Bernstein, 1999: 213, 217). Sólo en 1993, un informe del gobierno señalaba 1.700.000 casos de «resistencia» en el campo, de los que 6.230 eran «disturbios» (*naoshi*) que habían producido daños a personas o a propiedades (Perry, 1993: 314). Uno de los «disturbios» más recientes tuvo lugar en la provincia de Jiangxi, en agosto de 2000, cuando hasta 20.000 granjeros de varias aldeas se enfrentaron a la policía en una protesta contra los impuestos arbitrarios; tres campesinos resultaron muertos y 50 fueron arrestados, pero no antes de que se desvalijara a varios funcionarios del gobierno (SCMP, 5 septiembre 2000: 8). Una carta del secretario del partido de una de las poblaciones implicadas, en la provincia de Hubei, dirigida 2d Consejo de Estado y publicada en un periódico oficial el mismo mes, señalaba que, además de las tasas por las

tierras (200 yuanes por hectárea), cada hogar había de pagar un serie de gravámenes impuestos a otros miembros de la familia que podían suponer varios miles de yuanes al año, una cantidad enorme si se tiene en cuenta el hecho de que para algunos campesinos la renta neta anual podía no llegar a superar los mil yuanes (SCMP, 4 septiembre 2000: 8). Los problemas de origen humano de los campesinos se vieron exacerbados por los desastres naturades hacia finales de la década de 1990. En julio-agosto de 1998, varias inundaciones (las peores desde 1954) afectaron a grandes áreas de la región centro-meridional del Yangzi, así como del noreste del país. Se perdieron 13 millones de hectáreas de cultivos, y 13,4 millones de personas se vieron obligadas a desplazarse (CQ, diciembre 1998: 1.084). Irónicamente, el colosal proyecto de la presa de las Tres Gargantas, en la cuenca del Yangzi, destinado a evitar las inundaciones y al que se dio luz verde en 1992, requerirá el desplazamiento forzoso de más de un millón de personas (Gittings, 1996: 108).

Una posible solución al problema del descontento rural consiste en impulsar el desarrollo de las elecciones directas en el ámbito municipal de cada aldea, un proceso que se inició de forma extraoficial y espontánea cuando los residentes de algunas aldeas de la provincia de Guangxi decidieron elegir a sus propios líderes a finales de 1980 y comienzos de 1981 (O'Brien y Li, 2000: 465-489). Durante los años siguientes esta práctica se fue poco a poco transformando en ley nacional, a pesar de los recelos de los líderes del partido y de la renuencia de los cuadros locales. Uno de los más prominentes defensores de las elecciones municipales fue Peng Zhen, presidente del Congreso Nacional del Pueblo durante la década de 1980, quien afirmaba que dichas elecciones incrementarían el apoyo al PCC eliminando a los cuadros corruptos e incompetentes (los funcionarios electos también se encontrarían en mejor posición para imponer políticas estatales impopulares). En 1987, el CNP aprobó la Ley Orgánica de Comités de Aldea, que aprobaba la elección de comités de aldea (que tendrían de tres a siete miembros) por períodos de tres años; la medida fue respaldada por el comité central del partido en 1990 (Li y O'Brien, 1999: 129-130). En noviembre de 1998, una ley adicional hacía obligatorio que las aldeas celebraran elecciones cada tres años, y en dichas elecciones todos los miembros del comité de aldea serían nombrados directamente por los propios habitantes, el número de candidatos habría de exceder al de puestos, y todas las votaciones se habrían de realizar en secreto

(la rama local del partido, sin embargo, seguiría constituyendo el «núcleo del liderazgo» de la aldea). Actualmente los funcionarios del partido afirman que en el 80 % de las aldeas de China se ha celebrado por lo menos una ronda de elecciones; otras estimaciones sitúan esa cifra entre el 10 y el 30 % (*ibíd*.: 140). A pesar del hecho de que los líderes del partido no ven absolutamente ninguna incompatibilidad entre la democracia popular y un fuerte control estatal, un reciente análisis sostiene que el potencial de una acción más autónoma por parte de la población local y los campesinos se ha visto considerablemente incrementado (O'Brien y Li, 2000: 486-489). Así, por ejemplo, a menudo suelen ser los propios aldeanos quienes fuerzan a los funcionarios locales renuentes a celebrar elecciones (Li y O'Brien, 1999: 137-139).

La cuestión de la autonomía municipal afecta a la cuestión, más amplia, de si ha surgido (o está surgiendo) una «sociedad civil» en China, un debate desatado por las reformas del mercado de la década de 1980 (Wakeman, 1993). Algunos estudiosos occidentales detectaron en las reformas del mercado de esta década un resurgimiento de la sociedad civil (en la forma de grupos económicos no estatales y de institutos de investigación cuasi-independientes) que se había manifestado por primera vez durante los últimos años de la dinastía Qing, cuando la movilización oficialmente aprobada de la aristocracia y las elites comerciales les permitió formar asociaciones profesionales y voluntarias, y les proporcionó una mayor influencia en la educación, la seguridad pública y el desarrollo económico (Rankin y Esherick, 1990: 337-338; Wakeman, 1993: 110, 113). El optimismo dio paso a una actitud más cautelosa desde la represión del movimiento de protesta de 1989. Así, un reciente análisis de la vida urbana ha detectado una vida ciudadana más enérgica y (al menos económicamente) más autónoma, en la que una población cada vez más diversa es capaz de conversar (privada y públicamente) sobre una creciente variedad de temas, señalando que «los urbanitas chinos pueden estar ya psicológicamente preparados para una confrontación radical y fructífera de la hegemonía del PCC en el futuro próximo» (Davis, 1995: 2-9); no obstante, se afirma, no ha surgido ninguna asociación «social» con suficiente influencia moral e institucional como para *limitar* la coerción estatal *constantemente* (*ibíd*.: 15). Otro estudioso supone que, aunque se ha dado una continua expansión del «ámbito público» desde el cambio de siglo, eso no ha llevado a «la acostumbrada afirmación del poder

cívico contra el estado» (Wakeman, 1993: 133). Aun así, resulta sumamente significativo que muchas personas hayan tratado de aprovechar la Ley de Procedimientos Administrativos de 1990, que permite a los ciudadanos demandar a los funcionarios arbitrarios; se calcula que, en 1995, unos 70.000 demandaron a funcionarios individuales o a organismos del gobierno (Goldman y MacFarquhar, 1999: 14). Por otra parte, en 1996 varios informes oficiales señalaban la existencia de 186.666 «organizaciones sociales» (*shehui tuanti*, término que alude a las organizaciones autónomas legalmente registradas, así como a aquellas establecidas por los organismos del estado para llevar a cabo actividades de bienestar social). Un reciente análisis de dichas organizaciones supone que éstas poseen suficiente potencial para influir en el proceso de toma de decisiones o de defender vigorosamente los intereses de sus miembros (Saich, 2000: 125-126).

Lo cierto es que el partido-estado ha logrado aplastar cualquier actividad política independiente. Así, en junio de 1998, y aprovechando un breve período de relajamiento gubernamental (coincidiendo con la visita del presidente norteamericano Clinton a China, en los meses de junio y julio), un grupo de disidentes trataron de formar un partido de oposición legal (denominado Partido Democrático Chino). A los seis meses contaba con 200 miembros y con «ramas» en 24 provincias. Declarado ilegal por las autoridades, a finales de año sus miembros fueron detenidos y actualmente sus 34 líderes están en la cárcel (SCMP, 5 septiembre 2000: 7). A otros disidentes «problemáticos» simplemente se les ha permitido exiliarse. Wei Jingsheng, por ejemplo, que fue encarcelado tras el movimiento «Muro de la Democracia» de 1979, liberado en 1983, y sentenciado a otros quince años de cárcel en 1995, fue finalmente liberado en noviembre de 1997 y obligado a exiliarse a Estados Unidos. Similar destino tuvo Wang Dan, un líder estudiantil del movimiento de 1989, en abril de 1998 (tras haber estado en la cárcel hasta 1993 y sentenciado a otros once años en 1996). El poder coercitivo del partido también se ha mostrado recientemente en la represión del Falungong, un grupo religioso fundado en 1992 que se adhería a una mezcla de creencias budistas y taoístas, y practicaba ejercicios de respiración y de salud tradicionales (*qigong*). Tras una sentada de 10.000 de sus seguidores ante la Zhongnanhai (la residencia oficial de los líderes del PCC) en abril de 1999, la organización fue prohibida y condenada por practicar un dañino «culto» religioso y supersticioso. Irónicamente, aunque el *qigong* ha

sido promovido por el estado como una tradición peculiar de China, las autoridades siguen mostrándose recelosas ante las redes sociales a las que dicha actividad da lugar, y también frente a sus líderes carismáticos como Li Hongzhi, fundador del Falungong (Chen, 1995: 347-359).

A pesar de todo este poder coercitivo, en el futuro le puede resultar más difícil al partido-estado controlar un acceso público cada vez mayor a las fuentes de información externas (a través de Internet). A comienzos del año 2000 cerca de 10 millones de personas tenían acceso a Internet, y se espera que este número aumente de manera espectacular en los próximos años. Incluso en el ámbito de las publicaciones impresas el partido seguirá experimentando problemas de control. A raíz de las protestas de 1989, por ejemplo, las autoridades confiscaron 31 millones de libros y revistas, y cerraron 41 editoriales; pero dos años después, en 1991, los funcionarios descubrieron una «red» editorial clandestina integrada por 257 unidades de redacción, edición y distribución repartidas por 85 ciudades (Wang, 1995: 171).

Finalmente, aunque el PCC podría apuntar hacia un crecimiento económico continuado (la condición *sine qua non* para mantener su monopolio del poder), de cara a su decimosexto congreso, que se ha de celebrar en el año 2002, se manifiesta una clara preocupación por la credibilidad del partido. A principios de 2000, Jiang Zemin lanzó una campaña oficial (acompañada de un folleto titulado «Un gran programa para fortalecer completamente la construcción del partido») destinada a elevar la talla moral de los miembros del partido (y a potenciar su estatus de peso pesado ideológico). Sin embargo, había cierto matiz de irrealidad en la idea de Jiang de que el partido debe representar la parte más avanzada de la economía, la cultura más avanzada y los intereses básicos de las masas («las tres representaciones»), dado el hecho de que el sector no estatal se estaba convirtiendo rápidamente en el componente más dinámico de la economía y las reformas económicas del partido fomentaban la desigualdad y la corrupción. Hay también algo fundamentalmente deshonesto en el modo en que el partido continúa legitimando su dominio. Por una parte, se distancia claramente del período anterior a 1978, evitando así la responsabilidad de los desastres de las décadas de 1950 y 1960 (culpando de ellos a Mao o a la Banda de los Cuatro); por la otra, potencia sus credenciales patrióticas insistiendo en la continuidad entre el régimen y el período maoísta, en el que

—se afirma— Mao y sus demás colegas patriotas se consagraron al interés nacional y el desarrollo económico (pasando completamente por alto, desde luego, los amargos conflictos surgidos entre los líderes del partido provocados por las diferencias de Mao con esos mismos colegas).

Podría darse el caso —tal como señala un estudioso— de que la RPC siga exhibiendo las características de un «estado leninista maduro» y de que el régimen resulte ser más elástico de lo que creen los observadores extranjeros (Burns, 1999: 580-594). Otros apuntan hacia una creciente dicotomía entre el desarrollo económico de China y un partido-estado cada vez más frágil, resultado de una acelerada descentralización que permite a los gobiernos locales tomar decisiones económicas y facilitar las posibilidades de ganar dinero de la empresa privada, a la vez que ignoran los mandatos del gobierno central contra la corrupción y la explotación laboral (Goldman y MacFarquhar, 1999: 8, 17). El hecho, sin embargo, sigue siendo que el gobierno del PCC se justifica únicamente sobre el supuesto de sólo él garantiza la estabilidad social y el progreso económico. Mientras mi esposa y yo nos mezclábamos con la animada y alegre multitud que abarrotaba la plaza de Tiananmen en vísperas del día de la Fiesta Nacional (el primero de octubre, aniversario de la fundación de la RPC), y que disfrutaba de la satisfacción de saber que China había quedado tercera en la clasificación de medallas de oro de los recientes juegos olímpicos de Sidney 2000, y saboreaba la perspectiva de una fiesta laboral que el gobierno había concedido por primera vez, resultaba difícil de creer que sólo once años antes la plaza había sido el centro de un movimiento de protesta generalizado. Pero Pekín no es China. Cómo afronte el partido-estado el enorme desafío de mejorar la vida de todos sus ciudadanos determinará en gran medida la supervivencia del PCC en el siglo XXI.

GLOSARIO DE TÉRMINOS CHINOS

baihua: «habla popular»; promovida por los radicales culturales durante el Movimiento del Cuatro de Mayo.

chun: «un grupo» o el acto de agruparse; término utilizado por Liang Qichao a finales del siglo XIX para referirse a una nueva comunidad nacional basada en el dinamismo colectivo.

da yuejin: «el Gran Salto Adelante».

danwei: «unidad de trabajo»; lugares de trabajo de propiedad pública (escuela, fábrica, organismo gubernamental, hospital) a los que a partir de 1949 se asignó a todos los empleados urbanos, y que eran responsables del bienestar político, social y económico de sus miembros.

«daoqiang buru, diangun buchu»: «Los cuchillos y alabardas no nos penetrarán, ni las porras eléctricas nos electrocutarán»; versión modernizada de un cántico de invulnerabilidad de los bóxers utilizada por los ciudadanos de Pekín durante el movimiento de protesta de 1989.

datong: «comunidad mundial»; ideal utópico confuciano al que aludía Kang Youwei en sus escritos reformistas de finales del siglo XIX y principios del XX.

dazibao: «cartel de grandes caracteres»; carteles exhibidos por primera vez por los estudiantes de los campus universitarios durante el movimiento de las Cien Flores, en 1956-1957, donde expresaban sus críticas al burocratismo y al elitismo. También se utilizaron durante la Revolución Cultural y el movimiento «Muro de la Democracia» de 1979.

difang zizhi: «autogobierno local»; término introducido por los japoneses en la década de 1890.

dongluan: «trastorno»; término utilizado por el primer ministro Li Peng y

la prensa oficial para calificar las manifestaciones estudiantiles de abril-mayo de 1989.

fan geming baoluan: «rebelión contrarrevolucionaria»; calificación oficial del PCC del movimiento de protesta de 1989.

fanshen: lit. «darle la vuelta al cuerpo»; utilizado en relación a la reforma agraria de finales de la década de 1940, en la que se decía que los arrendatarios y los campesinos pobres se habían emancipado de su estatus de clase humilde.

feiguo: «nación de bandidos»; una denominación de China utilizada por la prensa de dicho país en la década de 1920.

fengjian: «enfeudación»; originalmente una referencia a un sistema de gobierno feudal, pero utilizado a partir del siglo XVII para aludir a la participación de la aristocracia local en la administración de sus propias áreas.

fengshui: «viento y agua»; se refiere a las fuerzas invisibles que se cree que garantizan la armonía natural del entorno (geomancia).

fuqing mieyang: «apoya a los Qing y destruye a los extranjeros»; eslogan utilizado por los bóxers en 1899-1900.

gaogan zidi: los hijos de los cuadros de alto nivel.

guandao: «explotación funcionarial»; término que pasó a ser de uso común en la década de 1980 para calificar los efectos negativos de las reformas económicas.

guanxi: «contactos»; un atributo clave para prosperar en la vida.

guawu: talismanes de la buena suerte de Mao, que aparecieron a finales de la década de 1980 y principios de la de 1990, y se colgaban en taxis, residencias privadas y templos.

Guofu: «Padre de la Nación»; título honorífico otorgado a Sun Yat-sen después de su muerte por el Guomindang.

hongdengzhao: «los Faroles Rojos»; un destacamento independiente del movimiento bóxer integrado por mujeres jóvenes de las que se creía que poseían poderes mágicos.

hongweibing: la Guardia Roja.

huiguan: asociaciones «regionales», que proporcionaban asistencia y seguridad a los residentes temporales en ciudades como Shanghai oriundos de la misma región o localidad.

hukou: sistema de registro de las familias que se remonta a mediados de la década de 1950, y que aspiraba a diferenciar claramente las poblaciones rurales y urbanas.

hutong: callejón tradicional de Pekín, en rápida desaparición como resultado de los cambios en el paisaje urbano contemporáneo.

jiangshen futí: lit. «espíritus que descienden y se adhieren al cuerpo»; una forma de posesión espiritual practicada por los bóxers.

jieji diren: enemigo de clase; término utilizado con frecuencia en las campañas de masas de las décadas de 1950 y 1960.

jieji douzheng: lucha de clases.

jingshi: Escuela de Política Práctica; alude a un corpus de ideas sobre la reforma administrativa defendidas por una serie de burócratas y eruditos de finales del siglo XVIII y principios del XIX.

jinshi: erudito metropolitano; alude también al título más elevado en los tradicionales exámenes para la administración pública.

luán: desorden, caos.

Mao re: «fiebre de Mao»; alude al culto popular a Mao surgido a finales de la década de 1980 y principios de la de 1990, que combinaba la nostalgia con un mercantilismo *kitsch*.

Mao Zedong sixiang: «el pensamiento de Mao Zedong»; declarado guía ideológica del PCC en el séptimo congreso del partido (abril-junio de 1945).

minquan: «derechos del pueblo»; concepto popularizado en los escritos reformistas de Liang Qichao, en los primeros años del siglo XX.

minzhu nushen: «Diosa de la Democracia»; estatua construida por los estudiantes de Pekín durante la protesta de Tiananmen.

naoshi: «disturbios»; utilizado en relación a las revueltas y manifestaciones campesinas de la década de 1990.

qingyi: «habla pura»; alude al planteamiento adoptado por una serie de

funcionarios y eruditos fundamentalistas de finales del siglo XIX, que insistían en que sólo el restablecimiento de los principios confucianos (en lugar del cambio tecnológico *per se*) podía desviar la amenaza occidental.

renmin gongshe: comunas populares; la primera surgió en Henan, en abril de 1958.

sanfan: las «Tres Anti»; una campaña masiva de 1951 dirigida a los miembros del PCC, a los burócratas y a los gerentes de las fábricas acusados de despilfarro y corrupción.

sanlunche: un triciclo motorizado que hacía las veces de taxi provisional en los primeros días de la reforma económica (principios de la década de 1980), actualmente reemplazado por automóviles importados de Occidente y de Japón.

san'nian dai lingxiu da jueci: «Tres generaciones de líderes siguiendo la Gran Política de Desarrollo»; eslogan propagandístico contemporáneo que proclamaba la adhesión de Mao Zedong, Deng Xiaoping y Jiang Zemin al programa de modernización económica.

sanmin zhuyi: los «Tres Principios del Pueblo»; programa revolucionario del movimiento antimanchú de Sun Yat-sen, que propugnaba el nacionalismo, la democracia y la mejora de los medios de subsistencia del pueblo.

sanxian: el «Tercer Frente»; política secreta realizada a partir de 1965 (hasta principios de la década de 1970), que reasignaba recursos a la industria controlada por el estado de las provincias remotas del interior por razones estratégicas y de desarrollo.

sanzhong: los «Tres Énfasis»; campaña propagandística de finales de la década de 1990 destinada a potenciar el prestigio y la moral del PCC, que subrayaba la importancia del estudio, de una conciencia política correcta y de una conducta correcta.

shangwu zhuyi: lit. «honra el militarismo»; utilizado en relación con la promoción de un espíritu marcial en las modernas escuelas establecidas en los últimos años de la dinastía Qing.

shangxia yixin: «el soberano y el pueblo de acuerdo»; argumento oficial utilizado para justificar el constitucionalismo en el programa de reformas de la dinastía Qing a principios del siglo XX.

shangzhan: «guerra comercial»; término utilizado durante la segunda mitad del siglo XIX en relación a la competencia con los intereses económicos extranjeros en China.

shehui tuanti: «organización social»; una organización autónoma legalmente registrada o un organismo gubernamental en la China contemporánea que cumple funciones de bienestar social,

shenshang: «comerciante-aristócrata»; término utilizado a finales del siglo XIX para denominar a una nueva clase híbrida de aristócratas que invertían en empresas comerciales o industriales,

shouhui liquan: «recuperación de los derechos económicos»; objetivo clave del movimiento de «autofortalecimiento» de finales del siglo XIX, que aspiraba a reducir los privilegios económicos extranjeros en China.

shuyuan: academia confuciana tradicional, donde los estudiosos investigaban y comentaban textos clásicos.

taizidang: «príncipes y princesas herederos»; término contemporáneo que alude a los hijos e hijas de los líderes del gobierno y del partido que utilizaban sus contactos para obtener ventajas políticas y económicas.

tianzai renhuo: «desastre natural y desgracia humana»; alude al año 1976, en que murieron Mao Zedong, Zhou Enlai y Zhu De, y se produjo un terremoto que causó la muerte de más de medio millón de personas.

tie wanfan: «cuenco de arroz de hierro»; se refiere al sistema de empleo permanente establecido en las fábricas de propiedad pública a partir de 1949, y que actualmente se está desmantelando en el contexto de las reformas orientadas al mercado.

Tongmenghui: Liga de la Alianza; organización revolucionaria de Sun Yat-sen, fundada en Tokio, en 1905.

waihuipiao: certificado de divisas; una versión «extranjera» de la moneda nacional con la que en la década de 1980 se habían de adquirir en China los bienes de consumo extranjeros.

wuchan jieji wenhua da geming: «Gran Revolución Cultural Proletaria».

wufan: las «Cinco Anti»; campaña masiva de 1952 que denunciaba a industriales y hombres de negocios acusados de soborno, evasión de

impuestos y robo de propiedades estatales.

xiafang: «descender al campo»; política realizada inicialmente en 1942-1944, consistente en transferir a cuadros del partido comunista y a intelectuales a las zonas rurales, donde se dedicaban al trabajo manual.

xiehai: «zambullirse en el mar»; alude al proceso por el que los cuadros y funcionarios individuales o las organizaciones estatales participan en empresas privadas.

Xin Qingnian: «Nueva Juventud»; periódico radical fundado por Chen Duxiu en 1915, y una de las publicaciones más importantes del Movimiento del Cuatro de Mayo.

Xingzhonghui: Asociación para la Regeneración de China; primera organización revolucionaria de Sun Yat-sen, fundada en Hawai, a finales de 1894.

xinmin: «nuevo ciudadano»; término utilizado por Liang Qichao a principios del siglo XX en el contexto de su ideal de un pueblo chino independiente, disciplinado y con espíritu cívico.

xinyang weiji: «crisis de fe»; término utilizado por los medios de comunicación oficiales a principios de la década de 1980 para describir el escepticismo y desencanto público generalizado.

xinzheng: «nuevas políticas»; se refiere al programa de reformas aprobado por la dinastía Qing en sus últimos años.

xuechao: «marea estudiantil»; alude a la oleada de disturbios y huelgas surgida en las escuelas modernas durante los primeros años del siglo XX.

xuehui: «asociación de estudio»; una nueva forma de asociación voluntaria fundada por la aristocracia a finales del siglo XIX y principios del XX para fomentar el saber occidental o defender proyectos de reforma.

Yihequan: los bóxers (lit. «Boxeadores Unidos en la Virtud»).

youmin: «población flotante»; calificación contemporánea de los inmigrantes rurales de las ciudades.

Youyi shangdian: Tienda de la Amistad; grandes almacenes de propiedad pública que vendían bienes de consumo importados a los extranjeros y cuadros de alto rango durante la década de 1980.

zaofan you daoli: «rebelarse está justificado»; eslogan de la Revolución Cultural utilizado inicialmente por Mao Zedong cuando instó a los estudiantes de la Universidad de Pekín a criticar a las autoridades universitarias, en 1966.

zhongdian: «punto clave»; alude a las escuelas y universidades elitistas de la China posterior a 1949, que recibían la parte del león de los recursos.

zili gengsheng: «independencia»; ideal maoísta enunciado por primera vez durante el período de Yanan (1936-1947), y posteriormente durante el Gran Salto Adelante.

zuofeng: «estilo de trabajo».

Bibliografía

Ahn, Byung-joon (1976): *Chinese Politics and the Cultural Revolution*, Seattle, University of Washington Press.

Alitto, G. (1979): *The Last Confucian: Liang Shu-ming and the Chinese Dilemma of Modernity*, Berkeley, University of California Press.

Anagnost, A. (1997): *National Past-Times*, Durham (NC), Duke University Press.

Andors, P. (1983): *The Unfinished Liberation of Chinese Women 1949-1980*, Bloomington, Indiana University Press.

Apter, D. (1995): «Discourse as Power: Yanan and the Chinese Revolution», en T. Saich y H. Van de Ven (eds.), *New Perspectives on the Chinese Communist Revolution*, Nueva York, M. E. Sharpe, 193-234.

Atwell. P. (1985): *British Mandarins and Chinese Reformers*, Hong Kong, Oxford University Press.

Averill. S. (1990): «Local Elites and Communist Revolution in the Jiangxi Hill Country», en J. Esherick y M. Rankin (eds.), *Chinese Local Elites and Patterns of Dominance*, Berkeley, University of California Press, 282-304.

Bachman, D. (1991): *Bureaucracy, Economy and Leadership in China: The Institutional Origins of the Great Leap Forward*, Cambridge, Cambridge University Press.

Bailey, P. (1988): «The Chinese Work-Study Movement in France», *China Quarterly*, 115,441-461.

— (1990): *Reform the People: Changing Attitudes Towards Popular Education in Early Twentieth Century China*, Edimburgo,

Edinburgh University Press.

— (1992): «Voltaire and Confucius: French Attitudes Towards China in the Early Twentieth Century», *History of European Ideas*, 14, 6, 817-37.

— (trad, e intro.) (1998): *Strengthen the Country and Enrich the People: The Reform Writings of Ma Jianzhong (1845-1900)*, Richmond, Curzon Press.

— (2000): «From Shandong to the Somme: Chinese Indentured Labour in France During World War One», en A. Kershen (ed.), *Language, Labour and Migration*, Aldershot, Ashgate Press, 179-196.

— (2001): «Active Citizen or Efficient Housewife? The Debate Over Women's Education in Early Twentieth Century China», en G. Peterson, R. Hayhoe y Yongling Lu (eds.), *Education, Culture and Identity in Twentieth-Century China*, Ann Arbor, University of Michigan Press.

Barme, G. (1996a): *Shades of Mao*, Nueva York, M. E. Sharpe.

— (1996b): «To Screw Foreigners is Patriotic: Chinas Avant-Garde Nationalists», en J. Unger (ed.), *Chinese Nationalism*, Nueva York, M. E. Sharpe, 183-208.

— (1999): *In the Red: On Contemporary Chinese Culture*, Nueva York, Columbia University Press.

Bastid, M. (1980): «Currents of Social Change», en J. Fairbank y K. C. Liu (eds.), *The Cambridge History of China*, vol. 11, *Late Ch'ing 1800-1911*, Cambridge, Cambridge University Press, 536-602.

— (1984): «Chinese Educational Policies in the 1980s and Economic Development», *China Quarterly*, 98, 189-219.

— (1987): «Official Conceptions of Imperial Authority at the End of the Qing Dynasty», en S. Schram (ed.), *Foundations and Limits of State Power in China*, Hong Kong, Chinese University Press, 147-85.

— (1988): *Educational Reform in Early Twentieth-Century China* (trad, de P. Bailey), Ann Arbor, Center for Chinese Studies, University of Michigan.

Baum. R. (1975): *Prelude to Revolution: Mao, the Party, and the Peasant Question 1962-1966*, Nueva York, Columbia University Press.

— (1994): *Burying Mao: Chinese Politics in the Age of Deng Xiaoping*, Princeton (NJ), Princeton University Press.

— (1998): «The Fifteenth National Party Congress: Jiang Takes Command?», *China Quarterly*, 153, 141-152.

Bays, D. 1978: *China Enters the Twentieth Century: Chang Chih-tung and the Issues of a New Age 1895-1909*, Ann Arbor, University of Michigan Press.

Beahan, C. (1975): «Feminism and Nationalism in the Chinese Women's Press», *Modern China*, 1, 379-416.

Beasley, W. (1989): «The Foreign Threat and the Opening of the Ports», en M. Jansen (ed.), *The Cambridge History of Japan*, vol. 5, *The Nineteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 259-307.

Bedeski, R. (1981): *State-Building in Modern China*. Berkeley, Institute of East Asian Studies, University of California.

Benedict, C. (1996): *Bubonic Plague in Nineteenth-Century China*, Stanford (CA), Stanford University Press.

Benton, G. (1992): *Mountain Fires: The Red Army's Three-year War in South China 1934-1938*, Berkeley, University of California Press.

— (1999): *New Fourth Army*, Richmond, Curzon Press.

Benton, G. y Hunter, A. (eds.) (1995): *Wild Lily, Prairie Fire: China's Road to Democracy, Yanan to Tiananmen 1942-1989*, Princeton (NJ), Princeton University Press.

Bergére, M.C. (1968): «The Role of the Bourgeoisie», en M. Wright (ed.), *China in Revolution: The First Phase 1900-1913*, New Haven (CT), Yale University Press, 229-96.

— (1983): «The Chinese Bourgeoisie, 1911-1937», en J. Fairbank (ed.), *The Cambridge History of China*, vol. 12, *Republican China 1912-1949*, Cambridge, Cambridge University Press, 722-827.

— (1989): *The Golden Age of the Chinese Bourgeoisie 1911-1937*,

Cambridge, Cambridge University Press.

— (1997): «Civil Society and Urban Change in Republican China», *China Quarterly*, 150, 309-328.

— (1998): *Sun Yat-Sen*, Stanford (CA), Stanford University Press.

Bernal, M. (1976): *Chinese Socialism to 1907*, Ithaca (NY), Cornell University Press.

Bernhardt, K. (1992): *Rents, Taxes, and Peasant Resistance: The Lower Yangzi Region 1840-1950*, Stanford (CA), Stanford University Press.

Bernstein, T. (1977): *Up to the Mountains and Down to the Villages*, New Haven (CT), Yale University Press.

— (1999): «Farmer Discontent and Regime Responses», en M. Goldman y R. MacFarquhar (eds.), *The Paraodox of China's Post-Mao Reforms*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 197-219.

Bianco, L. (1971): *Origins of the Chinese Revolution 1915-1949*, Stanford (CA), Stanford University Press.

— (1995): «Peasant Responses to CCP Mobilization Policies, 1937-1945», en T. Saich y H. Van de Ven (eds.), *New Perspectives on the Chinese Communist Revolution*, Nueva York, M. E. Sharpe, 175-187.

Billingsley, P. (1988): *Bandits in Republican China*, Stanford (CA), Stanford University Press.

Borthwick, S. (1983): *Education and Social Change in China*, Stanford (CA), Hoover Institution Press.

Boyle, J. (1972): *China and Japan at War 1937-1945*, Stanford (CA), Stanford University Press.

Brandt, C. (1958): *Stalin's Failure in China 1924-1927*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

Brandt, L. (1997): «Reflections on Chinas Late Nineteenth Century and Early Twentieth Century Economy», *China Quarterly*, 150, 282-308.

Breslin, S. (1998): *Mao*, Londres, Addison Wesley Longman.

Brook, T. (1998): *Quelling the People*, Stanford (CA), Stanford University Press.

Brugger, B. (1981): *China: Liberation and Transformation 1942-1962*, Londres, Croom Helm.

Bunker, G. 1971: *The Peace Conspiracy: Wang Ching-wei and the China War 1937-1941*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

Burns, J. (1989): «Chinas Governance: Political Reform in a Hirbulent Environment», *China Quarterly*, 119, 481-518.

— (1999): «The Peoples Republic at 50: National Political Reform», *China Quarterly*, 159, 580-594.

Chan, A. (1982): *Arming the Chinese: The Western Armaments ftade in Warlord China*, Vancouver: University of British Columbia Press.

Chan, A.; Madsen, R. y Unger, J. (1992): *Chen Village Under Mao and Deng*, Berkeley, University of California Press.

Chan, W. (1977): *Merchants, Mandarins and Modern Enterprise in Late Ch'ing China*, Cambridge (MA), East Asian Research Center, Harvard University.

Chang, Hao (1971): *Liang Ch'i-ch'ao and Intellectual Transition in China 1890-1907*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

— (1980): «Intellectual Change and the Reform Movement», en J. Fairbank y K. C. Liu (eds.), *The Cambridge History of China*, vol. 11, *Late Ch'ing 1800-1911*, Cambridge, Cambridge University Press, 274-338.

— (1987): *Chinese Intellectuals in Crisis: Search for Order and Meaning (1890-1911*), Berkeley, University of California Press.

Chang, M. (1985): *The Chinese Blue Shirt Society: Fascism and Developmental Nationalism*, Berkeley, Institute of East Asian Studies, University of California.

Chang, P. (1975): *Power and Policy in China*, University Park, Pennsylvania State University Press.

Chen, J. (1961): *Yuan Shih-k'ai, 1859-1916*, Londres, George Allen and Unwin.

— (1965): *Mao and the Chinese Revolution*, Oxford, Oxford University Press.

— (1983): «The Chinese Communist Movement to 1927», en J. Fairbank (ed.) *The Cambridge History of China*, vol. 12, *Republican China 1911-1949*, Cambridge, Cambridge University Press, 505-526.

Chen, J. (1971): *The May Fourth Movement in Shanghai*, Leiden: Brill.

Chen, N. (1995): «Urban Spaces and Experiences of Qigong», en D. Davis, R. Kraus, B. Naughton y E. Perry (eds.), *Urban Spaces in Contemporary China*, Cambridge, Cambridge University Press, 347-361.

Chen, T. (1981): *Chinese Education Since Mao: Academic and Revolutionary Models*, Oxford: Pergamon Press.

Chen, Yung-fa (1986): *Making Revolution: The Communist Movement in Eastern and Central China 1937-1945*, Berkeley, University of California Press.

— (1995): «The Blooming Poppy Under the Red Sun: The Yan an Way and the Opium Trade», en T. Saich y H. Van de Ven (eds.), *New Perspectives on the Chinese Communist Revolution*, Nueva York, M. E. Sharpe, 263-298.

Chesneaux, J. (1968): *The Chinese Labour Movement 1919-1927*, Stanford (CA), Stanford University Press.

— (1969): «The Federalist Movement in China 1920-1923», en J. Gray (ed.), *Modern China's Search for a Political Form*, Oxford, Oxford University Press, 96-137.

Ch'i, Hsi-sheng (1976): *Warlord Politics in China 1916-1928*, Stanford (CA), Stanford University Press.

— (1982): *Nationalist China at War: Military Defeats and Political Collapse 1937-1945*, Ann Arbor, University of Michigan Press.

Chi, M. (1970): *China Diplomacy 1914-1918*, Cambridge (MA), East Asian Research Center, Harvard University.

Chossudovsky, M. (1986): *Towards Capitalist Restoration? Chinese Socialism After Mao*, Basingstoke, Macmillan.

Chow, Kai-wing (1997): «Imagining Boundaries of Blood: Zhang Binglin and the Invention of the Han "Race" in Modern China», en R. Dikotter (ed.), *The Construction of Racial Identities in China and Japan*, Londres, Hurst, 34-52.

Chow, Tse-tsung (1960): *The May Fourth Movement: Intellectual Revolution in Modern China*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

Chu, S. (1980): «The New Life Movement Before the Sino-Japanese Conflict: A Reflection of Kuomintang Limitations in Thought and Action», en G. Chan (ed.), *China at the Crossroads: Nationalists and Communists 1927-1949*, Boulder (CO), Westview Press, 37-68.

Clifford, N. (1979): *Shanghai 1925: Urban Nationalism and the Defense of Foreign Privilege*, Ann Arbor, Center for Chinese Studies, University of Michigan.

Coble, P. (1980): *The Shanghai Capitalists and the Nationalist Government 1927-1937*, Cambridge (MA), Council on East Asian Studies, Harvard University.

— (1991): *Facing Japan: Chinese Politics and Japanese Imperialism 1931-1937*, Cambridge (MA), Council on East Asian Studies, Harvard University.

Cochran, S. (1980): *Big Business in China: Sino-Foreign Rivalry in the Cigarette Industry 1890-1930*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

Cochran, S. e Hsieh, A. (trads. y eds.) (1983): *One Day in China: May 21 1936*, New Haven (CT), Yale University Press.

Cohen, P. (1974): *Between Reform and Tradition: Wang T'ao and Reform in Late Ch'ing China*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

— (1988): «The Post-Mao Reforms in Historical Perspective», *Journal of Asian Studies*, 47, 3, 518-540.

— (1992): «The Contested Past: The Boxers as History and Myth», *Journal of Asian Studies*, 51, 1, 81-113.

— (1997): *History in Three Keys: The Boxers as Event, Experience and Myth*, Nueva York, Columbia University Press.

Compton, B. (trad, y ed.) (1966): *Mao's China: Party Reform Documents 1942-1944*, Seattle, University of Washington Press.

Crane, G. (1996): «Special Things in Special Ways»: National Identity and Chinas Special Economic Zones», en J. Unger (ed.), *Chinese Nationalism*, Nueva York, M. E. Sharpe, 148-168.

Crossley, P. Kyle (1990): *Orphan Warriors: Three Manchii Generations and the End of the Qing World*, Princeton (NJ), Princeton University Press.

— (1994): «Manchu Education», en B. Elman y A. Woodside (eds.), *Education and Society in Late Imperial China,1600-1900*, Berkeley, University of California Press, 340-378.

— (1997): *The Manchus*, Oxford, Blackwell Publishers.

Davin, D. (1976): *Woman-Work: Women and the Party in Revolutionary China*, Oxford, Clarendon Press.

— (1999): *Internal Migration in Contemporary China*, Basing-stoke: Macmillan.

Davis, D. (1989): «Chinese Social Welfare: Policies and Outcomes», *China Quarterly*, 119, 577-597.

— (1995): «Introduction: Urban China», en D. Davis, R. Kraus. B. Naughton y E. Perry (eds.), *Urban Spaces in Contemporary China*, Cambridge, Cambridge University Press, 1-19.

Des Forges. R. (1973): *Hsi-liang and the Chinese National Revolution*, New Haven (CT), Yale University Press.

Diamant, N. (2000): *Revolutionizing the Family: Politics, Love and Divorce in Urban and Rural China, 1949-1968*, Berkeley, University of California Press.

Diamond, N. (1975): «Women Under Kuomintang Rule: Variations on the Feminine Mystique», *Modern China*, 1, 3-45.

Dikotter, F. 1992: *The Discourse of Race in Modern China*, Londres, Hurst.

— (1997): «Racial Discourse in China: Continuities and Permutations», en F. Dikotter (ed.), *The Construction of Racial Identities in China and Japan*, Londres, Hurst, 12-33.

— (1998): *Imperfect Conceptions: Medical Knowledge, Birth Defects and Eugenics in China*, Londres, Hurst.

Dirlik, A. (1975): «The Ideological Foundations of the New Life Movement», *Journal of Asian Studies*, 34, 4, 945-980.

— (1989): *The Origins of Chinese Communism*, Oxford, Oxford University Press.

— (1991): *Anarchism in the Chinese Revolution*, Berkeley, University of California Press.

Dittmer, L. (1987): *China's Continuing Revolution: The Post-Liberation Epoch 1949-1981*, Berkeley, University of California Press.

— (1991): «Learning from Trauma: The Cultural Revolution in Post-Mao Politics», en W. Joseph, C. Wong y D. Zweig (eds.), *New Perspectives on the Cultural Revolution*, Cambridge (MA), Council on East Asian Studies, Harvard University, 19-39.

— (1998): *Liu Shaoqi and the Chinese Cultural Revolution* (ed. rev.), Nueva York, M. E. Sharpe.

Dolozelova-Velingerova, M. (1977): «The Origins of Modern Chinese Literature», en M. Goldman (ed.), *Modern Chinese Literature in the May Fourth Era*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 17-35.

Domenach, J. L. (1995): *The Origins of the Great Leap Forward: The Case of One Chinese Province*, Boulder (CO), Westview Press.

Duara, P. (1988): *Culture, Power and the State: Rural North China 1900-1942*, Stanford (CA), Stanford University Press.

— (1995): *Rescuing History From the Nation: Questioning Narratives of Modern China*, Chicago, University of Chicago Press.

Duiker, W. (1977): *Ts'ai Yuan-p'ei: Educator of Modern China*, University Park, Pennsylvania State University Press.

Duke, M. (1985): *Blooming and Contending: Chinese Literature in the*

Post-Mao Era, Bloomington, Indiana University Press.

Duus, P. (1989): «Japan's Informal Empire in China 1895-1937: An Overview», en P. Duus, R. Myers y M. Peattie (eds.), *The Japanese Informal Empire in China 1895-1937*, Princeton (NJ), Princeton University Press, XI-XXIX.

Eastman, L. (1974): *The Abortive Revolution: China Under Nationalist Rule 1927-1937*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

— (1980): «Facets of an Ambivalent Relationship: Smuggling, Puppets and

Atrocities During the War 1937-1945», en A. Iriye (ed.), *The Chinese and the Japanese: Essays in Political and Cultural Interactions*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 275-303.

— (1984): *Seeds of Destruction: Nationalist China in War and Revolution 1937-1949*, Stanford (CA), Stanford University Press.

Elleman, B. (1994): «The Soviet Unions Secret Diplomacy Concerning the Chinese Eastern Railway 1924-1925», *Journal of Asian Studies*, 53, 2, 459-486.

Elvin, M. (1969): «The Gentry Democracy in Chinese Shanghai 1905-1914», en J. Gray (ed.), *Modern China's Search For a Political Form.* Oxford, Oxford University Press, 41-65.

— (1996): «Mandarins and Millenarians: Reflections on the Boxer Uprising of 1899-1900», en *Another History: Essays on China From a European Perspective*, Sydney, Wild Peony, 197-226.

Esherick, J. (1976): *Reform and Revolution in China: The 1911 Revolution in Hunan and Hubei*, Berkeley, University of California Press.

— (1987): *The Origins of the Boxer Uprising*, Berkeley, University of California Press.

— (1995): Ten Theses on the Chinese Revolution», *Modern China*, 1, 45-76.

Esherick, J. y Wasserstrom, J. (1994): «Acting Out Democracy: Political

Theater in Modern China», en J. Wasserstrom y E. Perry (eds.), *Popular*

Protest and Political Culture in Modern China (2.ª ed.), Boulder (CO), Westview Press, 32-69.

Evans. H. (2000): «Marketing Femininity: Images of the Modern Chinese Woman», en T. Weston y L. Jensen (eds.), *China Beyond the Headlines*, Lanham, Rowman and Littlefield.

Feigon, L. (1983): *Chen Duxiu: Founder of the Chinese Communist Party*, Princeton (NJ), Princeton University Press.

— (1994): «Gender and the Chinese Student Movement», en J. Wasserstrom y E. Perry (eds.), *Popular Protest and Political Culture in Modern China*, Boulder (CO), Westview Press, 125-35.

Feuerwerker, A. (1968): *The Chinese Economy 1912-1949*, Ann Arbor, Center for Chinese Studies, University of Michigan.

— (1983a): «Economic Trends 1912-1949», en J. Fairbank (ed.), *The Cambridge History of China*, vol. 12, *Republican China 1911-1949*, Cambridge, Cambridge University Press, 28-127.

— (1983b): «The Foreign Presence in China», en J. Fairbank (ed.), *The Cambridge History of China*, vol. 12, *Republican China 1911-1949*, Cambridge, Cambridge University Press. 128-207.

— (1989): «Japanese Imperialism in China: A Commentary», en P. Duus, R. Myers y M. Peattie (eds.), *The Japanese Informal Empire in China 1895-1937*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 431-438.

Fewsmith, J. (1985): *Party, State and Local Elites in Republican China: Merchant Organizations and Politics in Shanghai 1890-1930*, Honolulu, University of Hawaii Press.

Fincher, J. (1981): *Chinese Democracy: The Self-Government Movement in Local, Provincial and National Politics 1905-1914*, Nueva York, St. Martins Press.

Fitzgerald, J. (1996): *Awakening China: Politics, Culture and Class in the Nationalist Revolution*, Stanford (CA), Stanford University Press.

Friedman, E. (1996): «A Democratic Chinese Nationalism?» en J. Unger (ed.), *Chinese Nationalism*, Nueva York, M. E. Sharpe, 169-182.

Fu, P. (1993): *Passivity, Resistance and Collaboration: Intellectual Choices in Occupied Shanghai 1937-1945*, Stanford (CA), Stanford University Press.

Fung, E. (1980): *The Military Dimension of the Chinese Revolution: The New Army and its Role in the Revolution of 1911*, Vancouver, University of British Columbia Press.

Galbiati, F. (1985): *Peng P'ai and the Hai-Lu-Feng Soviet*, Stanford (CA), Stanford University Press.

Gao, Yuan (1987): *Born Red: A Chronicle of the Cultural Revolution*, Stanford (CA), Stanford University Press.

Gardner, J. 1982: *Chinese Politics and the Succession to Mao*, Londres, Macmillan.

Gasster, M. (1969): *Chinese Intellectuals and the Revolution of 1911*, Seattle: University of Washington Press.

— (1980): «The Republican Revolutionary Movement», en J. Fairbank y K. C. Liu (eds.), *The Cambridge History of China*, vol. 11, *Late Ch'ing 1800-1911*, Cambridge, Cambridge University Press, 463-534.

Gaubatz, P. (1995): «Urban Transformation in Post-Mao China: Impacts of the Reform Era on Chinas Urban Form», en D. Davis, R. Kraus,

B. Naughton y E. Perry (eds.), *Urban Spaces in Contemporary China*, Cambridge, Cambridge University Press, 28-60.

Gaulton, R. (1981): «Political Mobilization in Shanghai 1949-1951», en

C. Howe (ed.), *Shanghai: Revolution and Development in an Asian Metropolis*, Cambridge, Cambridge University Press, 35-65.

Gernet, J. (1996): *A History of Chinese Civilization* (2.ª ed.), Cambridge, Cambridge University Press.

Gilley, B. (1998): *Tiger on the Brink: Jiang Zemin and Chinas New Elite*, Berkeley, University of California Press.

Gillin, D. (1964): «"Peasant Nationalism" in the History of Chinese Communism», *Journal of Asian Studies*, 23, 2, 269-289.

— (1967): *Warlord: Yen Hsi-shan in Shansi Province, 1911-1949*, Princeton (NJ), Princeton University Press.

Gilmartin, C. (1995): *Engendering the Chinese Revolution: Radical Women, Communist Politics and Mass Movements in the 1920s*, Berkeley, University of California Press.

Gittings, J. (1967): *The Role of the Chinese Army*, Londres, Oxford University Press.

— (1968): *Survey of the Sino-Soviet Dispute: A Commentary and Extracts from the Recent Polemics 1963-1967*, Londres, Oxford University Press.

— (1974): *The World and China 1922-1972*, Londres, Eyre Methuen.

— (1989): *China Changes Face: The Road From Revolution, 1949-1989*, Oxford, Oxford University Press.

— (1996): *Real China: From Cannibalism to Karaoke*, Londres, Simon and Schuster.

Godley, M. (1981): *The Mandarin-Capitalists From Nanyang: Overseas Chinese Enterprise in the Modernization of China 1893-1911*, Cambridge, Cambridge University Press.

Goldman, M. (1973): «The Chinese Communist Party's «Cultural Revolution» of 1962-1964», en C. Johnson (ed.), *Ideology and Politics in Contemporary China*, Seattle, University of Washington Press, 219-254.

— (1981): *China's Intellectuals: Advise and Dissent*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

Goldman, M. y MacFarquhar, R. (1999): «Dynamic Economy, Declining Party-State», en M. Goldman y R. MacFarquhar (eds.), *The Paradox of China's Post-Mao Reforms*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 3-29.

Goodman, B. (1995): *Native Place, City and Nation: Regional Networks and Identities in Shanghai 1853-1937*, Berkeley, University of California Press.

Greenhaigh, S. (1993): «The Peasantization of the One-Child Policy in

Shaanxi», en D. Davis y S. Harrell (eds.), *Chinese Families in the Post-Mao Era*, Berkeley, University of California Press, 219-250.

Grieder, J. (1970): *Hu Shih and the Chinese Renaissance: Liberalism in the Chinese Revolution 1917-1937*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

— (1981): *Intellectuals and the State in Modern China*, Nueva York, Free Press.

Han, Minzhu (1990): *Cries for Democracy: Writings and Speeches From the 1989 Chinese Democracy Movement*, Princeton (NJ), Princeton University Press.

Hao, Yen-p'ing (1969): «Cheng Kuan-ying: The Comprador as Reformer», *Journal of Asian Studies*, 29, 1, 15-22.

Hao, Yen-p'ing y Wang, Erh-min (1980): «Changing Chinese Views of Western Relations, 1840-1895», en J. Fairbank y K. C. Liu (eds.), *The Cambridge History of China*, vol. 11, *Late Ch'ing 1800-1911*, Cambridge, Cambridge University Press, 142-201.

Harding, H. (1981): *Organizing China: The Problem of Bureaucracy 1949-1976*, Stanford (CA), Stanford University Press.

— (1987): *China's Second Revolution: Reform After Mao*, Washington (DC), Brookings Institution.

— (1991): «The Chinese State in Crisis», en R. MacFarquhar y J. Fairbank (eds.), *The Cambridge History of China*, vol. 15, *The People's Republic*, Cambridge, Cambridge University Press, 107-217.

Harrell, P. (1992): *Sowing the Seeds of Change: Chinese Students, Japanese Teachers 1895-1905*, Stanford (CA), Stanford University Press.

Harrell, S. (1992): «Introduction: Civilizing Projects and the Reaction to Them», en S. Harrell (ed.), *Cultural Encounters on China's Ethnic Frontiers*, Seattle, University of Washington Press, 3-36.

Harrison, J. (1972): *The Long March to Power: A History of the Chinese Communist Party, 1921-1972*, Nueva York, Praeger.

Hartford, K. y Goldstein, S. (1989): «Introduction: Perspectives on the Chinese Communist Revolution», en K. Hartford y S. Goldstein (eds.), *Single Sparks: Chinas Rural Revolutions*, Nueva York, M. E. Sharpe, 3-33.

Henriot, C. (1993): *Shanghai, 1927-1937: Municipal Power, Locality and Modernization*, Berkeley, University of California Press.

Hershatter, G. (1986): *The Workers of Tianjin 1900-1949*, Stanford (CA), Stanford University Press.

— (1996): «Chinese Sex Workers in the Reform Period», en E. Perry (ed.), *Putting Class in its Place: Worker Identities in East Asia*, Berkeley, Institute of East Asian Studies, University of California, 199-224.

— (1997): *Dangerous Pleasures: Prostitution and Modernity in Twentieth-Century Shanghai*, Berkeley, University of California Press.

Hershatter, G.; Honig, E. y Stross, R. (1996): «Introduction», en G. Hershatter, E. Honig, J. Lipman y R. Stross (eds.), *Remapping China: Fissures in Historical Terrain*, Stanford (CA), Stanford University Press, 1-9.

Hevia, J. (1992): «Leaving a Brand on China: Missionary Discourse in the Wake of the Boxer Movement», *Modern China*, 3, 304-332.

— (1995): *Cherishing Men From Afar: Qing Guest Ritual and the Macartney Embassy of 1793*, Durham (NC), Duke University Press.

Hinton, W. (1966): *Fanshen: A Documentary of Revolution in a Chinese Village*, Nueva York, Vintage Books.

— (1972): *Hundred Day War: The Cultural Revolution at Tsinghua University*, Nueva York, Monthly Review Press.

Ho, Pint-ti (1959): *Studies on the Population of China, 1368-1953*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

Hofheinz, R. (1977): *The Broken Wave: The Chinese Communist Peasant Movement 1920-1928*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

Holm, D. (1991): *Art and Ideology in Revolutionary China*, Oxford,

Clarendon Press.

Honig, E. (1986): *Sisters and Strangers: Women in the Shanghai Cotton Mills 1919-1949*, Stanford (CA), Stanford University Press.

— (1992): *Creating Chinese Ethnicity: Subei People in Shanghai 1850-1980*, New Haven (CT), Yale University Press.

Howard, R. (1969): «The Chinese Reform Movement of the 1890s: A Symposium: Introduction», *Journal of Asian Studies, 29*, 1, 7-14.

Howland, D. (1996): *Borders of Chinese Civilization: Geography and History at Empire's End*, Durham (NC), Duke University Press.

Hsia, C. T. (1978): «Yen Fu and Liang Ch'i-ch'ao as Advocates of New Fiction», en A. Rickett (ed.), *Chinese Approaches to Literature From Confucius to Liang Ch'i-ch'ao*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 221-257.

Hsiao, Kung-ch'uan (1975): *A Modern China and a New World: K'ang Yu-wei, Reformer and Utopian 1858-1927*, Seattle, University of Washington Press.

Hsieh, W. (1975): *Chinese Historiography on the Revolution of 1911*, Stanford (CA), Hoover Institution Press.

Hsiung, J. y Levine, S. (eds.) (1992): *China's Bitter Victory: The War With Japan 1937-1945*, Nueva York, M. E. Sharpe.

Hsu, I. (1990): *China Without Mao: The Search for a New Order* (2.ª ed.), Oxford, Oxford University Press.

— (2000): *The Rise of Modern China* (6.ª ed.), Oxford, Oxford University Press.

Huang, P. (1995): «Class Struggle in the Chinese Revolution», *Modern China,* 1, 105-143.

Hucker, C. (1975): *Chinas Imperial Past: An Introduction to Chinese History and Culture*, Stanford (CA), Stanford University Press.

Hung, Chang-tai (1994): *War and Popular Culture: Resistance in Modern China 1937-1945*, Berkeley, University of California Press.

Hunt, M. (1972): «The American Remission of the Boxer Indemnity: A

Reappraisal», *Journal of Asian Studies*, 31, 3, 539-559.

— (1973): *Frontier Defense and the Open Door: Manchuria in Chinese-American Relations 1895-1911*, New Haven (CT), Yale University Press.

— (1983): *The Making of a Special Relationship: The United Statesand China to 1914*, Nueva York, Columbia University Press.

— (1996): *The Genesis of Chinese Communist Foreign Policy*, Nueva York, Columbia University Press.

Hunter, A. y Sexton, J. (1999): *Contemporary China*. Londres, Macmillan.

Ichiko, Chuzo (1980): «Political and Institutional Reform, 1901-1911», en J. Fairbank y K. C. Liu (eds.), *The Cambridge History of China*, vol. 11, *Late Ch'ing 1800-1911*, Cambridge, Cambridge University Press, 375-415.

Iriye, A. (1965): *After Imperialism: The Search for a New Order in the Far East 1921-1931*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

— (1967): «Public Opinion and Foreign Policy: The Case of Late Ch'ing China», en A. Feuerwerker, R. Murphey y M. Wright (eds.), *Approaches to Modern Chinese History*. Berkeley, University of California Press, 216-238.

Irons, N. (1983): *The Last Emperor*, Londres, House of Fans.

Isaacs, H. (1961): *The Tragedy of the Chinese Revolution* (2.ª ed. rev.), Stanford (CA), Stanford University Press.

Israel, J. (1998): *Lianda: A Chinese University in War and Revolution*, Stanford (CA), Stanford University Press.

Israel, J. y Klein, D. (1976): *Rebels and Bureaucrats: China's December 9ers*, Berkeley, University of California Press.

Jacobs, D. (1981): *Borodin: Stalin's Man in China*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

Jansen, M. (1954): *The Japanese and Sun Yat-sen*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

— (1975): *Japan and China: From War to Peace 1894-1972*, Chicago, Rand McNally.

— (1980): «Japan and the Revolution of 1911», en J. Fairbank y K. C. Liu (eds.), *The Cambridge History of China*, vol. 11, *Late Ch'ing 1800-1911*, Cambridge, Cambridge University Press, 339-374.

— (1984): «Japanese Imperialism: Late Meiji Perspectives», en R. Myers y M. Peattie (eds.), *The Japanese Colonial Empire 1894-1945*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 61-79.

Jenner, W. (1992): *The Tyranny of History: The Roots of Chinas Crisis*, Londres, Lane, Penguin Press.

Joffe, E. 1987: *The Chinese Army After Mao*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

Johnson, C. (1962): *Peasant Nationalism and Communist Power: The Emergence of Revolutionary China*, Stanford (CA), Stanford University Press.

Johnson, K. Ann (1983): *Women, the Family, and Peasant Revolution in China*, Chicago, University of Chicago Press.

Jones, A. (1994): «The Politics of Popular Music in Post-Tiananmen China», en J. Wasserstrom y E. Perry (eds.), *Popular Protest and Political Culture in Modern China* (2.ª ed.), Boulder (CO), Westview Press, 148-165.

Jordan, D. (1976): *The Northern Expedition: Chinas National Revolution of 1926-1928*, Honolulu, University Press of Hawaii.

— (1991): *Chinese Boycotts Versus Japanese Bombs: The Failure of Chinas «Revolutionary Diplomacy» 1931-1932*, Ann Arbor, University of Michigan Press.

Joseph, W.; Wong, C. y Zweig, D. (1991): «Introduction: New Perspectives on the Cultural Revolution», en W. Joseph, C. Wong y D. Zweig (eds.), *New Perspectives on the Cultural Revolution*, Cambridge (MA), Council on East Asian Studies, Harvard University, 1-16.

Judge, J. (1996): *Print and Politics: Shibao and the Culture of Reform in Late Qing China*, Stanford (CA), Stanford University Press.

Kapp, R. (1973): *Szechuan and the Chinese Republic: Provincial Militarism and Central Power 1911-1938*, New Haven (CT), Yale University Press.

Kataoka, T. (1974): *Resistance and Revolution in China: The Communists and the Second United Front*, Berkeley, University of California Press.

Keenan, B. (1977): *The Dewey Experiment in China: Educational Reform and Political Power in the Early Republic*, Cambridge (MA), Council on East Asian Studies, Harvard University.

Kim, I. (1973): *The Politics of Chinese Communism: Kiangsi Under the Soviets*, Berkeley, University of California Press.

Kirby, W. (1984): *Germany and Republican China*, Stanford (CA), Stanford University Press.

— (1997): «The Internationalization of China: Foreign Relations At Home and Abroad in the Republican Era», *China Quarterly*, 150, 433-458.

Kuhn, P. (1975): «Local Self-Government Under the Republic», en F. Wakeman y C. Grant (eds.), *Conflict and Control in Late Imperial China*, Berkeley, University of California Press, 257-298.

— (1978): «The Taiping Rebellion», en J. Fairbank (ed.), *The Cambridge History of China*, vol. 10, *Late Ch'ing 1800-1911*, Cambridge, Cambridge University Press, 264-317.

Kwan, D. (1997): *Marxist Intellectuals and the Chinese Labor Movement*, Seattle, University of Washington Press.

Kwong, L. (1984): *A Mosaic of the Hundred Days: Personalities, Politics and Ideas of 1898*, Cambridge (MA), Council on East Asian Studies, Harvard University.

Lary, D. (1974): *Región and Nation: The Kwangsi Clique in Chinese Politics 1925-1937*, Cambridge, Cambridge University Press.

— (1985): *Warlord Soldiers: Chinese Common Soldiers 1911-1937*, Cambridge, Cambridge University Press.

Lee, Chong-sik (1983): *Revolutionary Struggle in Manchuria: Chinese*

Communism and Soviet Interest 1922-1945, Berkeley, University of California Press.

Lee, Leo Ou-fan (1987): *Voices From the Iron House: A Study of Lu Xun*, Bloomington, Indiana University Press.

— (1999): *Shanghai Modern: The Flowering of a New Urban Culture in China 1930-1945*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

— (2000): «The Cultural Construction of Modernity in Urban Shanghai: Some Preliminary Explorations», en Wen-hsin Yeh (ed.), *Becoming Chinese*, Berkeley, University of California Press, 31-61.

Lee, Leo Ou-fan y Nathan, A. (1985): «The Beginnings of Mass Culture: Journalism and Fiction in the Late Ch'ing and Beyond», en D. Johnson, A. Nathan y E. Rawski (eds.), *Popular Culture in Late Imperial China*, Berkeley, University of California Press, 360-395.

Lee, Lily Xiao Hong y Wiles, S. (1999): *Women of the Long March*, St. Leonards (NSW), Alien and Unwin.

Levenson, J. (1964): *Confucian China and its Modern Fate*, vol. 2, *The Problem of Monarchical Decay*, Londres, Routledge and Kegan Paul.

Levich, E. (1993): *The Kwangsi Way in Kuomintang China 1931-1939*, Nueva York, M. E. Sharpe.

Levine, S. (1987): *Anvil of Victory: The Communist Revolution in Manchuria 1945-1948*, Nueva York, Columbia University Press.

Lewis, C. (1976): *Prologue to the Chinese Revolution: The Transformation of Ideas and Institutions in Hunan Province 1891-1907*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

Li, Lianjiang y O'Brien, K. (1999): «The Struggle Over Village Elections», en M. Goldman y R. MacFarquhar (eds.), *The Paradox of Chinas Post-Mao Reforms*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 129-44.

Liang, Heng y Shapiro, J. (1983): *Son of the Revolution*, Londres, Chatto and Windus.

Lieberthal, K. (1980): *Revolution and Tradition in Tientsin 1949-1952*,

Stanford (CA), Stanford University Press.

— (1993): «The Great Leap Forward and the Split in the Yanan leadership 1958-1965», en R. MacFarquhar (ed.), *The Politics of China 1949-1989*, Cambridge, Cambridge University Press, 87-147.

— (1995): *Governing China: From Revolution Through Reform*, Londres, Norton.

Liew, K. S. (1971): *Struggle For Democracy: Sung Chiao-jen and the 1911 Chinese Revolution*, Berkeley, University of California Press.

Lifton, R. (1968): *Revolutionary Immortality: Mao Tse-tung and the Chinese Cultural Revolution*, Nueva York, Random House.

Lin, Yu-sheng (1979): *The Crisis of Chinese Consciousness: Radical Antitraditionalism in the May Fourth Era*, Madison, University of Wisconsin Press.

Litzinger, C. (1996): «Rural Religion and Village Organization in North China: The Catholic Challenge in the Late Nineteenth Century», en D. Bays (ed.), *Christianity in China: From the Eighteenth Century to the Present*, Stanford (CA), Stanford University Press, 41-52.

Louis, W. (1971): *British Strategy in the Far East 1919-1939*, Oxford: Clarendon Press.

Luk, M. (1990): *The Origins of Chinese Bolshevism: An Ideology in the Making 1920-1928*, Oxford, Oxford University Press.

Lupher, M. (1995): «Revolutionary Little Red Devils: The Social Psychology of Rebel Youth, 1966-1967», en A. Kinney (ed.), *Chinese Views of Childhood*, Honolulu, University of Hawaii Press, 321-343.

Lyell, W. (1976): *Lu Hsun's Vision of Reality*, Berkeley, University of California Press.

— (trad.) (1990): *Diary of a Madman and Other Stories*, Honolulu: University of Hawaii Press.

McCord, E. (1993): *The Power of the Gun: The Emergence of Modern Chinese Warlordism*, Berkeley, University of California Press.

McCormack, G. (1977): *Chang Tso-lin in Northeast China 1911-1928:*

China, Japan and the Manchurian Idea, Stanford (CA), Stanford University Press.

McDonald, A. (1978): *The Urban Origins of Rural Revolution: Elites and Masses in Hunan Province, China 1911-1927*, Berkeley, University of California Press.

MacFarquhar, R. (1960): *The Hundred Flowers Campaign and the Chinese Intellectuals*, Nueva York, Praeger.

— (1974): *The Origins of the Cultural Revolution*, vol. 1, *Contradictions Among the People 1956-1957*, Nueva York, Columbia University Press.

— (1983): *The Origins of the Cultural Revolution*, vol. 2, *The Great Leap Forward 1958-1960*, Oxford: Oxford University Press.

— (1991): «The Succession to Mao and the End of Maoism», en R. MacFarquhar y J. Fairbank (eds.), *The Cambridge History of China*, vol. 15, *The People's Republic*, Cambridge, Cambridge University Press, 305-341.

— (1997): *The Origins of the Cultural Revolution*, vol. 3, *The Coming of the Cataclysm 1961-1966*, Oxford, Oxford University Press.

Mackinnon, S. (1980): *Power and Politics in Late Imperial China: Yuan Shikai in Beijing and Tianjin 1901-1908*, Berkeley, University of California Press.

Mancall, M. (1984): *China at the Center: 300 Years of Foreign Policy*, Nueva York, Free Press.

Mann Jones, S. y Kuhn, P. (1978): «Dynastic Decline and the Roots of Rebellion», en J. Fairbank (ed.), *The Cambridge History of China*, vol. 10, *Late Ch'ing 1800-1911*, Cambridge, Cambridge University Press, 107-162.

Marks, R. (1984): *Rural Revolution in South China: Peasants and the Making of History in Haifeng County 1570-1930*, Madison, University of Wisconsin Press.

Marshall, J. (1976): «Opium and the Politics of Gangsterism in Nationalist China 1927-1945», *Bulletin of Concerned Asian Scholars*, 8, 19-48.

Martin, B. (1996): *The Shanghai Green Gang: Politics and Organized Crime 1919-1937*, Berkeley, University of California Press.

Meienberger, N. (1980): *The Emergence of Constitutional Government in China (1905-1908*), Berna, P. Lang.

Meijer, M. (1983): «Legislation on Marriage and Family in the Chinese Soviet Republic», en W. Butler (ed.), *The Legal System of the Chinese Soviet Republic 1931-1934*, Nueva York, Transnational Publishers, 95-106.

Meisner, M. (1967): *Li Ta-chao and the Origins of Chinese Marxism*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

— (1999): *Maos China and After: A History of the People's Republic* (3.ª ed.), Nueva York, Free Press.

Miles, J. (1996): *The Legacy of Tiananmen: China in Disarray*, Ann Arbor, University of Michigan Press.

Min, Tu-ki (1989): *National Polity and Local Power: The Transformation of Late Imperial China*, Cambridge (MA), Council on East Asian Studies, Harvard University.

Moore, B. (1966): *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*, Boston, Beacon Press.

Nathan, A. (1985): *Chinese Democracy*, Nueva York, Alfred A. Knopf.

Naughton, B. (1991): «Industrial Policy During the Cultural Revolution: Military Preparation, Decentralization and Leaps Forward», en W. Joseph, C. Wong y D. Zweig (eds.), *New Perspectives on the Cultural Revolution*, Cambridge (MA), Council on East Asian Studies, Harvard University Press, 153-181.

— (1999): «Chinas Transition in Economic Perspective», en M. Goldman y R. MacFarquhar (eds.), *The Paradox of China's Post-Mao Reforms*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 30-44.

Nee, V. (1969): *The Cultural Revolution at Peking University*, Londres, Monthly Review Press.

O'Brien, K. y Li, Lianjiang (2000): «Accommodating "Democracy" in a

One-Party State: Introducing Village Elections in China», *China Quarterly*, 162, 465-489.

Ogata, S. (1964): *Defiance in Manchuria: The Making of Japanese Foreign Policy 1931 1932*, Berkeley, University of California Press.

Oi, J. (1999): «Two Decades of Rural Reform in China: An Overview and Assessment», *China Quarterly*, 159, 616-628.

Ono, K. (1989): *Chinese Women in a Century of Revolution 1850-1950*, Stanford (CA), Stanford University Press.

Ownby, D. (1996): *Brotherhoods and Secret Societies in Early and Mid-Qing China: The Formation of a Tradition*, Stanford (CA), Stanford University Press.

Parris, K. (1999): «The Rise of Private Business Interests», en M. Goldman y R. MacFarquhar (eds.), *The Paradox of China's Post-Mao Reforms*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 262-282.

Paulson, D. (1989): «Nationalist Guerrillas in the Sino-Japanese War: The "Die-Hards" of Shandong Province», en K. Hartford y S. Goldstein

(eds.), *Single Sparks: Chinas Rural Revolutions*, Nueva York, M. E. Sharpe, 128-150.

Peattie, M. (1975): *Ishiwara Kanji and Japan's Confrontation With the West*, Princeton (NJ), Princeton University Press.

Pepper, S. (1978): *Civil War in China: The Political Struggle 1945-1949*, Berkeley, University of California Press.

— (1986): «The KMT-CCP Conflict, 1945-1949», en J. Fairbank y A. Feuerwerker (eds.), *The Cambridge History of China*, vol. 13, *Republican China 1912-1949*, Cambridge, Cambridge University Press, 723-788.

— (1991): «Education», en R. MacFarquhar y J. Fairbank (eds.), *The Cambridge History of China*, vol. 15, *The People's Republic*, Cambridge, Cambridge University Press, 540-593.

— (1996): *Radicalism and Education Reform in the Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press.

Perry, E. (1993): *Shanghai on Strike: The Politics of Chinese Labor*, Stanford (CA), Stanford University Press.

— (1994): «Casting a Chinese "Democracy" Movement: The Roles of Students, Workers, and Entrepreneurs», en J. Wasserstrom y E. Perry (eds.), *Popular Protest and Political Culture in Modern China* (2.ª ed.), Boulder (CO), Westview Press, 74-92.

— (1995): «Labors Battle For Political Space: The Role of Worker Associations in Contemporary China», en D. Davis, R. Kraus, B. Naughton y E. Perry (eds.), *Urban Spaces in Contemporary China*, Cambridge, Cambridge University Press, 302-325.

— (1999): «Crime, Corruption and Contention», en M. Goldman y R. MacFarquhar (eds.), *The Paradox of China's Post-Mao Reforms*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 308-329.

Perry, E. y Li, Xun (1997): *Proletarian Power: Shanghai in the Cultural Revolution*, Boulder (CO), Westview Press.

Peyrefitte, A. (1993): *The Collision of Two Civilizations: The British Expedition to China in 1792-1794*, Londres, Harvill.

Pickowicz, P. (1995): «Velvet Prisons and the Political Economy of Chinese Filmmaking», en D. Davis, R. Kraus, B. Naughton y E. Perry (eds.), *Urban Spaces in Contemporary China*, Cambridge, Cambridge University Press, 193-220.

— (2000): «Victory as Defeat: Postwar Visualizations of Chinas War of Resistance», en Wen-hsin Yeh (ed.), *Becoming Chinese*, Berkeley, University of California Press, 365-98.

Polachek, J. (1983): «The Moral Economy of the Kiangsi Soviet (1928-1934)», *Journal of Asian Studies*, 42, 4, 805-829.

Pollack, J. (1991): «The Opening to China», en R. MacFarquhar y J. Fairbank (eds.), *The Cambridge History of China*, vol. 15, *The People's Republic*, Cambridge, Cambridge University Press, 402-472.

Pong, D. (1985): «The Vocabulary of Change: Reformist Ideas of the 1860s and 1870s», en D. Pong y E. Fung (eds.), *Ideal and Reality: Social and Political Change in Modern China, 1860-1949*, Lanham,

University Press of America, 25-60.

— (1994): *Shen Pao-chen and Chinas Modernization in the Nineteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press.

Prazniak, R. (1999): *Of Camel Kings and Other Things: Rural Rebels Against Modernity in Late Imperial China*, Lanham, Rowman and Litdefield.

Price, D. (1974): *Russia and the Roots of the Chinese Revolution 1896-1911*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

Pye, L. (1971): *Warlord Politics: Conflict and Coalition in the Modernization of Republican China*, Nueva York, Praeger.

— (1993): «An Introductory Profile: Deng Xiaoping and Chinas Political Culture», *China Quarterly*, 135, 412-443.

Rankin, M. (1975): «The Emergence of Women at the End of the Ch'ing: The Case of Ch'iu Chin», en M. Wolf y R. Witke (eds.), *Women in Chinese Society*, Stanford (CA), Stanford University Press, 39-66.

— (1986): *Elite Activism and Political Transformation in China: Zhejiang Province, 1865-1911*, Stanford (CA), Stanford University Press.

— (1997): «State and Society in Early Republican Politics 1912-1918», *China Quarterly*, 150, 260-281.

Rankin, M. y Esherick, J. 1990: «Concluding Remarks», en J. Esherick y M. Rankin (eds.), *Chinese Local Elites and Patterns of Dominance*, Berkeley, University of California Press, 305-345.

Rawski, E. (1996): «Re-envisioning the Qing:The Significance of the Qing Period in Chinese History», *Journal of Asian Studies*, 55, 4, 829-850.

— (1998): *The Last Emperors: A Social History of Qing Imperial Institutions*, Berkeley, University of California Press.

— (1989): *Economic Growth in Prewar China*, Berkeley, University of California Press.

Reardon-Anderson, J. (1980): *Yenan and the Great Powers: The Origins of Chinese Communist Foreign Policy 1944-1946*, Nueva York, Columbia University Press.

Reynolds, D. (1993): *China 1898-1912: The Xinzheng Revolution and Japan*, Cambridge (MA), Council on East Asian Studies, Harvard University.

Rhoads, E. (1975): *China's Republican Revolution: The Case of Kwangtung 1895-1913*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

Rice, E. (1972): *Mao's Way*, Berkeley, University of California Press.

Robinson, T. (1991): «China Confronts the Soviet Union: Warfare and Diplomacy on China's Inner Asian Frontiers», en R. MacFarquhar y J. Fairbank (eds.), *The Cambridge History of China*, vol. 15, *The People's Republic*, Cambridge, Cambridge University Press, 218-301.

Rowe, W. (1989): *Hankow: Conflict and Community in a Chinese City, 1796-1895*, Stanford (CA), Stanford University Press.

— (1994): «Education and Empire in Southwest China», en B. Elman y A. Woodside (eds.), *Education and Society in Late Imperial China 1600-1900*, Berkeley, University of California Press, 417-457.

Rue, J. (1966): *Mao Tse-tung in Opposition 1927-1935*, Stanford (CA), Stanford University Press.

Saich, T. (2000): «Negotiating the State: The Development of Social Organizations in China», *China Quarterly*. 161, 124-141.

Scaiapino, R. y Yu, G. (1985): *Modern China and its Revolutionary Process: Recurrent Challenges to the Traditional Order 1850-1920*, Berkeley, University of California Press.

Schaller, M. (1979): *The US Crusade in China 1938-1945*, Nueva York, Columbia University Press.

Schiffrin, H. (1968): *Sun Yat-sen and the Origins of the Chinese Revolution*, Berkeley, University of California Press.

Schoppa, R. Keith (1982): *Chinese Elites and Political Change: Zhejiang Province in the Early Twentieth Century*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

Schram, S. (ed.) (1963): *The Political Thought of Mao Tse-tung*, Nueva

York, Praeger.

— (1966): *Mao Tse-tung*, Harmondsworth, Penguin.

— (1973): «The Cultural Revolution in Historical Perspective», en S. Schram (ed.), *Authority, Participation and Cultural Change in China*, Cambridge, Cambridge University Press, 1-108.

— (ed.) (1974): *Mao Tse-tung Unrehearsed: Talks and Letters 1956-1971*, Harmondsworth: Penguin.

— (1987): «Party Leader or True Ruler? Foundations and Significance of Mao Zedongs Personal Power», en S. Schram (ed.), *Foundations and Limits of State Power in China*, Hong Kong: Chinese University Press, 203-256.

— (1989): *The Thought of Mao Tse-tung*, Cambridge, Cambridge University Press.

Schrecker, J. (1969): «The Reform Movement, Nationalism and Chinas Foreign Policy», *Journal of Asian Studies, 29*, 1, 43-53.

— (1971): *Imperialism and Chinese Nationalism: Germany in Shantung*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

Schurmann, F. (1968): *Ideology and Organization in Communist China*, Berkeley, University of California Press.

Schwarcz, V. (1986): *The Chinese Enlightenment: Intellectuals and the Legacy of the May Fourth Movement of 1919*, Berkeley, University of California Press,

Schwartz, B. (1951): *Chinese Communism and the Rise of Mao*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

— (1964): *In Search of Wealth and Power: Yen Fu and the West*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

Seagrave, S. (1985): *The Soong Dynasty*, Londres, Sidgwick and Jackson.

Selden, M. (1971): *The Yenan Way in Revolutionary China*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

— (1995a): *China in Revolution: The Yenan Way Revisited*, Nueva York, M. E. Sharpe.

— (19952?): «Yanan Communism Reconsidered», *Modern China*, 1, 8-44.

Shaffer, L. (1982): *Mao and the Workers: The Hunan Labor Movement 1920-1923*, Nueva York, M. E. Sharpe.

Sheehan, J. (1998): *Chinese Workers: A New History*, Londres, Routledge.

Sheet, K. (1989): *Peasant Society and Marxist Intellectuals in China: Fang Zhimin and the Origins of a Revolutionary Movement in the Xinjiang Region*, Princeton: Princeton University Press.

Sheng, M. (1997): *Battling Western Imperialism: Mao, Stalin and the US*, Princeton (NJ), Princeton University Press.

Sheridan, J. (1966): *Chinese Warlord: The Career of Feng Yu-hsiang*, Stanford (CA), Stanford University Press.

— (1977): *China in Disintegration: The Republican Era in Chinese History 1912-1949*, Nueva York, Free Press.

— (1983): «The Warlord Era: Politics and Militarism Under the Peking Government 1916-1928», en J. Fairbank (ed.), *The Cambridge History of China*, vol. 12, *Republican China 1912-1949*. Cambridge, Cambridge University Press, 284-321.

Shirk, S. (1982): *Competitive Comrades: Career Incentives and Student Strategies in China*, Berkeley, University of California Press.

Short, P. (1982): *The Dragon and the Bear: Inside China and Russia Today*, Londres, Hodder and Stoughton.

— (1999): *Mao: A Life*, Londres, Hodder and Stoughton.

Shue, V. (1980): *Peasant China in Transition: The Dynamics of Development Towards Socialism 1949-1956*, Berkeley, University of California Press.

Shum, K. K. (1985): «The Chinese Communist Party's Strategy for Galvanizing Popular Support, 1930-1945», en D. Pong and E. Fung (eds.), *Ideal and Reality: Social and Political Change in Modern China, 1860-1949*, Lanham, University Press of America, 327-354.

— (1988): *The Chinese Communists' Road to Power: The Anti-Japanese National United Front*, Oxford, Oxford University Press.

Sigel, L. (1976): «Foreign Policy Interests and Activities of the Treaty Port Chinese Community», en P. Cohen y J. Schrecker (eds.), *Reform in Nineteenth Century China*, Cambridge (MA), East Asian Research Center, Harvard University, 272-281.

— (1985): «The Treaty Port Commercial Community and the Diplomacy of Chinese Nationalism 1900-1911», en D. Pong y E. Fung (eds.), *Ideal and Reality: Social and Political Change in Modern China 1860-1949*, Lanham, University Press of America, 221-249.

— (1992): «Business-Government Cooperation in Late Qing Foreign Policy», en J. Kate Leonard y J. Watt (eds.), *To Achieve Security and Wealth: The Qing Imperial State and the Economy 1644-1911*, Ithaca (NY), East Asia Program, Cornell University, 157-181.

Solinger, D. (1995): «The Floating Population in the Cities: Chances For Assimilation?», en D. Davis, R. Kraus, B. Naughton y E. Perry (eds.), *Urban Spaces in Contemporary China*, Cambridge, Cambridge University Press, 113-139.

— (1999): «China's Floating Population», en M. Goldman y R. MacFarquhar (eds.), *The Paradox of China's Post-Mao Reforms*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 220-240.

— (1971): *Mao's Revolution and the Chinese Political Culture*, Berkeley, University of California Press.

Spence, J. (1982): *The Gate of Heavenly Peace: The Chinese and Their Revolution 1895-1980*, Londres, Faber and Faber.

— (1999a): *The Search for Modern China* (2.ª ed.), Londres, W. W. Norton.

— (1999b): *Mao Zedong*, Nueva York, Viking Penguin.

Stacey, J. (1983): *Patriarchy and Socialist Revolution in China*, Berkeley, University of California Press.

Storry, R. (1979): *Japan and the Decline of the West in Asia 1894-1943*, Londres, Macmillan.

Stranahan, P. (1983): *Yan an Women and the Communist Party*, Berkeley, Institute of East Asian Studies, University of California.

— (1998): *Underground: The Shanghai Communist Party and the Politics of Survival 1927-1937*. Lanham, Rowman and Littlefield.

Strand, D. (1989): *Rickshaw Beijing: City People and Politics in the 1920s*, Berkeley, University of California Press.

— (1995): «(Conclusion: Historical Perspectives», en D. Davis, R. Kraus, B. Naughton y E. Perry (eds.), *Urban Spaces in Contemporary China*, Cambridge, Cambridge University Press, 394-426.

Strauss, J. (1997): «The Evolution of Republican Government», *China Quarterly*, 150, 329-351.

Stress, R. (1996): «Field Notes From the Present», en G. Hershatter, E. Honig, J. Lipman y R. Stross (eds.), *Remapping China: Fissures in Historical Terrain*, Stanford (CA), Stanford University Press, 261-274.

Su, Xiaokang (1991): *Deathsong of the River: A Reader's Guide to the Chinese TV Series Heshang*, Ithaca (NY), East Asia Program, Cornell University.

Sutton, D. (1980): *Provincial Militarism and the Chinese Republic: The Yunnan Army, 1905-1925*, Ann Arbor, University of Michigan Press.

Sweeten, A. (1996): «Catholic Converts in Jiangxi Province: Conflict and Accommodation 1860-1900», en D. Bays (ed.), *Christianity in China: From the Eighteenth Century to the Present*, Stanford (CA), Stanford University Press, 24-40.

Tang, Xiaobing (1996): *Global Space and the Nationalist Discourse of Modernity: The Historical Thinking of Liang Qichao*, Stanford (CA), Stanford University Press.

Tanner, M. (1999): «The National Peoples Congress», en M. Goldman y R. MacFarquhar (eds.), *The Paradox of China's Post-Mao Reforms*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 100-128.

Teiwes, F. y Sun, W. (1996): *The Tragedy of Lin Biao: Riding the Tiger During the Cultural Revolution 1966-1971*, Honolulu: University of Hawaii Press.

Terrill, R. (1999): *Madame Mao: The White-Boned Demon* (ed. rev.),

Stanford (CA), Stanford University Press.

Thaxton, R. (1983): *China Turned Rightside Up: Revolutionary Legitimacy in the Present*, New Haven (CT), Yale University Press.

— (1997): *Salt of the Earth: The Political Origins of Peasant Protest and Communist Revolution in China*, Berkeley, University of California Press.

Thompson, L. (ed. y trad.) (1958): *Ta T'ung Shu: The One World Philosophy of K'ang Yu-wei*, Londres, Alien and Unwin.

Thompson, R. (trad, e intro.) (1990): *Report From Xunwu*, Stanford (CA), Stanford University Press.

— (1995): *China's Local Councils in the Age of Constitutional Reform 1898-1911*, Cambridge (MA), Council on East Asian Studies, Harvard University.

Thorne, C. (1972): *The Limits of Foreign Policy: The West, the League and the Far Eastern Crisis of 1931-1933*, Londres, Hamilton.

Thornton, R. (1969): *The Comintern and the Chinese Communists 1928-1931*, Seattle, University of Washington Press.

Townsend, J. (1996): «Chinese Nationalism», en J. Unger (ed.), *Chinese Nationalism*, Nueva York, M. E. Sharpe, 1-30.

Trocki, C. (1999): *Opium, Empire and the Global Political Economy: A Study of the Asian Opium Trade*, Londres, Routledge.

Tsai, Shih-Shan Henry (1983): *China and the Overseas Chinese in the US 1968-1911*, Fayetteville, University of Arkansas Press.

Tsou, Tang (1986): *The Cultural Revolution and Post-Mao Reforms: A Historical Perspective*, Chicago, University of Chicago Press.

— (1987): «Marxism, the Leninist Party, the Masses and the Citizens in the Rebuilding of the Chinese State», en S. Schram (ed.), *Foundations and Limits of State Power in China*, Hong Kong, Chinese University Press, 257-289.

Tuchman, B. (1971): *Stilwell and the American Experience in China*, Nueva York, Macmillan.

Tucker, N. (1983): *Patterns in the Dust: Chinese-American Relations and the Recognition Controversy 1949-1950*, Nueva York, Columbia University Press.

Unger, J. (1982): *Education Under Mao: Class and Competition in Canton Schools 1960-1980*, Nueva York, Columbia University Press.

Van de Ven, H. (1991): *From Friend to Comrade: The Founding of the Chinese Communist Party 1920-1927*, Berkeley, University of California Press.

— (1997): «The Military in the Republic», *China Quarterly*, 150, 352-374.

Van Slyke, L. (1986): «The Chinese Communist Movement During the Sino-Japanese War 1937-1945», en J. Fairbank y A. Feuerwerker (eds.), *The Cambridge History of China*, vol. 13, *Republican China 1912-1949*, Cambridge, Cambridge University Press, 609-722.

Vogel, E. (1969): *Canton Under Communism: Programs and Politics in a Provincial Capital 1949-1968*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

Wakeman, F. (1975): *The Fall of Imperial China*, Nueva York, Free Press.

— (1993): «The Civil Society and Public Sphere Debate: Western Reflections on Chinese Political Culture», *Modern China*, *2*, 108-138.

— (1995): *Policing Shanghai 1927-1937*, Berkeley, University of California Press.

— (1996): *The Shanghai Badlands: Wartime Terrorism and Urban Crime 1937-1941*, Cambridge, Cambridge University Press.

— (1997): «A Revisionist View of the Nanjing Decade: Confucian Fascism», *China Quarterly*, 150, 395-432.

— (2000): «*Hanjian* (Traitor)! Collaboration and Retribution in Wartime Shanghai», en Wen-hsin Yeh (ed.), *Becoming Chinese*, Berkeley, University of California Press, 298-341.

Walder, A. (1991): «Cultural Revolution Radicalism: Variations on a

Stalinist Theme», en W. Joseph, C. Wong and D. Zweig (eds.), *New Perspectives on the Cultural Revolution*, Cambridge (MA), Council on East Asian Studies, Harvard University, 41-61.

Waldron, A. (1995): *From War to Nationalism: Chinas Turning Point 1924-1925*, Cambridge, Cambridge University Press.

Waley-Cohen, J. (1993): «China and Western Technology in the Late Eighteenth Century», *American Historical Review*, 98, 5, 1525-1544.

Wang, David Der-Wei (1997): *Fin-de-Siecle Splendor: Repressed Modernities of Late Qing Fiction 1849-1911*, Stanford (CA), Stanford University Press.

Wang, Shaoguang (1995): «The Politics of Private Time: Changing Leisure Patterns in Urban China», en D. Davis, R. Kraus, B. Naughton y E. Perry (eds.), *Urban Spaces in Contemporary China*, Cambridge, Cambridge University Press, 149-172.

Wang, Yeh-chien (1973): *Land Taxation in Imperial China*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

Wang, Zheng (1999): *Women in the Chinese Enlightenment: Oral and Textual Histories*, Berkeley, University of California Press.

Wasserstrom, J. (1987): «"Civilization" and its Discontents: The Boxers and Luddites as Heroes and Villains», *Theory and Society*, 5, 675-707.

— (1991): *Student Protests in Twentieth-Century China: The View From Shanghai*, Stanford (CA), Stanford University Press.

— (1994): «History, Myth, and the Tales of Tiananmen», en J. Wasserstrom y E. Perry (eds.), *Popular Protest and Political Culture in Modern China* (2.ª ed.), Boulder (CO), Westview Press, 272-308.

Wasserstrom, J. y Liu, Xinyong (1995): «Student Associations and Mass Movements», en D. Davis, R. Kraus, B. Naughton y E. Perry (eds.), *Urban Spaces in Contemporary China*, Cambridge, Cambridge University Press, 363-393.

Westad, 0. (1993): *Cold War and Revolution: Soviet-American Rivalry*

and the Origins of the Chinese Civil War, Nueva York, Columbia University Press.

White, G. (1993): *Riding the Tiger. The Politics of Economic Reform in Post-Mao China*, Basingstoke, Macmillan.

White, L. (1989): *Policies of Chaos: The Organizational Causes of Violence in China's Cultural Revolution*, Princeton (NJ), Princeton University Press.

— (1991): «The Cultural Revolution as an Unintended Result of Administrative Policies», en W. Joseph, C. Wong y D. Zweig (eds.), *New Perspectives on the Cultural Revolution*, Cambridge (MA), Council on East Asian Studies, Harvard University, 83-104.

White, T. (1994): «The Origins of Chinas Birth Planning Policy», en C. Gilmartin, G. Hershatter, L. Rofel y T. White (eds.), *Engendering China: Women, Culture and the State*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

Whiting, A. (1954): *Soviet Policies in China 1917-1924*, Nueva York, Columbia University Press.

— (I960): *China Crosses the Yalu: The Decision to Enter the Korean War*, Ann Arbor, University of Michigan Press.

Wilbur, C. Martin (1968): «Military Separatism and the Process of Reunification Under the Nationalist Regime, 1922-1937», en Ho Ping-ti y Tsou Tang (eds.), *China In Crisis*, vol. 1, Chicago, University of Chicago Press, 203-263.

— (1976): *Sun Yat-sen: Frustrated Patriot*, Nueva York, Columbia University Press.

— (1983): «The Nationalist Revolution: From Canton to Nanking 1923-1928», en J. Fairbank (ed.), *The Cambridge History of China, vol. 12*: *Republican China 1912-1949*, Cambridge, Cambridge University Press, 527-720.

Wilbur, C. Martin y How, J. (1989): *Missionaries of Revolution: Soviet Advisers and Nationalist China 1920-1927*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

Wills, J. (1994): *Mountain of Fame: Portraits in Chinese History*,

Princeton (NJ), Princeton University Press.

Womack, B. (1982): *The Foundations of Mao Zedongs Political Thought 1917-1935*, Honolulu: University of Hawaii Press.

Wong, C. (1991): «The Maoist "Model" Reconsidered: Local Self-Reliance and the Financing of Rural Industrialization», en W. Joseph, C. Wong y D. Zweig (eds.), *New Perspectives on the Cultural Revolution*, Cambridge (MA), Council on East Asian Studies, Harvard University, 183-196.

Wong, Siu-lun (1984): «Consequences of Chinas New Population Policy», *China Quarterly*, 98, 220-240.

Wou, O. (1978): *Militarism in Modern China: The Career of Wu P'ei-fu, 1916-1939*, Folkestone, Dawson.

— (1994): *Mobilizing the Masses: Building Revolution in Henan*, Stanford (CA), Stanford University Press.

Wright, M. (1957): *The Last Stand of Chinese Conservatism: The Tung-chih Restoration 1862-1874*, Stanford (CA), Stanford University Press.

— (1968): «Introduction: The Rising Tide of Change», en M. Wright (ed.), *China in Revolution: The First Phase 1900-1913*, New Haven (CT), Yale University Press, 1-63.

Wright, T. (1984): *Coal Mining in Chinas Economy and Society 1895-1937*, Cambridge, Cambridge University Press.

Wu, Tian-wei (1976): *The Sian Incident: A Pivotal Point in Modern Chinese History*, Ann Arbor, Center for Chinese Studies, University of Michigan.

Wylie, R. (1980): *The Emergence of Maoism: Mao Tse-tung, Ch'en Po-ta and the Search for Chinese Theory*, Stanford (CA), Stanford University Press.

Xiao, Zhiwei (1997): «Anti-Imperialism and Film Censorship During the Nanjing Decade 1927-1937», en S. Hsiao-peng Lu (ed.), *Transnational Chinese Cinemas: Identity, Nationhood, Gender*, Honolulu, University of Hawaii Press, 35-57.

Yahuda, M. (1978): *Chinas Role in World Affairs*, Londres, Croom Helm.

— (1993): «Deng Xiaoping: The Statesman», *China Quarterly*, 135, 551-572.

Yang, Dali (1996): *Calamity and Reform in China: State, Rural Society, and Institutional Change Since the Great Famine*, Stanford (CA), Stanford University Press.

Yang, Rae (1997): *Spider Eaters: A Memoir*, Berkeley, University of California Press.

Yeh, Wen-hsin (1996): *Provincial Passages: Culture, Space and the Origins of Chinese Communism*, Berkeley, University of California Press.

— (1998): «Urban Warfare and Underground Resistance: Heroism in the Chinese Secret Service During the War of Resistance», en Wen-hsin Yeh (ed.), *Wartime Shanghai*, Londres, Routledge, 111-132.

Yick, J. (1995): *Making Urban Revolution in China: The CCP-GMD Struggle for Beiping-Tianjin 1945-1949*, Nueva York, M. E. Sharpe.

Yip, Ka-che (1996): *Health and National Reconstruction in Nationalist China: The Development of Modern Health Services 1928-1937*, Ann Arbor, Association for Asian Studies.

Young, E. (1968): «Yuan Shih-k'ai's Rise to the Presidency», en M. Wright (ed.), *China in Revolution: The First Phase 1900-1913*, New Haven (CT), Yale University Press, 420-442.

— (1976): «The Hung-Hsien Emperor as a Modernizing Conservative», en C. Furth (ed.), *The Limits of Change: Essays on Conservative Alternatives in Republican China*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 171-190.

— (1977): *The Presidency of Yuan Shih-k'ai: Liberalism and Dictatorship in Early Republican China*, Ann Arbor, University of Michigan Press.

— (1983): «Politics in the Aftermath of Revolution: The Era of Yuan Shih- k'ai 1912-1916», en J. Fairbank (ed.), *The Cambridge History of China*, vol. 12, *Republican China 1912-1949*, Cambridge, Cambridge University Press, 208-255.

— (1994): «Imagining the Ancien Regime in the Deng Era», en J. Wasserstrom y E. Perry (eds.), *Popular Protest and Political Culture in Modern China* (2.ª ed.), Boulder (CO), Westview Press, 18-31.

Yu, G. (1966): *Party Politics in Republican China: The Kuomintang 1912-1924*, Berkeley, University of California Press.

Yu, Ying-shih (1994): «The Radicalization of China in the Twentieth Century», en Tu Wei-ming (ed.), *China in Transformation*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 125-150.

Zarrow, P. (1990): *Anarchism and Chinese Political Culture*, Nueva York, Columbia University Press.

Zweig, D. (1989): *Agrarian Radicalism in China 1968-1981*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

— (1991): «Agrarian Radicalism as a Rural Development Strategy 1968-1978», en W. Joseph, C. Wong y D. Zweig (eds.), *New Perspectives on the Cultural Revolution*, Cambridge (MA), Council on East Asian Studies, Harvard University, 63-81.

PAUL J. BAILEY es profesor de Historia de Asia Central en la Universidad de Edimburgo. Anteriormente ejerció la docencia en el Lingnan College de Hong Kong y en la Universidad de Durham, en el Reino Unido. Entre sus anteriores publicaciones se incluyen *Postwar Japan: 1945 to the present* (1996), *Strengthen the Country the People: The Reform Writings of Ma Jianzhong 1845-1900* (1998) y *Reform the People: Changing Attitudes to Popular Education in Early Twentieth-century China* (1991)

Notas

[1] A estas excepciones, que sin duda obedecen al hecho de que las transcripciones por las que aquí opta el autor están más consagradas por el uso cotidiano que su equivalente en el sistema *pinyin*, añadiremos en la presente edición castellana, y por la misma razón, algunas más: Pekin (cuyo equivalente es Beijing), Nankín (Nanjing), y Cantón (Guangzhou). *(N. del t.)* <<

[2] En inglés *treaty ports*, literalmente «puertos de tratado». *(N. del t.)* <<

[3] El término «bóxer» deriva del inglés *boxer*, «boxeador». *(N. del t.)* <<